



MI MANERA DE PENSAR

Edición preparada por SALVADOR PAVIA PAVIA

ENRIQUE AMAT PAYA



ENRIQUE AMAT PAYA

Petrer, 1912. Continuador de una saga familiar en la que han descollado juristas, escritores y diplomáticos de gran prestigio, Enrique es un digno eslabón de tal estirpe. Hombre de extrema sensibilidad, de aguda inteligencia y con un espíritu absolutamente libre de toda atadura a modas del momento, ha sido durante muchos años levadura en el resurgir cultural de Petrer. Director de la Revista de Moros y Cristianos durante diecisiete años, su labor en pro de la Tradición y, al mismo tiempo, de la renovación de la «Festa» ha sido esencial.

MI MANERA DE PENSAR es una pequeña compilación de los muchos escritos que a lo largo de su dilatada vida ha dedicado Enrique a sus tres grandes pasiones: Petrer y la Tradición, sus fiestas, sus gentes; su preocupación por la paz social, por los principios de justicia social en el mundo obrero, y, finalmente y el primero, su inflexible ideal religioso.

Queda, para una próxima publicación, su otra gran pasión secreta: la poesía.

Portada: Jaime Miguel Carpio
Dibujos: Jaime Miguel Carpio y Octavio Villaplana
Fotos: Archivo Excmo. Ayuntamiento, Navarro, H. Corbí y particulares
Impresión: GRAFICAS TORTOSA, S.L. - La Huerta, 116 - PETRER (Alicante)
ISBN: 84-505-9967-9
Depósito Legal: A-196-1991

MI MANERA DE PENSAR

ENRIQUE AMAT PAYA

MI MANERA DE PENSAR

Edición preparada por **SALVADOR PAVÍA PAVÍA**



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PETRER
Concejalía de Cultura

PROLOGO

ENRIQUE AMAT:

Un modo de sentir.

Una manera de pensar.

por Salvador Pavía Pavía

La iniciativa del Ayuntamiento de Petrer de publicar los escritos de aquellos petrerenses que han aportado su varia cultura al engrandecimiento de este pueblo, es loable. Si se hace con rigor, será para las autóctonas generaciones futuras un legado extraordinario, pues pocas veces ocurre en la historia de pequeñas comunidades que se dé una floración tal de personalidades como la ocurrida en Petrer en estos años inmediatos: poetas, músicos, historiadores, antropólogos, filósofos, médicos, juristas, pedagogos... aquí o dispersos por toda la geografía nacional, trabajando y muriendo otros en lejanas latitudes, han tenido como nexo de unión la nevadura de su nacimiento junto a la «Silla del Cid».

No se puede, no se debe perder la llama que llenó los días de estos hombres y mujeres, porque esa luz todavía nos sirve. En ella está, con su zig-zag, con su centelleo, el rastro reconocible que un pueblo deja en el universo de la Historia. Yo creo que, sin ser deslumbrante, es notoria la huella que gentes de este pueblo han dejado en la senda de su memoria colectiva.

Ahí están, tan sólo en el espacio de algo más de un siglo, los nombres y las obras de ilustres petrerenses: el eminente militar brigadier Algarra, probado en cien batallas, Cruz de Oro Laureada de San Fernando; la espléndida saga de los Amat, saga tan fecunda que ha dado, entre otros, personajes tan eminentes como don Miguel Amat Maestre, gran jurisconsulto y encendido apolo-gista católico, tan decisivo en la formación del primer Azorín; don Vicente Amat Furió, primo hermano del anterior, magistrado del Tribunal Supremo, redactor, a principios de siglo, del Código Civil y del Código de Comercio; don Francisco Amat Torres, hijo de don Vicente, embajador de España en Bolivia en la inmediata posguerra...; el color y la perfección en el retrato del tantas veces premiado pintor Vicente Poveda Juan; la siembra truncada de un Gabriel Brotóns, que tanto pudo alcanzar; o la agudeza crítica, la fina ironía, las increíbles dotes para el periodismo político del todavía poco estudiado Alfonso Chico de Guzmán; el admirable escepticismo de un Doroteo Román, que podría haberlo sido

todo si se lo hubiera propuesto y se encerró en un desencantado mutismo como respuesta a los injustos martillazos de la vida; el ímpetu trascendente de un Dámaso Navarro, hombre adelantado a su tiempo y al que tanto tendrán que volver los presentes y futuros ecologistas; el dulce y mínimo Paco Mollá, tan delicado y excelso poeta místico; la gracia mordaz y el trazo limpio de Edu; los precisos y esclarecedores estudios de Concha Navarro sobre la historia local; los de Hipólito Navarro Villaplana sobre las tradiciones populares; los de geografía económica de José M.^a Bernabé; la decisiva aportación a la «Festa» de Paco Máñez, contribución que cada año se considera más esencial en el contexto de la fiesta de Moros y Cristianos y que ha dado origen a parecidas innovaciones en otros pueblos... y ya corre el testigo luminoso a las manos jóvenes de una nueva generación en la que germinan nombres como los de Francisco de Paula Blasco Gascó, María del Carmen Rico, Vicente Brotóns, Héctor Navarro, José Miguel Payá, Juan Manuel Reig, Juan Ramón García Azorín, Vicente Navarro, Eliseo García, Francisco Albert Ricote... y muchos otros que están haciendo camino al andar.

Pues bien, creo que, en este conjunto, de valiosas personalidades, la figura de Enrique Amat tiene su brillo propio. Y por eso es de agradecer que la Concejalia de Cultura haya decidido apoyar la publicación, en un volumen, de los muchos artículos que a lo largo de su dilatada vida ha ido escribiendo Enrique y que, de otra manera, se hubieran perdido. Este es su legado.

Enrique Amat Payá pertenece a una familia -a algunos de sus ascendientes los he citado antes- que lleva marcado a fuego el estigma de la pasión por el saber. Hace ya varios años, estudiando la obra de Azorín, me di de bruces con el entrañable personaje de «Pascual Verdú» y me sentí irremisiblemente atraído por el malogrado escritor al que el ingrato José Martínez Ruiz debe tanto. Tras la máscara del «Pascual» azoriniano estaba la inmensa tragedia



Año 1930

de don Miguel Amat, aquel hombre bueno, Job de nuestros días, a quien Dios le dio todo y se lo quitó todo, con la diferencia de que en el libro del Antiguo Testamento, al final, el paciente Job vive el triunfo de su esperanza, pero don Miguel murió solo, abandonado y loco, después de haber quemado por su utopía moral y social gran parte de su hacienda y toda su salud. Fue entonces, trabajando sobre la obra de don Miguel, cuando conocí más intensamente a su sobrino-nieto Enrique. Enrique Amat, no cabe duda, lleva en su sangre y en sus escritos el impulso vital que movía al dolorido poeta de Petrer: la pasión por el saber, la pasión por la transmisión de ese conocimiento, la conciencia clara de que el saber nos hará libres y que esa libertad la empleará el hombre para hacer el bien. Era todo el catecismo de don Miguel y es casi todo el dogma de don Enrique Amat. En él hay que añadir la acendrada adoración por su pueblo, por todo lo que suene y sueñe a Petrer.



Año 1941

Este libro es el fruto de tanto anhelo. Setenta y ocho años de amor a Petrer dan mucho de sí en un hombre de tan extrema sensibilidad y aguda inteligencia que, sin embargo, no cursó estudios superiores. Lejanos, perdidos en las hojas del tiempo quedan

los recuerdos de aquella pequeña escuela en la plaza de Abajo, en aquel Petrer que se abría a la nueva industria del calzado mientras abandonaba lentamente la, en otro momento, feraz agricultura y poderosa alfarería. Aquel muchacho «bien», que destacaba por su altura y su viveza, tuvo la educación autodidacta que le dio la lectura indiscriminada de la cuidada biblioteca de su abuelo Enrique. Pudo, por la privilegiada situación económica de su familia, por sus dotes intelectuales, «hacer carrera» como la hicieron bastantes de sus ascendientes, pero el destino lo empujó hacia los números y lo alejó de toda letra que no fuera la de cambio.



Año 1951

A los 14 años, de la mano de su primo Gabriel Brotóns, comenzó a trabajar en la empresa «Calzados Luví S.A.» como ayudante de oficina. Era 1927. Cincuenta y un años después, tras ejercer como jefe de personal y jefe de contabilidad de varias empresas, Enrique Amat dejó también su cargo de Juez de Paz y se jubiló. Era el otoño de 1978.

«A mí no me ha gustado ni la contabilidad ni las prácticas administrativas. A mí me ha gustado -y me gusta- escribir».

Y de su noviazgo con Virginia, Virginia Vicedo Rico, brotaron los primeros poemas. Y de las esperanzas quebradas por la guerra surgió una querencia especial de patria, un aliento continuo de combate por la justicia social, y las lecturas reposadas y constantes de Santa Teresa y San Juan de la Cruz avivaron su ascetismo, su encuentro con el Cristo sufriente que da sentido a todos los actos de Enrique. En estos pilares -religión vivida, patria dolorida, amor exultante- se sostiene toda la arquitectura literaria del autor de este libro. Los elementos formales de construcción los acarreará de los escritores clásicos: Cervantes, Lope, Manrique... y los citados anteriormente.



Año 1958

Conozco algunas de sus poesías, esas hojas desprendidas de su huerto espiritual que diría Paco Mollá. Las guarda como oro en paño: celoso de su intimidad, avaro de sus emociones, temeroso de que alguien, vanamente colocado sobre la lírica y la retórica las juzgue con razones que el corazón no entiende. El lector interesado podrá encontrar algún poema de Enrique escondido en las páginas de determinadas Revistas de Fiestas. No son los mejores, no son de los que se escriben en la noche cerrada del alma. De estos otros, alguno hay en el libro que el sacerdote don

Jesús Zaragoza preparó en 1967: «Cuando las yemas revientan». En aquel libro, singular por tantas cosas, se suceden alternadas poesías de Paco Mollá y de Enrique, juntamente con otras de Gabriel García Romeu y del propio Jesús Zaragoza. A pesar de los límites fijados y de las variaciones marcadas, los cuarenta poemas incluidos en ese libro son hasta ahora el mejor testimonio de las dotes poéticas de Enrique, para quien «el lenguaje sencillo, al alcance de todos, no el de grandes metáforas ni el de frases que no llego a descifrar» está en la base de su estética. De ahí, también, su deuda y reconocimiento a las formas métricas de Antonio Machado o Amado Nervo y la admiración a la esencia creativa de su admirado José María Pemán.

Pero habrá de quedar para mejor ocasión comentar con más profundidad la poesía de Enrique, pues, a pesar de la posibilidad surgida, ha decidido no incluirla en el presente libro.

Y ya esta decisión es un buen ejemplo de su modo de ser, de la peculiar manera de sentir de este hombre que se derrama en sus cavilaciones sobre la «Fiesta», en sus meditaciones piadosas o en sus pertinentes admoniciones sobre los problemas que aquejan a nuestra sociedad. Aquí no teme ninguna crítica, ninguna sonrisa irónica, ninguna suave «palmadita» de conmiseración en la espalda. Riguroso, inflexible, ajeno a modas complacientes, severo con su ideal religioso y social, Enrique expone en estos artículos sus reflexiones sobre nuestro inmediato entorno y, si este examen puede parecer duro e intemperado, tampoco hay duda de que surge del más entrañable apego a su pueblo, de su desgarrado amor por una patria mejor.

Ese modo de ser hace de Enrique un hombre con aristas. Podrá mover a discrepancias, podrá suscitar profundas divergencias, pero ahí estará él: íntegro, generoso, amigo por encima de rivalidades. Esa manera de sentir la religión, los principios invulnerables de su ética, parecerá trasnochada a más de uno y, sin embargo, me atrevo a pensarlo, están ya en el nuevo amanecer que necesita nuestra civilización y que muy pocos elegidos -uno, Enrique- han sabido portear a través de la noche o vadeando el desierto de esta escéptica y desesperada época.

En este libro está comprendida toda la manera de ser y de sentir de Enrique. Aquí están los tres grandes temas de sus reflexiones: la trascendencia y lo permanente del ser humano; Petrer y sus fiestas, las de la Virgen del Remedio y, sobre todo, la de Moros y Cristianos, a la que entregó tantas horas de sus sueños y, también, de la que recibió tantas gratificaciones; y, finalmente su obsesiva preocupación por el mundo laboral.



Año 1959

Y de acuerdo con estas tres bases de su pensamiento está estructurado el libro. En el primer apartado está incluida una amplia selección de los muchísimos artículos que Enrique escribió a lo largo de cincuenta años dedicado a la fiesta de Moros y Cristianos, diecisiete de ellos al frente de la Revista de Fiestas. Algunos de estos artículos llevan su fecha de redacción o publicación, en otros me ha sido imposible precisarla. Con todo, no están ordenados cronológicamente sino siguiendo un guión de actos festivos que el lector fácilmente intuirá. Muchos otros artículos en los que se glosaban las fiestas de Novelda, Elche, Jijona, Sax, Castalla...

han tenido que quedar fuera, pero creo que estos son suficientes para considerar que en ellos, junto con los del libro de Hipólito Navarro, late la evolución viva, real, detallada del interior y exterior de la «Fiesta» y a ellos habrá de acudir todo estudioso en busca de datos precisos.

Aquí está el hombre enraizado en su tradición y en sus costumbres, aquí está el venerable patriarca que aconseja, amonestando o premiando desde la privilegiada cátedra de la Revista de Fiestas, a los jóvenes festeros, recordándoles que son herederos de una hermosísima y fructífera tradición. La emoción nostálgica de los recuerdos afloran en artículos como: «La noche de la Retreta», «El Ample», «En la hora de mi relevo», «Adiós a la Fiesta»...

La Fiesta, así, con mayúscula. Esas mayúsculas tan pródigas en la escritura de Enrique y que vienen tan bien para precisar el grado de emoción o de importancia en su escala de valores con respecto a la Fiesta: Fe, Tradición, Poesía. Y después, todo lo demás: vestidos, luces y fanfarria, el paso acompasado «de las filás», de sus Abanderadas y Capitanes... pero todos girando en torno a la espina dorsal de la Tradición y de la Religión, de la Historia y de la Fe. Se podrá estar en desacuerdo con algunas interpretaciones, podrán los jóvenes festeros discrepar de algún consejo, irá mañana la «festa» por derroteros hoy no sospechados, pero aquí está el testimonio fiel de lo que fue, aquí está el alma de una tradición.

En el segundo capítulo van agrupados una serie de escritos de tema vario, pero que juntos todos representan muy específicamente las preocupaciones religiosas y estéticas del autor. Petrer y sus gentes -¡esos emocionados recuerdos de José Tortosa, de Luis Sempere, de Eliseo, de José Perseguer, de Paco Mollá... o del pequeño pueblo que amarilleó el tiempo!- se mezclan con los que brotan de su amor a la historia y leyendas patrias.

Ese amor a la Patria es el que vibra en la mayor parte de estos artículos. Amor-pasión por la Patria grande sin abjurar un ápice de su entrañamiento con el entorno donde nació. Pero sin absurdos fanatismos, sin infantiles papanatismos, sin anacronismos

demagógicos que hoy pregonan tantos campanarios de aldea. Pero hay que tener el temple y el desgarrar para decirlo vivamente a los cuatro vientos, como lo hace Enrique. Por eso son tan sinceras y tan válidas sus consideraciones sobre el idioma, sus reflexiones sobre la actualidad, su mordaz crítica a la desfeminización de la mujer, su desnuda profesión de fe.

Hay algunos de estos artículos sobre los que hemos de volver en otra ocasión. Son los que se refieren a la poesía, a su concepto de lo que es la poesía fácil y la poesía difícil. Para Enrique, la poesía es «como diminutas campanillas que repican en el alma y la inundan de gozo... para que el hombre se eleve sobre lo perecedero y piense que tiene su parte de Dios». Por ello, la poesía ha de forjarse, primero, como una actitud ante la vida y sus circunstancias más adversas y, luego, como una consecuencia natural, el sentimiento y el acto encontrarán la palabra, licuarán inevitablemente una construcción lingüística en la que la poesía fluirá de modo natural: «poetizar la amargura, el dolor, el esfuerzo diario; hacer que las diminutas campanillas repiquen en el corazón del hombre cuando le asaetean las dificultades o la desgracia se ceba en él..., esa es la poesía más completa, de más alto vuelo».

La trascendencia, como vemos, dándole sentido a todo. Esta es, para mí, la característica distintiva de Enrique, lo que le aleja del hombre desnortado del momento presente. Desde esa perspectiva, es claro, Enrique Amat es un hombre anclado, con el ancla muy bien agarrada en la roca incommovible de su fe.

Finalmente, los 25 artículos sobre «El problema social». Así lo llamaba su tío-abuelo don Miguel; la misma «cuestión social» que se convirtió en monomanía para el magnífico abogado de Petrer a finales del siglo pasado es también la máxima inquietud para Enrique. Quien haya leído los artículos de don Miguel Amat en su revista «La Educación Católica», publicada en Petrer en 1892, o sus densos escritos para «La Monarquía», «El Alicantino» o «El Graduador», de Alicante, podrá apreciar cuál es la deuda de Enrique con su antepasado pero también las sagaces aporta-

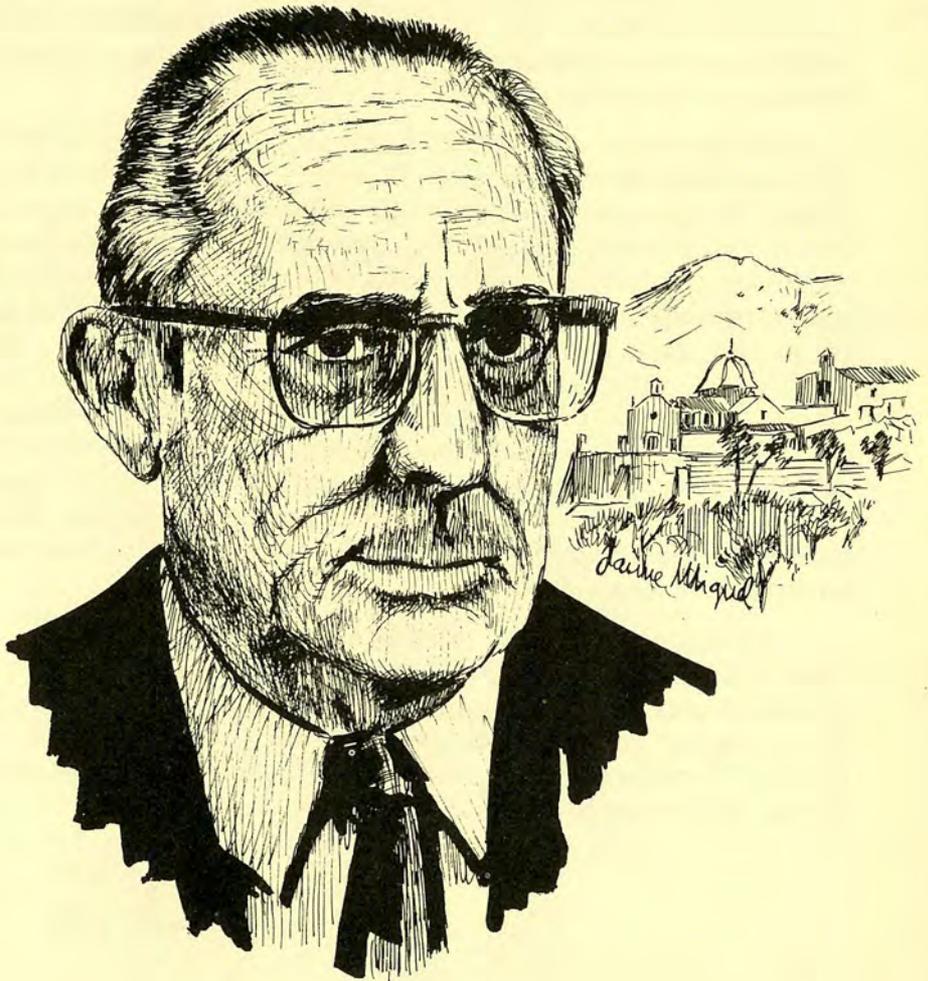
ciones de un hombre que desde el Ayuntamiento, como Concejal y como Juez de Paz durante varios años, dedicó los mejores años de su vida a pacificar rivalidades. Estos artículos aparecieron en diversas publicaciones entre 1950 y 1960. Me he permitido organizarlos de un modo distinto, pero apenas hay en ellos levísimas modificaciones puesto que, para el autor, el tiempo transcurrido desde su primera redacción y los cambios producidos en nuestra sociedad no les restan actualidad.

«¿De qué sirve -se pregunta Enrique- tanto progreso científico si nos falla estrepitosamente la concepción moral de la existencia? Si el progreso no hace mejor al hombre, si no lo acerca a Dios, no quiero ese progreso». Por eso rechaza el momento actual con todas sus fuerzas y se recluye en el silencio de los largos paseos junto a la ermita y el castillo; allí, bajo la sombra del añoso pino, mira embelesado el valle y medita; baja, luego, despacio, por las estrechas calles soñándose en el tiempo, y al mismo tiempo, fenicio de Pétrola y árabe de Bitrir, castellano llegado con los reconquistadores y laborioso aldeano de finales del siglo pasado. Tal vez por eso se detiene y no pasa por las anchas avenidas y cortados jardines del moderno Petrer. Porque el ruido borra las huellas del pasado ideal. Y Enrique no quiere salir de su sueño, no renunciará a su ideal.

Pero basta ya; lo importante es ahora leer lo que escribe Enrique y discutirlo. Y vivirlo. Y guardar este testimonio como se guarda un diamante que han de heredar los hijos o como se mantiene y cuida una luz en la noche para que sirva de fanal a los que van de viaje. También Enrique, con este libro, ha dejado su rastro centelleante en el pequeño universo de la historia de Petrer.

Salvador Pavía

Agosto 1990



AL POSIBLE LECTOR

Este no es un libro importante. Es un libro modesto, sin grandes pretensiones ni humanos protagonismos. Es, sencillamente, un libro testimonial. Un testimonio, plasmado, a través de unos escritos, que muestra ciertas inquietudes que han gravitado sobre mi alma en mi ya prolongada singladura vital.

Inquietudes derivadas de las fiestas de mi pueblo. En particular, las relativas a sus Moros y Cristianos, ese delirante espectáculo por su cromatismo deslumbrador. Pero esa fiesta ¿es tan sólo espectáculo? A mí, personalmente, el espectáculo me satisface pero no me preocupa. Lo que me ha inquietado son las motivaciones que han alumbrado el mismo.

Inquietudes por mi entrañable Petrel, por su progreso, por su tipismo, por su campo, por la poesía, por el idioma, por la doctrina de la Iglesia... Por asuntos, cosas y hechos que han contribuido a formar mi mundo subjetivo y mi forma de actuar.

Inquietudes por un problema social: el derivado de la producción y de la distribución de la riqueza generada. Un problema que si yo lo enjuiciaba en los años 1954 y 1955, continúa hoy tan vigente y tan falto de solución como entonces. Hable si no por mí esa descomunal legión de parados, que suman millones en España y en Europa, en América y en el mundo entero. Que hablen esos ocho millones de pobres que tenemos en este país, según ciertas estadísticas oficiales o semioficiales, estatales o privadas...

Quizás alguno de mis lectores piense -o diga- que se me ha parado el reloj de la Historia. Yo ya cuento con eso pero no es eso precisamente. Cada cual es muy dueño de mantener sus opiniones derivadas de sus inquietudes anímicas. La mía está constituida, desde siempre, por la convicción de que existen ideas y sentimientos que aletearán, mientras exista la humanidad, en el corazón de los hombres.

Tales como la creencia en un Dios justo y bueno, en una vida eterna, en un sentimiento atractivo por la tierra que nos vio nacer, en un entronque cariñoso y afectivo con el entorno familiar, en una visión, inolvidable y acariciadora, de nuestro paisaje natal, en un afecto, humano y desmedido, hacia la Patria grande, en un respeto, limpio y emocionante de cuantos elementos constituyen

su Tradición... Inquietudes y sentimientos indestructibles por cuanto nacen y viven en el seno de ese Derecho natural que Dios puso en el corazón de sus criaturas.

La tarea, con más o menos acierto, está ya, felizmente, terminada. Por ello, constituiría una nota de manifiesta irresponsabilidad si yo no expresara mi reconocimiento hacia algunas personas -todas con la categoría de amigos- que, en gran manera, han contribuido a la edición de este libro.

En destacado lugar, mi agradecimiento a José M.^a Ibernón, que fue el primero en hablarme sobre la conveniencia, según él, de resumir mis escritos -o parte de los mismos- en un libro, con el fin de evitar con ello que pudieran extraviarse y perderse cuando yo desaparezca del mundo de los vivos.

Mi sentimiento reconocido a don Pascual Díaz, profesor y director del Colegio Reina Sofía, que tuvo la gentileza de llegar hasta mi casa y, en su visita, interesarse, igualmente, por esta publicación y manifestar su disposición para colaborar en la misma.

Agradecimiento extensivo al Concejal de Cultura de la Corporación Municipal don Juan Conejero, que con tanta benevolencia y cordialidad asumió nuestra propuesta.

Mi personal reconocimiento a los componentes del Excmo. Ayuntamiento, presidido por el Sr. Alcalde don Vicente Maestre Juan, sin cuya ayuda económica no hubiera sido factible la edición del libro que comentamos y, por último, mi más sincero agradecimiento a mi Amigo, con mayúscula, don Salvador Pavía, profesor de literatura, cuyos consejos y orientación han sido tan decisivos para desarrollar y dar por finalizada la tarea ya concluida.

En definitiva, si este modesto libro causara un impacto directo en la diana del éxito, tanto mejor. Mas si así no fuera, poco habría de afectarme. Porque lo interesante, lo verdaderamente importante, es que si existe algún interesado en ello, ahora o en un futuro más o menos lejano, pueda leer y llegar al conocimiento de las inquietudes que han conformado mi manera de pensar, mi modo de sentir y mi forma de actuar.

Unas inquietudes que, valga la redundancia, todavía me continúan inquietando...

Enrique Amat



I

SOBRE FIESTAS

Petrel y su Fiesta

¡La Fiesta! ¡Otra vez la Fiesta!

Bajo el cielo apacible del mes de mayo, Petrel despliega el fabuloso espectáculo de sus fiestas y, por unos días, sus calles de traza caprichosa y sus humildes plazuelas se pueblan de rumores alegres y de antañonas imágenes. Es el himno triunfal de un pueblo feliz que canta amorosamente una vieja canción de sus antepasados, simbolizada en sus Moros y Cristianos.

Laboriosos trabajos, que duran todo un año, son la base que sustenta el recio andamiaje de los singulares festejos: trajes para las Abanderadas; más trajes para las Comparsas; renovados atuendos para los Capitanes; diminutos vestidos para las pequeñas «Rodelas»...

Y a medida que se acercan las fiestas redóblanse los preparativos febriles: la niña que se empeña en salir vestida de mora y le falta el bombacho. El joven que ha de formar, por vez primera, en una Comparsa y busca plumas para el sombrero. La madre, haciendo prodigios matemáticos, que trata de proveer su despesa. Un amigo anuncia su llegada. Un familiar dice: «Aniré p'a San Bonifasi». Un forastero, que ya conoce el festejo, quiere renovar la mágica visión. ¡La Fiesta! Es la Fiesta que llega a todos los rincones y se infiltra en todos los hogares. La Fiesta que Petrel, apegado a sus tradiciones, lleva en la sangre y en la mente y en el corazón.

Y rumores, muchos rumores. Que si «los Moros Viejos», que si los «Nuevos», que si los «Estudiantes», que si los «Flamencos», que si el Programa... Discusiones sin fin, a veces con ribetes de pasajera violencia: «Nosotros saldremos ochenta». «Por vuestra culpa, siempre se hace tarde». «Tenéis un concepto equivocado de la Fiesta». Opiniones, conversaciones interminables, pasión, en suma. ¡Bendita pasión! Porque mientras haya pasión, la Fiesta seguirá pujante, progresiva, como ahora.

Después vendrán los días grandes. Tres días de delirio, de música por todas partes, de desfiles, de espectáculo multicolor. Bajada del Santo. Entradas. Guerrillas. Embajadas. Procesión... Tres días en que, sin solución de continuidad, Petrel entero vive para la Fiesta. Rostros vivaces muestran todo el caudal de alegría que inunda su alma. Semblantes apacibles llevan un tenue velo de tristeza que cubre nostálgicos recuerdos. Pero todos se sienten partícipes de la Fiesta porque a todos subyuga su gracia y a todos cautiva el brujo encanto de su colorido.

Petrel, el árabe «Bitrir», con un castillo moro que muestra sus muñones descarnados, resto de una airosa fortaleza. Petrel, con una blanca ermita, graciosa como una paloma zurita. Petrel que tiene por telón de fondo esa mole impresionante del Cid, que nos trae resonancias del Medioevo y del famoso caudillo castellano. Petrel, con un dilatado término municipal de escabrosos montes y tranquilos valles que en estos días se quedan más silenciosos que nunca porque sus moradores vienen al «poble» a engrosar los bandos que han de dirimir sus pugnas o, simplemente, a «vore es festes de San Bonifasi». El Petrel labrador, el Petrel artesano, el Petrel industrial vuelca su corazón en estas fechas, desparrama su alegría y se siente unido por el doble vínculo del amor religioso-patriótico.

Petrel oye el alegre sonido de la diminuta campana de la ermita que le recuerda el martirio de Bonifacio. Y escucha el alabonazo de la Historia que le hace recordar los turbulentos tiempos en que la gente brava de España pugnaba por alejar el alfanje agareno que apuntaba a su garganta. Petrel entero oye la voz de la sangre de las generaciones antecesoras que hicieron posible, cuando ser «festero» no era un lujo sino un sacrificio profundo y desinteresado, el espectáculo sin par de la Fiesta. Petrel que se engalana alegremente y ofrece su mejor sonrisa y nos regala con la policromía de su campiña risueña y singular. Y brinda a todos los que vienen de fuera su proverbial hospitalidad. Y sabe hacer para que nadie se considere forastero en esta tierra que conoció a los griegos y poseyeron los romanos e hicieron suya los musulmanes. Y, en alas de la fantasía, sueña con grandezas preté-

ritas y con Caudillos árabes y Capitanes famosos y virtudes castrenses y pompas orientales y austeridades castellanas. Y brinda a todos también una lección provechosa: la de que es compatible el progreso con el amor al pasado y que se puede compaginar la nota de humor con el respeto que impone la majestad de la Fiesta. Como Petrel lo hace. Como lo viene haciendo desde tiempo inmemorial. Por ello, si en estos días enmudecen el trepidar de las máquinas y la canción del gañán en el campo, Petrel oye los rumores de la Fiesta que hacen revivir una antigua tradición, bajo su cielo incomparable del mes de mayo y oreado por una brisa serrana que trae hasta nosotros efluvios de tomillo y una serena canción primaveral. ¡La Fiesta! ¡Otra vez, la Fiesta!

1956



Año 1988

En Fiestas

Petrel se agita como la hoja del árbol movida por el viento. Se abrasa de fiebre interior. Eleva su mirada hacia el Castillo y escucha la voz de la Historia. Cobra mayor impulso su fe y planta, gallardamente, su presencia física en la ermita del Santo.

Se aviva en su sagrario interior la llama de sus íntimas emociones y poetiza su alma con la sonrisa luminosa de las Abanderadas. Hierve la sangre de sus venas y desparrama, a torrentes, su vitalidad.

Milagro renovado, año tras año, abierto a la rosa de los vientos. Se ve en las calles modernas, trazadas a cordel, anegadas de sol, y vive en las callejas silenciosas y apretadas, hechas penumbra, recoletas, ajenas al barullo moderno, varadas, como la nave del tiempo, en una playa de rubias arenas.

Bullen en su mente levantina, de indudable legado agareno, imágenes imprecisas, evocaciones de un pasado que se aleja, que se escapa, como el agua de entre las manos, pero cuya huella no consigue borrar, definitivamente, el paso de los siglos. Rediviven visiones presentidas de lances amorosos, de huríes islamitas y princesas cristianas, de alfanjes y espadas, de turbantes de seda y cascos relucientes, de héroes y santos, de juglares y trovadores, de músicas y romances, de castillos en cerros desnudos, y jardines, de traza oriental, con fuentes rumorosas instrumentando la tierna y encantadora sinfonía del agua.

De caudillos generosos y obispos guerreros. De requemados desiertos y vegas ubérrimas. De sombreados conventos y harenes con servidores eunucos. De semblantes morenos y miradas profundas. De citas coránicas, de himnos religiosos, de hombres cautivos y mazmorras sin sol, de la guerra y de la paz, de la esclavitud y de la libertad...

El Castillo y la Ermita. El Templo y el Santo. La fantasía, más ligera que nunca, borda sus recamos. El corazón, abierto para todos. Armonía. Ansia vital. Bajo el cielo azul. Moros y Cristianos.

¡Mi Petrel en Fiestas!

¡Vengan las Fiestas!

Las fiestas son como rocío bienhechor que vivifica la sequedad que el ritmo de la vida cotidiana imprime al corazón. Son como un remanso de paz en el que reposa el espíritu. Como el rayo de sol que penetrando por entre las tinieblas del afán diario, pone luz de esperanza en la existencia del hombre.

Obran como sedante para los nervios en tensión violenta y permanente, fruto obligado de la rapidez del siglo en que vivimos, porque el hombre, en esos días, se olvida de sus grandes problemas; se desentiende de los obstáculos que se entrecruzan en su camino y quedan como amortiguados los golpes de las preocupaciones que le asaetean.

Fechas no por renovadas menos imborrables. Que poseen características muy suyas y particulares: el familiar lejano que viene; el conocido que llega; el forastero que se acerca... Días de expansión y recogimiento familiar, en los que se aúnan voluntades y se funden propósitos y se estrechan los vínculos indestructibles de la amistad y del culto religioso-patriótico.

Días en que la moza viste sus mejores galas y luce su mejor sonrisa. En que la juventud desparrama por doquiera el caudal inagotable de su alegría. En que la vejez siente con mayor intensidad la dulce nostalgia de otros tiempos pasados. Ilusión, sueño, esperanza... ¿Qué fuera la vida sin eso?

Las fiestas son, deben ser, para el alma éxtasis y poesía también. Ofrenda de amor. Llama de amor divino, que no se extingue. Deleite de amar que nunca acaba. Una música que suena. Un cohete que restalla. Una plegaria que se eleva. ¿No es eso, a la vez, misticismo y poesía?

Las fiestas son necesarias, hoy más que nunca, porque todos gozan en ellas y esa participación en común es como la esponja que absorbe rencores, que borra diferencias, y limpia manchas de odio... Las fiestas engendran serenidad y constituyen un hontanar de humanas ilusiones y ¿por qué no? de rientes esperanzas.

Vengan, pues, las fiestas y ¡benditas sean! Retoce el chico, solácese el grande y vivan todos, esos días, más que para el mundo, vivero de cizañas y discordias, para la Reina y Señora, nuestra Patrona, compendio de bondades y refugio de todos los amores.

Así queremos las fiestas: a la española. El sentido cristiano informándolo todo. Con alegría un tanto pueril, si se quiere, pero sana. Con interminables reuniones familiares, retorno a un pasado glorioso de feliz recordación. Con caridad operante, no estática, que ahogue, al menos en esas fechas, las necesidades del desvalido.

Así anhelamos las fiestas. Como las de antaño. Inmutables. Como eterna e inmutable es la doctrina de Cristo. Como inmutable y eterna es el alma de la Patria.

1947



Juli y Enrique, año 1948

La verdad de la Fiesta

La Fiesta de Moros y Cristianos en Petrel transforma poéticamente la prosa de su acontecer diario.

Petrel se abre, como en una gigantesca eclosión primaveral, y brotan en sus calles pinas y en sus plazas recoletas y silenciosas, que saben de leyendas y consejas, estampas deslumbradoras y doradas reminiscencias de un lejano ayer ahondado en lo más profundo de su recia vitalidad.

Es como si el sedimento depositado por los siglos en los estratos más recónditos del alma petrolanca aflorara a la superficie, con presión violenta y avasalladora, hecho Comparsas, música y pólvora.

Porque Petrel, en esas fechas, se entrega generosamente a su Fiesta, y es sonrisa en la Abanderada e ingenuidad en la Rodela, bullicio en la Entrada y recogimiento en la Procesión. Petrel es aliento fecundo que se nutre en las vigorosas raíces de su historia en la Embajada y es nave galana que navega por el sereno mar de su tradición. Petrel es testimonio de las ágiles vivencias de su fe, vinculadas a su Patrón, y es, en suma, un todo armonioso que no se diluye en peligrosos modernismos percederos sino que mantiene, con pulso firme y gallardía incuestionable, los inmutables principios que recibió de sus antepasados.

Las tortuosas callejuelas, las plazuelas silenciosas y los pequeños rincones en los que no penetran los rayos solares temerosos, sin duda, de desvelar sus castas intimidades, que recuerdan, tal vez, el roce de las chilabas agarenas, despiertan, por unos días, de su letargo secular para ofrecer, en renovada paradoja, el bullicio de la fiesta y la llamarada de su colorido. Petrel, del brazo de la leyenda, desparrama sus íntimas emociones y vuelca el caudal de su ternura hecha fe y añoranza de su pasado. Petrel pulsa la lira no de un romanticismo desmayado sino de una verdad suya, que por tan suya, contribuye, con líricos temblores, a contornear, de forma decisiva, el conjunto de su caudal afectivo.

Quien no haya visto a las abuelas llorar viendo a sus nietas Abanderadas, quien no haya contemplado a los padres recibiendo el beso de su Rodela, quien no haya observado la resonancia familiar que la Fiesta tiene en todos los hogares petrolancos, tal vez no acierte a comprender el raudal de sensaciones emotivas que ella constituye.

Porque detrás de los bastidores de la representación colorista, de los nostálgicos recuerdos y de las remembranzas añejas, de la alegría de los desfiles y del estampido de la pólvora, de la hermosura de las Abanderadas y de la ingenuidad de las Rodelas, del despilfarro económico y de la juvenil algazara, parpadea una luz que no se apaga porque se alimenta de una verdad rotunda como un axioma y precisa como un teorema: la verdad del pasado, que Petrel se empeña en no olvidar, y de una fe de la que todavía, gracias a Dios, no ha abdicado. De otra suerte, la Fiesta no sería más que un conjunto de bambalinas colgadas en un gigantesco escenario apto para el desfile de la vanidad humana y conveniente para la más caricaturesca comicidad.

Esa es la verdad, la gran verdad, por la que a Petrel le resulta sumamente fácil montar, por tres días, el fabuloso espectáculo de su Fiesta, pero es porque, al amor de esa verdad definitiva, Petrel, durante el resto del año, viste de Fiesta su corazón.

1960



Año 1925

La tristeza y la alegría

Como todos sabemos, la vida de los hombres y de los pueblos discurre como un río entre la orilla donde existe un signo de tristeza y la ribera donde brilla un rayo de alegría. Sol y sombra. Y los acontecimientos diarios van forjando, progresivamente, la historia de la humanidad que, bajo el punto de vista moral, cuenta con mayor número de fracasos negativos que de logros positivos.

Indudablemente, el hombre, a través de su singladura vital, generalmente se halla siempre más cercano a la tristeza que a la alegría. No importa la dimensión de su cometido. De una manera o de otra, se sentirá más veces inmerso en el mar de la desesperanza que cruzando el espacio a lomos de la rosada nube de la ilusión.

Dicen los sociólogos que el hombre de hoy se halla enfermo de tristeza. ¿Por qué?

Tal vez, a manos del consumismo, hemos enterrado la vida interior. Puede que tomemos lo pasajero por lo intemporal. Quizás por el bombardeo propagandístico que sufrimos, estamos dando prioridad a unos valores materiales, que nos arrebatan con falsos cantos de sirena y aplastan otra clase de valores -espirituales- de tan indiscutible actualidad.

Por todo eso, yo abrigo la seguridad de que son necesarias las Fiestas. Y sin penetrar en el transfondo de las de Moros y Cristianos, esa brutal explosión de alegría y colorido viene a hacernos olvidar tanta incoherencia humana y tanto absurdo social, engendrados en las profundidades más hondas de la irresponsabilidad.

Petrel, con su innegable buen hacer, implantó, hace muchos años, sus tradicionales festejos, en honor de San Bonifacio, el gran pecador y, posteriormente, mártir por su fe. Y, afortunadamente, nuestro pueblo sabe conjugar, de manera inteligente, la alegría desbordante de sus fiestas con una indiscutible espiritualidad. Y de ese modo, al menos durante esas fechas, el río vital de su existencia discurre por entre riberas sin tristeza, entre orillas restallantes de gozo esperanzador; de limpia y humana satisfacción. Gozo y satisfacción nacidos en el hontanar del amor. Amor

que se traduce en deseos de unión, en anhelos de compenetración y en sincera ansia de forjar, entre todos, un futuro más alegre y prometedor...

Yo creo en la necesidad de las fiestas. Porque toda fiesta, sea cívica o religiosa, austera o colorista, ruidosa o callada, llega siempre pretendiendo aminorar la inevitable tristeza humana y, rasgando las nubes de un cerrado horizonte, abrir paso a un blanco rayo de sol que contribuya, de forma decisiva, a que en las interioridades anímicas del hombre se haga realidad la limpia luz de una alegría esperanzadora.

Hay una incuestionable trascendencia en todo ello. Porque es preferible, claro está, la alegría a la tristeza. Y es mejor, mucho mejor, que el pueblo ría a que lllore.

Por eso creo en la necesidad de las fiestas.



Año 1957

El alma de la Fiesta

No es una conmemoración académica o protocolaria de la Reconquista la que realiza el levantino pueblo de Petrel al celebrar sus seculares Fiestas de Moros y Cristianos.

Ni es una evocación rutinaria y sin alma de la gesta hispana por antonomasia lo que pretende efectuar este pueblo por tantas cosas admirable. Si así fuera, sus fiestas quedarían reducidas a una carnalada grotesca, condenadas, por ello, al fracaso y a la desaparición. Si fuera así, pronto, sin duda, asistiríamos al entierro de este festejo fastuoso que causa verdadera admiración entre los que tienen la fortuna de poder contemplarlo siquiera sea por una sola vez.

Si alguien preguntara cómo es posible que el materialismo moderno no pueda acabar ni destruir estas fiestas insuperables -burda payasada, al decir de muchos- podría dársele esta adecuada contestación: ¿Pero es que acaso lo material puede acabar con lo espiritual o el cuerpo vivir sin alma? Por eso, si las fiestas, en virtud de las diversas circunstancias por que ha atravesado España, han tenido épocas de esplendor y periodos de decadencia, han pervivido precisamente porque no carecen de alma, porque son verdaderamente populares, y todos sabemos que la popularidad no se alcanza por capricho sino por sólidas razones y concretos argumentos.

Yo conozco un sinfín de festejos y una gran cantidad de manifestaciones populares, piedras preciosas del joyel esplendoroso del folklore español. Mas cuando anualmente renuevo mi emoción contemplando estas fiestas memorables, me olvido de todo y no vacilo en afirmar que esta espléndida demostración de Moros y Cristianos constituye, a mi juicio, una rotunda afirmación de que ningún pueblo puede superar al Levante españolísimo y artístico, de fantasía exhuberante -indudable legado árabe- en la conservación de los valores espirituales que él cuida con tanto amor y pulcritud.

No es ya el desfile majestuoso y solemne de las Comparsas, ni toda la grandeza que encierra la Embajada, trozo que parece arrancado del Romancero. Ni es la emoción que fluye de los actos religiosos, ni la alegría que, en estos días, todo lo invade y hace que los semblantes de la gente parezcan más satisfechos y que penetre un rayito de esperanza aun en el hogar más humilde o desgraciado. Es un algo impalpable e impreciso que flota sobre Petrel durante sus Fiestas Mayores. Es como si el recuerdo del pasado, el alma de los muertos, los atavismos raciales, el orgullo nacional, la costumbre familiar y la gloriosa herencia de una lejana tradición empujaran a este pueblo ejemplar a la rememoración de la hispánica hazaña que, si bien duró ocho siglos, tuvo por principal virtud sancionar el triunfo definitivo de la Cruz sobre la Media Luna. He ahí el alma de la Fiesta.

Hay algo más que protocolo o academicismo en la conmemoración que Petrel realiza de la Reconquista. Hay más realidad que ficción en esa evocación porque se pone alma en ella y cuando así se hace, aun las cosas más pequeñas tienen importancia y las grandes -casi es impropio decirlo- alcanzan su más excelsa expresión. Ese es el mérito más señalado, a mi entender, de las fiestas de este pueblo. Fiestas de gracia y de luz que nadie podrá destruir y que ni aun el tiempo, implacable destructor de muchas cosas de los hombres, podrá aniquilar. Porque tienen alma y, como todos sabemos, el alma es inmortal.



Año 1977

De la Fiesta, con amor

La Fiesta, vieja ya y siempre joven, si viene a despertar, cómo no, remembranzas añejas, viene también, con su proyección cara al futuro, a contornear la eterna esperanza que todos llevamos dentro.

Si por derecho positivo el hombre está sujeto a la ley, por derecho natural siente anhelo de la pervivencia, deseo que esa ley, la creada por él, no debe interferir ni puede, por supuesto, invalidar.

Ese anhelo de eternidad marca su impronta sobre todas las empresas del ser humano y -aun cuando él no lo sepa- contribuye a robustecer unos cimientos que, de otra suerte, resultarían tanto más leves cuanto mayor fuera la fábrica que hubiesen de sostener.

Por ello, claro está, debemos mirar la Fiesta más que con los ojos físicos, con los ojos del alma ya que en ésta, solamente en ésta, radica ese principio de inmortalidad, de eternidad, en suma, que, por derecho natural, nos corresponde. Verdad de Pero Grullo que haremos bien en no olvidar.

La Fiesta es patrimonio común y, si hemos de transmitirla a nuestros sucesores como nos la legaron los que nos precedieron en el áspero camino de la vida, tratemos de hacerlo honradamente dando a la misma ese aire vital de eternidad.

Eternidad que no puede radicar en el «espectáculo» sino en un sentimiento religioso y en el grito de rebeldía contra un poder extraño. Y si no sería prudente desdeñar totalmente la belleza de ese conjunto espectacular, tampoco lo sería, ni mucho menos, olvidarse de los principios a la sombra de los cuales nació y se ha desarrollado nuestro festejo singular.

No caigamos en ciertos papanatismos, ahora tan en boga. Dios es eterno y aunque pretendamos negarlo, lo «sentimos» por derecho natural. Y el que experimenta la injuria de un poder extraño intenta, por todos los medios, liberarse del mismo. Ahí está la eternidad de la Fiesta: Cristianismo y Libertad. Lo demás, aunque se trate de enmascararla, son monsergas que a nadie pueden convencer.

Porque si «España es diferente» -y yo creo que sí- tenemos la obligación de ser fieles a nosotros mismos. Hasta las últimas consecuencias. Y si ahora, con notoria demasía, se habla tanto de autenticidad, seamos, sobre todo y por encima de todo, auténticamente fieles a los principios inmortales de la Fiesta que no son otros más que los de la Religión y de la Patria.

Y si el mundo, amenazado por nubes de confucionismo, va, en movimiento pendular, de la convivencia a la guerra y de la integración ciudadana a la discriminación racial, demos demos nosotros que, en lo tocante a la Fiesta ¡nuestra amada y entrañable Fiesta! sabemos a dónde vamos y qué es lo que queremos.

Porque así, sólo así, contribuiremos a hacer bueno el dicho de «España es diferente» y dar aires de eternidad a nuestra Fiesta conformándola con ese anhelo de inmortalidad que, por derecho natural, llevamos todos en los pliegues más recónditos de nuestra alma.

Fiesta sí. Pero con toda su autenticidad. Porque «España es diferente». Precisamente por eso.



Año 1952

La Fiesta como vínculo de unión

A fuerza de repetirla, resulta un tópico la afirmación de que vivimos en la era de lo social. Y si ésta ha de traernos una ancha fraternidad entre los hombres de toda condición, bien podemos afirmar que la Fiesta, nuestra Fiesta, está firmemente cimentada no sobre la utopía de una nivelación económica, ilógica y antinatural, sino sobre la humana fraternidad de que hablábamos antes.

Si la Fiesta no tuviera otros méritos y otros motivos, ya de por sí sería aconsejable y digna de alabanza pues que ostenta entre sus más preciadas condiciones la de promover y practicar el principio cristiano de la fraternidad y la compenetración entre todos los hombres. Porque ¿quién es capaz de distinguir, en esos días, al pobre del rico, al inteligente del menos dotado, al poderoso del que no lo es? Los componentes de cualquier Comparsa, en esas fechas, no saben hacer distingos. Y allá van todos, confundidos en estrecho abrazo, desgranando las notas de idéntica canción y prendida en los labios la misma sonrisa jubilosa y satisfecha. El embrujo de la Fiesta ha ganado sus corazones y ¿quién se acuerda de diferencias económicas o desniveles sociales? ¿Qué corazón «festero» no sepulta en el olvido, al menos en estos días, posibles rencillas o sentimientos ingratos, y no late henchido de amor y de esperanza?

Todo cuanto tienda a conseguir la compenetración entre los hombres y a suavizar diferencias, sean del orden que fueren, debe ser promovido. Y el que no quiera comprender que en el seno de las Comparsas se forja una hermandad que trasciende después a la vida social es porque el apasionamiento, pésimo consejero siempre, ha suplantado a la moderación o porque el sentido común ha sido sustituido por la perversidad.

Admirables son esas famosas «juntas» en las que nunca falta un trozo de «coca» y un buen trago de vino. Reuniones en las que siempre florece la nota de humor, el chiste oportuno o la discusión, más o menos serena, de la marcha de la Comparsa o de

cualquier aspecto de la Fiesta. Admirable, igualmente, el famoso «sucarrat» en el que se pone punto final a la Fiesta que ha pasado y es como un anticipo deleitoso de la que há de venir.

La vida en común de los comparistas tiene muchos momentos verdaderamente inolvidables. Momentos que contribuyen, de forma decisiva, a la creación de un ambiente de venturosa hermandad que se traduce en una mejor comprensión y en un fortalecimiento de los vínculos amistosos que les unen y que, muchas veces, se iniciaron en el seno de una Comparsa y sólo la muerte puede romperlos.

¡Bendita Fiesta que lleva en sí sublimes sentimientos de camaradería y de unión! Sólo por eso sería ya admirable este festejo, arraigado tan fuertemente en este rinconcito levantino, y al que propios y extraños dedican sus más justas y encendidas alabanzas, que no son caprichosas sino bien merecidas por cierto.



Año 1958

De los Moros y Cristianos

Existen, evidentemente, valores muy positivos en los Moros y Cristianos, que no debemos olvidar. Valores estéticos, históricos, religiosos, festivos...

Valores positivos existen en esos festejos por cuanto contribuyen, de manera importante, para que los pueblos, por unas fechas, se sientan inmersos en un optimismo jubiloso, difícil de igualar, y por esos días, al menos, todos tratamos de disipar la espesa bruma que, nacida en un hontanar de aguas grises, tantas veces oscurece nuestro horizonte vital.

Valores estéticos los que hay en el paso de las Abanderadas y en la gallardía de los Capitanes, así como valores históricos los encontramos en los altisonantes parlamentos de los Embajadores, rememoración de unos hechos históricos acaecidos en siglos pasados, durante los turbulentos tiempos de la Reconquista.

Valores festivos los hallamos en esa Embajada jocosa, todos los años renovada, que pone en solfa a tirios y a troyanos y que, casi siempre, realiza la crítica, a fondo y de manera sobradamente gráfica, de los problemas económicos o de los desaciertos municipales. Y todo ello en nuestra lengua vernácula, que tan regocijante nos resulta por su gracia incuestionable.

Patentes valores religiosos se encuentran en la Misa y en la Procesión que, en honor del Patrono o de la Patrona, se celebran obligadamente y que, por su especial condición, pueden movernos a intentar una renovación espiritual, que tanta falta nos está haciendo a todos.

Hay valores estéticos en los majestuosos desfiles al son del pasodoble, tan español, y en las suntuosas Entradas, cuando las marchas moras golpean nuestra frente con el estruendo de los timbales y traen a nuestra mente misteriosas reminiscencias del Africa próxima o del Oriente lejano.

Valor positivo existe en ese cromatismo delirante en las Comparsas que, inundando las calles espaciosas o asomándose a las antañonas plazas recoletas, viene a modificar, en días tan señalados, los tonos grises del acontecer diario.

Los Moros y Cristianos tienen también hondas resonancias espirituales porque retornan a nosotros, anualmente, cargados de nostalgia de vivencias juveniles, de tiempos idos, de imposible recuperación.

Festejos formados por variedad de facetas son, a la vez, bulluciosos y alegres, silenciosos y pausados, estrepitosos o recogidos. Diversidad de facetas que, reunidas, forman el conjunto armonioso que confiere a los Moros y Cristianos esa brillante peculiaridad, sobradamente conocida.

Es Fiesta que reúne las condiciones precisas para resistir el paso de los años, porque en ella participa todo el pueblo, en un ansia lógica de diversión y esparcimiento y porque, sobre todo, además de los valores enumerados, posee, en el fondo de la misma, dos sentimientos que viven parejos en el alma hispana: el amor a la libertad y un anhelo de eternidad.



Año 1951

Reflexión sobre la Fiesta

Generalmente, cuando se habla o escribe sobre esa incruenta y fabulosa representación que son los Moros y Cristianos, se remarca siempre su aparato externo y se mantiene oculta la labor, silenciosa y gris, tan henchida de valores humanos, de los organizadores de los mismos.

Se resalta la bizarría de los Capitanes, la elegancia y belleza de las Abanderadas o de las Reinas de la Fiesta, la gracia de los Pajes o Rodelas o los tronantes parlamentos de los Embajadores.

A muy pocos se les ocurre pensar que para que todo ello se materialice en tangible realidad, para que todo el fastuoso deslumbramiento colorista quede grabado, de forma indeleble, en nuestras retinas y consiga todo el impacto, todos los años renovado, en nuestras almas, es preciso que existan esos hombres, de labor callada, organizadores, sin tregua, de los mil detalles, económicos o sentimentales, que mueven el gigantesco engranaje de la poderosa máquina festera.

No, la Fiesta no es tan sólo ese período de tres o cuatro días de estruendo y bullicio. La Fiesta se gesta y configura a lo largo de todo un año, dedicando a la organización de la misma muchas horas de estudio y planificación, tal vez robando tiempo a un merecido descanso.

Para hacer posible la publicación de una Revista literaria con empaque artístico, a todo color, con profusión de artículos serios o humorísticos, de trabajos poéticos y de convincentes ensayos, hay que dedicar un tiempo dilatado, y unos recursos económicos que hay que buscar y conseguir.

Para lograr que las numerosas bandas de música realicen con exactitud su cometido, que los actos festeros se desarrollen con puntualidad, que exista orden en las Comparsas y se reprima el gamberrismo que, en ciertas ocasiones, aflora a la superficie, han de existir «a priori» una programación meticulosa y unos hombres encargados de su cumplimiento.

Y, precisamente, esos hombres, que no buscan en su labor ningún rendimiento crematístico y sí la íntima satisfacción de haber cumplido con su deber, producto de un amor desmedido a su pueblo o a su Fiesta, reciben, en algunas ocasiones, desplantes inmerecidos e incomprensiones inadmisibles. Se merecen otra cosa. Por lo menos, un respeto y una consideración que, por lo visto, algunos no saben -o no quieren- dispensar.

Estimo muy conveniente que todo festero adquiriera la convicción de la imprescindible necesidad de esos hombres y de lo meritorio de su labor. Convicción absolutamente necesaria para que esa Fiesta, tan profundamente levantina, alcance una auténtica madurez, tanto más irreversible cuanto mayor sea el arraigo de ese convencimiento.

Así, sólo así, se conseguirá la indestructible perdurabilidad de tan singulares festejos como son los de Moros y Cristianos.



Año 1960

El «aire» de nuestra Fiesta

En realidad, todas las Fiestas de Moros y Cristianos tienen unos puntos esenciales que forman, bien pudieramos llamar, el almacén de las mismas: «Entradas», «Día d'alardo» o «Guerrillas», «Embajadas», Misa y Sermón en honor del Patrono o Patrona, bajo cuya protección se celebran, y Procesión. Los Musulmanes, que ganan el primer día la fortaleza, y los Cristianos, que la recobran el siguiente. Desde luego, con ligeras variantes, esos son los números principales de la Fiesta y ellos constituyen su meollo.

Sin embargo, a pesar de ser todas iguales, todas resultan distintas. He ahí lo delicioso de las mismas. Su variedad dentro de su uniformidad. Y es que, claro está, cada pueblo tiene su idiosincrasia y las reacciones temperamentales propias de su carácter. Me explicaré.

En unas partes, los Cabos de Escuadra, por ejemplo, accionan de manera distinta a las de otras. Ciertos pueblos se caracterizan por una cadencia especial al marcar el paso. Los de más allá, por un orden desordenado en la celebración de los distintos actos y hay otros que tienen como mejor gala la puntualidad más exigente y el orden más estricto en el desarrollo de los que, como película de color, se van sucediendo. Todo es cuestión de temperamento. De ahí el «aire» distinto que hemos podido apreciar en cuantas fiestas, de este género, hemos contemplado.

En esto Petrel no podía ser una excepción. Tiene «sus» Fiestas. Inimitables, por cierto. Porque ese aire propio no puede ser imitado, como las de Villena, pongamos por caso, o el de las de Onteniente, que no tengo la fortuna de conocer.

Si el rigorismo histórico, escueto e implacable, tuviera que, en lo externo, imperar y sujetar a norma exacta la Fiesta de Moros y Cristianos, mucho habría que suprimir y, desde luego, bastante que agregar. En eso creo que estamos todos de acuerdo.

Pero si lo histórico es la sustancia vital que las mueve, no todo en ellas es realismo, por cuanto queda un amplio margen para la fantasía que, desbordando los cauces de la realidad, nos lleva por las rutas del sueño y por los rumbos de la ilusión.

De esto sabemos algo aquí. A nadie se le ocurriría designar a una mujer como porta-bandera de una fuerza armada. En Petrel, sí. Mayor disparate no puede concebirse. Sin embargo, ¡deliciosa incoherencia esa que es causa de que la mujer se convierta en actor principal de esta Fiesta que parece proyectada solamente para hombres! Esa es la razón, sin razón -valga el juego de palabras- de nuestras Abanderadas.

La Abanderada es la Reina de la Comparsa -cada una tiene la suya- y todas, en conjunto, las áureas Princesas de la Fiesta. Esa innovación que Petrel introdujo en sus Fiestas, hace 60 ó 70 años, podrá disminuir el realismo de las mismas pero produce un impacto de gracia alada que nadie puede discutir. Tan es así, que no dudamos en afirmar que a ella se debe el prestigio y la fabulosa fastuosidad de las nuestras. Quien las haya contemplado abundará, estamos seguros, con nuestra modesta opinión.

Yo no sé si nuestros antepasados, al introducir esa modificación, andarían o no acertados. Pero tal vez si consultáramos a los miles de espectadores que todos los años contemplan nuestros festejos es casi seguro que obtendríamos una aplastante mayoría de opiniones favorables. Y váyase el menor realismo en gracia a la graciosa fantasía.

Si todas las Fiestas de Moros y Cristianos son iguales y distintas, las de Petrel se distinguen por ese «aire» especial que la mujer infunde en todos los actos que protagoniza. Y aunque la lógica no pueda entender esa tremenda incoherencia que en Petrel se produce, no cabe la menor duda que es grata al festero y resulta agradable para el espectador que, al fin y al cabo, son los que hacen y mantienen la Fiesta.

Evidentemente, las Fiestas de Petrel son distintas a las de otros pueblos. Porque tienen un «aire» singular. El de sus graciosas y bellas Abanderadas que todos los años, con su presencia, escriben una página de delicada e inimitable poesía.

Alrededor de la Fiesta

Atavismos árabes, tal vez; quizás rasgos y perfiles de ascendencia mora, hacen que el levantino se sienta enamorado de estas dos cosas: el color y la pólvora.

Prescindiendo, pues, de otras condiciones y argumentos: religiosidad, tipismo, tradición, etc., las Fiestas de Moros y Cristianos descansan principalmente sobre esos recios sillares que hemos mencionado antes, y a los que tan entrañablemente unido se siente el hombre del levante español.

Es verdaderamente notable que la Rodela, en un alarde de despreocupación y gallardía, sostenga la vista fija en el Capitán mientras éste, frente por frente a ella, suelta sus estruendosos trabucazos.

Resulta sintomático, igualmente, que los comparsistas menudos se hallen tan satisfechos entre el estrépito infernal que arman sus compañeros mayores de Comparsa, con los estampidos regulares y continuos de sus arcabuces.

En estos actos infantiles, tan naturales en nuestros niños, pero que resultarían irrealizables en los de otros pueblos, vemos un hecho diferencial que nos ha movido, más de una vez, a considerarlo cuidadosamente. Creemos que en él influyen decisivamente sedimentos raciales de otro pueblo que nos dominara durante siglos y cuya raza, al fundirse con la nuestra, aportó, como es lógico, muchos de sus defectos, pero también, como es natural, muchas de sus virtudes.

Ese mismo razonamiento puede aplicarse al colorido de nuestras fiestas. Nadie podrá explicar satisfactoriamente, por qué, si la Reconquista abarcó la casi totalidad del territorio nacional, tan sólo se celebre el simulacro de Moros y Cristianos en nuestra región.

Y es que al levantino, como al árabe, le seducen los colores vivos, las sedas, el lujo, el brillo, producto todo ello de su exaltada fantasía. De ahí nace esa borrachera, de colores de nuestras

fiestas. Esa policromía que vemos plasmada en todas las Comparsas y, principalmente, en las que simbolizan a los seguidores de Mahoma.

¡Qué maravillosas resultan esas mañanas de mayo, en las que la luz viva y esplendorosa del sol reverbera sobre los colores de las indumentarias cristianas y agarenas y que, si nos recuerdan unas épocas de dominación, felizmente superadas, tienen también la virtud de despertar en nosotros la memoria de la pompa y fastuosidad orientales!...

Estas fiestas, tan típicamente levantinas y tan ampliamente populares, hasta el extremo de que en el correr de los años muy pocos de nuestros paisanos habrán dejado de sentir la tentación de formar en el bando sarraceno o adornarse con la indumentaria cristiana, siguen teniendo, entre otros, dos motivos, símbolos propios de los pueblos orientales: pólvora y color. Colorido y contrapunto guerrero, bien que incruento en esta ocasión, dos cosas tan profundamente queridas por los pueblos árabes y a las que tanto nos vinculamos tal vez por sedimentos raciales. Todos los que sinceramente amamos estas fiestas, en el transcurso de las cuales corren regueros de pólvora, nos sentimos deslumbrados por el color que a raudales penetra por nuestros ojos formando en nuestros corazones una sinfonía cromática, a la que no es posible sustraerse por ninguno de los que las presencien.

Y así un año y otro, el humo de la pólvora y el color de las Comparsas, van formando el himno de gloria que Petrel ofrenda a esa augusta matrona que es España.

El origen de estas Fiestas

Los pueblos cultos, que se caracterizan por su elevación espiritual, tienen siempre un marcado interés en conservar costumbres y tradiciones que forman parte de su alma y son consustanciales con su forma de ser.

Y por cuanto cultivar nuestras tradiciones es afirmar nuestra historia ¿qué duda cabe que hacemos Patria engrandeciendo las Fiestas de Moros y Cristianos, símbolo de la Reconquista?

Siendo así, estamos en completa disensión con los que pretendan hacer de estas fiestas una burda mascarada. Eso equivale, ni más ni menos, que a mixtificar el fondo, el motivo que las anima. Hay un hálito religioso, un soplo patriótico que les da vida perenne y pretender negarlo sería tanto como desconocer el espíritu que las hace perdurar.

¿Podemos dudar que desde Pelayo a Fernando el Católico hay un número impresionante de Capitanes invictos puestos al servicio de la mejor causa: la liberación de España?

¿Acaso no es evidente que el periodo que abarca la Reconquista es pródigo en hechos gloriosos e inmarcesibles que constituyen páginas de oro de la historia patria?

¿No es cierto que sólo el tesón de una raza como la nuestra pudo sostener durante ocho siglos el deseo, mil veces con sangre rubricado, de sacudirse un yugo extraño?

Luego entonces hay un motivo fundamental para que estas fiestas no decaigan ni se pierdan. Existen esos tres pilares, tan armoniosamente conjugados: el Religioso, el Patriótico y el Tradicional.

Por eso, precisamente, cada año, al celebrar nuestras fiestas, no hacemos más que rendir culto a Dios, honrando a San Bonifacio, continuar una añeja tradición y cantar las victorias de España, de esta Patria nuestra, abrumada de laureles y de gloria, pues como dice el poeta:

«No hay un puñado de tierra
sin una tumba española».

Impere, pues, en todos el bullicio en estos días. Contemplan con alegría la magnífica estampa de luz y color, plasmada en la realidad de las Comparsas. Pero sientan todos también el amor a la Religión, la fiebre del amor a España y el amor al sentido tradicional de nuestros festejos, imperioso legado de los antepasados. Que, al fin y al cabo, no otra cosa son nuestros Moros y Cristianos más que un canto a la Cruz, a la Patria y al espíritu imperecedero de la raza, entroncado todo ello con la más rancia y depurada Tradición.

1944



Año 1989

Comentando nuestra Fiesta

Cuando Petrel lance al vuelo sus campanas, el 12 de mayo, y den comienzo sus Fiestas de Moros y Cristianos, habrán transcurrido más de trescientos cincuenta años desde la fecha en que nuestro pueblo proclamó como su Patrono a San Bonifacio, mártir.

No sabemos cuándo dieron comienzo tan tradicionales festejos pero es lo cierto que estas fiestas han cristalizado en un espectáculo fabuloso, causa de admiración para el forastero que nos visita. Por eso, si no abrigáramos el temor de ser tachados de un excesivo localismo, sentaríamos la afirmación de que nuestras fiestas, en esta clase, son las mejores de España. Pero, huyendo de aquel peligro, sí podemos decir, con toda justicia, que son unas de las más brillantes.

¿Es que Petrel posee grandes medios económicos? No es esa la razón, a nuestro entender. ¿Es que su población es muy importante? Tampoco es ese el motivo. No existe otra explicación si no la de que en otras partes la Fiesta la hacen solamente las Comparsas y en Petrel toma parte en ella el pueblo entero.

Es rara la familia que no tenga alguno de sus componentes enrolado en una de las Comparsas. Y siendo así, la casi totalidad de ellas está vinculada a la Fiesta. Todos hemos oído en nuestros hogares frases como éstas: «Cuando el abuelo fue Capitán», «Cuando mi hija fue Abanderada».

Y, claro está, como los hijos de Petrel, desde que tienen uso de razón, oyen comentarios sobre la Fiesta y crecen viéndola o viviéndola directamente, no es raro que se sientan firmemente entroncados con la misma. Y de tal manera que nunca más podrán vivir sin sentir la nostalgia de esos tres días anuales, amasados con alegrías y, muchas veces también, con lágrimas.

Para que el milagro de nuestras fiestas pueda renovarse todos los años hacen falta medios económicos. De acuerdo. Pero ellos por sí solos nada resolverían en este aspecto. Ejemplos

recientes y bien cercanos los tenemos a la vista. Para que esa manifestación festera perdure, en todo cuanto lleva en sí de organización y grandeza, es imprescindible que la presión afectiva obre eficazmente sobre el individuo, y ello no sobre una reducida minoría sino en forma amplia y casi general.

Y, desde luego, abrigar la convicción de que ella no es tan sólo un desfile lleno de cromatismo y un pretexto para la diversión, criterio inaceptable, sino que es consecuencia de una emoción colectiva que, aparte del divertimento que genera, tiene otras motivaciones espirituales que quedan patentizadas en esa demostración festera que Petrel ofrece todos los años.

Sólo así, a nuestro entender, puede explicarse el milagro de nuestras Fiestas.



Año 1940

Lo permanente de la Fiesta

Desde los lejanos días en que Petrel empezó a celebrar sus Fiestas de Moros y Cristianos, en honor de su Patrono San Bonifacio, hasta estos modernos tiempos en que esos mismos festejos han alcanzado su culmen esplendoroso, han transcurrido muchos años, se han sucedido las generaciones y en el estadio de la vida local han marcado su impronta diversos hechos acaecidos desde entonces.

Los modernos tiempos han transformado muchas cosas y las reformas urbanas han alargado la silueta querida del Petrel antañón. El Petrel labrador y artesano, de principios de siglo, se ha convertido en un complejo industrial que nadie puede ya desconocer. Nuevas costumbres, nuevos métodos, nuevos elementos se han integrado definitivamente en la vida de nuestro pueblo y modernas concepciones de la vida han tomado -se quiera o no se quiera- carta de naturaleza entre nosotros.

Todo eso es innegable. No obstante, hay una cosa, existe un sentimiento que permanece inalterable en el corazón de los buenos hijos de esta villa antañona, situada en las estribaciones del Cid: el amor a unas tradiciones que nadie ni nada han podido borrar.

Por eso, pese a los inevitables cambios que el tiempo, gran devorador de las cosas humanas, impone sobre el medio ambiente de los pueblos, resulta consolador comprobar que no todos los valores inmanentes del espíritu pueden ser consumidos en la gran pira del materialismo moderno.

Ese es el caso y el milagro de nuestras Fiestas de Moros y Cristianos, que crecen continuamente y que resultan casi inexplicables para los forasteros que, conocedores de nuestra demografía, nos visitan en esos días. Y es que Petrel las considera como una honrosa e indeclinable herencia de sus antepasados y a ellas consagra sus mejores propósitos y sus más excelentes deseos.

Nuestros abuelos, nuestros padres, nosotros mismos, nos encontramos, al abrir los ojos al gran espectáculo de la vida, con el cuadro animado de nuestros singulares festejos. El contraste de sus luces es tan vivo, la alegría de sus manifestaciones, tan espléndida y sus símbolos, tan reales y profundos que al quedar para siempre prendidos en nuestras retinas y esculpidos de forma indeleble en nuestros corazones, los consideramos ya como consustanciales con la vida de nuestro pueblo, hasta tal extremo que nos resulta inconcebible Petrel sin sus "Festes de San Bonifasi", y las Fiestas de Moros y Cristianos nos parecen desvaídas sin el marco incomparable del pueblo que nos vio nacer.

Petrel, en este sentido, está dando una lección de buen hacer y una prueba de su exquisita sensibilidad, pues que si no desdeña el progreso material sabe conjugarlo tan armoniosamente con las cosas del espíritu, que de esa mezcla admirable se derivan nuestras Fiestas, orgullo de los petrelenses y asombro de los que no lo son, y magnífico exponente, al mismo tiempo, de todo un pueblo que tiene a gala ofrecer al forastero, al par que su hospitalidad, una muestra magnífica de su respeto de la tradición y culto de los valores espirituales.



Año 1986

La Fiesta y su supervivencia

Si los Moros y Cristianos fueran, única y exclusivamente, una manifestación de tipismo regional, nada o muy poco dirían al alma de los pueblos que los celebran. Si los Moros y Cristianos, con toda su riqueza folklórica, llegaran solamente a renovar periódicamente un externo regocijo, con su poquito de juegucita encubierta, poco podría decirse también sobre los mismos.

Pero cuando se profundiza en esa Fiesta singular, tan ardorosamente alicantina, se descubren en ella matices insospechados, sutiles sensaciones anímicas y frescas vivencias de resonancia espiritual incuestionable.

No se trata ya de admirar solamente su deslumbrante polícromía ni de sentir tan sólo el encanto de las simbólicas imágenes que ella nos brinda sino de ahondar hasta sus vigorosas raíces y descubrir las poderosas razones que mueven a este Levante, tan español, a su celebración.

La Fiesta, como espectáculo solamente, no abrigaría las suficientes razones para asegurar su pervivencia. Sería una diversión más, carente de ese raudal de sensaciones emotivas, firmemente enraizadas en el alma popular, que, por sí solas, han hecho posible su dilatada continuidad. Sería una Fiesta «por fuera» sin Fiesta «por dentro», que es lo más triste que puede ocurrirle a una Fiesta.

Precisamente por ese afán de que el espectáculo de la Fiesta resulte cada año más agradable y vistoso, con olvido de los supremos valores de la misma, es por lo que vislumbramos cierto peligro de que, con el tiempo, Dios no lo quiera, degenere en algo que «entre» por los ojos sin que produzca el sensible y necesario impacto en el corazón de los pueblos.

La Fiesta ha de ser cuidada en su aparato externo porque así lo demandan los tiempos actuales. Ahora bien, lo que no puede hacerse, si queremos evitar su segura ruina, es ignorar que la voz de la Fiesta es el grito de la historia y el heraldo de una fe puesta

a prueba durante la Reconquista. Nada valdría, por supuesto, a falta de esos valores que, aunque no se crea, virilizan al hombre contribuyendo, de forma decisiva, a vigorizar los indeclinables sentimientos del engrandecimiento patrio y ayudan a percibir el mudo idioma de la tradición que, paradójicamente, nos está hablando desde lo más profundo de esos festejos deslumbradores.

La Fiesta tiene una vertiente externa, que es la representación colorista de las Comparsas, de violentos contrastes cromáticos, de luces y sombras, de realismo y fantasía. Pero tiene también otra vertiente más íntima, más escondida, más... vertiente porque es la vertiente que vierte -valga la redundancia- las limpiadas aguas de la fe y de la historia sobre el corazón de los que la sienten de veras.

Petrel cuida su Fiesta como espectáculo pero, afortunadamente, no olvida el espectáculo interno de la misma, que es el que, en definitiva, ha de perdurar si queremos que los Moros y Cristianos no se conviertan en representaciones zarzueleras, con prendas de guardarropía, aptas para el turismo y muy convenientes para ciertas intemperancias.

Abrigo la seguridad de que nuestro pueblo, en lo relativo a sus fiestas, discurre por el buen camino. Si no lo abandona, la pervivencia de sus tradicionales festejos está asegurada. Eso, al menos, es lo que, de manera ferviente, deseo yo.



Año 1926

La Tradición en los pueblos

Cuando un pueblo se entrega de corazón al cultivo de unos valores tradicionales y se identifica plenamente con ellos, es evidente que el tiempo, lejos de aminorarlos, contribuye al arraigo definitivo de los mismos, porque si toda tradición lleva consigo una considerable carga afectiva, no es menos cierto que solamente se incorpora definitivamente al alma popular cuando existe una continuidad de ejercicio que es la que crea el vínculo que nada ni nadie pueden romper.

La Tradición es como el cordón umbilical que une a los pueblos con su pasado y, a través de ella se produce, periódicamente, un reencuentro cargado de glorias pretéritas, de fabulosas hazañas y de místicas leyendas, entre el hombre y la institución, entre el indígena y la nación, entre el súbdito y el Estado.

Nadie ha de entender la tradición como un retorno anacrónico al pasado, antes al contrario, todos debemos sentirla como una flecha disparada al porvenir porque si ella, en gran parte, es Historia, aún queda mucha por hacer y mal podrán escribirla los pueblos que pretendan hacer caso omiso de su pasado o traten de ignorar las glorias de un pretérito esplendoroso.

No acierto a comprender el motivo de esa afirmación, falta de responsabilidad, de que lo tradicional ha caducado y de que solamente lo moderno es lo conveniente, porque aún está por ver qué conviene más a los pueblos: si hacer tabla rasa de sus valores tradicionales o poner al paso de la tradición su vida moderna plagada, en muchos casos, de peligrosos exotismos y, en muchas ocasiones, de plagios irresponsables.

Quien renuncia a la tradición está rompiendo la sagrada unión que debe unirle con sus antepasados porque ella no es más, claro está, que una vivencia que nos llega a través del tiempo, y que es como el reflejo de cómo vivieron, cómo sintieron y qué hicieron nuestros antecesores.

Se puede ser muy «moderno» sin desdeñar lo tradicional; se puede ser muy «progresivo» sin avergonzarse de la tradición; se

puede ser muy «siglo XX» sin afirmar que todo lo pasado es re-matadamente malo y todo lo de ahora excelente e inmejorable.

A mi entender, sólo los pueblos que saben conjugar armoniosamente su pasado con su presente, que tienen fe en el progreso sin abdicar de lo tradicional, que se inclinan ante los avances de la ciencia pero que no desdennan la tradición, son los más preparados para ejercer su dominio -y no en el sentido peyorativo de la palabra sino en el de los valores humanos- por las amplias rutas de la historia, cara al mañana de su irrevocable destino.

Yo creo que Petrel está alineado en ese frente espiritual. Por eso, aunque no me unieran a él tantos vínculos indestructibles, esa su manera tan peculiar de sentir y de hacer sería suficiente para enorgullecerme de mi tierra natal.

Cuando estos días de Fiesta suba, como tantos años, a la Ermita situada en lo que Castelar denominó «balcón de España», pediré al Mártir de Cilicia que conserve a Petrel en la línea del progreso, sí, pero también en la del respeto y cultivo de sus bellas tradiciones, de entre las cuales destaca esta de Moros y Cristianos que ha dado fama y prestigio a la Pétrola antañona en la que, muchos siglos después, tuve la fortuna de nacer.



Año 1965

El fondo poético de la Tradición

La Tradición -todos lo sabemos- no se puede improvisar. Tiene su punto de arranque en el impacto producido en el alma del hombre por unos hechos, ya sean históricos o legendarios, o por costumbres remotas, transmitido todo por vía oral o escrita. Pero si tiene un punto de arranque, necesita una continuidad de recuerdo y conmemoración, a través de las generaciones. Sólo así puede convertirse en una parte muy importante del acervo espiritual de los pueblos.

Quien pretenda ver en la Tradición tan sólo un inútil sentimiento de decadente romanticismo demostrará su desconocimiento del corazón humano y de la importancia que ella tiene para la pervivencia de los pueblos bajo signos concretos de unidad e independencia, y aun para la vida misma del hombre.

Hay un fondo poético en toda tradición y si ella está formada por antiguas consejas, por viejas leyendas o por documentos escritos, está también nimbada por un halo espiritual o heroico que contribuye, en gran manera, a mantener vivo el fuego del amor patrio y el noble cariño hacia la tierra que nos vio nacer.

Si el mundo ha de volver a los cauces de la normalidad por las vías del entendimiento entre los hombres, ha de ser por las rutas que marca la primacía del espíritu sobre la materia. No de otra forma puede lograrse y precisamente por querer desconocer esa gran verdad histórica, nos hallamos al borde de ese mundo «sin melodía», del que nos hablaba el inolvidable conde de Foxá.

El paso del hombre por la tierra no puede ser limitado a la corta dimensión de producir y consumir. Simple teoría especulativa que pretende desconocer, aun sin lograrlo, que el hombre tiene alma y, por consiguiente, posee un conjunto sentimental que si puede ser drogado no puede, sin embargo, ser destruido.

El hombre necesita comer. Verdad de Pero Grullo. Pero también necesita soñar. Y cuando extiende las alas de su fantasía empieza a vivir cada uno a su manera, en el mundo poético que todos llevamos dentro.

La Tradición, digan lo que digan, tiene un fondo de belleza y donde existe algo bello hay, como todos sabemos, un aliento de poesía. Por eso, si fuera posible borrar del corazón humano los nobles sentimientos de la religión, del vínculo familiar, de la amistad, del amor, del patriotismo, del honor, de la tradición, de todo, en suma, cuanto tiene un valor poético en el alma del hombre, habría llegado el triste momento de vivir en el mundo fantasmal de los «robots» y de seguir la ruta desesperada del «vivir y envejecer», de Sartre. Producción y consumo. Vivir físicamente, cerrada la esperanza del más allá, con la angustia de saber que se envejece día a día, hora a hora, minuto a minuto. Nada más triste pueden inventar los hombres, a mi entender, que esa filosofía absurda del vivir sin qué ni para qué.

Hoy el mundo está triste. Porque con tanto experimento científico, con tanta exploración del mundo sideral, el hombre medio, el buen hombre de la calle, se siente minimizado y oprimido por la angustia porque sabe que sobre su cabeza pende la trágica espada de Damocles y que bastará que se rompa el débil hilo que la sostiene para que tantos instrumentos científicos se conviertan en medios infernales de destrucción y de muerte.

El mundo está triste porque le roban su «melodía», porque quieren arrebatárle su «yo» poético, porque quieren matar en él su vocación romántica, porque pretenden dejarle sin espacio vital para su quijotismo y hacerle vivir como un Panza cualquiera entregado a la constante tarea de producir y consumir, porque intentan romperle las alas de su fantasía para que nunca más pueda remontar el vuelo hacia su espacio ideal, donde viven las Musas y se refugia la Poesía. ¡Vivir en un mundo sin «melodía», en un planeta sin poesía! ¡Triste destino el de la humanidad si es ése el que le aguarda!

En el aspecto de respetar su tradición y vivirla poéticamente, Petrel está de enhorabuena. Porque Petrel vive su tradición no durante tres días al año sino sin solución de continuidad. Y si siente y vive esa tradición de forma ininterrumpida es porque, gracias a Dios, no ha perdido definitivamente su «melodía», ni ha abdicado, todavía, de ese mundo entrañable y poético, tesoro inapreciable de los seres que raciocinan.

¿Porque qué cosa son nuestras Fiestas sino una gigantesca eclosión de tradición y belleza? ¿Qué hacen ellas sino poblar las viejas rúas petrolancas de rumores romancescos y cantares de gesta? ¿Qué pretenden sino llevarnos por los caminos de la Poesía, por los senderos de la Patria, y por las rutas de la Tradición? ¡Bien haya mi pueblo que sabe arrodillarse ante esos valores supremos! Y mientras esa tradición se manifieste a través de sus fiestas singulares, Petrel estará demostrando, de manera incontrovertible, que aún tiene «melodía» y que el aliento poético no es un romanticismo inútil sino un signo de civilización y un valor espiritual que no todos los pueblos ni todos los hombres son capaces, por desgracia, de saber aquilatar.



Año 1964

¿Es la mejor?

Tan habituados estamos a mirar la Fiesta que muchos, al parecer, ya no la «ven».

Hay quien deja resbalar su mirada sin analizar los detalles del contorno ni captar los relieves de la imagen que mira. Hay quien va por el mundo mirándolo todo, sin enterarse de nada, y hay quien con afán de ver demasiado se concentra en los planos lejanos sin percatarse de los que tiene cerca.

Algo parecido está pasando con nuestra Fiesta que si, desde luego, es buena, nadie está autorizado para afirmar que es la mejor.

¿Porque la vemos como debe ser o simplemente la miramos sin sacar otras consecuencias de la misma más que ese deleite cromático que de ella se desprende? ¿La vemos con mirada capaz de penetrar en los recónditos pliegues de su alma o solamente miramos su contenido festivo y bullanguero? ¿La vemos como alta expresión espiritual o solamente la miramos como espectáculo frívolo e intrascendente? ¿La vemos como proyección de la epopeya hispana por antonomasia o la miramos tan sólo como fiesta que se proyecta de cara a la galería con peligrosas concesiones al modernismo y fáciles complacencias con lo simplista? De verdad ¿«vemos» la Fiesta o simplemente la miramos?

Nuestros abuelos la levantaron sobre los inmovibles pilares de la fe y de la tradición y a ellos habremos de abrazarnos cuantas veces intentemos marcar rumbos de eternidad para la misma. Todo lo demás, en lenguaje concreto, son monsergas.

Aquí todo el mundo habla del lujo de las Abanderadas, de la gracia de las Rodelas y del tronío de los Capitanes. Aquí se comenta con profusión la elegancia de los desfiles o el colorido deslumbrante de las Entradas. Aquí nos hacemos lenguas sobre si las Comparsas son más numerosas cada año o si cada año vienen más forasteros. Bien está eso. Pero y de lo «otro», ¿qué?

La Fiesta es -casi innecesario resulta decirlo- en primer término, recia fe, simbolizada esos días en San Bonifacio y después,

sentimiento patriótico. No sé porqué tanto empeño en conseguir que resulte tan a medida de nuestros deseos y tan a tono con nuestros intereses. ¿No será que los árboles nos impiden ver el bosque? ¿No será que la miramos demasiado pero que ya no la «vemos»?

Hay que llevar al festero al convencimiento de que la Fiesta no está reñida con la alegría, ni mucho menos. Ni que el lujo en el atuendo está en pugna con la misma. Nada de eso. Pero hay que decirle también que el meollo de la Fiesta no es el espectáculo de la Fiesta. Que lo verdaderamente importante es lo «otro». Eso «otro» que parece que todos vamos olvidando.

De otra suerte, la Fiesta, con el tiempo, quedaría reducida a un carnavalito, «muy chiquitito y muy lindo», como dicen por allá. Pero la robusta, la típica, la auténtica «festa de San Bonifasi» se habría esfumado para siempre.

Por eso, sólo cuando la veamos todos como trasunto de la Reconquista, sólo cuando todos sintamos en el fondo del alma una sincera emoción religiosa, sólo cuando todos creamos que la tradición no es una cosa inútil y trasnochada, sino fuente viva de firmeza y heroísmos, sólo cuando no pensemos en tener a la Fiesta a nuestro servicio sino en adquirir la gloriosa servidumbre de ponernos al servicio de la misma, estaremos autorizados para decir que es la mejor. Mientras tanto, podrá ser la más numerosa o quizás la de mayor lujo. De acuerdo.

Pero para afirmar que es la mejor tendremos que mirarla menos por fuera y acostumbrarnos a «verla» más por dentro, no sea que el brillo externo nos deslumbre y nos lleve a la falsa convicción de que es preferible el paso de «ballet» de la Entrada que el solemne paso de la Procesión. Que por frondoso y corpulento que sea un árbol, si arrancamos sus raíces a morir estará condenado y la Fiesta, como todas las cosas de la tierra, está sujeta a las inmutables leyes de la vida y de la muerte y no puede, en modo alguno, ser excepción.

Mirarla menos, en resumen, porque lo que hace falta es «verla» mejor. Eso es lo que importa, lo único que importa y, por consiguiente, en ello estriba toda la cuestión.

Repican las campanas

A gloria repican, otra vez, las campanas de Petrel y flota de nuevo en el ambiente ese «algo» sutil e impalpable, anuncio gozoso de las fiestas que se avecinan.

Hay diligencia en las Comparsas y preparativos en los hogares. Y más de una mozuela cimbreante pierde el sueño soñando con las mieles del triunfo en su gentil papel de Abanderada.

Yo no sé qué misterioso embrujo se adueña de mi tierra natal cuando el anuncio de sus tradicionales festejos parece asomar por las crestas doradas del Cid. Desde entonces, en Petrel todo ríe, todo canta, todo es prometedor...

Yo no sé qué tiene esta Fiesta singular que arrastra tanta voluntad, que mueve tanto entusiasmo, que se adueña de tanto espíritu, que lleva la alegría a tantos hogares, que hace la risa femenina más cantarina y que, me atrevo a afirmarlo, consigue que los propósitos de todos sean más limpios, más nobles, más honrados.

Yo no sé si los espíritus de tantos como fueron festeros, y ya no son de este mundo, influyen también para que sus descendientes hagan honor a lo que ellos crearon y mantuvieron y que, por supuesto, tan caro les fue. Sea lo que fuere es lo cierto que en Petrel triunfa esos días el poder de las hadas y que, a su conjuro, se abre toda una gama de color y se desarrolla una mágica sinfonía que nos lleva a las regiones más elevadas de la fantasía y que sólo a los que contemplan nuestras fiestas les es dable conocer.

Petrel se abre en una gigantesca eclosión y vive, esos días, en un mar de belleza, navegando por las plácidas aguas de la ilusión. Petrel ríe y canta y, abandonando su duro bregar diario, se sumerge en esa necesaria evasión espiritual que todos los pueblos necesitan.

Por eso, está justificado que en Petrel repiquen ya las campanas a gloria, otra vez, y que flote en el ambiente ese «algo» sutil e impalpable, como anuncio gozoso de las fiestas que se aproximan.

Recordando

Una luz tempranera se filtraba por la semicerrada ventana. Se oían las pisadas de los caballos, camino de la Entrada. Se adivinaban jubilosos semblantes en los que la alegría dibujaba una nota de plácida satisfacción.

La niña gemía en el lecho de dolor. ¡Ella, que soñó un día con ser Abanderada! Pasaba la gente en tropel, hablando a gritos: «¡Se nos hará tarde!». Un niño, diminuto comparsista, arrancado prematuramente de su sueño, lloraba desconsolado...

Con los ojos del alma veía la niña la película multicolor de la Entrada. La calle entrañable adornada con gallardetes y banderas. Colgaduras en los balcones. Y una gigantesca pincelada de luz blanca en el cuadro de variados matices....

Desfilaban los Cristianos, al compás de alegres pasodobles. Los Cabos de Escuadra engallaban la figura frente a sus huestes. La multitud aplaudía entusiasmada. Galopaban los Capitanes sobre corceles inquietos. Marchaban las Comparsas moras al son de tonadas agarenas. El tan-tan de los timbales traía el áspero sabor de la selva verde y apretada. Había diversidad de opiniones. Que si los Flamencos, que si los Estudiantes, que si los Moros... La gente continuaba aplaudiendo, opinaba y se divertía...

¡Y las Abanderadas...! Ese hallazgo afortunado de la Fiesta. La ilusión ponía en sus rostros juveniles destellos de felicidad. La sonrisa, franca; el gesto, iluminado; los ojos, abiertos o entornados, siempre prometedores... Allá iban las áureas princesas de un efímero reinado, que nunca más podrían olvidar... Hermosas figuras para marco tan sugestivo...

Acopiaban imágenes las cámaras fotográficas. Caía de terrazas y balcones una lluvia de flores. Temblaban de emoción unos viejos. El palio azul del cielo cubría el fabuloso espectáculo y algunas primaverales golondrinas, traviesas y divertidas, sumaban sus gritos estridentes al coro de músicas y canciones que, en

la mañana maya, tenía por escenario la añeja y entrañable rúa petrolanca...

Lloraba, en silencio, la niña, arrebolada por la fiebre. Presentía que su ilusión se había frustrado para siempre. Y parecióle oír, a lo lejos, una música que, en lúgubre presagio, desgranaba las notas tristes de una sombría marcha fúnebre...

Hundida en la penumbra de su habitación, la niña continuaba llorando con amargura...



Año 1959

La noche de la Retreta

El anuncio alborozado de nuestras Fiestas es la Retreta.

Y quizás este acto observado por el forastero, que viene por vez primera a presenciar nuestros singulares festejos, pueda inducirlo a error.

Esa noche el «festero» se despoja concienzudamente de la seriedad ritual que, indefectiblemente, le acompaña en la mayoría de los demás actos de la Fiesta, y canta, bebe y baila por todo el año.

El hombre de la Fiesta -y queremos comprender en ella a todo el que la vive o la siente en uno u otro sentido- ha estado esperando un largo periodo de tiempo y llegado el momento, quien más, quien menos, alegrado por unas copas, da rienda suelta al júbilo atesorado durante todo el año, y que no parece sino que estaba esperando este minuto para saltar ruidosamente y sumarse al acto con que dan comienzo los festejos.

¡Noches de Retreta! ¡Cuántos recuerdos guardan para los que empezamos ya a no ser jóvenes! Allá van las muchachadas con el distintivo de sus respectivas Comparsas. Llevan al frente la «farola» y en verdad que resultan curiosos los mil movimientos que ejecutan los portadores de ellas.

Aunque esa noche, generalmente, se rinde culto a Baco con notoria profusión, el «festero» piensa en la «Entrá» de la mañana siguiente, y en que hay que reservar energías para poder seguir -sin solución de continuidad- durante tres días, los festejos, de los que ha sido un glorioso comienzo la noche de la «Retreta».

Cohetes, tracas, cantos, risas, contento... La «Retreta» que pasa. Cogidos del brazo, en alegre promiscuidad, el alto y el bajo, el pobre y el rico, desgranando la misma canción, desbordando idéntico júbilo, sintiendo el mismo entusiasmo... No debía tener otro y ya de por sí ese detalle habría de hacerla simpática y digna de figurar en lugar destacado de nuestros festejos.

La «Retreta» es a la Fiesta, lo que la primavera a la vida. Eclósión exhuberante, ruidosa, unánime. Explosión total de las fuerzas que parecían aletargadas durante el invierno. Los demás actos de la Fiesta pasan rápidamente, dejando un hálito nostálgico. La «Retreta», por el contrario, tiene el encanto de lo que próximamente ha de llegar; es la visión anticipada de los festejos que se avecinan. Es la alegría de lo que llega, no la tristeza de lo que pasa. Todo un año esperando y héte aquí la Fiesta. Una vez dentro de ella pasa fugazmente, pero la «Retreta» es el Pregón -pudiéramos decir- de lo que se acerca. Y siempre resulta más feliz esperar pronto acontecimientos agradables que vivirlos rápida y ligeramente.

¡Cuántas anécdotas podríamos relatar de esas noches! Como la de aquella, en que más que llover, diluviaba, y un grupo de Moros Viejos, bajo el cobijo de sendos paraguas, y con una diminuta «farola» de cartón hicieron el recorrido de costumbre y la quemaron a la puerta de la ermita, como homenaje al Santo... O la de aquellos otros que cierto año, después de la «Retreta», durmieron en el Castillo, en donde esperaron la Diana de la mañana siguiente...

El pueblo entero se siente estrechamente vinculado a este acto y participa ampliamente en el mismo. Todo el mundo canta, alborota, vocifera, y por esa noche, al menos, parece que el dulce néctar de la Fiesta a todos embriaga.

Los habituales adoradores de Baco aprovechan la ocasión que brindan las Comparsas para humedecer, más de lo conveniente, sus reseca gargantas. Y muchos de los que no lo son se convierten, por ensalmo, en sus más fervientes y entusiastas defensores. Sin distinguir si lo que se ingiere es «paloma» o coñac «arrapaó», mistela o tinto «peleón». Eso no cuenta. Lo que importa es reír, cantar, bailar o empujar, divertirse o hacer el «gamberro», que de todo hay en la viña del Señor...

Canciones, risa, alegría. Música o charanga. Es igual. Es la «Retreta» que pasa, que es tanto como decir que en el reloj de la vida de Petrel ha sonado, una vez más, la hora de sus festejos de Moros y Cristianos. Que ha comenzado la Fiesta grande. 1960

¿Ficción o realidad?

Se abre la mañana bajo una cascada de luz. Una deliciosa brisa serrana orea las frentes. Se mueve, bulliciosa, la multitud. En lo alto, flamean las banderas. La sonrisa florece en los semblantes juveniles. Hay «otra» tímida sonrisa en los rostros surcados de arrugas. Se adivina en ellos la nostalgia.

Pululan los vendedores de «globitos». Se oye la música de fondo de las barracas instaladas en la feria. La gente habla a gritos. Lo comenta todo, lo discute todo y se ríe... de todo. Está de Fiesta.

Después... el desfile. Los de Flandes, de granate, me parecen arrancados de una novela de capa y espada. Los Estudiantes, de negro y con la golilla blanca, se me antojan golondrinas. Los Moros Viejos, con atuendos chillones, me hacen recordar la pompa oriental de los Omeya. Estoy viendo a los Moros Nuevos, con chilabas, levantada la capucha, y me creo en un zoco. Las Escuadras de Negros despiertan en mí el recuerdo de un mundo extraño y misterioso. Los Marinos, Labradores, Vizcaínos... Cinemascope en color.

Pasan los Capitanes y Embajadores con cascos relucientes. Las Abanderadas llevan la Fiesta en la cara. ¡Cómo la viven! La ilusión primaveral -primavera de la vida, la mejor- ilumina sus rostros. ¡Cuánta felicidad en sus semblantes!

El tan-tan de los timbales deja oír su eco selvático y profundo. Las vivaces notas del pasodoble español trenzan la alegría de una canción moderna. Los comparsistas pasan cantando. Nadie sabe qué. Hay un revuelo de capas y un temblor de plumas. Un cielo añil. Y mayo, plácido y generoso, corona de luz la estampa de animadas figuras mientras una nubecilla impoluta pone un casquete de blanco algodón en la cumbre dorada de la «Silla del Cid».

Periódicamente renuevo mi emoción. Cuantas veces contemplo este desfile, otras tantas me siento ganado por su embrujo. La misma pregunta aflora siempre a mis labios. ¿Es ficción o realidad lo que he visto? Aunque sea verdad, por esta vez prefiero quedarme con la ficción porque, digan lo que digan, y aunque «los sueños sueños son», yo necesito soñar.

Abanderadas

Fiesta que produce sonrisas, pero que también arranca lágrimas, es una Fiesta importante porque si brilla en lo externo, proyecta su impacto sentimental hacia las honduras entrañables del corazón.

Fiesta que «entra» por los ojos pero que despierta suaves nostalgias y viene a corporizar, cada año, los inevitables recuerdos de un pasado lejano, dormidos en los entresijos del alma, es una Fiesta con mayúscula. Es una Fiesta Mayor.

Nadie se extrañe si la Abanderada llora cuando hace entrega del símbolo de su reinado. Efímero reinado, por cierto, pero inolvidable. Reinado que se forja en el yunque de las largas e inevitables esperas y que tiene su contrapunto en la anticipada felicidad, presentida por tantos corazones juveniles y anidada en tantas mentes que, por jóvenes, son, inevitablemente, soñadoras.

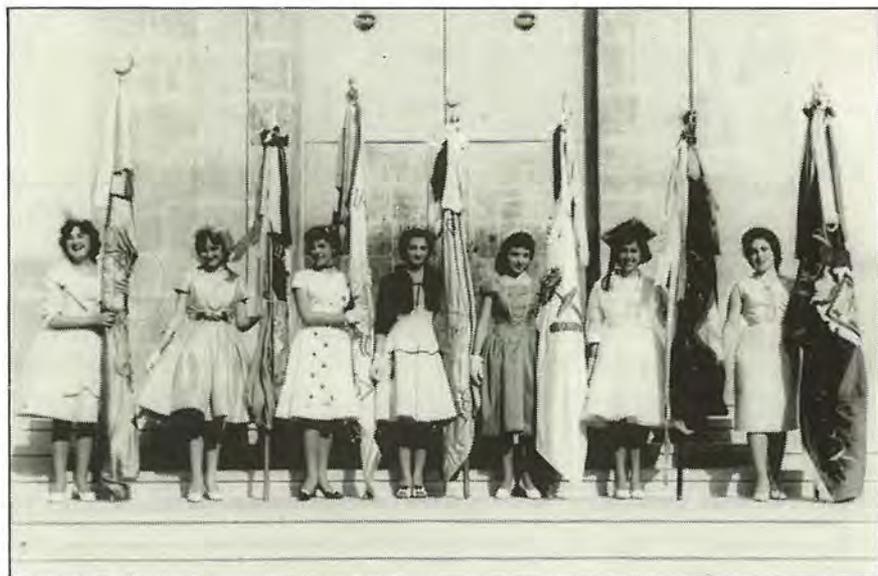
Nadie se asombre si la Abanderada gime, con desconsuelo, al terminar su mandato.

Ella, durante tres días, ha vivido en un fabuloso reino de hadas. Ha sido causa de general admiración y ha sentido la embriaguez del néctar de los aplausos. Ha abierto sus ojos -espléndidos ojos de Abanderada- y en su retina han quedado, para siempre, las imágenes imborrables de la Fiesta.

Ha «marcado» el paso, con toda la alegría de su juventud y, sobre todo, ha sonreído. ¡Mágico imán el de la sonrisa de las Abanderadas! Sonrisas que florecen entre sus labios jugosos; luminosas sonrisas que prometen y que, al correr de los años, vendrán a materializarse ¡loado sea Dios! en otras Abanderadas.

Nadie se pisme si llora la Abanderada cuando da término su reinado de ilusión. Ese reinado que, precisamente, por su brevedad, resulta inolvidable.

Llora la Abanderada, mientras la madre, que también lo fue, enjuga, con amor maternal, las lágrimas de la hija. Bella estampa que yo perpetuaría, en un cuadro de honor, por lo que sugiere y, aún más, por lo que afirma. Porque una fiesta que produce risas



Año 1959

pero también ocasiona llanto, no es una fiesta cualquiera. Es una fiesta entrañable. Es una Fiesta Mayor.

Dios y, por supuesto, los hombres nos la quieran conservar como la recibimos de nuestros abuelos. Sin pasajeras mixtificaciones. Con la pureza y la gracia con que siempre la vivimos. Como la vivió esa madre emocionada. Como la ha vivido esa bella Abanderada que, como todas, llora con desconsuelo al finalizar su efímero reinado de la más humana y entrañable ilusión. Así sea.

Las hadas de la Fiesta

Un hada de cabellos de oro, con túnica azul cuajada de estrellas, besa todos los años las castas frentes de las Abanderadas y las lleva, en su carroza de plata, al reino de la ilusión.

Florece en los labios de ellas la sonrisa, y sus ojos, negros y profundos, o claros y serenos como los del inolvidable madrigal, brindan recónditas delicias de su radiante felicidad. Resplandecen sus semblantes y el mágico talismán de su sonrisa es la gracia alada de la Fiesta y el triunfo de su juventud.

La Abanderada se siente inmersa en un Universo de suaves sensaciones anímicas y vive, por tres días, en el mundo dorado y misterioso de la fantasía. Para ella, el murmullo de la gente, los aplausos de la multitud y los acordes musicales son como un néctar embriagador, como el canto de un coro angélico, como el beso de las olas de un lejano mar azul, como el susurro del bosque, como la matutina canción del ave canora, como la campestre aurora de deslumbrantes matices...

Efímero es su reinado pero inolvidable. Porque a esa ficción que ellas representan la hace tangible realidad la ilusión. Porque ese sueño, tanto tiempo escondido en su corazón, lo transforma, para ellas, el hada misteriosa en una mágica verdad.

La Abanderada no es sólo joyas y vestidos. Es más bien ojos y sonrisas. Por eso triunfan todas. Porque hay aterciopeladas caricias en su mirada y brilla en sus labios la cautivadora flor de su poética sonrisa.

¡Bendita hada de la ilusión que hace posible las Abanderadas! Esas deliciosas Abanderadas que traen a la Fiesta, en feliz connubio, el fuego de unos ojos y el aura refrescante de unas sonrisas que son como el himno triunfal de su gracia y de su esplendor juvenil.

Algo sobre la Fiesta

No fue por un azar caprichoso por lo que una familia de humildes productores pudo abanderar, por cuatro años, a la Comparsa de Labradores.

Arraigadas resonancias espirituales, frescas vivencias incuestionables, fueron sin duda la causa decisiva que cimentó ese episodio singular dentro del ámbito festero.

Justo es conceder a la humana condición la innegable dosis de disculpable vanidad escondida en el cometido de toda Abanderada. Pero no sería razonable imputar tan sólo a la tontería humana ese capricho que, en la mayoría de los casos, resulta excesivo para aquellos que le dan cumplida satisfacción.

En el fondo de la cuestión hay algo más que el dispendio económico. Porque se precisa de un profundo e indestructible amor a la Fiesta para plasmar en práctica realidad la verdad entrañable de las tradiciones locales, que tienen vida propia en los delgados filamentos del alma petrolanca.

La verdad de la Fiesta no se halla encerrada en una intrascendente retórica convencional. La realidad de la Fiesta no es la frase rebuscada sino el hecho concreto. La reciedumbre de la Fiesta, su pervivencia en suma, no hay que buscarla en la avalancha turística ni en el argumento económico. Porque el origen y el argumento de la Fiesta no fueron otros que la liberación de Petrel del yugo islámico y la fe religiosa en un mártir glorioso que, aunque no se crea o no se sepa, algún punto de contacto pudo tener con nuestra libertad. Todo lo demás son deseos de sembrar el confusionismo.

No creemos, en modo alguno, que solamente por vanidad, estas cuatro hermanas, cuya hermosura resplandece en sus semblantes y cuya bondad florece en sus corazones, fueran Abanderadas, durante cuatro años, de la Comparsa de Labradores. No podemos creer que esa familia, de modesta economía, pretendiera tan sólo satisfacer un deseo caprichoso que, a fin de cuentas, resulta efímero si se compara con las preocupaciones que origina y con los gastos que ocasiona.

Ha de haber algo más, ha de existir algo sutil e impalpable, algo que no se ve ni se puede apreciar con los ojos de la cara, pero que se siente hervir debajo de la piel.

Por eso, cuando se nos habla de tanto motivo económico y se nos presentan tantos argumentos crematísticos, nos vamos persuadiendo, con innegable tristeza no exenta, por supuesto, de humana rebeldía, de que tal vez estamos dando preferencia a unos valores de caducidad incuestionable en detrimento de unos valores anímicos, de suyo inmortales, a no ser que vayamos perdiendo también la fe en la inmortalidad del alma...

Las Fiestas –lo que nosotros entendemos por Fiestas– han tenido siempre su origen en un hecho histórico, en una causa religiosa, en un motivo trascendente, en suma, que, al paso de los años, el alma popular ha conmemorado henchida de nostalgias y estallante de auténticas intimidades. Las Fiestas han sido amasadas con sutiles sentimientos y alumbradas con lágrimas y dolores, con delicias espirituales y recónditas emociones. Se necesita una excesiva dosis de tontería humana para creer que, suprimidos esos recios pilares, podrían subsistir tal como las conocemos y según lo que representan.

La Fiesta está en íntima conexión con profundas y responsables convicciones. La Fiesta está en la Bajada y en la Subida del Santo, en la Misa y en la Procesión. La Fiesta está en las Embajadas y también ¿cómo no? en el desfile de las Comparsas, en los Capitanes y en las Abanderadas. La Fiesta está en la ermita que cobija, durante el año, al mártir Bonifacio. Está en ese subir y bajar la calle que desemboca en el Santuario, aunque sea pina y su urbanización deje mucho que desear. Porque esa calle la recorrieron las innumerables generaciones que nos precedieron para trasladar a hombros, como ahora, al Patrono de Petrel. La Fiesta está en la ermita porque en ella desgranaron sus oraciones viejos labios temblones y jugosas bocas juveniles, pidiendo favores al Santo y dando gracias a «San Bonifasi». Porque desde la plazoleta que circunda la ermita otearon el umbroso valle y en ella recibieron las auras serranas las cansadas frentes de los hombres que, rebosantes de fe, dieron vida y forma a la Fiesta...

La Fiesta, por fortuna, está bien vertebrada. Cuidemos de ella y, al propio tiempo, respetémosla. No nos dejemos impresionar por aparatósidades vulgares, más o menos pasajeras. Profundicemos hasta su verdad y hagámosla nuestra. Como esa afortunada familia de humildes productores que, con titánico esfuerzo, pudo legar, por amor a San Bonifacio, esas cuatro hermosas hijas para que abanderaran, durante cuatro años consecutivos, a la simpática Comparsa de Labradores. Hecho insólito y gallardo que viene a poner de manifiesto la verdad, la gran verdad, de nuestra Fiesta.



Año 1977

Un «Cuartelillo»

Hace muy poco tiempo me invitaron a visitar un «cuartelillo». El de los «Zulúes», una Fila integrada en la Comparsa de Moros Viejos, la mía, en cuyo seno pasé, hace muchos años, momentos felices, de imborrable recuerdo.

El «cuartelillo» de los «Zulúes» está instalado en una casa vieja, de grandes proporciones, situada en la calle de don Vicente Amat, magistrado que fue del Tribunal Supremo, y primo hermano de mi abuelo paterno don Enrique Amat Maestre.

El citado «cuartelillo» es todo un museo de recuerdos. Allí están la totalidad de los carteles que la Unión de Festejos de San Bonifacio, mártir, ha ido distribuyendo por la geografía nacional, anualmente, anunciando nuestras tradicionales Fiestas. Allí figuran las fotografías de los distintos trajes que esa Fila ha vestido cada año, armas, calzado, disfraces multicolores..., en fin, todos los ornamentos y utensilios que han dado carácter y han imprimido personalidad a esa Fila, cargada de cromatismo y suficientemente acreditada por su bien hacer festero.

Allí figuran las fotografías familiares de numerosas reuniones, por cuanto los componentes de esa Fila acostumbran a integrar a sus familias en los diversos actos que se realizan en el «cuartelillo», con lo que las celebraciones, siempre de índole festera, cobran una mayor y auténtica dimensión.

Me sentí verdaderamente complacido cuando pude comprobar que esa Fila no se limita a actuar en desfiles y demás actos festeros, sino que la Fiesta para ellos se desarrolla, sin solución de continuidad, durante todo el año. Y están en el buen camino, porque la Fiesta no se compone tan solo de música, desfiles y alegría desbordante durante los tres o cuatro días anuales que duran los festejos.

La Fiesta hay que estudiarla, hay que programarla, hay que «trabajarla» a lo largo de todo el año, con el fin de que, en su momento, pueda «salir» a la calle con todas las garantías y probabilidades de satisfacer a los numerosos espectadores de la misma y

dejar a los festeros, que son sus directos actores, con el regusto de las cosas bien hechas.

El «cuartelillo», repleto de fotografías, inundado de utensilios y trajes de la Fila, resulta propicio para engendrar una auténtica nostalgia, por cuanto son ya muchos años los que ésta viene contribuyendo a un mayor esplendor de la Fiesta y se acumulan los recuerdos de tantos momentos felices, de tantas actuaciones alegres, de tantos espléndidos acontecimientos, dentro del ámbito festero.

Si alguien, algún día, deseara escribir la historia de los «Zulúes», le recomiendo visite su «cuartelillo». En él encontrará suficiente material para formular, por escrito, una auténtica impresión de la génesis y desarrollo de esa Fila. Y es que, afortunadamente, en una feliz simbiosis, se unen en el entorno y en el interior de la misma ese afán de mejorarla y ese deseo de conservarla y mantenerla por siempre y para siempre. De ahí que constituya un recio pilar sobre el que descansa la Comparsa de Moros Viejos y un apoyo, muy considerable, de nuestra centenaria Fiesta de Moros y Cristianos.



Año 1989

Centenario del «Tercio de Flandes»

Buenos amigos me piden unas cuartillas para la Revista que, con motivo del centenario del Tercio de Flandes, va a publicarse en breve.

En modo alguno puedo negarme, por cuanto poseo nostálgicas vivencias pasadas, y tan lejanas, motivadas por las primeras emociones festeras que yo experimenté, precisamente, en el seno de esa Comparsa.

Pero hagamos un poco de historia. Allá por la segunda década del siglo actual, mi tío Anselmo (q.e.p.d.) me vestía todos los años de Flamenco. Asomándome a la ventana de mis brumosos recuerdos infantiles me veo montado, dada mi exigua presencia física, en un carrito o «cabriol».

Adentrada en mi retina está la imagen de los Flamencos -pocos- que desfilaban en la Entrada, con el arcabuz al hombro, todos muy serios porque, al parecer, entonces no se permitían ciertas licencias que ahora son habituales.

Mucho ha llovido desde aquella época lejana y mucho también ha cambiado la Fiesta, que ya no es Fiesta de minorías sino Fiesta de masas. Fiesta que si ha ganado en esplendor masivo, ha perdido mucho, a mi juicio, en aliento espiritual. Pero esa es otra cuestión que ahora, por razones de espacio, no sería procedente abordar.

Yo he sentido siempre una admiración profunda por el Tercio de Flandes. Por su cromatismo y por su entusiasmo, tantas veces puesto de manifiesto en la defensa de la Fiesta. Y, por si algo faltaba, quiso la Providencia, al correr de los tiempos, darme un nieto que a juzgar, por su desmedido amor a esa Comparsa, promete ser el más «flamenco» de todos.

Un siglo de vida festera ha llenado, todos los años, las viejas rúas petrolancas de plumas y chambergos, de blancas golillas y capas encarnadas, y los Flamencos continúan siendo -cómo no- uno de los más firmes pilares sobre los que se asientan nuestros tradicionales festejos.



Año 1927

Por eso, abrigo la seguridad de que los que tengan la fortuna de vivir dentro de cien años podrán contemplar también los vistosos desfiles de los populares Flamencos, porque el Tercio de Flandes es una comparsa que tiene alma. Y, como todos sabemos, la pervivencia del alma es indestructible por cuanto es inmortal.

Rodelas



Año 1974

No es por un azar caprichoso por lo que en Petrel no faltan Abanderadas. La razón hay que buscarla en esas diminutas Rodelas que, año tras año, se van sucediendo sin interrupción y que, con sus gráciles piruetas, tanto entusiasmo despiertan.

Ahí radica el semillero permanente que, con el tiempo, alimenta la noble misión de ser Abanderadas. Es casi un compromiso de honor el que contraen con la Fiesta desde el momento que realizan su gracioso cometido y si no todas llegan, en su esplendorosa juventud, al alto sitial de Reinas, por tres días, de una Comparsa, bien se puede afirmar que una gran parte de ellas consigue ese preciado objetivo de las chicas petrelenses.

No se ha dado, a nuestro entender, toda la importancia que tienen las Rodelas y haremos bien, con vistas al porvenir de nuestros tradicionales festejos, en cuidar ese semillero que si hoy es incipiente promesa ha de convertirse en gozosa realidad de Abanderadas. Y, todos lo sabemos, si hay Rodelas tendremos Abanderadas y mientras existan Abanderadas vivirá la Fiesta. Casi con toda seguridad. Siempre y cuando, claro está, un auténtico espíritu religioso sea la verdad permanente que dé vida fecunda a tan singulares festejos.

La espina dorsal

Esos niños que se asoman a nuestra Fiesta ¿qué pensarán de ella? Les vemos sonreír, llenos de ingenuidad y candor, pero no sabemos en su mundo interior el impacto que les ocasionará tanta música y tanto jolgorio.

Tenemos el deber ineludible de encauzar esa infancia para que cuando de «verdad» llegue a nutrir las Comparsas, tenga una idea clara de lo que la Fiesta significa. Que no todo debe ser estridencia exterior y frívola diversión, esos falsos argumentos con que muchos quieren enmascarar el valor intrínseco de nuestros tradicionales festejos.

Si ellos han de empuñar, en un día más o menos lejano, la antorcha de la Tradición, obraremos sensatamente haciéndoles comprender, cuando sean capaces de entenderlo, que ella no puede ser abandonada; que es el tesoro que depositaron en nuestras manos los lejanos antepasados y que constituye un símbolo, de valor inapreciable, de la manera de sentir y pensar de nuestro pueblo.

La Fiesta no la componen solamente los bonitos desfiles, la gracia de las «Rodelas», el rumbo de los Capitanes ni el lujo de las Abanderadas. ¡Menudas fiestas serían si solamente fueran eso! A la Fiesta no la sostiene lo externo, lo episódico ni lo costumbrista.

Ahora se habla mucho de organizar vistosos desfiles para que las «Entradas» resulten más «bonitas», con el fin de que haya mucha gente mirando asombrada tanto boato y tanta magnificencia. Se habla mucho y se comenta demasiado si las Comparsas son tan numerosas y de que no hay Fiestas como las nuestras. Mala enseñanza para ese mundo infantil que nos mira con los ojos asombradamente abiertos. Hay que recortar un poco las alas de la vanidad si no queremos caer en el tremendo peligro de la insustancialidad festera.

No es que nos parezca mal que la gente se divierta, ni que los atuendos sean ricos y elegantes, ni que luzcan los desfiles, no.

Como complemento de los festejos, no nos disgusta. Antes al contrario, lo celebramos. Ahora bien, el meollo de la Fiesta es otra cosa bien distinta que no podemos ignorar. La espina dorsal es la liberación de Petrel del yugo agareno y el martirio de San Bonifacio. Dos cosas que se dicen muy pronto pero que suspenden nuestro ánimo cuando nos paramos a meditar en ellas.

Al mundo infantil que hoy nos contempla asombrado y que un día ha de ser el actor de nuestros festejos haremos bien en hacerle comprender estas sencillas verdades. Si las aprende y las entiende de verdad, nuestras Fiestas, hoy centenarias, llegarán al milenio. Que es lo que todos debemos desear.



Año 1935

Bienvenida a la Comparsa de «Vizcaínos»

No llegué a alcanzar la vida en activo de la Comparsa de Vizcaínos, ni recuerdo, como es natural, la llamarada roja de sus boinas poniendo una nota de color en las viejas calles petrelenses.

Pero sí he oído diversos comentarios a los viejos del pueblo que hablaban con nostalgia de esa Comparsa, desaparecida hace ya muchos años, y hoy rediviva, como el Ave Fénix, de entre sus cenizas.

Fue, al parecer, potente y numerosa y estaba animada de un espíritu verdaderamente ejemplar y auténticamente «festero». Mas la época de decadencia por que atravesó la Fiesta la arrastró consigo y la hizo morir físicamente, aunque continuó viviendo en el espíritu de muchos, como ahora se ha demostrado. ¡Bienvenida sea a las Filas de la Fiesta la reaparecida Comparsa de Vizcaínos!

Lleva un glorioso distintivo: la boina roja. Distintivo que simboliza tradición. Un distintivo heroico, de auténtico españolismo, de espíritu nacional que en el decurso de los siglos se ha negado a arriar la bandera de la virtudes raciales pese a los furiosos embates de doctrinas extranjerizantes y a las duras embestidas de teorías anti-españolas.

Las calles de Petrel van a poblarse de nuevo, en los días de la Fiesta de San Bonifacio, de boinas rojas y borlas amarillas, colores inmortales de la enseña nacional. Las piedras de las empinadas calles de la antigua Pétrola van a ser holladas por los hijos y los nietos de los que las pisaron, hace luengos años, formando en las Filas de esa Comparsa. Y la añoranza de tiempos pasados empañará más de una mirada.

Personalmente, esa Comparsa me trae efluvios silvestres, reminiscencias de hombres altivos y de recia fe, de románticos del ideal, de insobornables en sus creencias. De hombres, en una palabra, que se rompían pero no se doblegaban. Por eso, si esta Comparsa trae a la Fiesta el mismo espíritu que simboliza su boina roja, su éxito y su pervivencia están asegurados.

Que Petrel ha respondido con largueza a la llamada de los Vizcaínos, ellos lo saben mejor que nadie. Por eso nadie espera que tanto esfuerzo y tan rosadas esperanzas, hoy ya magnífica realidad, puedan ser defraudadas nunca jamás. Que esa Compara, que hoy reanuda su quehacer en la Fiesta, sepa siempre hacer honor al compromiso que ha contraído. A ello la obligan su larga tradición y las amplias resonancias sentimentales que, como se ha demostrado, en Petrel tiene. Así sea.

1958



Año 1958

La Escuadra de Vizcaínos cumple 25 años

Veinticinco años constituyen un periodo de tiempo, en parte suficiente, para enjuiciar, con cierta perspectiva, las consecuencias de unos hechos, de unas actitudes o de unos procedimientos. Tal es el caso de una Escuadra, denominada de «Vizcaínos» y que, por graciosa coincidencia, está integrada en la Comparsa del mismo nombre.

Esta Escuadra de Vizcaínos cumple el 25 aniversario de su aparición y actuación en el ámbito, siempre antiguo y siempre renovado, de nuestras tradicionales Fiestas de Moros y Cristianos.

Mi larga experiencia festera me ha llevado al convencimiento de que en toda Comparsa existe una minoría, llámese Filà o escuadra, que es la que con mayor fuerza conserva e impulsa el complicado recorrido que hay que realizar, un año sí y otro también, con el objeto de que la pervivencia de la Comparsa a que pertenece sea una tangible realidad y no se convierta en el simple recuerdo de su desaparición. Es esa Escuadra que «calienta motores» y, con su ejemplo, da firmeza a los cimientos sobre los que se asienta la Fiesta, no ya solamente durante esas cuatro jornadas al año sino día a día y hora a hora. Son los que piensan, viven y dan impulso innegable a todo el conjunto que forma el difícil y complicado entramado de la Fiesta.

Es esa Escuadra que acude, siempre la primera, a todos los actos festeros. La que custodia a su Abanderada, la que acompaña a su Capitán, la que desfila en la Procesión, la que está presente en las ceremonias religiosas... Es esa Escuadra que, por su buen hacer, pone una nota de elegancia y saber estar en el recorrido de la Entrada.

Ese es el caso de la Escuadra de Vizcaínos. Esa Escuadra que, si bien no se niega a acudir al «cuartelillo» sabe distinguir el momento adecuado para abandonarlo y poner su presencia física en cuantos actos importantes -y todos lo son- han de ser realizados. Por eso, no es un tópico manifestar que es la Escuadra

que «calienta motores» y, por consiguiente, resulta imprescindible en toda Comparsa.

La Fiesta, lo hemos manifestado ya varias veces, no se compone solamente de cuatro días anuales en los cuales se prodigan los desfiles y se da rienda suelta al buen humor, al disfrute físico y al goce espiritual. La Fiesta es algo más que eso.

Es la resultante histórica, que se conmemora todos los años, de unos hechos acaecidos en nuestra nación, cuyos sedimentos raciales y culturales aún pueden comprobarse. Ahí está la realidad, la incuestionable realidad de unos festejos cuya pervivencia ha resistido los embates de los años y, en muchas ocasiones, las perturbaciones que, en el seno de los mismos, quisieron introducir elementos poco comprensibles de algunas consecuencias registradas por la Historia y asumida por los humanos y racionales elementos que se resisten a ignorarlas.

La Escuadra de Vizcaínos lleva con mucho calor y entusiasmo su proceder festero. Está de enhorabuena su Comparsa, por cuanto, mientras exista esa Escuadra, y yo creo que posee cuerda para rato, la Comparsa de Vizcaínos será una espléndida realidad. Y con ella brillará, con luz propia, esa Escuadra que, desde hace 25 años, viene contribuyendo de forma notable al mayor esplendor de nuestras Fiestas.

Estoy seguro de que así será por cuanto, también de esto abrigo una indestructible seguridad, se encargará de ello, de forma permanente, esa Escuadra de «Vizcaínos» a la que, desde estas líneas, felicitamos entrañablemente en su 25 aniversario.

1989

Exhortación a Los Beduinos

La Fiesta está de enhorabuena. Ha pisado sus umbrales la Comparsa de Beduinos.

Pero como la vida es constante mutación de ambiente y situaciones, de quehaceres humanos y humanas opiniones, séanos permitida esta exhortación a la nueva Comparsa, en su orto prometedor, en previsión de su posible y melancólico ocaso.

Tal vez este año, en gracia a la novedad, alcancen un éxito de apoteosis. No se envanezcan de ello. Recuerden el consejo de don Quijote a Sancho: «...que toda afectación es mala».

Quizás el triunfo no sea tan completo como ellos suponen. No se descorazonen. Piensen que la mayoría de las obras grandes han tenido comienzos pequeños. Los éxitos mejores los han conseguido minorías intrépidas que han sabido manejar con acierto a masas imponentes. La Historia nos recuerda esta sencilla verdad que a muchos parece confusa e incomprensible.

Cuenten con críticas irresponsables, con incomprensiones, con amarguras, con injustificados recelos... Triste fruto de los hombres porque los hombres son sólo eso: hombres.

Piensen que la Fiesta no se compone solamente de cuatro días anuales. Para que tan breve periodo festero sea posible tienen por delante trescientos sesenta y un días para el trabajo y el estudio de lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo por y en beneficio de la Comparsa.

Mediten que la Fiesta no es solamente marcar el paso y disparar al aire. No se conformen con el continente. Atiendan, atiendan y profundicen en el contenido...

No piensen que su camino es senda de flores. Encontrarán muchas espinas en su misión. Tendrán que aguzar el ingenio para eludir las aunque no podrán evitar que algunas penetren en su carne.

Recuerden que la Fiesta tiene un castillo: voz de la Historia. Pero que también tiene una ermita: grito de la eternidad. No droguen sus conciencias intentando olvidarlo. Un día u otro tropezarán con ello.

No se apresuren a juzgar. Déense prisa, mejor, en comprender a los demás. Así será muy posible que los demás se hallen dispuestos a concederles su benévola comprensión.

La bandera ya está levantada. Sepan defenderla. Comprendan, mediten, estudien, trabajen sin desaliento... He ahí la clave del éxito. Para que así, Petrel, que ahora asiste jubiloso a su orto deslumbrante, no tenga que entristecerse un día con su melancólico ocaso.

La gran familia festera está de enhorabuena y, con los brazos abiertos, recibe a los Beduinos. Que no sean flor de un día es lo que los hombres de buena voluntad les deseamos. Para que el regocijo de hoy sea gozo interminable.

1963



Año 1963

En el 25 aniversario de los Beduinos

Siempre, cuando contemplo a los «Beduinos», me acuerdo, forzosamente, del año 1963, en cuya época llegó, al amplio estadio de nuestros Moros y Cristianos, la citada Comparsa.

Los que llevábamos ya sobre nuestras espaldas muchos años de experiencia festera, andábamos un tanto preocupados por la aparición de la nueva Comparsa, por su vestuario, por su manera de comportarse en el seno de la Fiesta, por su modo de hacer...

Recuerdo que yo, bajo el título de «Exhortación a los Beduinos», publiqué en la Revista de Fiestas un «trabajito» en que llevado por mi amor a nuestros tradicionales festejos, les daba ciertos consejos, algunos de los cuales transcribo a continuación:

«Piensen que la Fiesta no se compone solamente de cuatro días anuales. Para que tan breve periodo festero sea posible, tienen por delante trescientos sesenta y un días para el trabajo y el estudio de lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo por y en beneficio de la Comparsa.

Mediten que la Fiesta no es solamente marcar el paso y disparar al aire. No se conformen con el continente. Atiendan, atiendan y profundicen en el contenido.

Recuerden que la Fiesta tiene un castillo, voz de la historia. Pero que también tiene una ermita, grito de la eternidad. No droguen sus conciencias intentando olvidarlo. Porque un día u otro, tropezarán con ello.

La bandera ya está levantada. Sepan defenderla. Comprendan, mediten, estudien, trabajen sin desaliento. He ahí la clave del éxito. Para que así, Petrel, que ahora asiste, jubiloso, al orto deslumbrante de la Comparsa, no se entristezca un día con su melancólico ocaso».

Pues, bien. Desde la llegada de los Beduinos a la Fiesta han pasado veinticinco años, periodo de tiempo más que suficiente para examinar y enjuiciar el desarrollo de la Comparsa, bien en el positivo factor de su crecimiento o en el negativo de la reducción de sus posibilidades.

Aquel reducido grupo de entusiastas que, en 1963, actuó, por vez primera, en el conjunto de Moros y Cristianos de nuestro pueblo, ha forjado y levantado una poderosa Comparsa que, por su número y cromatismo, es un factor importante, ¡muy importante!, de nuestros tradicionales festejos.

Sus dirigentes han sabido imprimir a ese conjunto festero unas normas de disciplina y bien hacer, por todos reconocidos y que vienen a abrillantar, más si cabe, los luminosos destellos de esta Fiesta nuestra, tan particular y distinta de las de otros pueblos.

Yo tengo que felicitarme al comprobar que aquellos consejos míos, en el lejano 1963, no han sido sepultados en el olvido y, en consecuencia, la perdurabilidad de esa Comparsa está asegurada.

Me complazco, igualmente, felicitando a esa agrupación festera por cuanto con veinticinco años de historia se halla ya plenamente integrada en la Fiesta, contribuyendo con su esfuerzo, de forma decisiva, a una mayor brillantez de los actos que se celebran en el desarrollo de la misma y a proporcionar una mayor categoría a nuestro pueblo y a tan singulares festejos, de profunda raigambre levantina.

Los Beduinos, afortunadamente, se hallan en el buen camino y con su bien hacer nos están demostrando que los que asistimos, en 1963, a su orto deslumbrante no asistiremos a su melancólico ocaso.

Y es que en el seno de esa Comparsa alienta la emoción festera, y ese sentimiento emotivo será, por siempre, el alimento que dará vida interminable a la misma, en tanto exista la Fiesta y Petrer se empeñe, como hasta ahora, en conservar el sentido patriótico y tradicional de esos festejos, cobijados en el interior de un sentido religioso, tan sinceramente manifestado en el amor a San Bonifacio.

Mi felicitación a esa Comparsa y, como dicen ahora, que nunca jamás les falte «marcha».

1988

Los veinticinco años de los Moros Marroquies

Poco representa un cuarto de siglo para la historia de la humanidad. Es mucho, sin embargo, si el prisma de la historia lo aplicamos a la vida de una Comparsa. Tal es el caso de los Moros Marroquíes.

Recuerdo que, en el ya lejano 1950, existían comentarios para todos los gustos: que si los Moros Nuevos no saldrían, que la Comparsa de Moros Viejos lo impediría, con el fin de conservar su antiguo privilegio de única Comparsa de Moros, en Petrel. Que si constituir una Comparsa nueva costaba mucho dinero y no había para tanto... Puros bizantinismos ingenuos, a los que, por lo visto, tan aficionados somos los españoles. En realidad, la clásica tormenta disuelta en un vaso de agua.

Lo cierto y seguro es que, en la actualidad, los Moros Marroquíes constituyen una esplendente realidad y por su riqueza cromática y por su número, ocupan un destacado lugar en nuestros festejos. Nadie lo pone en duda.

También la Fiesta, en su conjunto, es una esplendorosa realidad externa. Nadie tampoco puede dudarle. Ha crecido desmesuradamente, se han multiplicado los festeros y quintuplicado los «cuartelillos». Yo diría que sobran de los unos y de los otros. Son fiestas de «interés turístico», no de interés religioso. ¿Y cómo no si, que yo sepa, no existe, salvo raras excepciones, nadie que se oponga a la destrucción de una tradición centenaria en aras de un mayor beneficio económico por una más numerosa afluencia forastera?

Esa es la manera, entiendo yo, más adecuada para masificarlo todo y despersonalizar a los pueblos. Porque si ahora se permite que a San Bonifacio se le festeje en un domingo cualquiera del mes de mayo, en virtud de no sé cuántas ventajas económicas, está bien claro que lo que aquí interesa no es la espiritualidad de la Fiesta sino algo que huele a dinero. ¡Cosas tristes de la «sociedad de consumo» que si tiene cosas buenas, no deja de tener otras malas!

Yo, en verdad, quisiera que los Moros Marroquíes y las demás Comparsas reconsideraran su actitud y llegasen a la conclusión de que la Fiesta nos impone a todos una gloriosa servidumbre y que, en modo alguno, estamos nosotros autorizados a imponérsela a ella. Porque la Fiesta, en definitiva, es la que nos legaron nuestros mayores, con unas fechas bien determinadas y un esquema que hay que respetar, con los inevitables retoques, contra viento y marea. De otra suerte, la Fiesta, con el tiempo, será espectáculo solamente, ayuna de espiritualidad y evocación histórico-tradicional.

Y si mi voz, por ahora, continúa «clamando en el desierto», tanto peor. Yo sé que estoy en el buen camino y aunque ya no pueda ver las bodas de oro de los Moros Marroquíes, si algún día mi humilde opinión sirve para que la Fiesta retorne a sus cauces primitivos y recobre toda su autenticidad, no se habrá perdido todo.

Al fin y al cabo, mi opinión sobre la Fiesta ha estado siempre movida por mi amor a los principios de la Iglesia, por mi cariño al pueblo que me vio nacer y por mi profunda admiración hacia nuestros festejos de Moros y Cristianos. Tres argumentos definitivos, de mucho peso en mi vida, cuyas motivaciones espirituales nadie me podrá arrebatar.

Deseo que Dios reparta suerte y que los Moros Marroquíes celebren, aunque yo no las vea, sus bodas de oro con el mismo esplendor con que van a celebrar las de plata, que yo tampoco veré, por mi ausencia.

De verdad que lo deseo.

1975

Comparsa de Estudiantes (Primer cincuentenario)

1930 - 1980. Cincuenta años. Medio siglo. Periodo de tiempo suficiente para que la perspectiva histórica alcance verdadera dimensión.

En la larga singladura de la Fiesta, aparece la Comparsa de Estudiantes brillando con luz propia. Hoy es numerosa. Excesivamente, a mi juicio. Resultado lógico de la masificación que todo lo inunda y todo lo aplasta. Desde la Universidad a la playa, desde las descomunales urbanizaciones hasta los paisajes más recónditos del campo, desde la populosa capital a las manifestaciones festeras. Tema éste para sociólogos, economistas y filósofos, que a mí no me es dable abordar.

Pero en el año 1930 ¿qué aportó a nuestra entrañable Fiesta de Moros y Cristianos la Comparsa de Estudiantes? Hagamos un poco de historia.

Petrel, entonces, era un pueblo pequeño. Con una novel industria del calzado que, si ya se adivinaba prometedora, carecía de las dimensiones actuales. En consecuencia, la Fiesta no podía ser más que un resultado natural de ello. Una Fiesta reducida.

Dos Comparsas, si la memoria no me es infiel: Moros y Flamencos. Los Artilleros, con su uniforme azul y correa blanca, ya habían desaparecido. Comparsas pobres, por su número y por su economía. Pero que, dígame lo que se quiera, mantenían viva la llama que alimentaba las fiestas de San Bonifasi.

Pero ya, en 1929, en el espacio reducido de la Fiesta, empezó a hablarse de una Comparsa. La de los Estudiantes. ¿Qué era eso? ¿Quiénes eran aquéllos? ¿A qué venían? ¿Qué pretendían?

Ese mar de conjeturas quedó disipado cuando en 1930 irrumpió, en las viejas rúas petrolancas, la Comparsa de Estudiantes. ¿Qué vino a traer? En cierta medida, una renovación de la Fiesta, anquilosada y seria en demasía.

Los Estudiantes aportaron una concepción optimista de la vida, injertándola en el añoso tronco de nuestros tradicionales festejos. Bajo el vuelo de sus capas alentaba un sentido acentuado del humor. Humor jocoso, alegre, despreocupado, desbordante de juventud. Humor, al correr de los años, siempre revitalizado, a través de sus canciones y de sus alegres desfiles. Los festeros viejos se negaban, en ciertas ocasiones, a aceptar ese modo de hacer. «Estos van a estropearnos la Festa. Van pegan bots en els Entraes». Afirmaciones que venían condicionadas por la seriedad que imperaba en el seno de la Fiesta.

En el ya dilatado acontecer de esa Comparsa no faltan hechos insólitos y anécdotas imborrables. ¿Quién no recuerda el célebre año de los «polvos de jalapa»? ¿Quién no hace memoria de la vieja bota de vino, con el título, que tanto sugería, de «El Boñ»? ¿Y cómo no recordar al inolvidable «Pimiento», en sus buenos años, cuando, como un torrente de vitalidad y simpatía, vino a implantar un nuevo modo de ejercitar las funciones de los Cabos de Escuadra?

¡Cuántas ilusiones cobijadas bajo los pliegues de la Bandera de tantas Abanderadas! ¡Cuántas alegrías juveniles desparramadas por los Estudiantes en sus cincuenta años de vida festera!

Se pierden ya en la lejanía los horizontes de aquel lejano 1930. Pero la aportación a la Fiesta de la Comparsa de Estudiantes, desde entonces, ha sido, evidentemente, muy importante.

Pero siendo tan importante lo aportado, por su colaboración, por su número y por su entusiasmo, lo que, en verdad, a mi juicio, ha caracterizado a esa comparsa ha sido -y es- ese aire tan propio, tan inconfundible, tan inimitable. Ese aire «sui generis» que no puede ir acorde ni con las Comparsas de Moros, ni con las restantes Comparsas de Cristianos. Ese aire, alegre y desenfadado, que nos llegó en 1930, como una bocanada de brisa fresca y estimulante, de la que tan necesitada estaba nuestra Fiesta. Esa brisa refrescante que, para suerte de Petrel y de sus Moros y Cristianos, se desprende, cada año, de la Comparsa que celebra su primer cincuentenario.

Mi llorado amigo Pepito Perseguer me decía, en cierta ocasión, que él era Estudiante porque esa era la Comparsa de la alegría. Opinión que yo comparto en su totalidad. Porque el aporte de esa alegría incuestionable, de ese humor, siempre renovado, y de esas características tan propias y particulares, ninguna Comparsa ha podido imitar ni, muchos menos, superar.

En la constante histórica de la Fiesta existe un hecho irreversible, un punto de convergencia: el de la llegada de los Estudiantes y los aires de renovación y revitalización de nuestros festejos. Mérito grande el de esa Comparsa, alegre y desenfadada. Mérito que nadie debe ignorar y que, en justicia, tampoco nadie puede discutir.

Esa, para mí, es su aportación a la Fiesta. Su mayor -y mejor- aportación.

1980



Año 1941

«Los de Campanilla». 25 Aniversario

Que Petrel participa, de forma masiva, en la incruenta representación de Moros y Cristianos es una tangible realidad. ¿Por qué?

¿Quizás porque se resiste a romper el hilo de una tradición que nos legaron nuestros mayores? ¿Tal vez por su amor a la libertad, que no admite sojuzgamientos extraños? ¿Acaso por sedimentos raciales, que nos aproximan a los pueblos orientales tan amantes de la pólvora, de la luz y del estallante colorido? ¿Puede que influya su amor a San Bonifacio y aproveche esas fechas para lanzar a la rosa de los vientos el testimonio de su fe? No lo sé. Queden esas interrogantes para una investigación más profunda.

Lo cierto y seguro es que ahí están «los de Campanilla», como una espléndida manifestación del sentir de nuestro pueblo. Con un cuarto de siglo festero a sus espaldas. Con su presencia en todos los actos. «Arrimando el hombro», como se hace la Fiesta. Sí, ahí están los «campanilleros», «los de Campanilla». Como una realidad exenta de ficción. Como una verdad incuestionable.

A ciencia cierta, desconozco el motivo de esa denominación. ¿Tal vez por un alarde de «flamenquería» festera? ¿Deseo de significarse como la mejor escuadra del Tercio de Flandes o de la Fiesta? Tampoco lo sé. Pero, «entremos» en la historia; en la pequeña historia de «los de Campanilla».

Corría el año 1957 cuando a José García «El Gafas», José Bernabé «Viruta» y Manuel Villaplana «Villa», «flamencos de toda la vida», se les ocurrió la idea, posteriormente tan ampliamente difundida, de organizar una Escuadra con la intención de poder maniobrar con cierta independencia en el seno del popular Tercio de Flandes.

A ella se incorporaron Vicente Navarro, Amadeo Morán, Antonio Lozano Falcó, Juan Millá Mira, Ramón Vera Moltó, Manuel González, Hipólito García, Eduardo Tortosa, ya fallecido, Vicente Villaplana Brotóns y Juan Martínez Rico.

«Los de Campanilla», desde su fundación, implantaron una regla de oro que, por fortuna, conservan escrupulosamente. La de acudir a todos los actos festeros, incluidos los de acompañamiento a Abanderadas y Capitanes. Ejemplo que deberían imitar tantos festeros refugiados en los «cuartelillos» durante los actos de Fiesta, dejando en solitario, en ciertas ocasiones, a su Abanderada o a su Capitán. Ahí se apuntan un mérito indiscutible «los de Campanilla», con su presencia en todos los actos festeros, sean del orden que fueren.

Veinticinco años viviendo la Fiesta, pensando en la Fiesta, laborando por la Fiesta... Veinticinco años son ya muchos y en el decurso de los mismos se han producido anécdotas, discusiones, contrariedades y satisfacciones. En suma: vivencias que resultaría prolijo relatar por cuanto, con tan manifiesta abundancia, constituyen el patrimonio vital, en el ámbito festero, de «los de Campanilla».

Sí, ahí están «los Campanilleros». Ahí siguen. Luciendo su garbo. Desfilando arrastrados por una ventolera de alegría y entusiasmo. Iniciadores del primer «cuartelillo», aunque para fines distintos de los que hoy se utilizan en otros recintos de igual denominación. Con su cañón que dispara confeti. Con sus «conciertos» desafinados de bombo, trombón y platos. Con su caudal inagotable de buen humor. Con su fervor festero. Con su «arrimar el hombro»...

Sí, ahí están. Esos son. «Los Campanilleros». Los que ostentan esa denominación, no sé por qué, de «los de Campanilla». Esos que siguen y esos que, Dios mediante, van a continuar...

Centenario de La Chusma

La Chusma, la popular Chusma, va a celebrar su primer centenario en su largo discurrir por los campos de la Fiesta.

La Chusma, durante tantos años, ha sido un manantial caudaloso de buen humor, traducido en críticas despiadadas de acontecimientos locales o nacionales, de actitudes o de conductas, de proyectos o realizaciones. Ella ha venido a demostrar que si Petrel sabe imprimir carácter y norma, protocolo y rigurosidad a sus deslumbrantes festejos de Moros y Cristianos, no termina, con ello, la vitalidad del antiguo Bitrir por cuanto aún queda espacio para demostrar el inagotable sentido del humor que atesora la gente de nuestro pueblo.

Los disfraces más grotescos, las indumentarias más insólitas han cobrado, llevados por la Chusma, una innegable nota de originalidad y de crudo realismo, siempre renovado. Sus críticas, certeras y apropiadas, van impregnadas de un sentido real e inteligente. De ahí que el hombre de la calle, al paso de la Chusma, se olvide de sus cotidianos problemas y goce con los destellos humorísticos de ese grupo de humor, y valga la redundancia.

La Chusma, de por sí, es la carcajada. Por eso, sus desfiles se aguardan con impaciencia, en la seguridad de que han de provocar el regocijo general. El humor de la Chusma es inagotable. Siempre encuentra un hecho que comentar, una actitud que discutir, o unos resultados a los que poner en el candelero de la crítica popular.

Y es que ese grupo tan, al parecer, desorganizadamente organizado, posee colaboradores de un espíritu inteligente e incisivo, lo que le permite profundizar, todos los años, en los aspectos más sobresalientes o destacados de la Fiesta o de la situación nacional o de la marcha local. Y, además, sabe evolucionar a tono con los tiempos que corren.

Antiguamente, yo recuerdo haber visto a sus componentes liados con una sábana blanca y con los rostros tiznados de negro. Tal vez su primera iniciativa fuera la de ridiculizar al bando moro o a los invasores que, por tantos años, ocuparon nuestro

pueblo. Pero así como ese sentimiento -si existió- ha desaparecido, como desapareció la Mahoma, sus críticas de ahora se basan en la más acuciante y evidente realidad.

Como consecuencia de ello, hemos podido contemplarles imitando a los «hombres de Harrelson» o a los buscadores del tesoro, de De la Cuadra Salcedo. Y tan capaces son de organizar un baile por sevillanas como de interpretar todo el sabor rockero de una sala de fiestas, o de organizar una intervención quirúrgica a tumba abierta... Poseen decisión y tienen talento. Hay que reconocerlo.

Se podría alargar más, mucho más, este trabajo si las limitaciones de espacio no condicionaran su extensión. Porque habría que hablar también de la hoja humorística que, anualmente, distribuyen entre los espectadores. Tendríamos que hacer mención de aquellas sabrosas y punzantes críticas sobre la «Comisión Warren», «sobre el home del arganell», sobre la operación «caira», sobre el cambio de los horarios festeros, sobre la modificación de los itinerarios de los desfiles... Sobre tantas cosas que, en definitiva, forman parte de nuestra Fiesta. Del humor de la Fiesta, que eso es, en realidad, la Chusma.

Por eso, si la Chusma es la depositaria del humor de la Fiesta, no puede desaparecer. Porque la Chusma y la Fiesta forman una insólita simbiosis de seriedad y de humor, de orden y desconcierto, de elegancia y truculencia, de lo normal y de lo irreal... Se complementan en su diferenciación de matices. Por ello, no me cabe la menor duda, que si la Fiesta perdura, como todos deseamos, la Chusma ha de sobrevivir, en justa correspondencia a sus largos años de existencia y a esa alegría «sui generis» que, todos los años, viene derramando para gozo de grandes y chicos por las calles y plazas de nuestro pueblo.

La Chusma se prepara, una vez más, para abrir las gigantes alas de su fantasía y para derramar el caudal inagotable de su humor crítico-festero. Otro año vibrará Petrer a su paso. Porque la Chusma es eso: inteligencia, humor, alegría...

Dejemos paso a la Chusma. Bien merecido lo tiene.

1986

El humor en la Fiesta

Entre la hilaridad general, desfila, después de las Entradas, la popular «Chusma».

Los disfraces más disparatados, los atuendos más raros, siempre buscando la nota humorística, constituyen sus «trajes», causantes del regocijo de todos, y sus estrambóticos maquillajes vienen a ser como una invitación al más sano humorismo y a la más auténtica alegría.

Ya hace muchos años que lo que el pueblo en general denomina «Chusma» hacía las delicias de chicos y grandes. Pero también ella ha evolucionado, en sentido progresivo, al igual que la Fiesta. Al margen de ella, la «Chusma» constituye como su complemento humorístico que al formar un brusco contraste, hace resaltar, con más vigor todavía, toda la grandeza de aquélla.

Nadie sabe cómo ni cuándo nació la «Chusma», pero a juzgar por las exclamaciones jubilosas que su paso levanta, no es aventurado asegurarle una dilatada permanencia en el campo festivo de nuestro pueblo.

Si bien es un número apartado de la Fiesta, tiene una organización, más o menos disciplinada, y su desbordante comicidad ha llegado a constituir una faceta imprescindible en el ámbito festero, que todos esperan paladeando anticipadamente las truculencias que año, tras año, les depara su inagotable inventiva y capacidad de ficción.

Sus acertadas críticas, relacionadas con la Fiesta o con temas actuales, tienen todo el sabor de una estallante hilaridad y de la comicidad más depurada.

Si alguno cree que en la Fiesta de Petrel sólo puede verse seriedad y respeto, exactitud y ritmo armónico, no piensa acertadamente. Petrel, afortunadamente, tiene señorío para la Fiesta propiamente dicha, pero no carece de un fino humor que, al margen de ella, queda sobradamente demostrado con la estampa que, cada año, siempre renovada, nos brinda la «Chusma», alegre y popular.

Un pueblo que ríe con sinceridad es un pueblo feliz. Y cuando pasa la «Chusma», el hombre de Petrel olvida, individualmente, todos los problemas que se entrecruzan en su camino y, a diario, le asaetea. Por todo cuanto tiene de jolgorio y de expresión jubilosa, de sano humorismo y de expresión jocosa, la «Chusma» contribuye al regocijo general. Y, en este aspecto, es acreedora a nuestro reconocimiento. Nadie lo puede negar.



Año 1898

Réplica humorística

Don G.G.R., mi dilecto amigo, que es un «Estudiante» de muchas campanillas, hundió su acerada y descomunal pluma en la tinta de su fina sátira, y burla burlando nos dedicó, en el Programa de Fiestas del pasado año, algunos comentarios «elogiosos». Está, pues, justificada mi réplica.

Yo, al igual que él, tampoco sé si en el pasado hubo o no cruentas y sangrientas peleas entre los que nos dominaban y los que venían a liberarnos. Ni he podido averiguar, por ahora, si bastó un Juan Payá, como él afirmaba, para embarcar a todos los moriscos cuando se alzaron en armas y fueron vencidos en la añeja calle de San José. Eso pertenece a la Historia y de la Historia de Petrel, justo es decirlo, se saben muy pocas cosas. Algunas menos de las que debieran conocerse.

Pero, en fin, el caso no es ese. Don G.G.R. sentaba la afirmación de que los «moros» marcamos el paso con mucho postín. En efecto, nadie puede dudarle. En eso, la verdad, no descubrió ningún Mediterráneo. Que somos marchosos lo saben hasta en la Cochimbamba. Y es que se puede ser marchoso y no ser español. Ahora bien, lo que es inconcebible es ser español y no ser marchoso. De ahí nos viene el postín, no le quepa duda, de nuestra rai-gambre española.

Tampoco puedo aclararle si los moros de Petrel se comieron a media humanidad antes de rendirse. Quede ello para los eruditos, de los que tan necesitados nos encontramos. Desde luego, puedo asegurarle, de rodillas, que yo no he probado carne humana. ¡Tiene usted unas cosas! Yo le aseguro que los «moros» de acá solamente comemos carne de pajaritos fritos. La de cerdo ya sabe usted que la tenemos prohibida y la de cabra resulta dura.

¡Y a ver quién es el valiente que se atreve a comer la de cordero! Francamente, resulta prohibitiva para nuestras exhaustas economías. No le extrañe, pues, que nos quedemos, decididamente, con los pajaritos fritos. ¡Ah, si usted se decidiera a venir a comer, en nuestra compañía, «coca» bien calentita, de esa cuyo

secreto sólo conoce un tal Evaristo Plá, a quien todos conocen por el «Rollero», y pajaritos fritos, y habas tiernas, regado todo con un buen «morapio»! Entonces vería cómo no hace falta practicar la antropofagia para sentirse uno satisfecho de la vida y cómo modificaba la opinión que de nosotros tiene en ese aspecto.

Claro, ¡faltaría otra cosa!, también se metió con nuestras barbas. Y voy a aclararle, si me lo permite, por qué las llevamos tan frondosas y, algunos, tan rizadas.

Nosotros no tenemos la culpa de que las jovencitas de hoy se vayan cansando de tanto «niño» bonito como deambula por esas calles de Dios. Ahora, por lo visto, prefieren hombres con toda la barba. ¡Si usted viera las miraditas que nos lanzan cuando pasamos por su lado!

Por otra parte, si, aunque cristianos viejos, nos disfrazamos de «moros» por tres días al año, en virtud de una lejana tradición que nos inculcaron de pequeñines, a nadie puede extrañarle que para que resulte más auténtico el disfraz añadamos una abundante masa pilosa que, por cierto, nos cae muy bien. ¡Pregunte, pregunte usted a las niñas y conocerá su opinión!

También hablaba usted de las conductas sinuosas de nuestros lejanos «antepasados». No se lo discuto. Ahora bien, nosotros, puede creerlo, somos unos infelices que nos encandilamos en cuanto vemos volar una mosca cerca de nuestra nariz. Se lo aseguro. Y somos incapaces de morder ningún dedo, aunque nos lo hundan en la garganta y nos toquen la «campanilla». Ahora, yo le aconsejo que no lo haga usted por si creyendo que es el nuestro le propinamos en el suyo un bocado morrocotudo. Eso sería lamentable. ¡Con lo inocentes que somos!

Algo nos mencionaba usted sobre don Jaime El Conquistador y doña Violante, y sobre la posibilidad de que las huestes del referido don Jaime para liberar Petrel se limitaran a un simple paseo militar. Nosotros nada sabemos de eso. Que nos lo aclaren los «Estudiantes». Bueno, quiero decir los estudiosos. Ya me habrá entendido, supongo. Nosotros también tenemos bastante con rizarnos la barba y marcar el paso. Que ya está bien, creo yo.



Año 1960

Yo le diría algunas cosas más. Crea que lamento no poder hacerlo por exigencias de espacio. Pero, para finalizar, sí le ruego que no nos abrume con sus «elogios». Para ello, le sugiero que exhiba su descomunal pluma en las «Entradas», pero, por favor, no la utilice a modo de estaca. Eso es inconveniente y, a las veces, tiene sus riesgos. Palabra de amigo.

¡Ah! Y no me tome nada en cuenta. Todo es Fiesta. Y ¡viva San Bonifacio!

1959



Año 1964

El hombre, ese desconocido... «El Ample»

«El hombre, ese desconocido...», en frase de Alexis Carrell, tiene diversas e insospechadas reacciones.

El hombre, en nuestra Fiesta, cuando llega a la cima de los 50 años, se retira, generalmente, de la misma y pasa a engrosar el denso grupo de los espectadores.

José Maestre es un «fuera de serie» y a los 80 años continúa, tan pimpante, al frente de su Escuadra de Flamencos.

«El Ample», con una energía que bien quisieran para sí algunos niños «ye-yés», es asombro y admiración de los que le contemplan.

«El Ample», rompiendo las pesadas barreras que los años levantan, no se rinde y, desechando pálidas nostalgias juveniles, es el eterno joven de la Fiesta.

El no sabe de reuniones y le importan un bledo las opiniones ajenas. El sabe de la Fiesta, de la «Festa de San Bonifasi» y en un arranque juvenil, milagrosamente renovado, año tras año, viene a confirmar la rotunda verdad de la Fiesta. Que la Fiesta no se hace a base de interminables discusiones, ni de opiniones contrapuestas, sino arrimando el hombro, durante el año, y con la presencia física en la Filas de no importa qué Comparsa.

En reconocimiento de sus méritos, el pasado año se celebró un simpático acto en el curso del cual le fue otorgada la Cruz de Santiago, de oro, por su Comparsa, y entregado un pergamino por el Señor Presidente de la Junta de Fiestas, como premio a su constancia.

El hombre en nuestras Fiestas se retira, generalmente, a los 50 años. «El Ample», con sus ochenta primaveras, continúa siendo nuestra admiración en los desfiles. Sol y sombra. «El hombre, ese desconocido...».

¡Fabuloso «Ample», al que yo deseo mil años de vida en beneficio de nuestra amada y entrañable Fiesta!

Algo sobre un Pregón

En el año 1979 yo no acudí al Pregón de Fiestas, pronunciado por mi viejo amigo Hipólito Navarro. Viene publicado en la Revista de 1980 y acabo de leerlo.

En el mismo, Hipólito, tan amante del costumbrismo y de la historia de mi pueblo -que es el suyo- y, como siempre, inmerso en su meritoria labor investigadora, centró su Pregón en un detenido estudio sobre las «Rodelas». ¿Qué son las Rodelas? ¿Qué misión cumplen? ¿Cuál es su cometido?

Al parecer, en muy pocas Fiestas de Moros y Cristianos aparece ese elemento, tan entrañable para nosotros, de la Rodela. Tan sólo, según el Pregonero, existen en Sax, con el nombre de «Pajes» y en Caudete, con el de «Volantes».

El Pregonero, en una meritoria y extensa labor investigadora, habla de los Dances aragoneses, cómo son los Dances de Sariñena y de Sena, de la Danza del Rey moro de Agost, de la Danza de Gerri de la Sal (Lérida), de la de Berga (Barcelona), de la de los Seises, que actúan dentro de la catedral de Sevilla...

Para Hipólito Navarro y, desde luego, para mí, los pasos de Danza de la «Rodella», en nuestras Fiestas son una expresión de respeto y amor a San Bonifacio, Patrono de este nuestro afortunado pueblo, en lo que respecta al entorno festero de Moros y Cristianos.

El Pregonero se asocia al júbilo popular por la celebración del primer Centenario de la prestigiosa Comparsa del Tercio de Flandes, saluda y felicita a las Abanderadas, a los Capitanes y a las Comparsas y a todos los presentes en el acto que se estaba celebrando.

A continuación hace un canto emocionado de la mujer petrelense «que lleva en la sangre el ritmo de la música, con gracia y salero sin igual. A esa mujer que, desde hace casi un siglo, es orgullo de la Fiesta porque la lleva dentro desde que nace siendo Rodella y la culmina como Abanderada».

Hipólito, dentro de su estilo, hizo un buen Pregón que si yo, por mi ausencia, no oí, he leído con verdadera delectación.

Transcribo, fielmente, tal como viene en la Revista de Fiestas de 1980, el final de ese Pregón. Dice así: «Y como mañana comenzará el primer acto festero, adelantemos el anuncio de los venideros días, con aquellos encendidos versos de nuestro gran poeta Paco Mollá, en su «Mañana de Entrada».

«Venga mi sol levantino
a desgranarse en la fiesta
y reverberen sus luces
en los rasos y las sedas.
Vengan las auroras sutiles
que nacen allá en la sierra
y llegue hasta aquí la brisa
transparente y marinera.

Conceda el cielo su añil,
se adorne la Primavera,
canten la fuente y el ave,
la rosa blanca florezca
y el orto, con luces claras,
anuncie la impar floresta.

Que viene la cabalgata
y la fantasía vuela
y ya los mozos, gallardos,
van, con altiva cabeza,
al son de bandas cristianas
y tonadas agarenas.
Y llegan la Abanderada,
que tiene rubia la trenza,
y la de los ojos negros
que tiene la tez morena,
mientras un vuelo de capas
asoma su estampa añeja
y Petrel es flor, y es risa
y es Romance que aletea.

Venid auras, brisa, sol,
sonora campana, vuela,
que hoy Petrel es reino de hadas
y en la gracia mañanera,
van flotando el dulce hechizo
y el embrujo de su Fiesta».

Se trata de un Romance octosílabo y el verso que aquí aparece de «Vengan las auroras sutiles» tiene nueve sílabas. El verso correcto es «vengan las auras sutiles», corrección que se debe aplicar para eliminar un posible error de imprenta.

Por una deficiente información, sin duda carente de toda intención, Hipólito cometió un disculpable olvido. Porque esa «Mañana de Entrada», ese Romance bueno, malo o regular, no es de Paco Mollá sino mío. Lo publiqué yo, sin firma, en la Revista de Fiestas de 1958, cuando era Director de la misma. De ahí viene ese involuntario error, al que yo no concedo ninguna importancia. Pero, en servicio de la verdad, «a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».



Año 1966

Cuando me concedieron la Medalla de Plata de la Fiesta

Si recordando a un filósofo podemos decir con él que los caminos mejores para lograr un impacto subjetivo son los que van directos al corazón, justo es reconocer que los seguidos, en esta ocasión, por la Junta Directiva de la Fiesta han logrado, en lo que a mí se refiere, lograr plenamente este objetivo.

Y no por que yo considere que soy acreedor a esta distinción que hoy se me confiere. Yo sé que con ella no se ha querido premiar mi valía -nada soy y nada valgo- sino reconocer una labor dilatada desempeñada, justo es decirlo, con mayor voluntad que acierto. Se ha querido reconocer con ella mi fidelidad a unos principios y a una labor, ingrata en demasía, en pro del engrandecimiento de la Fiesta.

Yo supongo que se ha querido reconocer mi acendrado petrolanquismo y mi constante amor a la entrañable «Fiesta de San Bonifasi,» sentimientos éstos -modestia aparte- en los que no concedo primacía a nadie. De otra suerte, ni había por qué concederme esta medalla ni, por cierto, hubiera sido por mí aceptada.

Y ello porque yo entiendo que cuando se labora por una idea determinada o por un objetivo concreto, hay que huir de todo personalismo y sumarnos todos de buena voluntad al que lleva empuñada la bandera que simboliza esa idea o ese objetivo. Yo no sé hasta qué punto ha sido fructífera mi labor. Eso Petrel ha de decirlo. Lo que sí puedo asegurar es que ha sido desempeñada con buena voluntad y absoluto desinterés, centrado en mi idea del engrandecimiento de la Fiesta y del pueblo en el que tuve la fortuna de nacer hace ya muchos años.

Pero como para mí ha sonado ya, inexorable, la hora del relevo, hay que buscar un sustituto más capaz y mejor preparado que, armado también de constancia y buena voluntad, sepa llevar a buen puerto esta nave que se puso en marcha hace ya mucho tiempo. Al fin y al cabo, los hombres pasan pero quedan en pie

las cosas inmutables. Y como Carlos V decía: «Si veis caer del caballo al Emperador, no os preocupéis de él pero recoged la bandera». Y aquí lo que importa es que haya siempre quien sea capaz de recoger la bandera de la Fiesta.

Como nosotros no podemos ser eternos, hay que ir pensando en buscar y encontrar, a toda costa, una minoría juvenil que, en corto plazo, empuñe las riendas que a nosotros, queramos o no, ya se nos van de las manos. El porvenir de la Fiesta no puede estar supeditado a un hombre determinado sino en manos de esa minoría decidida cuya falta estamos notando ya todos los que, sin ser viejos, no somos ya jóvenes.

Unas frases obligadas merecen, por mi parte, los Embajadores. Su misión la considero tan trascendental que no dudo en afirmar que constituye la médula, aparte de lo religioso, de nuestros festejos. El festero, desde mi prisma personal, sale a cumplir el rito que la tradición le impone y al goce personal en las Filas de su Comparsa. El Embajador, por el contrario, es el hombre que se arriesga a jugarse límpidamente el tipo ante dos mil seres humanos, lidiando el pavoroso miura de su Embajada. Como el diestro, debe saber medir las distancias porque un fallo puede ser el desastre y unos nervios desatados, la hecatombe. Ellos lo saben por experiencia y yo, que durante tantos años he permanecido a su lado, me considero como testigo de excepción para poder afirmarlo.

Por ahí se ha dicho que a los Embajadores los hago yo. Y nada más lejos de la realidad. Yo habré podido corregirles un ademán o habré podido enseñarles a modular una frase determinada o a matizar cierto párrafo importante. Pero el mérito es suyo, absolutamente suyo. Por su decisión, por su valentía y por sus condiciones declamatorias. Porque, al fin y al cabo, como dice el aforismo castellano: «Lo que natura no da, Salamanca no lo presta». Y en ese aspecto, ni ellos ni yo podemos constituir excepción.

Yo quisiera, en este acto íntimo y jubiloso, constituirme en portavoz de la concordia y hacer un llamamiento a todos los festeros para que, olvidando posibles diferencias, aprieten el haz de sus voluntades y pongan al servicio de nuestros festejos, que

por fortuna han desbordado ya el ámbito local, todo su innegable entusiasmo y todo su admirable tesón para defender con obras y no con falsa retórica el preciado tesoro de la Fiesta que nos legaron nuestros abuelos.

Tal vez lleguen tiempos en que no se tenga la ayuda oficial que ahora disfrutamos y entonces sea llegado el momento de ver si somos dignos sucesores de aquellos festeros de rostros curtidos y encallecidas manos que fueron los arquetipos y los verdaderos artífices de esta Fiesta, orgullo de los nativos de Petrel y renovado asombro de los foráneos. Si ese haz festero no se disgrega y tenemos la fortuna de encontrar siempre la minoría apta para el sacrificio y el trabajo, la pervivencia de nuestros festejos está plenamente asegurada.

Por lo que a mí se refiere, para terminar, 24 años de ininterrumpida labor para mejorar nuestra Revista y por engrandecer la Fiesta creo es motivo suficiente para haber encontrado en este emotivo acto la emoción que me habéis deparado. Y el mayor mérito que yo he de encontrar siempre en esta medalla es saber que ella viene a premiar una labor, más o menos acertada, pero sostenida con tesón. Y que, desde luego, en ella van prendidos todo vuestro cariño y toda vuestra amistad hacia mi humilde persona. Y solamente por eso, por eso precisamente, os habéis hecho acreedores a mi eterna gratitud.

Mi labor, felizmente terminada, ha tenido un dichoso colofón. Yo también, como en el teatro antiguo, debo decir: «Perdonad mis muchas faltas». Faltas que han de encontrar siempre un poderoso atenuante. El atenuante de que si fueron cometidas, ninguna duda me cabe en ello, lo fueron con la más noble y recta intención. Y nada más.

1963

Cuando me nombraron Socio de Honor de la Fiesta

Señor Alcalde, Señor Presidente de la Junta de Festejos de San Bonifacio. Señoras, señores, amigos todos.

Decía José M.^a Pemán que, después de una buena comida o una buena cena, sentaban muy mal los malos discursos. Pero no hay que alarmarse, porque esto de ahora no va a ser un discurso sino algunos breves comentarios que yo, contando con la anuencia del señor Presidente, me voy a permitir hacer sobre qué significa la Fiesta para mí y cómo la veo en los tiempos actuales.

Siempre he creído que la Fiesta tiene dos motivaciones significativas. Porque la Historia no es tan sólo el relato de los hechos ocurridos o realizados por un pueblo. La Historia tiene una segunda parte que, como la llamaba don Miguel de Unamuno, es la Intrahistoria. Es decir, lo que puede darnos a conocer las raíces o los movimientos subjetivos que dieron vida a los hechos acaecidos, históricamente hablando.

Pues bien, ahondando en la Intrahistoria de nuestro pueblo, podemos convenir en que las raíces de la Fiesta están profundizadas en un sentido religioso y en una motivación histórica. En un sentido religioso por cuanto que son la expresión de la fe de un pueblo en su Patrón, San Bonifacio, y en un sentimiento patriótico porque vienen a recordarnos la consecución de una libertad secuestrada durante ochocientos años, más o menos.

Y si despojáramos a la Fiesta de ese contenido, habría que modificar la denominación de Fiestas en honor de San Bonifacio. Muy bien podrían titularse Fiestas de Primavera o Desfiles Carnavalescos. Y en ese sentido, quizás, con el tiempo, podríamos llegar a hacer la competencia a los famosos Carnavales de Río. Me resisto a creer que pueda llegarse a ese extremo.

¿Cómo era la Fiesta de antes? Hace cuarenta años la Fiesta era una fiesta de minorías y cuya convivencia se celebraba, exclusivamente, en el seno de la Comparsa y en las casas de la Abanderada y del Capitán. Ahora, se busca en los «cuartelillos». Si eso es mejor, adelante. Eso a mí no me preocupa.

Pero como la vida -en frase de Ortega y Gasset- «es una historia cambiante que se escribe día a día», también llegó el cambio a la Fiesta y lo que era una fiesta de minorías se ha convertido en una fiesta de masas. Y esa masificación, contra la que nada tengo que decir, podría llevarnos, si no se reglamenta, a un callejón sin salida, dado su volumen.

Yo guardo un gran respeto por esas personas entusiastas, capaces de soportar durante cuatro horas, sentadas en una silla incómoda, el desfile de las Entradas. Se necesita mucho aguante físico para ello y, lógicamente, algunas acaban fatigadas y otras, por supuesto, no lo pueden resistir. ¿Solución, a mi juicio? Alargando un día más la Fiesta o vertebrando los actos de manera distinta. Mucho confío en los inteligentes hombres de la Junta de Fiestas para solventar este problema, cuya rectificación, de año en año, resulta más evidente y, en consecuencia, más acuciante.

A mí la Fiesta, como a todos los dirigentes de la misma, me ha costado mi dinero, me ha dado preocupaciones, horas de trabajo y más de un disgusto. Relataré tan solo una anécdota, con el fin de no aburrirlos excesivamente.

Yo dirigí la Revista quince o veinte años. No lo sé con seguridad. Y en aquel lejano año de 1942, año difícil, de poco dinero y mucha necesidad de pan, la Revista se componía de tres o cuatro trabajos literarios y unas fotos deslavazadas, en blanco y negro. Yo, en mi inexperiencia, hice lo mejor que supe. Y cuando le presenté la Revista a José M.^a Román, en gloria esté, por aquel entonces Presidente de la Unión de Festejos, me salió con la afirmación, bien justificada por cierto, de que parecía un «tebeo». En realidad, comparada con las Revistas que ahora se editan, no valía un duro. No llegaba ni a eso, ni a «tebeo». Pero yo me llevé un disgusto y la consiguiente desilusión.

Mas, el año 1946, fui yo a Madrid y puesto al habla con don Emigdio Tato, que pertenecía a la Asociación de Prensa, solicité de él viera de recabar algunos escritos con firmas importantes y de verdadera entidad. Y ahí están las Revistas de 1946 y 1947 que yo guardo como oro en paño, con las firmas de Luis Martínez

Kleiser, de Vicente Castañeda, de Pilar Millán Astray, de Marcelino Santamaría, del Conde de Romanones, de Guillermo Fernández Shaw, de Conrado del Campo, de Andrés Revesz, de Jacinto Guerrero, de Mariano Benlliure y de tantos otros. Algunos de ellos pertenecientes a la Academia de la Historia o a la Academia de la Lengua. Todos famosos en nuestro país y, algunos, con fama internacional.

Por otra parte, la Fiesta me ha compensado con largueza de todo cuanto yo pude hacer por ella. La Fiesta me dio muchas horas de alegrías juveniles; muchas horas de convivencia con los componentes de mi Comparsa, anécdotas, risas, motivos para renovar mi fe en San Bonifacio, la satisfacción de ver a mi hija vestida de Abanderada... Y ahora, precisamente ahora, ya casi al final de mi camino, ver a todos mis nietos vestidos de festeros. Con todo eso me doy por suficientemente recompensado.

Pero ahora se habla mucho de recuperar viejas tradiciones perdidas de nuestro pueblo; de recobrar nuestra idiosincrasia particular; de revitalizar nuestros valores tradicionales, de potenciar nuestra lengua vernácula. Todo me parece muy bien. Pero yo, en mi fuero interno, me pregunto: ¿Y si es así, cómo se permite el traslado de la Fiesta a unos días cambiantes olvidándose de las entrañables fechas del 12, 13, 14 y 15 de mayo?

Al respecto, cuando esto ocurrió, se me hacían afirmaciones gratuitas y faltas de lógica: que se perjudicaban las empresas si la Fiesta caía entre semana, que las bandas de música tenían problemas para su desplazamiento, que querían cobrar más si no era sábado o domingo, que a los que trabajaban en Elda no les daban permiso... ¡Qué sé yo cuantas cosas más! ¿Y los pueblos aledaños no tienen ningún problema? ¿Y lo que es bueno y puede ser en Sax, en Villena, en Castalla, en Novelda, en Biar, en Alcoy, en Madrid, en Valencia y en Bilbao... no se puede realizar aquí? Francamente, no lo comprendo.

Aquí, en aras de un progresismo inocente o de un modernismo apresurado, diversas Juntas directivas programaron cambios. A una Junta se le ocurrió la feliz idea de celebrar las Embajadas a mediodía. A otra, le dio por realizar un desfile por la empinada calle de Leopoldo Pardines. A mí, como director de la Revista, se

me impuso la obligación de cambiar la denominación de Moros y Cristianos por la de Fiestas Hispano-Arabes, y un largo etcétera, que lo único que ha conseguido es crear el confusionismo en el festero de Petrer, en el vecino de Petrer y en el forastero que piensa venir esos días a Petrer.

La Fiesta de Petrer, por su amplitud, por su riqueza, por su colorido, no es, no puede ser un juego de niños. Alejémonos de infantilismos y de cursis modernismos y recobremos para la Fiesta esos días, entrañables por tantos motivos, del 12 al 15 de mayo, porque yo no sé quién ha dicho que lo que «no es tradición es plagio».

Sé que os estoy aburriendo en demasía. Pero, como dicen que estamos en un país libre, en virtud de ello me he tomado, también yo, la libertad de expresar mi opinión, por muchos sobradamente conocida. No os impacientéis. Pronto acabo.

A mi juicio, la Fiesta necesita un reajuste, adecuándola a las circunstancias actuales y propiciando su retorno a los inolvidables días de 12 al 15 de mayo, sin ese retorno, a mi entender, perpetuaremos un dislate. Yo diría más: un atentado contra la auténtica y verdadera tradición de este pueblo de mis amores.

Si la Junta Directiva o la mayoría de los festeros no lo consideran así, que cada cual cargue con su responsabilidad. A mí me gusta respetar las reglas del juego. En este caso, del juego democrático.

Si no es así, como yo desearía, en aras de la convivencia encerraré mi opinión en el baúl de los recuerdos, con el fin de que duerma allí el sueño definitivo, porque a mí, humanamente, me satisface poco ser abogado defensor de las causas perdidas. Ni la Fiesta se va a acabar porque haya una voz, en este caso la mía, que clama en el desierto, ni yo voy a enfermar del corazón pensando en ello. En definitiva, poco pierdo no publicando mis pobres escritos en la Revista, que es lo único que podría hacer, y todavía menos pierde la Revista con que mi firma no aparezca en sus páginas. En este sentido, estamos en paz.

Como ya he manifestado, la Fiesta me ha deparado muchas horas alegres, muchas ilusiones, muchas alegrías. Y me las continúa prodigando. Vivencias todas que constituyen una parte im-

portante de mi patrimonio espiritual. Patrimonio que nadie me puede comprar porque yo, por supuesto, no lo pienso vender.

Yo podría continuar hablando de la Fiesta. De su luminosidad, de su potencia, de su elegancia, de su colorido deslumbrante... De todo eso que nos es sobradamente conocido y que, tan repetidas veces, se ha manifestado.

Pero hay una faceta que a mí, particularmente, es la que más me satisface. Es esa convivencia que nace y se desarrolla en el seno de la totalidad de las Comparsas, en el ámbito entero de la Fiesta. Ese ver a la juventud unida, brazo con brazo y codo con codo, sin diferencias sociales, sin distingos socio-económicos, sin discriminaciones políticas ni religiosas. Así es la Fiesta que yo siempre he conocido y así, por fortuna, continúa siendo. Que San Bonifacio nos la conserve, de esa manera, por siempre. Sin implicaciones divisorias que podrían constituir su ruina o, tal vez, su desaparición. La Fiesta tiene que ser -debe de ser- la Fiesta del respeto, la Fiesta de la unión, la Fiesta de la compenetración, la Fiesta del amor humano, la Fiesta de la paz, la Fiesta, en fin de eso que no es fácil pero que tampoco es imposible: la Fiesta, en suma, de la convivencia. Esa es la Fiesta que yo deseo para mi pueblo.

Gracias, en nombre de los restantes amigos y socios de honor y en el mío propio, a los componentes de la Junta de Unión de Festejos y, en particular, a su Presidente don Enrique Navarro Quiles, por la distinción que se nos ha concedido.

Y para finalizar, mi firme promesa: la de que si mi opinión fuera válida y se convirtiera en realidad ¡qué más quisiera yo!, lo poco que valgo, lo poco que sé y lo poco que tengo estaría, como antaño estuvo, al servicio incondicional de la Fiesta.

Muchas gracias a todos.

1983



Año 1963



Año 1960

En la hora de mi relevo

Cuando el año pasado me despedí, con un abrazo, del Embajador moro Antonio García Palazón, cerré un paréntesis de mi vida festera, jalonado por los años 1948 y 1962.

Durante tan dilatado periodo de tiempo, salvo obligadas ausencias, acompañé siempre en sus brillantes parlamentos a García Palazón. Por ese motivo, me considero como testigo de excepción y, desde luego, con cierta autoridad para enjuiciar su labor.

Quien crea que la Embajada es un acto festivo y bullanguero, carente de toda responsabilidad y sin dificultad alguna, está equivocado, por cierto.

Quien estime que ser Embajador consiste en montarse encima de un caballo y soltar media docena de sandeces, con fáciles concesiones a la galería, sufre una tremenda equivocación. Quede eso para otros pueblos. Ser Embajador de Moros y Cristianos es cosa bien distinta. Al menos, en Petrel.

Los que como yo hemos permanecido, por tantos años, al lado de los Embajadores, sabemos la voluntaria responsabilidad que contraen al aceptar ese cargo. Y, sobre todo, sabemos de la humana dignidad con que declaman sus Embajadas, transidos de emoción y tremantes de pasión festera.

Yo, al lado de Antonio, le he visto vibrar en los párrafos exaltados; le he visto palidecer de coraje, ganado por la autenticidad de su acción; he visto asomar a sus labios la sonrisa irónica del desprecio y he visto, más de una vez, sus ojos cubiertos por un velo de tristeza o su semblante descompuesto por un rictus de desesperación.

Yo le he visto exponer, con ademán elegante, sus argumentos y, sinuoso, prometer alegrías y felicidades sin cuento. Y le he visto también exigir, maestro de la ficción y dueño de fácil palabra, en un último esfuerzo, engallando la figura, de pie sobre los estribos, con los labios reseco por la dureza del diálogo, la entrega de la fortaleza.

García Palazón ha pronunciado, a mi juicio, en el decurso de los años, excelentes Embajadas. Algunas, sensacionales. Digan lo que quieran sus posibles detractores. Pero para mí no es ese su mayor mérito. El más laudable es esa entrega, ese haber volcado su corazón en su cometido y ese haber puesto al servicio de las Embajadas toda su capacidad sensitiva y, desde luego, toda su más noble y recta intención.

Ahora, ya nunca más estaré a su lado, con mi mano apoyada sobre su rodilla, pidiéndole, con el tacto, dureza en la expresión, ironía en el gesto o sensibilidad en la frase. Ahora, ya podré oír las Embajadas con menos inquietudes y sobresaltos. Que también yo, a mi manera, he tomado parte -considerable por cierto- en ellas y he sentido la profunda emoción de las tardes triunfales de Antonio, sus éxitos los he tenido como míos y las críticas como propias las he sentido por cuanto a él pudieran afectarle.

En lo que concierne a mi sustitución, ello carece de importancia. García Palazón no precisa, afortunadamente, de mí ni de nadie que le ayude a sortear los escabrosos caminos de la Embajada. Y si él quiere podrá declamarla todavía muchos años, en beneficio de la Fiesta.

Pero, como por ley de vida, un día u otro ha de ser sustituido, quien haya de hacer sus veces podrá adornar sus hombros con el manto de Embajador, símbolo de dignidad y distinción dentro del ámbito festero, cierto es, pero tendrá que hacer frente también a la tremenda carga afectiva que las Embajadas llevan consigo y a la inmensa responsabilidad que confieren. Que si ese manto prestigia mucho, a mucho también obliga. Por lo menos, aquí en Petrel.

A Antonio, pase lo que pase en el futuro, nadie podrá ya discutirle los laureles ganados, año tras año, con su esfuerzo y sus innegables condiciones declamatorias. Laureles noblemente conquistados en dura lid, en una misión dilatada, decidida, arriesgada y peligrosa. Una misión cuya dimensión moral habrá de tener muy en cuenta el valiente que se crea con arrestos suficientes para escribir la historia de la Fiesta.

Por eso, cuando el año pasado me despedí de él, sentí mi garganta apretada por la emoción. Porque en aquel momento,

precisamente en aquel minuto, Antonio y yo cerrábamos una nostálgica página de un nostálgico ayer, que ya es historia imborrable para los dos.

Una página rebosante de alegrías y sensaciones imborrables, de aplausos y vivas, de inquietudes y sobresaltos, de tardes serenas y lluvias inoportunas, de rayos vespertinos y luces artificiales, de disculpables retrasos y humanos nerviosismos, de caballos dóciles y corceles inquietos, de anécdotas y sinsabores, de íntimas satisfacciones y externos regocijos, de risas y parabienes, de críticas irresponsables y disentimientos benévolos, de hondos silencios y gritos absurdos, de desfiles triunfales y sonrisas femeninas, de gallardas hombrías y nobles competencias, de pasión, de lucha... Página apretada de Fiesta, llena de ilusiones, ahíta de recuerdos, pletórica de imágenes, desvaídas ya por el tiempo, imposible de recomponer. ¡Página dorada de nuestros años dorados! Una página que, desgraciadamente, ni Antonio ni yo podremos nunca más volver a escribir.

Sí, indiscutiblemente, mi emoción estaba justificada cuando el año pasado me despedí del Embajador moro Antonio García Palazón y había motivos, más que suficientes, para que la nostalgia ¡agridulce nostalgia de los tiempos pasados! apretara mi garganta. Yo quise sancionar, en aquel abrazo definitivo, su espléndida labor de quince años. Y él, sin duda, quiso agradecer la modesta ayuda que yo, ninguna duda me cabe en ello, le presté con mayor voluntad que acierto.

Antonio ya, en rigor, ha entrado por la puerta grande de la historia de nuestra Fiesta y nos ha legado a todos los festeros una lección magistral. Una lección soberbia que, por su continuidad y su abnegación, merece nuestra gratitud. Una lección que ha tenido por emblema la constancia y por divisa la decisión. Una lección humana y magnífica de la que todos, quiérase o no, tenemos mucho que aprender.

1963

Adiós a la Fiesta

Este desconocido personaje, que no sabemos de dónde vino ni a dónde va, casi podemos asegurar que llegó para ver la Fiesta. Ahora, finalizada ésta, con la maleta a la espalda y el corazón -lo afirmaríamos- apretado por la nostalgia, se va en busca de su, para nosotros, ignorado destino.

Tal vez se trata de un humilde campesino que vino desde algún rincón del agro petrolanco para contemplar, una vez más, la «Festa de San Bonifasi». O puede que llegara desde algún pueblo vecino o lejano para pasar unos días entre sus familiares, acaso en el seno de la casa que le vio nacer.

Si hacía años que no contemplaba al moruno Bitrir habrá abierto desmesuradamente los ojos al apreciar sus transformaciones urbanas y su crecimiento demográfico. Al recordar lo que era «su» pueblo y lo que hoy es.

Quizás sea un viejo festero que vino a refrescar sus remembranzas juveniles. ¿Qué le habrá parecido la Fiesta? Más Comparsas, más festeros, más lujo, más gente... Pero con todo, estamos seguros, continuará creyendo que sus tiempos eran mejores.

Ya faltan, sin duda, muchos de sus amigos. Habrá saludado a los que quedan y, juntos, recordado travesuras infantiles o algunos desplantes de su juventud. ¿No habrán comentado también las vicisitudes de la Fiesta de aquellos lejanos tiempos en los que sólo la arriscada actitud de unos cuantos, muy pocos, hicieron posible la pervivencia de la misma?

Habrá subido, por supuesto, a la ermita. Y contemplado, desde la balconada de la plazoleta, la huerta. ¡Qué diferencia! Antaño corría el agua, abundante y rumorosa, por sus múltiples acequias. Mirándola, un verde deslumbrante se metía por los ojos y una placidez suave se adueñaba del corazón. Ahora se ha convertido casi toda en zona para edificar y sólo escasas manchas de vegetación son una muestra casi vergonzante de lo que aquello fue. Sí, indiscutiblemente, su tiempo era mejor...

Habr  recordado muchas cosas, tal vez demasiadas, porque siempre el recuerdo es el compañero inseparable del hombre cuando éste llega a la edad triste de los tristes desengaños...

Ahora, con la maleta a la espalda y el corazón, podemos asegurarlo, abrumado por la nostalgia, regresa a sus lares.  Adi s a la Fiesta!  Hasta el año que viene?  Hasta cuándo? Se abre una interrogante que sólo Dios podría contestar.



Año 1941

Una historieta real

Hace años, muchos años, bajaba al «poble», a lomos de un mulo tordo, desde las tierras altas petrolancas, un labriego.

Eran vísperas de San Bonifacio y el campesino -rostro atezado, ojos negros y profundos y tórax poderoso- parecía del mejor humor. Su cabalgadura iba sorteando con habilidad los obstáculos del camino, un caminito estrecho y retorcido, a cuyos bordes crecían, con alborotada promiscuidad, los romeros, los tomillos y los cantuesos.

Nuestro hombre había madrugado y era un regalo para el espíritu cruzar el campo aquella mañanita de mayo florido y hermoso, vestido con las vistosas galas con que suele adornarlo la amable primavera. El cielo se mostraba despejado y de un añil purísimo y los campos, con los sembrados altos y ondulantes, asemejaban mares de prometedoras espigas. Los montes estaban de gloria y parecía como si la madre naturaleza quisiera asociarse, con su serena majestuosidad, a las fiestas que el antañón Petrel iba a celebrar muy pronto en honor de su Patrono.

Hemos dicho que el protagonista de nuestra historieta se hallaba del mejor humor pues que cantaba, a media voz, una coplilla montaraz, muy a tono con el agreste paisaje por el cual cruzaba en aquellos momentos. ¡Ahí era nada! ¡Ser el Capitán de las huestes mahometanas y enfrentarse con el Capitán del bando cristiano! Un fanfarrón, según decía él, que pronto habría de saber con quien se jugaba los cuartos.

Buenas eran las Entradas -pensaba- y magníficos los desfiles y la Procesión y la Embajada. Pero, vamos, que como las Guerrillas... ¡no había nada!

Allí era donde se veían los hombres de pelo en pecho. Para entonces eran los Capitanes pues que, a pie firme, rodeados de servidores que, en rueda, cargaban arcabuces y más arcabuces, habían de hacer el tradicional recorrido en un continuo disparo. ¿Y retroceder? Bueno, para retroceder un pie había que pedir permiso al otro y de esa forma, pues, costaba lo suyo... Claro está

que entonces la Guerrilla daba comienzo a las cuatro de la tarde y no a las ocho, como ahora...

Y empezó la zarabanda el primer día. El Capitán cristiano retrocedía muy lentamente y nuestro hombre disparaba casi a quemarropa, de suerte que terminaron los dos tiznados por las ondas expansivas de los disparos, tan cerca iban uno del otro.

Y llegó el segundo día. Ese día en el que los sarracenos se muestran engreídos y orgullosos, puesto que triunfaron el día anterior. El Capitán de los moros había comido bien, se había fumado algunos buenos vegueros y ¿por qué no decirlo? bebió lo suficiente para quitar el sentido a otro con menos arrestos...

Cuatro de la tarde. Sol de mayo, ese sol implacable que todos conocemos y ¡a la Guerrilla! ¡Bendito sea Dios y con qué expectación era esperada! El Capitán cristiano había dicho que ese era su día y el de los moros, que a él no le hacía retroceder ni un regimiento de caballería. Y a todo esto las músicas con su chanchan y un vinillo clarete que se subía a la cabeza, sin pedir permiso a nadie, y que, como es natural, corría abundantemente entre las huestes de uno y otro bando.

Los dos Capitanes se miraron de arriba a abajo y si los labios enmudecieron, hablaron los ojos. Los primeros disparos fueron de tanteo, pero ya a la altura del Camino de los Pasos -no se olvide que la Guerrilla empezaba en la «Calera»- se disparaba incesantemente, sin solución de continuidad, y al llegar al «Portal» la pugna había llegado a su más alta expresión.

El Capitán de los moros, negro por el humo de la pólvora, con la cara llena de rasguños ensangrentados, bañado en sudor, con el entrecejo arrugado y mordiendo un cigarro puro de gigantesca dimensiones, parecía un titán empeñado en salvar lo irremediable: la pérdida de la fortaleza que había ganado el día anterior. Y lo peor del caso es que sus huestes, haciendo causa común con él y dando muestras de su disciplina militar, se negaban también a retroceder...

La pólvora corría en cantidades alarmantes y aumentaba el número de los disparos. El Capitán gritaba a sus cargadores; se estropearon varios arcabuces que fueron sustituidos por otros,

mientras el Jefe demandaba más trabucos cargados y entre una nube de humo quería comerse con los ojos a su rival. ¿Era que el Capitán de los moros, por atavismos raciales, había enloquecido con el humo de la pólvora, como les sucede a los pueblos orientales? ¿Era que se negaba a retroceder por mantener, hasta el fin, su palabra empeñada, como los hombres de entonces? Que lo averigüe quien pueda. El caso fue que hubo de intervenir el Alcalde de la Fiesta -larga capa y vara más larga todavía- única autoridad competente para hacerlo, para lograr que el bravo y testarudo Capitán fuera retrocediendo hasta el pie de la fortaleza que, momentos después, habían de recobrar los del bando cristiano.

Aquella «Guerrilla» fue sonada y durante muchos años se habló de ella. Algunos dijeron que el Capitán de los moros había «quemado» en los tres días diez arrobas de pólvora. Otros, más exagerados, hicieron ascender astronómicamente esa cifra. Quien más, quien menos se hacía lenguas de la resistencia del moro o alababa, según sus preferencias, el arrojo del cristiano. Hubo comentarios, por mucho tiempo, para todos los gustos, pero a los buenos «festeros» nunca jamás les fue dable contemplar otro «alardo» semejante.

Debemos la narración de este sucedido a un buen viejo petrolanco, que Dios tenga en su santa gloria, y si compartimos o no totalmente el proceder de aquel Capitán no vamos aquí a discutirlo. Hemos querido subrayar sencillamente la pasión que aquellos hombres sentían por nuestro festejo singular. Un sentimiento emocional que ocupando un lugar destacado en su caudal afectivo pudo salvar -contra todo y contra todos- esta Fiesta memorable, orgullo de los hijos de Petrel y admiración de los extraños que nos visitan. Festejo que no hubiese podido pervivir a no ser por la pasión que por ella sentían unos hombres, muy pocos, como el héroe de nuestra narración, que bajaba al «poble» hace años, muchos años, desde las altas tierras petrolancas, a lomos de su mulo tordo...

Crónica de la Fiesta. 1944

La Crónica que transcribo a continuación es la correspondiente al año 1944 y que ahora, después de tanto tiempo, no acierto a descifrar el motivo por el cual nunca pudo ser publicada, siendo yo el autor de la misma. Dice así:

«Las Fiestas empezaron, como es tradición, el 12 por la tarde, con la entrada de las Bandas de Música «La Matraca», de Játiva, con los Estudiantes; «La Unión Musical», de Sax, con los Moros; la Banda de «Santa Cecilia», de Elda, con la Comparsa de Marinos y la de la localidad con los Caballeros de Flandes.

Acto continuo, las Autoridades y Jerarquías, acompañadas de la Banda de Música de ésta, se trasladaron a la Ermita de San Bonifacio con el fin de bajar la imagen de San Isidro Labrador, trasladándola a la Iglesia Parroquial.

Por la noche, a las once, dio principio la Retreta, que recorrió las calles de costumbre y terminó a altas horas de la madrugada.

El día 13 se celebraron todos los actos con gran brillantez, si bien la Embajada, por la tarde, se realizó ya casi de noche.

El día 14 se celebraron los actos acostumbrados, descollando entre todos la Entrada. Por ser domingo hubo una concurrencia de forasteros verdaderamente extraordinaria, lo que coadyuvó, en gran manera, a la brillantez de los mismos. El panegírico de ese día, en honor del Santo, corrió a cargo del Sr. Cura Párroco, don Vicente Hernández.

La misa hubo de celebrarse en un altar que se improvisó en la capilla de la Virgen de los Dolores, pues debido a las obras de reconstrucción de la Iglesia, que se estaban realizando, el altar mayor, hasta el comienzo del crucero, estaba ocupado todo por el andamiaje.

La Embajada se celebró también muy tarde, lo que hizo que la procesión terminara a las 12 ó 12.30 de la noche.

Por la mañana del día siguiente se subió a San Bonifacio a la Ermita, en donde se celebró la tradicional Misa de Gracia.

A continuación fueron designados los Capitanes y Abanderadas para el año siguiente. En la Comparsa de Moros eran tres los que lo solicitaban todo: Ernesto Navarro Payá, Manolo Chico de Guzmán y Gabriel Poveda.

Echadas suertes, fue favorecido Gabriel Poveda, bajando su hijo la Capitanía y la Bandera, su hija. La Comparsa de Caballeros de Flandes bajó sin Capitán para el año próximo. La Bandera la bajó la hija de Constantino Rico.

De los Estudiantes se quedó la Capitanía el hijo de Recaredo Montesinos y la Bandera, la misma de este año, es decir, la hija de Joaquín García Brotóns.

La capitanía de la Comparsa de Marineros fue adjudicada a un forastero de la Mancha, y la Bandera a Finita Villaplana Vera.

Los Capitanes y Abanderadas de este año han sido los siguientes:

Capitán de Moros: Hijo de Mariano Muñoz.

Abanderada: Gertrudis Amat.

Capitán Tercio de Flandes: Alejandro Perseguer.

Abanderada: Remedios Marhuenda.

Capitán de Estudiantes: Leopoldo Verdú Alcaraz (Poldito).

Abanderada: No consta.

Capitán de Marineros: Luís Vera Brotóns.

Abanderada: Enma Navarro.

Las Fiestas han transcurrido en medio de gran animación, en gran parte debida a la concurrencia forastera, que ha sido extraordinaria. No se produjo ningún incidente ni accidente, a no ser el sufrido por un pequeño de la Comparsa Tercio de Flandes, que se lesionó algo la cara al disparársele el arcabuz que tenía apoyado en el suelo. Aunque pudo tenerla no tuvo, afortunadamente, ninguna importancia.

Como nota curiosa hay que consignar que las Bandas de Música nos dieron a conocer el famoso «Rascayú», una letrilla desafortunada, con una música no menos intrascendente, pero que, entonces, hacía furor entre el respetable. De ahí que las Comparsas se hincharon de marcar el paso a los sones de

«Rascayú, cuando muera, qué harás tú».

Así finaliza aquella crónica, nunca publicada, relativa a la Fiesta del año 1944. Aquella Fiesta de entonces, más recogida, más familiar, más entrañable, más «pueblerina», si se quiere, que la de ahora. Ya que la que ahora se celebra es otra «clase» de Fiesta. ¡Qué le vamos a hacer!

1986



Imagen antigua de San Bonifacio

Crónica de la Fiesta. 1961

Bajo un cielo luminoso y una temperatura suave discurrió la Fiesta en 1961, y la circunstancia de ser domingo el día de San Bonifacio, en cuyo honor se celebra, tuvo por causa una asistencia forastera verdaderamente extraordinaria.

La Entrada de las Bandas se realizó con el ritual acostumbrado y la Retreta, tan animada como siempre, constituyó el primer acto de los brillantes festejos.

Las Entradas, suntuosas y elegantes, fueron presenciadas, sobre todo la segunda, por una ingente multitud, como pocas o ninguna vez se había visto. En general, se desarrollaron con mucho orden y solamente algunos defectos, fácilmente subsanables, las empañaron ligeramente.

Anotamos la excesiva distancia, en una de las Entradas, entre las dos Comparsas del bando moro. Resulta inadmisibile que el final de los Arabes Damasquinos se encontrara frente a la farmacia de Perseguer y la Escuadra de Negros de los Moros Marroquíes en la esquina de la calle de Fernando Bernabé.

Tampoco resultó de nuestro agrado el excesivo «caracoleo» al que se dedicaron los marinos -tan numerosos- al llegar frente a la tribuna. Esa repetición de los mismos movimientos causa, aunque no se crea, cansancio en el espectador.

La carroza que presentaron los Labradores, figurando el momento de comer una clásica «paella», muy entonada. No obstante, también nos pareció muy lenta su marcha y muy reiterativos sus estacionamientos.

Es ya necesario persuadirse de que estas interrupciones, la excesiva distancia de una a otra Comparsa y la extremada lentitud en el desfile deslucen las Entradas y causan fatiga en la gente espectadora. Aparte de estos defectos, que pueden corregirse, las Entradas resultaron soberbias.

La Bajada del Santo, siempre tan emocionante, nos pareció que llevaba un número menor de festeros, comparado con el de otros años. Esperamos se subsane esta falta de asistencia y que

todos acudan, en lo sucesivo, a rendir el homenaje que debemos al Santo que, desde hace siglos, preside los destinos petrolancos.

El Pasacalle-desfile, celebrado a continuación, muy lucido.

La Misa en honor del Santo, con el templo lleno hasta rebozar, tan solemne como siempre. Vimos una concurrencia de festeros mayor que otras veces. Ese es el camino.

Las Guerrillas, con mucha concurrencia, resultaron un tanto embarulladas. Encarecemos la necesidad de extremar las medidas de prudencia en estos actos, de guardar las distancias reglamentarias y de evitar, por todos los medios, las aglomeraciones de festeros que, al disparar tan juntos, pueden ser causa de incidentes o accidentes lamentables por todos conceptos.

Las Embajadas, una de cal y otra de arena. En la primera de ellas, por deficiencias de la instalación micro-amplificadora, se perdieron muchos párrafos del Embajador moro. Por otra parte, no sabemos si a causa del caballo, muy inquieto, que montaba, encontramos a García Palazón más nervioso que otras veces y sin el aplomo y buena dicción a que nos tiene acostumbrados.

También el Pasacalle-desfile, que se celebró a continuación de la Embajada del primer día, resultó muy brillante. No obstante, desearíamos se viera la forma de evitar que la gente se aglomere encima de las Comparsas, impidiendo el paso de las mismas, en prevención de posibles incidentes entre festeros y público.

La Embajada del cristiano, el segundo día, nos dejó plenamente satisfechos, por el correcto decir del Embajador de ese bando y por su empaque de auténtico adelantado medieval.

La Abanderadas, en este año, todas muy elegantes y bellas y muy a tono en su cometido, cosecharon grandes aplausos en todo momento, muy especialmente en las Entradas.

La procesión, magnífica por todos los conceptos, fue presidida por el Excmo. Sr. Gobernador Civil, conde del Alcázar de Toledo, y por las autoridades locales.

A ella concurrieron la mayoría de los festeros, que eran portadores de los clásicos farolillos, resultando todo muy serio, armonioso y elegante. Nuestra felicitación a las Comparsas por la organización de este acto, quizás el más importante de nuestros festejos, y nuestra cordial enhorabuena al Alcalde de Fiesta por sus desvelos y actividad.

Con el ceremonial acostumbrado, se efectuó la Subida del Santo, el día siguiente. En la ermita se dijo la tradicional «Misa de Gracia» y a continuación se procedió a la proclamación de nuevos Capitanes y Abanderadas para el año próximo.

Una vez más, las Comparsas con las Abanderadas y Capitanes nuevos, descendieron, disparando al alardo, hasta el final de la calle de Julio Román, en donde se dieron por terminados, como siempre, nuestros tradicionales Moros y Cristianos.

Buena Fiesta, en resumen. Tiempo espléndido, Comparsas numerosísimas y un aluvión de forasteros a los que, en nombre de Petrel, damos las gracias e invitamos a que nos visiten de nuevo.

Y hasta el año próximo, si Dios quiere.



Año 1951

Crónica de la Fiesta. 1962

Amaneció el día 12 con cielo gris y viento frío. Estuvo llovizneando casi todo el día, con una humedad que calaba los huesos. Mal se presentaban las cosas. Comprendemos la desazón de las Abanderadas y de sus familiares.

Afortunadamente, al anochecer mejoró el tiempo, entraron las Bandas de Música y se celebró la popular Retreta con el natural regocijo.

El día 13 llegó con el cielo despejado y lució el sol. Petrel respiró satisfecho. La primera Entrada la encontramos un tanto fría. Quizás los espectadores no estaban suficientemente ambientados todavía. No sé, no sé.

La Entrada estrenaba nueva calle ese día. ¿Mejor? ¿Peor que la calle de Gabriel Payá? Había, como siempre, opiniones para todos los gustos. Como en «La Parrala», unos decían que sí y otros decían que no. Personalmente, no encuentro motivos para felicitar a los autores de esa innovación.

Hoy por hoy, me quedo con la calle de Gabriel Payá. Tiene, a mi juicio, mejor «escenario» para la representación del desfile. Allá cada cual con su opinión.

La Bajada del Santo, bastante ordenada y nutrida de festeiros. La vuelta a la plaza con la imagen, tan emocionante como siempre. Vimos más de una lágrima en ciertos semblantes surcados de arrugas. ¡La nostalgia, Señor, la nostalgia! Es natural.

En orden a puntualidad, mucho mejor que otros años. Demostración palpable de que cuando existe buena voluntad y deseos de hacer bien las cosas todo resulta a hora apropiada.

La Guerrilla del primer día, más rápida y ordenada que otros años. Terminó, como debe ser, a tiempo de oír la Embajada sin necesidad de luces artificiales. Felicitémonos de ello.

García Palazón volvió por sus fueros. Sereno, con dicción impecable, immejorable de gesto y ademán. En fin, acertado, como

casi siempre, en su difícil misión. Nuestra cordial enhorabuena desde estas líneas.

La Entrada del segundo día nos gustó más que la primera. Las palmas echaban humo. Diríamos también que había más gente. ¿Tal vez el «escenario» de que hablábamos antes? Averíguelo quien pueda.

Hubo un pequeño detalle que no fue de nuestro agrado. La carroza que presentaron los del «Tercio de Flandes». No vemos la necesidad de que desfile tanta gente comiendo. Lo encontramos acertado en los Labradores. En ellos es una nota de tipismo que nadie puede censurar. En otras Comparsas, no compartimos ese exhibicionismo comilón. Y que nos perdonen los populares Flamencos que no tienen necesidad de recurrir a esos extremos para continuar siendo lo que siempre han significado dentro de la Fiesta: uno de sus más firmes puntales.

La Misa, tan concurrida como siempre. Creímos notar cierto barullo al ir por el Sr. Predicador. ¡Atención a los Jefes de Comparsas y Cabos de Escuadra! Cuiden bien los detalles y el orden de este acto tan espectacular como emocionante. Bien lo merece.

Por la tarde, antes de la Guerrilla, llovió abundantemente.

Afortunadamente, cesó la lluvia y la Guerrilla discurrió con mayor número de festeros que el día anterior.

El Embajador cristiano, una vez superado el natural nerviosismo de los primeros momentos, a causa del caballo que montaba, excesivamente inquieto, pronunció una Embajada francamente buena. Creemos, no obstante, que todavía puede superarse. Condiciones para ello no le faltan a Aurelio Villaplana, lo conseguirá si se lo propone.

La Procesión, tan esplendorosa como siempre. Creímos ver a un paisano entre las Filas de determinada Comparsa. Por favor, suprimanse, por quien corresponda, estos detalles que rompen la armonía cromática y ponen una nota desagradable en tan agradable conjunto.

La Subida del Santo se celebró con el ceremonial de costumbre. La Misa de Gracia, muy concurrida. Hay que subsanar la falta de bancos, al objeto de que la gente, fatigada por tres días

de fiesta, pueda sentarse cómodamente. Si todas las Comparsas ayudan con su aportación económica pronto podría conseguirse el dotar a la ermita de los asientos que faltan.

Al terminar la Misa de Gracia asistimos a la manifestación de una nueva Comparsa: la de los Beduínos. Deseamos a la misma un completo éxito y prolongada vida en las Filas de la Fiesta.

Con motivo de las Fiestas, se celebró el primer Salón de Fotografía de Moros y Cristianos, con éxito halagador. Esperemos que se repita en años sucesivos.

Las Abanderadas, guapas, guapas de verdad, cosecharon nutridos aplausos de los espectadores. Bien lo merecen por su decisiva aportación a nuestros festejos. Enhorabuena a todas.

Transcurrió la Fiesta sin el menor incidente ni accidente alguno, aunque motivos no faltaron, por lo menos el día de la segunda Embajada en la plaza, a causa del caballo del Embajador cristiano. Prueba evidente de que el mártir Bonifacio nos tiende su generosa mano en los momentos difíciles. Así sea siempre, por los años que dure la Fiesta que, a juzgar por su vitalidad, tiene cuerda para rato. Y... hasta el año que viene, Dios mediante.



Año 1962

Crónica de la Fiesta. 1963

El día 19 de marzo, en el local de la Unión de Festejos, se celebró un homenaje en honor de los Embajadores don Antonio García Palazón y don Aurelio Villaplana Beltrán y también de don Enrique Amat, este último por su dilatada colaboración en la confección de la Revista de Fiestas.

El acto estuvo presidido por el Sr. Alcalde Presidente, don Nicolás Andreu Maestre, y por la Junta Directiva de la Unión de Festejos.

Ofreció el homenaje el Presidente de la Junta de Fiestas, don Hipólito Navarro, quien resaltó la labor de los Embajadores y del colaborador Sr. Amat. A continuación fueron entregados sendos pergaminos a los Embajadores y la primera medalla de plata al Sr. Amat. Por último, en nombre de los homenajeados, dio las gracias don Enrique Amat. El acto resultó muy emotivo. Nuestra enhorabuena, desde estas líneas, a los agasajados y a la Junta Directiva de la Unión de Festejos por su feliz iniciativa.

Y llegaron las fiestas... El tiempo, espléndido y primaveral, contribuyó al mejor lucimiento de las mismas.

Se efectuó la Entrada de las Bandas de Música con el ceremonial acostumbrado y, por la noche, la popular Retreta, tan concurrida como siempre, fue, como todos los años, el regocijante anuncio de la Fiesta.

Las Entradas, rebosantes de espectadores, mejor la del segundo día que la del primero. Anotamos en el primer día, en el recorrido de la calle de Leopoldo Pardines, un considerable retraso de la Comparsa de Arabes Damasquinos. Hay que procurar corregir estos detalles tan molestos para los espectadores.

La Bajada del Santo, concurridísima de festeros, resultó deslumbradora por su colorido y seriedad. Ese es el camino.

En la Misa en honor del Santo Patrón el templo estuvo rebosante de fieles. Asistió a la misma un buen número de festeros, creemos que superior al de otros años. Muy bien.

Las Embajadas, excelentes. Tanto uno como el otro Embajador se superaron en sus papeles y cosecharon ovaciones muy merecidas. Les envió mi felicitación, desde esta Revista, por su brillante actuación. Solamente ciertas deficiencias de la instalación de amplificadores, el primer día, empañaron levemente la brillantez de sus parlamentos. Como no es la primera vez que ello ocurre, hemos de encarecer a la Junta de Fiestas para que corrija este defecto que muy poco dice en favor de una perfecta organización.

El acompañamiento al Sr. Predicador, muy bonito y ordenado. Observamos la no asistencia de la Comparsa de Vizcaínos. Por favor, un poco más de orden y puntualidad, en beneficio de todos y, muy en particular, de la Fiesta.

La Procesión resultó deslumbradora y emotiva y bien puede ser calificada como el acto más trascendental de la Fiesta. Vimos con agrado que las Escuadras de Negros de los Moros Marroquíes y de los Beduínos asistieron a la misma. Enhorabuena a estas Comparsas. Notamos la falta de la Escuadra de Negros de los Arabes Damasquinos. ¿Es que la Procesión no es Fiesta? Nosotros, profundos y sinceros admiradores de la Comparsa de Moros Viejos, confiamos que, para años sucesivos, corregirá, con la asistencia de su Escuadra de Negros, esta ausencia imperdonable. No dudamos que esa Escuadra, de tanta raigambre festera, volverá por sus fueros y sabrá quedar en el lugar que le corresponde. Así será o mucho nos equivocamos.

Las «Guerrillas», a nuestro juicio, lo peor de todo. Mucho barullo, excesivo apelo-tonamiento y demasiada «juerga» en los cañones. ¿No hay forma de ordenar mejor estos números? Téngase en cuenta que la Fiesta, por su resonancia nacional, ha desbordado ya el ámbito local. Cuidense, pues, ciertos detalles porque su omisión puede desmerecerla ante los ojos de los millares de forasteros que nos visitan.

La Subida del Santo, muy bien. La Misa de Gracia, poco concurrida de festeros. Y con la proclamación de nuevos Capitanes y Abanderadas finalizó la Fiesta en 1963.

Este año salió la nueva Comparsa de Beduínos, muy bonita por cierto. Sin embargo, no han estado acertados en la elección de la chilaba, por su color. Resulta un tanto fría y no la encontramos acorde, ni mucho menos, con el colorido que requiere la Fiesta y demandan las Comparsas moras. Y que disculpen la opinión de este humilde cronista.

En definitiva, grandes Fiestas, con un número impresionante de espectadores. Que sepamos nosotros no ocurrió el menor incidente, que ya es mucho decir tratándose de una Fiesta de la importancia de la nuestra.

El tiempo, espléndido, contribuyó de manera decisiva a la brillantez de todos los actos. Y las Abanderadas, gracia alada de la Fiesta, cosecharon, como no podía ser de otra manera, rotundas ovaciones. Enhorabuena..

Y hasta el año próximo, si Dios quiere.



Año 1963

Crónica de la Fiesta. 1964

El palio del cielo, de un azul purísimo, cubrió los tres días las esplendorosas Fiestas de este año. No existieron inquietudes en este aspecto ya que el tiempo quiso asociarse a los tradicionales festejos, luciendo los encantos de un cielo despejado y una temperatura ideal.

Ninguna novedad registró la Entrada de las Bandas de Música, que lo hicieron con el orden y el ritmo acostumbrados.

La Retreta, tan animada como siempre, fue motivo, una vez más, para la general algazara de todo un pueblo.

La Entrada del primer día, animadísima y con mucho orden. Lucieron algunas Escuadras pero, a fuer de sinceros, hemos de afirmar que nos gustó sobremanera la Escuadra de Negros que presentó la Comparsa de Moros Marroquíes.

La Entrada del segundo día, verdaderamente espléndida. Nos gustó mucho más que la del día anterior. No sé si a causa de que la calle es distinta o de que al ser el día del Santo, nos pareció todo más auténtico y bonito. En general, vimos unas Comparsas muy ordenadas, guardando las distancias adecuadas, sin esos claros que, otras veces, han resultado desesperantes.

La Bajada del Santo, tan emotiva como siempre, estuvo muy concurrida de festeros. Enhorabuena a todos. Hay que acudir a los actos religiosos, verdadera médula de la Fiesta. No nos cansaremos de repetirlo.

El panegírico, en honor de San Bonifacio, a cargo del Rvdo. Sr. D. Joaquín Martínez Valls, realmente espléndido. Sus grandes dotes de orador brillaron, una vez más, en la forma con que ya nos tiene acostumbrados.

Las Embajadas resultaron muy brillantes. Dignos de admiración son esos muchachos que, año tras año, nos obsequian, en el marco incomparable de la Plaza del Generalísimo, con sus magníficos parlamentos. Lástima que, de nuevo, con el consiguiente disgusto del respetable, la instalación radiofónica dejara mucho

que desear. Señores de la Junta Central: Resulta inadmisibile que no se encuentre la forma de corregir ese defecto. Muestran ustedes su eficacia y gasten cuanto sea necesario. Pero, por favor, que no nos quedemos con el mal sabor de boca del párrafo incompleto ni de la frase perdida. Lo merecen los Embajadores y esa multitud que, anualmente, acude a escucharles.

La Procesión, por el nuevo itinerario, digna de un sueño de hadas. Pudimos apreciar, sin embargo, que algunas Comparsas perdieron el contacto con las que iban delante. Hay que cuidar este detalle que desmereció, un tanto, su brillantez.

Vimos muchos festeros en la Procesión. Entre ellos, Escuadras de Negros. Es hora de que nos vayamos convenciendo de que deben ir todos, blancos y negros, sean de la Comparsa que fueren.

La Subida del Santo, muy concurrida también. Y con el ritual acostumbrado, tomaron posesión de sus cargos los nuevos Capitanes y Abanderadas. Estas, verdaderas diosas de la Fiesta, recogieron, en el transcurso de la misma, encendidas ovaciones del público, a las que unimos, desde estas líneas, nuestros aplausos.

Al igual que otros años, no quedamos satisfechos de las Guerrillas. Mucho barullo y excesivas imprudencias. Sin embargo, transcurrieron sin el menor incidente, prueba convincente de que San Bonifacio nos tiene de la mano.

Así sea, por muchos años.



Año 1957

Cronica de la Fiesta. 1965

En el mes de abril se celebró el Pregón de Fiestas, en el curso del cual los poetas locales se despacharon a su gusto. Cerró el acto el Presidente de la Junta, don Hipólito Navarro Villaplana. Hubo entrega de pergaminos a todas las Abanderadas y el público, que llenaba hasta rebosar el Cine Regio, tuvo encendidos aplausos para todos.

Un cielo despejado y una temperatura ideal, aliados preciosos de nuestros festejos, contribuyeron a su esplendor.

Ninguna novedad en la Entrada de las Bandas de Música, que fue puntual y al ritmo acostumbrado.

La Retreta, como siempre, fue, una vez más, el esperado motivo para la general diversión, bien aprovechada por la juventud que se expansionó con toda la generosidad que su vitalidad reclama.

La Entrada del primer día, en la que nos honró con su presencia el Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia, magnífica. A nuestro juicio, hubo una perfecta coordinación de Comparsas y al haber más puntualidad, resultó con orden, y sin interrupciones, que tanto molestan al espectador.

La Entrada del día 14 superó, a nuestro entender, la del primer día. Mayor número de festeros, con el aditamento de la popular «Chusma» que, al igual que todos los años, hizo reír a chicos y grandes.

La calle de Gabriel Payá, deslumbrante, contribuyó al mayor lucimiento de los Cabos de Escuadra. Nos gustaron, extraordinariamente, los Negros de los Moros Viejos. Un prodigio de buen gusto dentro de su admirable exotismo.

Los Beduínos nos obsequiaron con la imagen, tan oriental, de los camellos. Vimos mucho entusiasmo en esa Comparsa a la que algunos, por fortuna equivocados, creían con los días contados.

La Bajada y Subida del Santo, muy bonitas. Para muchos de los que no somos jóvenes hubo las inevitables nostalgias de una juventud que se nos ha escapado ya, como el agua entre las manos.

Muy espectacular el acompañamiento al Sr. Predicador. Quien desee ver desbordada su fantasía, venga a Petrel a contemplar este número, tan viejo y tan eternamente joven. Creemos no exagerar si lo tenemos como uno de los más completos y vistosos.

El panegírico del Santo, a cargo de don Joaquín Martínez Valls, resultó magnífico, y perfectamente acorde con las brillantes dotes de orador que atesora.

Las Embajadas, pese a los esfuerzos de tan magníficos embajadores, dejaron algo que desear a causa de deficiencias de la instalación radiofónica. ¡Lástima grande! ¿Hasta cuándo?

La Procesión, deslumbradora. ¡Qué majestuosidad! La fantasía oriental y el espiritualismo cristiano tienen en ella su más realista expresión. ¡Hasta vimos en ella a los Negros de los Arabes Damasquinos! Nuestra enhorabuena a tan espléndidos muchachos que, al parecer, vuelven por sus fueros.

Las Fiestas transcurrieron, en definitiva, sin ningún incidente. Los Capitanes y los Cabos de Escuadra, gallardos y rumbosos, cosecharon densos y merecidos aplausos. Vaya también mi felicitación a las Bandas de Música que, durante tres días, prodigaron sus esfuerzos y sus melodías por las viejas calles petrolancas.

Las Abanderadas, reinas de la hermosura y de la gracia, fueron, como siempre, aparte de San Bonifacio, el número descollante de la Fiesta. ¡Bendito Petrel, con su inagotable cantera de tan gentiles muchachas...!

Hasta el año próximo, si Dios lo quiere.

Fiestas Mayores

No creo exagerar afirmando que todos los pueblos españoles, aun los menos populosos, poseen, conservan y, por supuesto, celebran sus Fiestas Mayores. No es pura coincidencia sino necesidad vital del ser humano. Necesidad real, profunda, incuestionable. ¿Por qué?

Sencillamente, porque la vida cotidiana nos asaetea, en profundidad, con sus múltiples problemas, de todo orden, que contribuyen a poner una pincelada gris en nuestra existencia, derivada de la rutina a que nos vemos sometidos, o una nota preocupante ante la incertidumbre del futuro. En realidad, necesitamos desembarazarnos, al menos por unos días, de tantas preocupaciones y hacer acopio del optimismo esperanzador que palpita en el seno de todo festejo de arraigada convicción popular.

Acuden a nuestra memoria, en esas fechas, con su pátina de oro viejo, las añejas remembranzas. Recordamos vivencias familiares, imborrables escenas, juveniles alegrías, felices acontecimientos, en suma, que nos depararon fiestas pasadas al correr apresurado de los años.

Las fiestas son siempre un manantial de cristalinas aguas que lavan diferencias sociales y, por eso mismo, refuerzan amistades, incrementan el entrañable sentido familiar y nos llevan al convencimiento, por su natural alegría, de que todo el mundo es mejor de lo que suponíamos. Las fiestas, como tales, han de ser abiertas, generosas, con participación de todos, sin posibles discriminaciones, exentas de radicalismos y de presiones de difícil justificación. De otra suerte, habría que empezar a entonar un réquiem definitivo por la desaparición de las mismas, en un periodo más o menos lejano.

Es natural que cada pueblo considere que las fiestas, las suyas, sean las más excelentes, las mejor organizadas, las más deslumbrantes. Generalizada opinión por cuanto en nuestro fuero interno nos negamos a admitir la posibilidad de que pueda haberlas más espléndidas. Sentimiento apasionado éste que, aunque

nos impida reconocer verdades incuestionables, es la fuerza poderosa que alimenta la llama de los festejos populares, sean históricos o religiosos. Sí, no cabe duda, las fiestas, las nuestras, son las mejores.

Todas tienen un nacimiento común: motivaciones históricas o expresión del sentimiento religioso. En el primero de los casos, con su celebración realizamos una afirmación de innegable patriotismo y, en el segundo de ellos, al festejar a nuestro Patrón o a nuestra Patrona, estamos afirmando la realidad de unos seres de carne y hueso, que han existido, y que nos están señalando, de forma ininterrumpida, el sendero difícil, pero luminoso, por el que hemos de discurrir en busca de la eternidad.

Existe en todas ellas una perfecta simbiosis entre lo terreno y temporal y lo espiritual. De una parte, el bullicio, la alegría, el movimiento, la despreocupación, el lícito esparcimiento. De otra, una revitalización espiritual, ya sea histórica-patriótica o netamente religiosa.

En verdad, a mi juicio, las fiestas son necesarias. No hago más que afirmar lo que la práctica está demostrando con una evidencia irreversible. Por ello, habría que inventarlas si no existieran. Precisamente, porque contribuyen a la concordia, a la paz, a la convivencia humana, dentro de su pluralismo, y renuevan, en lo histórico, el sentimiento de la patria y, en lo religioso, esa ansia de eternidad que todos, por derecho natural, llevamos en los profundos entresijos de nuestra alma. De nuestra alma, siempre inquieta y alertada por ese misterio del más allá que si, ahora, para todos, es el gran desconocido, para todos también, a la sombra de la fe, no existe tal arcano sino una espléndida y tangible realidad.

En la Fiesta de la Virgen del Remedio

*«Poco cambiarán las cosas
en tanto no cambie el
corazón de los hombres»
Juan XXIII.*

El Petrel que siente y ama sus tradiciones se dispone, un año más, a festejar a la Santa Madre de Dios, bajo la advocación de la Virgen del Remedio.

Y es ésta ocasión propicia, cuando tanto se habla sin tono ni medida de la Iglesia, para hacer un examen de conciencia, a fondo, con vista a adaptar nuestra conducta a las enseñanzas del insuperable magisterio que aquélla, depositaria de la verdad, desde hace tantos siglos nos viene ofreciendo.

Ahora, cuando se habla insistentemente de reformar estructuras, de renovar tantas cosas, de modificar métodos o sistemas es cuando, por imperativos del momento, debemos pensar si tantas renovaciones pueden resultar fructíferas en tanto no cambiemos nuestro modo de sentir y, por supuesto, de pensar.

Resulta aleccionador que, pese a tantos esfuerzos prodigados por el hombre -queremos creer que de buena fe- el mundo no encuentre, ni remotamente, una paz que necesita y un futuro despejado y prometedor. Porque si bien el progreso, en el campo de la ciencia, es incontenible, como no tiene adecuada compensación ni concordancia con un mayor desarrollo moral, produce más que satisfacciones una inevitable angustia y una abrumadora intranquilidad.

No será factible hallar esa añorada paz en tanto nos empeñemos, de forma abusiva y contra razón, en cultivar, despiadadamente, la fuerza del «yo» y nos olvidemos del fraternal «nosotros»; mientras haya quien lo tenga todo y quien no posea nada; mientras existan pueblos insultantemente ricos y estados miserables; mientras para unos hombres alumbren auroras de derroche y existan para otros ocasos sin pan...

La Iglesia enseña que los diez mandamientos se encierran o se resumen en dos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Pero nadie, al parecer, tiene el suficiente valor, salvo heroicas minorías, de hacer tangible y real esa sublime enseñanza. Y si nada o muy poco se puede esperar de las gentes educadas en la escuela del odio, los que, gracias a Dios, hemos nacido y nos hemos formado en el seno de la escuela del amor, debiéramos ofrecer una conducta luminosa y un ejemplo aleccionador que sustituyeran, definitivamente, a tanta palabrería inútil y a tanta tontería humana, que han de marchitarse, prestamente, como «el heno de las eras».

Los progresos científicos son, cada día, más brillantes. Eso es cierto. Pero los hombres se siguen matando, siguen sintiendo el dogal de la opresión y continúan viviendo entre el temor y la angustia, entre el presentimiento de un futuro sombrío y la realidad de un presente que está resultando ya excesivamente desconsolador.

En el orden moral, algo falla lamentablemente. Como decía el inolvidable Pío XII: «Los hombres no encuentran la paz porque no quieren buscarla». Empecemos, desde ahora, a tratar de encontrarla dentro de nosotros mismos, dando comienzo al «cambio de nuestros corazones», como decía Juan XXIII.

Porque si, presto, no lo hacemos, con cambio o sin cambio de estructuras, con renovación o sin modificación de métodos o sistemas, no habremos de cosechar más que estrepitosos fracasos, pues, en definitiva, lo que en el mundo sobra es ese galope desbocado de egoísmo, padre del odio, y lo que falta es el auténtico amor, que da vida a la justicia y hace posible la convivencia entre los hombres.

Un alto en el camino

En el largo y áspero camino de la vida, se nos ofrecen las fiestas. Y el hombre, caminante eterno por todas las rutas de la ilusión, siente florecer en las intimidades del alma, la de la Fiesta Mayor.

No parece sino que el pueblo, en esas fechas trueca su fisonomía adusta de todos los días, por otra más risueña y alegre. Se adornan las calles, exórnanse los balcones y la vida local, tan de suyo monótona, adquiere un ritmo distinto al cotidiano.

En esos días se vive para las fiestas y ¿no lo habéis observado? hasta el cielo nos parece más luminoso y la vida más bella.

Esa explosión de fe y alegría, fruto obligado de las fiestas, adéntrase en los corazones y, a su influjo, todos nos sentimos más dichosos, más propensos a la confraternización cristiana y, por ende, más unidos con las verdades eternas.

De aquí la perdurabilidad de las fiestas cristianas. Es el alma la que las mueve, el corazón el que las anima y el espíritu religioso el que las informa.

Las fiestas, como expresión de un estado afectivo de la colectividad, encaminan al pueblo al cultivo de un ideal común y contribuyen a la realización de la unidad. Entremezclados, en esas fechas de júbilo y regocijo, van el rico y el pobre, el alto y el bajo y cada cual, a su manera, y todos de por sí, olvidan posibles diferencias y viven, en esos días, la piadosa ficción de la felicidad terrena.

Y precisamente porque al pueblo, sencillo e inocente, hay que concederle razonables movimientos de expansión y esparcimiento, no creemos que exista ya nadie que se atreva a sostener aquella famosa teoría de la desaparición de las festividades por cuanto ellas eran consecuencia del ambiente retrógado o de la presión de determinado sector de la economía. Pues aun existiendo el hecho diferencial de pueblos creyentes y pueblos idólatras, es lo cierto que el hombre necesita ese alto en el camino que son las fiestas y, concretamente, el hombre cristiano precisa renovar

periódicamente esa emoción de la Fiesta Mayor y sentirse empapado por el riego espiritual que de ella se desprende. Necesita de ese rocío suave que le invita «a volar alto y pensar profundo» y que contribuye a afirmar en él esa convicción de que es ángel y no bestia...

Las fiestas, -religión, tipismo y tradición- de honda raigambre popular son, lo hemos dicho ya, manifestación espiritual, demostración artística también, y siempre explosión jubilosa del corazón. Forman parte del alma de la patria y no vemos mejor motivo que las fiestas para afirmar en el pueblo el orgullo nacional y el sentimiento religioso.

Por eso, la «Muy Noble y Leal» villa de Petrel, de ilustre y limpia prosapia, celebrará, una vez más, los festejos que, anualmente, ofrenda a su patrona. Petrel será, esos días, como un corazón inmenso abierto a las más risueñas esperanzas. Como un orfeón magnífico que cantará –testimonio de su fe– las excelsas virtudes de su Señora y elevará sus mejores plegarias en demanda de la grandeza de España.

Y un pueblo que cree, reza y espera, y sabe conjugar esos principios que tan bien se complementan de Religión y Patria, es un pueblo que no muere, que no termina ni acaba, porque ¿acaso puede morir un pueblo que tiene alma?



Año 1983

Nuestra plegaria

Cuando una ola gigantesca de sangre anega el mundo; cuando Europa parece desentenderse del porvenir de su milenaria civilización; cuando un odio satánico invade los corazones todos de los pueblos beligerantes, por motivo del cual se transgreden las normas del más elemental derecho de gentes, va Petrel, una vez más, a reanudar el curso de su tradición ofrendando sus festejos anuales a la Santísima Virgen del Remedio.

Y parangonando, aunque sólo sea por percepción imaginativa, el aspecto que presentará nuestro pueblo estos días, con el panorama de tantos otros desgarrados; la visión de nuestros hogares con la de innúmeros desechos; el apacible júbilo de las gentes nuestras con el terror y el sufrimiento de tantas otras, hincamos la rodilla ante la Patrona y elevamos el corazón hasta Dios en demanda de que conceda a las demás naciones ese tesoro que nosotros disfrutamos en la actualidad: La Paz.

Y porque queremos una paz sin menoscabo del sentimiento del honor de ningún pueblo, solicitamos del Altísimo una inspiración especial para todos los hombres dirigentes de la actual conflagración, en el sentido de que dejándose guiar por la doctrina del Salvador, edifiquen, sobre los sólidos cimientos cristianos, los principios éticos y jurídicos que, con el tiempo, se conviertan en venturosa hermandad de todos los pueblos.

A este deseo nuestro subordinamos cualquier anhelo partidista y nos sumamos, con más fuerza que nunca, a las directrices que emanan de la suprema autoridad del Pontífice, únicas, a nuestro entender, que pueden marcar la pauta que elimine el germen de tantas desdichas y nos encamine al supremo ideal de la fe de Cristo.

Solicitemos, pues, en estos días, de la Augusta Señora la Virgen del Remedio, su auxilio y despojemos nuestro corazón de tantas tibiezas incomprensibles. Porque, al fin y al cabo, de entre los escombros y la sangre de la tragedia mundial de ahora, sólo una institución y un credo emergerán impolutos y poderosos. Tan

sólo la Iglesia y la fe cristiana, que nos hablan de la eternidad, mantendrán incólumes sus principios, tan de ayer, de hoy y de siempre.

Esta nuestra afirmación final no es, en modo alguno, una afirmación caprichosa sino nacida en esa lección que nos depara el curso de veinte siglos de vigencia de los inmutables principios cristianos y cuya lección nos será renovada a nosotros y a las generaciones que nos sucedan. No hace falta ser profetas para asegurar esta verdad, encerrada en un porvenir más o menos lejano. El tiempo se encargará de demostrarlo.

1943



Año 1930

De nuevo llegan señalados días de profunda resonancia espiritual. Fechas imborrables que nos retrotraen a un pasado lejano y que vienen a refrescar, con la fuerza del recuerdo, vivencias inextinguibles que forman parte de nuestro humano sentir y de nuestra forma de pensar.

Si los pueblos, como estamos viendo, se empeñan en mantener unas determinadas fechas, que sirven para rememorar hechos humanos de trascendente importancia o recuerdos de actos de profunda espiritualidad, es porque, sin duda, sienten la necesidad vital de realizarlo.

Aquí, en el caso de Petrer, hay un hecho concreto, que es la rememoración del feliz día en que la Virgen del Remedio fue designada como Patrona de nuestro pueblo, en el año 1683.

Desde entonces, multitud de aconteceres se han desarrollado en la piel de toro de la vieja Iberia. De verdadera trascendencia unos, faltos de relieve otros. Unos afortunados, otros desgraciados y, todos reunidos, han forjado la Historia de un dilatado periodo de la vida de nuestra Patria.

Mas, ahí está la Virgen del Remedio, presidiendo los destinos de nuestro pueblo. Con su mirada amorosa, con su comprensivo semblante, con su dulce y maternal mirar...

Petrer no ha renunciado a su amor. No puede porque el ser humano necesita del amor, no puede vivir sin él. Amor de padre, amor de hijo, amor de esposa, amor de patria, amor de amigo... No es factible vivir sin amor. Está comprobado. Y aunque el hombre, en cierto modo, parezca inhumano, siempre habrá un resquicio por el que penetrará el amor, de una u otra forma, en las profundidades de su alma.

Y si el hombre necesita del amor para su existencia terrenal, con mayor motivo precisa de él en el orden espiritual, es decir, en ese terreno de la fe, en ese ámbito de la creencia en el más allá, por cuanto la fe está cimentada en el amor y, por consiguiente, nadie que tenga fe puede carecer de amor.

Yo siento una especial satisfacción cuando compruebo que un Ayuntamiento, con mayoría no católica, se esfuerza por mantener y mejorar las fiestas y tradiciones de mi pueblo. Ello viene a demostrar una convincente razón: la de que estamos superando los absurdos radicalismos del pasado que tanto perjudicaron la normal vida de la sociedad española, y vamos entrando en la vía de la comprensión, en la senda del diálogo, en el camino del respeto y, en suma, en la ruta de una auténtica y espiritual civilización. Mejor, mucho mejor para todos.

Yo estoy convencido de que todos, con más o menos fuerza, creemos en un más allá. Y la Santísima Virgen del Remedio constituye un símbolo de nuestra creencia, porque es la madre de Jesucristo, hontanar de amor y manantial de nuestra esperanza. Ella engendró al Creador y Cristo, por amor al hombre, se hizo Hombre y por amor al hombre, murió en la Cruz. Nadie, pues, que se diga y se considere cristiano puede dejar de amar a los hombres y perdonarles, llegado el caso, las injusticias que, en muchas ocasiones, cometen. No puede haber, no hay, cristianismo sin amor. Es una verdad de Pero Grullo que, muchas veces, conviene recordar.

Días éstos que vienen aptos para una renovación espiritual. Debemos aprovecharlos y todos unidos, bajo el manto de nuestra Madre celestial, pedirle lo que Ella tanto desea: Amor para todos y entre todos, respeto y fraterna convivencia. De esa forma conseguiremos hacer una vida más fácil, más agradable, más llevadera y, por supuesto, más cristiana. Que es, precisamente, de lo que se trata.



Año 1973

Evocación

Tal vez sea por aquello de que, como dijo el poeta, «cualquier tiempo pasado nos parece mejor», por lo que siento la nostalgia de las lejanas fiestas que Petrel celebraba en honor de la Virgen del Remedio y que tienen su origen en el venturoso día en que fue proclamada Patrona de nuestro pueblo por el ilustrísimo Sr. don Antonio Sánchez del Castellar, obispo de Orihuela.

A mí, en realidad, no me entusiasman las fiestas patronales a las que según parece, se quiere dar un sentido más profano que religioso, y que sirven de engañosa pantalla para montar espectáculos frívolos y de dudosa calidad moral y en las que todo parece encaminado al goce de lo material sin tiempo, apenas, para rendir homenaje a la celestial Señora, que es Madre y Esperanza nuestra.

A mí, sinceramente, no me satisfacen esas fiestas trepidantes, con profusión de verbenas y vocalistas, con espectáculos deportivos de todas clases, con las últimas novedades cinematográficas, con bailes hasta altas horas de la madrugada, en los que el ardor juvenil se desliza por una pendiente peligrosa... No, no son esas las que me interesan.

Yo añoro, claro está, aquellas fiestas de honda raigambre popular, de auténtica religiosidad, de profundo contenido espiritual, que los que ya no somos jóvenes alcanzamos, afortunadamente, en los dorados años de nuestra primera juventud.

Yo me refiero a aquellas fiestas humildes, emocionantes por su sencillez, en las que el meollo lo constituían la Misa y el Sermón, la música forastera y la Procesión, los fuegos de artificio y los conciertos musicales, las tracas y las cucañas, las carreras de cintas y las partidas de pelota «as llargues», la «mascletà», y el pasacalle, la dulzaina y el tamboril, las danzas al estilo del país y los concursos de mantones de Manila...

Aquellas fiestas en las que las retorcidas rúas petrolancas se adornaban con pino y baladre. En las que los bailes de ahora se trocaban por reuniones familiares y hogareñas que se prolongaban, deliciosamente, con un aire íntimo y entrañable, y consti-

tuían como un reforzamiento del vínculo que unía al pariente lejano, que había acudido a la cita del día de la «Mare de Deu del Remei», con el resto de la familia, al amigo con el amigo, a los hijos con los padres. En las que no había las aparatosas sesiones del «vermouth» de ahora, culpables, en gran manera, de que no se rinda el culto debido a la suculenta comida del día, que entonces se preparaba con exigencias de rito y exacta meticulosidad. En las que la gente, después de la Salve y de haber «corrido» la traca, se retiraba a descansar, y como se hacía vida de hogar se consideraba como una cosa verdaderamente extraordinaria deambular por las calles después de la una de la madrugada.

Aquellas fiestas en las que todos los hogares olían a pastas caseras y en los que se rendía culto a la hospitalidad para con el forastero y se brindaba amistad al desconocido. Aquellas fiestas no tan deslumbrantes como las de ahora, pero más típicas y con más contenido espiritual. Más sencillas, más entrañables, más inocentes, más pueblerinas, si se quiere, pero más sanas y con mayor autenticidad.

Cuando Petrel era como una familia numerosa en la que todos se conocían y a casi todos unía un grado de parentesco, más o menos lejano. Cuando la totalidad de sus habitantes, salvo muy raras excepciones, hablaban la lengua de don Jaime, en contraposición a lo que ocurre ahora, ya que las corrientes inmigratorias han convertido a la vetusta Pétrola en una nueva Babel, en la que cada cual se expresa con acento distinto y lengua diversa. Y mientras unos hablan, muy mal por cierto, la lengua de Cervantes, otros continúan aferrados a su lengua vernácula, ese «valensià», «sui generis», que se usa en este rincón levantino.

Las fiestas, ahora, en lo externo, son, sin duda, más brillantes, más espectaculares. Pero es bien evidente que los lazos de la fe se van aflojando peligrosamente, que el tipismo se va esfumando y que el sentido tradicional se ha sacrificado en aras de un sensualismo muy moderno, sin duda, pero muy peligroso también.

En definitiva, si yo afirmara que las fiestas de ahora me gustan más que las de antaño haría una concesión a la galería que no estoy dispuesto a otorgar. Dicen que las actuales son mejores.

Yo, decididamente, me quedo con aquellas tan lejanas, que tienen para mí amplias resonancias nostálgicas y que dejaron en mi alma un sedimento que el tiempo, gran devorador de muchas cosas, no ha podido destruir. Porque lo mejor de las fiestas, a mi entender, no es el brillo externo y la espectacularidad. Eso nada vale si no se apoya sobre los cimientos incommovibles de la fe y la tradición. Y entonces, creo yo, había una dosis mayor de estas cosas. O es que, tal vez, como dijo el poeta «cualquier tiempo pasado nos parece mejor». A mí, la verdad, me satisfacían más las otras. Esa es mi opinión. Y que cada cual quede con la suya.

1959



Año 1983

La Natividad del Señor nos llega siempre henchida de resonancias nostálgicas. Nostálgicas vivencias de nuestras Navidades infantiles, de nuestras juveniles Navidades, de tantas Nochebuenas pasadas en el tibio hogar, con misa de gallo y reunión familiar.

No parece sino que estas fechas, imborrables en el espíritu cristiano, vienen a revitalizar, cada año nuestros semiapagados sentimientos creyentes y nos acercan, de manera entrañable, a la incuestionable realidad del más allá y a los augustos misterios de la Iglesia.

Pero la Navidad, sobre todo la que se avecina, debe ser algo más que nostalgia, prendiendo, de nuevo, en nuestros espíritus las claras luminarias de la fe. De la fe entera, profunda, total. Para eso, precisamente, se necesita que la próxima Navidad sea la Navidad del Amor. Así, con mayúscula. Sin reticencias, sin posible discusión, sin vacilaciones ni sentimientos huidizos, sin falsa palabrería ni reservas temperamentales que pudieran malograr toda la grandeza de ese Amor.

El mundo se siente aprisionado por un círculo de violencia y chapotea en el sucio lodazal de la inmoralidad. ¡Cuánto daño para las mentes juveniles!

El hombre, al parecer, no cree ya en el amor auténtico, puro, humano, sensible y esperanzador. El mundo sólo cree, por lo visto, en la ley del más fuerte y en la fuerza del dinero. Falsos argumentos que nos pueden llevar, un día, a un callejón sin salida.

«Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos». ¡Cosa más sencilla...! Sin embargo, ¡cuán difícil nos resulta! ¿Amamos a Dios? Habrá que ponerlo en duda si no amamos al prójimo. Verdad de Pero Grullo. Pero todos sabemos que Pero Grullo decía verdades como copas de pino.

Los hombres no encuentran la paz porque no quieren buscarla. La humanidad se mata y se auto-violenta, vive en perpetua

zozobra y distorsiona el sentimiento fraterno, que a todos debiera unirnos, por falta de amor. Es por ello por lo que nosotros, los cristianos, los que, por fortuna, fuimos educados en la escuela del amor y de la comprensión, debemos, por imperativos morales, amar a todos, sin discriminación.

Lavemos nuestros corazones con rosas y abracemos al amor. Porque sólo cuando el amor no sea pura frase retórica y exista un verdadero sentimiento de unión entre todos los hombres, se diluirá la violencia, como se diluye el humo en el horizonte lejano, y las sucias aguas de la corrupción y de la inmoralidad se tornarán en arroyo cristalino, puro y sereno, por la gracia de Dios.

Decir amor es decir Dios, es decir Iglesia, es decir cristianismo. ¡Ojalá la próxima Navidad sea eso que tanto necesitamos: la Navidad del Amor!

1974



Año 1982

Entre la nostalgia y la esperanza

En el obligado paréntesis que, anualmente, motivado por las fiestas en honor de su Patrona la Virgen del Remedio, establece Petrel en su duro bregar diario, existen sobradas causas para la nostalgia y la meditación.

Porque estas fiestas, de tanta raigambre petrolanca, vienen a refrescar doradas remembranzas añejas, que perduran en nuestra mente y que, si tal vez, durante el resto del año permanecen semi-dormidas, afloran, de nuevo, frescas y lozanas, al llegar fechas tan señaladas.

Vienen a reverdecer deliciosos recuerdos infantiles, apretadas emociones de la juventud, densas sensaciones anímicas, grabadas a fuego en lo más profundo de nuestro espíritu.

Pero vienen también a recordarnos que nos acercamos, más cada día, a la verdad definitiva, y que cuando lleguemos a ese hito crucial que marca la división entre la vida terrena y la eternidad, nos serán muy necesarios el amparo y la ayuda de la Señora que, desde hace siglos, preside los destinos de nuestro pueblo.

Estas fechas no pueden ser, por ello, fiestas propicias para la disipación y la frivolidad. Deben ser, más bien, marco adecuado para la concentración, para el sereno discurrir, para la vida interior. No es necesario ponderar cuan necesitado está el mundo de esas cosas, porque la mayoría de los males, que afligen a la sociedad se deben a esa falta de pensar, de discurrir serenamente, de recortar las alas a una vida excesivamente mundana.

Por eso, precisamente, y porque Petrel tiene una tradición mariana de siglos, es por lo que estas fechas que se avecinan hemos de mirarlas y vivirlas con todo lo que de honesto recreo traigan consigo, claro está. Pero más, mucho más, hemos de sentir las como todo lo que en el orden espiritual significan.

Ciertamente, la nostalgia de otras fiestas pasadas, que ya quedan muy lejos, será, en estos días, nuestra inseparable compañera. Pero si ese matiz de tristeza que toda nostalgia dibuja en

el rostro del hombre es inevitable, tenemos para neutralizarlo la esperanza de saber que pese a la fugacidad de la vida material, nos fue concedida la inmortalidad del alma y que en la escala de los valores humanos cuenta más, mucho más, como necesidad incuestionable del espíritu, la certeza de un futuro interminable que el triste, aunque insoslayable, recuerdo nostálgico de un pretérito que, por serlo, ha huido ya, para siempre, de nuestras insignificantes condiciones mortales.

Y sólo el hombre que en su fuero interno ha sabido renunciar a toda presión o intromisión extraña al mismo es el único capaz de, en raudo vuelo espiritual, liberarse de una nostalgia excesiva, fuente de insospechados fracasos, porque tiene ese tesoro que Dios puso en nuestra alma: el tesoro de la esperanza.

El hombre, aferrado a una nostalgia enfermiza, llega a la desesperación. El hombre, del brazo de la esperanza, supera ese deprimente estado anímico porque si recuerda, con tristeza casi siempre, el pasado que ya se le ha ido de las manos, espera ese futuro interminable que nos ha sido prometido. Y si la nostalgia es inevitable, abracémonos a la esperanza. Porque si la primera nace del recuerdo de algo pasajero, la segunda se alimenta de algo definitivo, sin posible frustración.

Por algo si la nostalgia se cubre siempre con un velo de tristeza, la esperanza pone siempre también en los labios del hombre la flor de una sonrisa.

Y entre la tristeza y la sonrisa existe una línea divisoria que separa, precisamente, la nostalgia excesiva de la esperanza. Pequeña diferencia que haremos bien en no olvidar porque sin ella, cerrados los horizontes de una prometida eternidad, gravitaría sobre nuestra alma, desmesuradamente, la fuerza de un pretérito perdido sin remisión.

Y, dígame lo que se quiera, vale más vivir volando en alas de la esperanza, que morir viviendo asidos a un pasado que ya no puede, en modo alguno, retornar.

La hora de la verdad

Una vez más, el pueblo que me vio nacer y que es poseedor de profundas convicciones marianas, se apresta para rendir su tributo de devoción y cariño a su Patrona.

Han pasado muchos años desde aquel lejano 1683 en el que, siendo obispo de Orihuela, don Antonio Sánchez del Castellar proclamó Patrona de Petrer a la Santísima Virgen del Remedio.

Desde entonces, durante el dilatado periodo de tiempo transcurrido hasta nuestros días, la vieja Iberia ha experimentado hondas convulsiones y transformaciones numerosas: guerras civiles, destronamientos, repúblicas, dictaduras, restauraciones, agitaciones sociales, revoluciones... Pero nada de eso ha podido suprimir el amor a nuestra Madre, y es por ello por lo que Petrer continúa, anualmente, rememorando aquella fecha histórica de tan profundo contenido espiritual. De esa manera, mi pueblo, aparte de su probada religiosidad, viene a demostrar un conveniente pragmatismo para hacer frente a la hora de la verdad.

Porque la hora de la verdad no es la hora del esplendor juvenil, estallante de vitalidad. La hora de la verdad no es la hora del triunfo del poder o del dinero. La hora de la verdad no es la hora de la escalada hacia los puestos importantes de la sociedad. Ilusiones de hoy, decepción para mañana. «Transit gloria mundi». «La gloria del mundo es fugaz y pasajera». ¿Hay quien pueda ponerlo en duda?

La hora de la verdad es la hora del amargo sabor por obra de la injusticia humana. La hora de la verdad es la hora de la enfermedad. La hora de la verdad es la hora del dolor. La hora de la verdad es la hora de la vejez, cargada de nostalgia y con inevitables limitaciones físicas. La verdadera hora de la verdad es esa hora de la verdad de la muerte. Leyes biológicas que nadie puede -ni podrá- modificar.

No se trata aquí de sembrar pesimismo. Pero tampoco resultaría inteligente enmascarar una realidad, por dura que sea, con infantiles optimismos.

Y en la hora de la verdad, que yo tengo ya casi al alcance de la mano, nos va a hacer mucha falta a todos sentirnos arropados por el amor maternal de la Virgen de los Remedios y por una fe verdadera en un Dios bueno, poderoso y justiciero. Porque nadie se haga ilusiones. Todo lo que no sea conformidad con los designios divinos ha de convertirse en desesperación y todo lo que no sea creencia en un más allá incuestionable contribuirá a hundirnos en el mar sin fondo de la angustia y la desesperanza.

Hace bien mi pueblo conservando su fe y su amor a la Patrona que, por tantos años, preside los sentimientos espirituales de los hijos de Petrer. Y resulta alentador que se aferre, con fervor, a la conservación de sus valores tradicionales. Valores arraigados en ese anhelo de eternidad que Dios, por derecho natural, puso en el alma de los hombres. Valor indestructible porque nace de un Derecho natural que, afortunadamente, no tiene nada que ver con el Derecho positivo.

Es por eso por lo que debemos pedirle fervorosamente -y yo el primero- a la Virgen del Remedio que nos ilumine a todos con el fin de que todos podamos adquirir la fuerza necesaria para poder salvar, con dignidad, la hora de la verdad.

Porque de verdad, de verdad, nos hará mucha falta a todos el amor de nuestra Madre en la hora tremenda e irreversible de la verdad. De la Gran Verdad. De esa verdad que, por ser tan verdadera, nadie debiera olvidar.



Año 1988

La verticalidad de lo espiritual

Los primeros días del mes de octubre vienen a jalonar la vida local de Petrel con una verdad categórica que, desde la trastienda de nuestras preocupaciones diarias, aflora, en esas fechas, con toda la fuerza vital de las rotundas verdades.

Es la verdad de la devoción mariana que Petrel, bajo la advocación de la Virgen del Remedio, siente por su Patrona. No es de ahora, sino que arranca de unos tiempos remotos que, en su lento discurrir, han vestido con añeja pátina no tan sólo los contornos externos de los edificios sino también los escondidos pliegues del alma petrolanca.

El sedimento que los siglos, con ritmo de labor artesana, depositan en el alma humana, como la transformación que el tiempo realiza en la geología, tiene una decisiva importancia en la vida de los pueblos.

No se puede destruir, así porque sí, un pasado ni inventar un futuro, que sólo Dios puede conocer. Pero si el presente es, con mucho, la proyección del pretérito, también es el trampolín para el salto al porvenir. En esto, como en muchas cosas, el hombre, salvo absurdas y violentas discontinuidades, sigue las inevitables coordenadas de una lógica aplastante y se limita a recorrer, como en lo físico, salvadas las distancias, las obligadas rutas de la evolución biológica. Nace, crece y muere. Sin embargo, si los pueblos nacen y crecen no mueren por consunción fisiológica sino porque antes ha muerto todo aquello que constituyó el aliento vital para su existencia.

Parte de ese aliento vital lo encuentra Petrel en su devoción a la Virgen del Remedio. Porque esa efeméride del 7 de octubre, con vigencia de siglos, constituye un alimento espiritual de difícil superación. Y si, cuando niños, nos llevaban nuestras madres ante la Patrona para realizar esa alegre -¿por qué no?- y silenciosa labor de la oración, cuando hombres nos ha servido para conseguir una superación anímica que nos ha permitido, en gran manera, remontar los inevitables obstáculos, algunos de ellos

particularmente dolorosos, con los que, por supuesto, hemos de tropezar en nuestra pobre vida terrenal.

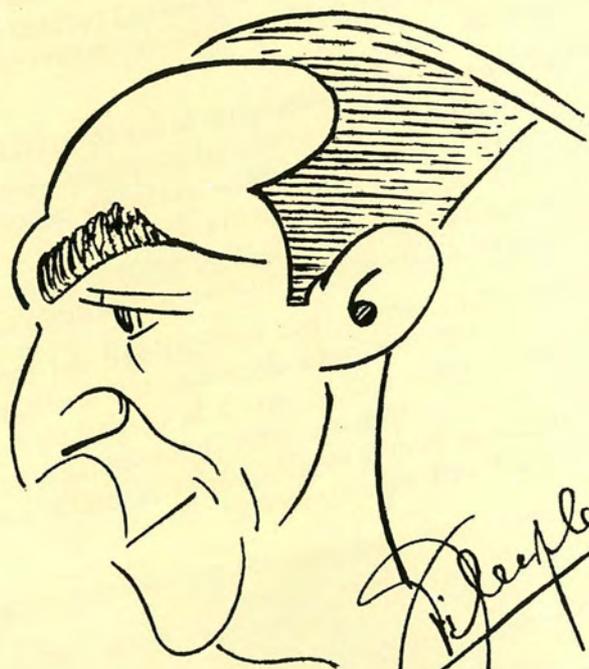
Petrel, en los días de las fiestas de octubre, vive con plenitud. Porque si en lo material crece desmesuradamente, en el orden espiritual, con mesura, viene a proclamar que los pueblos tienen ciertas verdades intangibles de las cuales precisan con la rotunda exigencia que demandan las insoslayables necesidades de su palpitante vitalidad.

Olvidémonos, en cierto modo, de la horizontalidad de la vida humana y busquemos la verticalidad espiritual. De otra suerte, los pueblos -y los hombres- mueren viviendo porque ahitos de bienes materiales no caen en la cuenta de que éstos resultan indigestibles si carecen de los líquidos precisos que los conviertan en bienes de vida y no en bienes de muerte, sin posible salvación.

Busquemos, desde ahora, esa verticalidad del espíritu. Ese arranque hacia lo alto nos hará decir «no» a muchas cosas de aquí abajo y nos obligará a decir «sí» a la verdad eterna que, en definitiva, es la que mayormente debe preocuparnos porque, un día u otro, caeremos de bruces en ella, al dar la vuelta a cualquier esquina de nuestra frágil vida material.



Año 1986



W. Lee Lowe
53

II

SOBRE DIVERSOS ASUNTOS

Petrel tiene una deuda

Que la Fiesta de Petrel ha conseguido una justa nombradía resulta obvio decirlo. Que esa Fiesta es de una belleza deslumbradora por la vistosidad de sus desfiles, por la hermosura de sus Abanderadas y por la riqueza que en ella impera, de todos es conocido. Que Petrel se vuelca en sus tradicionales festejos de Moros y Cristianos ¿quién lo ignora?

Pero ese trozo de historia que anualmente cobra vida en nuestro pueblo, tiene un testigo mudo e impenetrable, -voz del pasado- que algo debe decirnos, por lo que representa, y algo debe avergonzarnos, por el estado de abandono en que se halla. Nos referimos al castillo, al castillo «de verdad».

Cuando los pueblos cultos se afanan por conservar y restaurar las gloriosas ruinas que proclaman la grandeza o, simplemente, el recuerdo de su pretérito lejano, Petrel, de espaldas a su pasado, se desentiende de su añeja fortaleza, expresión de unos antecedentes históricos e irreversibles, que no es prudente ni, por supuesto, loable olvidar.

Petrel, pues, está en deuda con su castillo. Ese castillo que vio el nacimiento de nuestro pueblo, que le protegió en los turbulentos años de la Reconquista y ha contemplado su desarrollo, bien es acreedor a que intentemos de una manera prudente, pero constante, su restauración o, por lo menos, su conservación. Menguada gloria conseguiría Petrel si, persistente en su abandono, llegara al extremo de permitir que se desplomasen definitivamente lo que ya son tristes ruinas de su castillo.

¿Habremos de contemplar, indolentes o incultos, a que se consume la total desintegración de esos muros, voz de la historia de nuestro pueblo y expresión de una grandeza que, si no por egoísmo, al menos por altura cultural debemos conservar?

Los antecedentes históricos de un pueblo no son ni deben ser tratados como recuerdos empolvados propicios para arrinconarlos en el trastero inútil de la tontería humana.

En verdad, deberíamos aprestarnos a conservar lo que queda de la vieja fortaleza. Algo se podría conseguir a través de ese organismo, testimonio de las inquietudes de la nueva España, denominado «Amigos de los castillos». Algo podríamos realizar si, restando un poco al derroche de la Fiesta, destináramos una cantidad anual para la limpieza y consolidación de esos restos ruinosos que hoy cubren de vergüenza a quien los contempla.

Para esa obra que, aunque no se crea, lejos de resultar inútil es de imperiosa necesidad, como testimonio del nivel cultural de nuestro pueblo, convocamos a Petrel entero y, en primer término, a sus Autoridades. Porque si la Fiesta resulta deslumbradora e incomparable, será siempre, por contrapartida, una Fiesta incompleta pues que desdeña, de forma irresponsable, su principal argumento visible: su castillo «de verdad».

Petrel, desde hace siglos, está en deuda con su castillo. ¿No va siendo hora ya de que empecemos a cancelarla?

1967



Año 1960

Sobre la reconstrucción del Castillo

ESCRITO ENTREGADO A DON JUAN MATEO BOIX, PRESIDENTE PROVINCIAL DE LA ASOCIACION DE LOS AMIGOS DE LOS CASTILLOS.

Sin abundar en detalles técnico-arqueológicos; sin intentar desentrañar la importancia que pudo tener en el turbulento periodo de la Reconquista; sin ahondar en el testimonio que ofrece, por su cimentación, del paso de la civilización romana por nuestro pueblo, y por el resto de su estructura del paso de la dominación musulmana -y con ello nos remitimos al juicio del historiador Zurita- sí debemos manifestar que Petrel, como tantos lugares de nuestra Patria, tiene su castillo. Castillo que se derrumba, que está abocado a su ruina definitiva si, rápidamente, no acudimos, con ánimo decisivo y, por supuesto, con recursos económicos, para intentar el rescate de esas ruinas gloriosas, que están demandando, con estentóreas voces, los eficaces medios que consigan su hermosa y auténtica salvación.

Cualquiera puede observar el lamentable estado en que se halla: agrietados muros, carcomidos por la acción de los siglos; muestras de arbitrarias restauraciones, tal vez realizadas en los tiempos en que el castillo fue morada de los últimos Alcaides de Petrel; cuevas que, como expresión de un negro chabolismo, perforan las entrañas de su muralla venerable; piedras desprendidas; restos de la planta alta que pregonan y anuncian su próximo derrumbamiento; por todas partes, ruinas y quebrantos; por cualquier sitio desolación y vergüenza para un pueblo como el nuestro, progresivo y emprendedor; para una provincia como la de Alicante, abierta siempre a difíciles empresas y que en el concierto nacional alcanza notorio relieve por su alto nivel de vida y su empuje económico-cultural.

El Castillo, nuestro castillo, es la voz permanente de nuestra historia, y empeñados estamos en que no enmudezca definitivamente ese grito que si nos recuerda pretéritas glorias, nos viene a recordar también el paso de unas civilizaciones que, para bien

o para mal, marcaron su impronta sobre las nuestras y a las que, de forma irreversible, nos hallamos unidos, a pesar del paso de los siglos, por los vínculos indestructibles de la sangre, de la cultura o de la religión.

Para intentar salvar nuestra fortaleza de su ruina definitiva constituimos en Petrel la sección total de los Amigos de los Castillos. Dispuestos, pues, estamos a trabajar como sea y con el tiempo que sea, bajo la supervisión de las autoridades superiores. Dispuestos para aportar nuestro óbolo, nuestro entusiasmo y nuestro coraje para esa obra trascendente que Petrel necesita: la restauración de su castillo.

Mucho esperamos de la Asociación de los Amigos de los Castillos de España, de las Direcciones Generales de Bellas Artes, de Arquitectura, de Arqueología, de las autoridades provinciales y nacionales. Porque las autoridades locales, con toda su responsabilidad y velando por la cultura de nuestro pueblo, están de nuestra parte. Y la Iglesia, con espíritu magnánimo, ha cedido sus derechos de propiedad al municipio.

¿Qué necesitamos? Pedimos arquitectos que estudien las posibilidades de conservación y restauración de esas hoy ruinas gloriosas. Queremos concienzudos arqueólogos que acierten a plasmar la antigua estructura de nuestro castillo. Y junto con ello, necesitamos historiadores que desvelen el arcano de sus primitivos moradores, de sus orígenes, de su vida y de sus hechos. Para que, entre todos, nos ayuden a descorrer ese velo de ignorancia que, durante siglos, lo ha cubierto, y a levantar esas ruinas que hoy se mueren, desmoronadas por la desidia o por la incomprensión de los hombres.

Nosotros queremos trabajar, como nos ordenen, como sea y por el tiempo que sea. Venga, pues, en buena hora, la ayuda y la orientación por parte de la Sección Provincial de los Amigos de los Castillos. Que si el camino por recorrer es largo, también lo es nuestra ilusión. Porque abiertos están nuestros pechos a todos los anhelos y a todas las generosidades posibles, con el fin de suprimir esa vergüenza permanente, para todo pueblo civilizado,

de un castillo ruinoso, derrumbado por el olvido y muerto por la incomprensión.

Veamos si entre todos somos capaces de conseguir que lo que hoy constituye un baldón para Petrel se convierta en un recinto decoroso, en una altiva fortaleza, con sus murallas y torreones, tal como, sin duda, fue en remotos tiempos. Para que cuando, algún día, la miremos -nosotros o nuestros sucesores- se pueda decir a España -¿y por qué no al mundo?- que Alicante y esta pequeña parte de su provincia, que es Petrel, saben engrandecer la Patria por los caminos de lo económico, pero también saben hacerlo por las rutas de la cultura, por los senderos del espíritu y por las veredas de la historia y de la tradición.

Nosotros ofrecemos trabajo y aportación económica, hasta donde sea posible. Esperamos orientación y ayuda.

Orientación y ayuda es lo que, en definitiva, pedimos a la Sección Nacional de los Amigos de los Castillos de España, en nombre de Petrel, por Petrel y para Petrel.

1968



Año 1947

Llamamiento para la Biblioteca Pública

Cuando los pueblos, apoyados en su pujanza económica, consiguen un decoroso nivel de vida, promesa de un futuro mejor, es cuando tienen, con mayor motivo por supuesto, el insoslayable deber de conseguir un mejoramiento cultural que garantice la humanización de la riqueza creada.

Sólo cuando se conjugan, estrechamente hermanados, el acrecentamiento económico en un plano general y el imprescindible bagaje cultural es cuando se consigue una auténtica y permanente estabilidad que, nacida en los hontanares del raciocinio y alimentada en los pliegues más recónditos del corazón, constituye, sin necesidad de presiones externas, el indestructible muro que puede corregir, en cualquier momento, las peligrosas desviaciones de las alborotadas aguas nacidas en los oscuros laberintos de la incultura.

Por eso Petrel, cuyo progreso material resulta impresionante, venía sintiendo la urgente necesidad de contar con una bien dotada Biblioteca Pública, en donde le fuera posible encontrar cauce abierto para sus inquietudes al hombre estudioso o hallar sereno solaz todo amante de la buena lectura, que siempre proporciona, cuanto menos, una concentración interna tan necesaria en estos tiempos de indiscutible dispersión espiritual.

Gracias al Ministerio de Educación Nacional, al Centro Coordinador de Bibliotecas, de Alicante, y al Excmo. Ayuntamiento de la localidad, Petrel cuenta ya con una biblioteca de 1.600 volúmenes, cantidad que, con el tiempo, confiamos en quintuplicar.

La Biblioteca Pública no es de nadie. Es de todos. Y cualquier hombre de buena voluntad, sin discriminaciones de ningún género, puede encontrar en ella los medios necesarios para un afinamiento de su vocación científica o para imprimir vuelo más alto a su humanística formación.

Como la obra es de todos, a todos llamamos y en todos confiamos. Y si, como alguien dijo, vivimos todos depositando una excesiva confianza en las «letras de cambio», veamos si somos capaces, entre todos también, de hacer algo pensando en «el cambio que producen las letras».

Para esta obra cultural, de tanta importancia vital para nuestro pueblo, te convocamos. La semilla se halla ya depositada en la entraña generosa de la tierra. Necesitamos tu ayuda para hacerla germinar y, con el tiempo, beneficiarnos todos con la cosecha, que presentimos prometedora. Ahora, tú tienes la palabra.



Año 1988

Año Internacional de la Mujer

Tal vez este año, el Año Internacional de la Mujer, constituya un hito a partir del cual, con el tiempo, contribuya, de forma decisiva, a la integración total de la mujer en la sociedad de nuestros días.

De hecho ya lo está, por cuanto la vemos ocupando cargos y desempeñando misiones a los que antaño era inaccesible. Ya la contemplamos también usando prendas masculinas, fumando y procediendo, de manera insólita, para las mujeres de hace veinte años.

La mujer joven, al parecer, se considera marginada por una sociedad que no la comprende y trata de recuperar, con la rapidez que caracteriza a los tiempos modernos, una libertad a la que cree tener tanto derecho como el hombre. Aunque no seamos totalmente partidarios de esa actitud, muy discutible por su intransigencia, la lleva a una masculinización aparente que trata de romper el molde antiguo de la mujer sumisa y ofrecernos el falso espejismo de una mujer dueña de sus destinos y tan libre, en todos los aspectos, como pueda ser el hombre.

Nadie debe considerarnos como enemigos de la promoción de la mujer ni de que ésta ocupe los lugares a que, por sus condiciones de inteligencia o preparación, pueda ser acreedora.

Aquí lo que se trata de saber es a dónde puede conducirnos ese anhelo de liberación de la mujer, y si lo que ellas desean es una masculinización, con pérdida de su feminismo, en su afán de parecer tan libres como el hombre. Actitud peligrosa que vendría a erosionar, más si cabe, la situación de la familia y del hogar. Aunque nos parezca difícil de alcanzar, creemos que la solución debe estar en un punto medio que, respetando cuanto haya de justo en la integración y la liberalización de la mujer, contribuya a que ésta lo continúe siendo con toda la validez del vocablo. La mujer, sobre todo, reina del hogar; la mujer henchida de ternura; la mujer femenina, como corresponde a su condición. ¡Ser mujer...!

En este aspecto de la integración femenina, con pleno derecho, a través de sus Moros y Cristianos, Petrel puede considerarse

como un adelantado. Porque, desde hace muchos años, dio entrada en su Fiesta a la mujer y la constituyó como verdadera Reina de nuestros singulares festejos.

Petrel creó la innovación de la Abanderada que viene a constituir el centro de la admiración y de la gracia femenina dentro de la Fiesta. Las mayores ovaciones, las mejores atenciones, los más rendidos respetos son para la mujer en nuestros Moros y Cristianos.

Y, en pura verdad, la mujer, esos días, sin necesidad de adoptar actitudes masculinizantes ni recurrir a tópicos innecesarios, brilla por su belleza y su feminismo en un escenario esplendente y bullicioso que ella, con su delicadeza y su hermosura, hace todavía más luminoso, más agradable y más prometedor.

Bendito, pues, sea el Año Internacional de la Mujer si viene a liberarla e integrarla en la sociedad, pero en su calidad de mujer. Como en nuestros Moros y Cristianos. En donde el hombre continúa siendo hombre y la mujer resalta por su incuestionable gracia, por su indiscutible belleza y -queremos creer- por su indestructible feminidad. En suma, por su condición de mujer a la que está obligada a servir y, en modo alguno, a renunciar.

1975



Año 1988

La primera hazaña. Diego Lainez, el venerable padre de Rui Díaz de Vivar, desfallecía de amargura y melancolía. Ya su vista estaba cansada y sus miembros mostraban la torpeza propia de la senectud. Ya no era el gallardo caballero de antaño sino una ruina física que habría de sentir en breve el abrazo de la madre tierra.

Y no era la proximidad del tránsito definitivo hacia la eternidad lo que más amenazaba al caballero. No era la cercana separación física de sus deudos lo que más le abatía. Al fin y al cabo, él, cristiano viejo, se sabía muy bien la lección del Medioevo: o perecer en lucha brava, con las armas en la mano, o morir, serenamente, besando un Crucifijo. Y pues que Dios no quiso que acabaran sus días en la pelea -ideal de la época- aprestado estaba para morir en su hogar, rodeado de los suyos. Si no tan gallardamente como él hubiera deseado, al menos tan tranquila y cristianamente como correspondía a un hidalgo de recia fe y austeros principios religiosos.

No, no era eso lo que más apenaba al padre de Rui Díaz de Vivar. Andaba el caballero remiso en el comer y parco, en demasía, en el hablar. Y aun en el dormir. Que no parecía si no que quería aprovechar las horas de la noche para alargar su escasa vida. Vagaba con el ceño adusto y las mandíbulas apretadas. Que, aunque viejo, no era tanta su debilidad que le impidiera sentir en lo profundo del alma la vergüenza de una ofensa y en su pálida faz el sonrojo de un ultraje recibido. Lo de menos era morir. Era otra cosa más importante la que le quitaba el sueño y el apetito y aun el deseo de hablar. Se trataba del honor. Con motivo decía el viejo que un lobo le mordía el corazón. ¡Quién tuviera veinte años menos para lavar con sangre la ofensa recibida!

Ni diecisiete tendría su hijo, el más tarde famoso Cid, cuando cogiendo una espada de Mudarra «El Castellano» se decidió a desafiar al ofensor, el conde de Gormaz, y reparar con las armas el agravio que éste había inferido al ya anciano caballero.

«Mala hazaña hicísteis, conde,
y yo os reto por traidor;
y creed que si os atiendo
no siento ningún pavor».

El conde de Gormaz, hombre diestro en el manejo de las armas y en las sinuosidades del espíritu, un tanto enamorado y un mucho más pendenciero, quedó maravillado viendo que el que le citaba al campo del honor era un adolescente, gallardo y sereno, sí, pero con más cara de niño que trazas de hombre. Y apesadumbrado por la trágica suerte que, a su entender, iba a correr aquel imberbe jovencuelo, se dispuso al que él consideraba desigual combate, seguro de que entre sus garras de experimentado gavilán su adversario no sería más que una inocente paloma...

Y allí dieron comienzo las épicas hazañas del Cid. Allí, en el campo del honor, la destreza y la energía del joven Rui Díaz hicieron maravillas y derrotaron, en una memorable pelea, al conde de Gormaz. Allí cortó la cabeza del que había osado infamar con su pecadora mano la rugosa faz de su progenitor, y con el sangriento despojo se presentó a su padre:

«Veis aquí la hierba mala
para que vos comáis buena;
abrid, mi padre, los ojos,
y alzád la faz, que ya es cierta
vuesa honra y ya con vida
os resucita de muerta».

El viejo abrazó a su hijo, mientras las lágrimas fluían a sus ojos. ¡Bendito Dios que le permitía morir tranquilo! El honor había sido lavado y si él, a causa de su edad, no lo había restaurado directamente, lo había hecho aquel retoño, del que tan orgulloso se mostraba ahora. Allí estaba su hijo, frente a él, erguido y un tanto fanfarrón, mostrándole la cabeza del conde, trágico trofeo del que todavía caían unas gotas de sangre que manchaban la santidad del suelo de su hogar. ¡Al fin, moriría pronto pero tranquilo! Y era un agradable consuelo dejar aquel cachorro de sangre brava. ¡Ya no habrían ofensas, sin castigo, para su estirpe! ¡Bendito Dios que le dejaba morir tranquilo!

Y Diego Lainez, el venerable padre del Cid, dejaba resbalar su vista cansada por la llanura castellana, que en aquella tarde de estío era un rubio y movedizo mar de espigas inclinadas que parecían rendir su mudo homenaje a aquel bravo doncel, de brazo de acero y alientos de león, llamado a ser, con el tiempo, uno de los paladines más destacados de la Reconquista.

Jimena. El conde de Gormaz tenía una bella hija: Jimena. ¿Y quién habría de afirmar que, andando el tiempo, la hija del conde sería la esposa del matador de su padre?

Porque Jimena se enamoró locamente de Rui Díaz. Pero ese amor tenía un poderoso enemigo en el odio que sentía contra el que mató a su padre. Le odiaba, sí, con todas sus fuerzas, pero ¡arcanos del destino! le amaba con más fuerza todavía.

Jimena ve pasar a quien ha ganado su corazón y sus ojos brujos marchan en pos del bravo mozo que la enamora. ¡Dios, haber bebido el dulce néctar del amor y tener que rechazarlo porque existe una barrera que levanta el odio! ¿Cómo amar al que mató a su padre? ¿Cómo soñar con un connubio legal si lo hace imposible una nube de sangre? No, no pensará más en él. Arrancará de su corazón, como se arranca la cizaña del trigo, aquella semilla perniciosa de un amor imposible y monstruoso. ¿Soñar con el que la dejó sin padre? ¿Amarle hasta el paroxismo? ¡Nunca jamás!

Pero en vano la bella Jimena trata de engañarse. Inútilmente trata de luchar contra la realidad que pone un nudo en su garganta y acelera los latidos de su corazón. ¡Ella ama! Jimena quiere al hombre que al matar al conde de Gormaz asentó firmemente su planta sobre los umbrales de la puerta de la Historia. ¡Maldito amor que levantaba en su alma tempestades de locura y borrascas de contradicción! ¡Terrible castigo aborrecer al que la dejó sin padre y soñar, al mismo tiempo, con reclinar su cabeza sobre el pecho poderoso de aquel castellano de recio brazo y coraje de titán!

En la lucha terrible que en el corazón de Jimena sostuvieron esos dos sentimientos tan antagónicos, el cariño fue, poco a poco, ganando terreno. Jimena solicita del Rey que le conceda por esposo al nieto de Laín Calvo:

«La menor soy yo de tres
fijas que el conde tenía,
y vengo a os pedir merced
que me hagáis en este día,
y es que aquese don Rodrigo
por marido yo os pedía...».

Y un día memorable se produjo el que había de ser encuentro definitivo. Se miraron a los ojos... y Jimena fue para el Cid, y el Cid para Jimena. Y fueron sus hijas aquellas doña Sol y doña Elvira, esposas, con el tiempo, de los condes de Carrión. El odio, una vez más, había sucumbido vencido por los dulces embates del amor. Por eso Jimena pudo ser la esposa enamorada, dulce y sumisa, que cuidaba de las hijas mientras el Cid peleaba. Y cuando llegó la hora tremenda del tránsito definitivo de Rui Díaz, allí a su lado estaba Jimena bebiendo el cáliz amargo del dolor y derramando las lágrimas ardientes y sinceras que el amor, el amor noble y desinteresado, derrama cuando un ser querido se aleja para siempre de nuestro lado por el mandato divino de Aquél que todo lo creó.

El juramento de Santa Gadea. Fernando I cometió un grave error distribuyendo entre sus cinco hijos los estados que poseía. El reparto fue el motivo de las graves discordias entre los hermanos y que trajeron como consecuencia el derramamiento abundante, en una lucha fratricida, de sangre castellana.

Por eso cuando Bellido Dolfos, a lomos de un brioso corcel, fingía que salía huyendo de Zamora, que señoreaba doña Urraca, y presentándose en el campamento de las fuerzas de Sancho El Fuerte, que sitiaban la ciudad, solicitó una entrevista con el rey, llevaba una siniestra idea en la mente y un odio poderoso en el corazón.

Frente al monarca empeñó su palabra de caballero de darle a conocer una entrada secreta por la que podrían entrar en la ciudad sus tropas y caer de improviso sobre el desprevenido enemigo. Fiel a Sancho El Fuerte en la promesa de Bellido ausentóse del campamento. Nunca lo hubiera hecho. Porque éste, traidoramente y olvidándose de que los caballeros no hieren por la espalda, hundió en la del monarca un venablo que le causó la muerte.

Huyó rápidamente el traidorzuelo, inútilmente perseguido por Rodrigo, que no lograba darle alcance porque su caballo, el gran Babieca, no podía sentir el incentivo de las espuelas del caballero, que las tenía descalzadas.

«Con la priesa que tenía
espuelas no se ha calzado.
Huyendo iba el traidor,
tras él iba el castellano;
si apriesa había salido
a muy mayor se había entrado;
Rodrigo ya le alcanzaba
mas viendo a Dolfos en salvo,
mil maldiciones se echaba
el nieto de Laín Calvo:
-Maldito sea el caballero
que como yo ha cabalgado,
que si yo espuelas trujera
no se me fuera el malvado-».

Corría, corría el traidor, mientras el coraje congestionaba el rostro de Rodrigo. Se alejaba, cada vez más, el falso caballero. Atravesó, por fin, el recinto amurallado y mientras el Cid se mesaba los cabellos, Bellido se adentraba por las callejas de Zamora y a grandes gritos daba a conocer su menguada hazaña:

«Ya era tiempo, doña Urraca,
de cumplir lo prometido».

Después de la muerte de Sancho El Fuerte, las Cortes, tras laboriosas sesiones, proclamaron rey a su hermano Alfonso VI. Pero existía la duda de si éste último habría intervenido, más o menos directamente, en el asesinato de su hermano.

De nuevo Rodrigo demostró todo el caudal de valor cívico que atesoraba su corazón. El y sus leales acatarían al nuevo rey, pero con una condición: la de que habría de jurar, al pie del altar y la mano sobre el Evangelio, su inocencia en la muerte de su hermano. Es lo que la Historia conoce con el nombre de «El juramento de Santa Gadea».

«Don Alfonso, don Alfonso,
por fuerza tenéis vasallos,
que todos tienen sospecha
que vos solo sois culpado
de la muerte que fue dada
a vuestro hermano en el campo».

Allí está el Cid, con el ceño adusto, demandando la inocencia por la muerte de Sancho El Fuerte. Y allí hubo de proclamarla su hermano, al pie del altar y la mano sobre el Evangelio.

El Cid, espíritu abierto a todas las empresas generosas, es el símbolo del pueblo que obedece a su rey, pero lo es también del pueblo que exige. «Nobleza obliga». Y si el rey es el más noble, obligado viene a demostrarlo. Que una cosa es la obediencia y otra, muy distinta, el servilismo. Con razón pudo decirse que lo antiguo es la libertad y lo moderno, la tiranía.

¿Fue el juramento impuesto lo que movió a Alfonso VI a desterrar al Cid? ¿Fueron las intrigas de los envidiosos de su popularidad? Tal vez las dos cosas.

«Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no vengas más a ellas
desde este día en un año».

Rodrigo hierve de coraje. Delante de él está el rey. Pero la rebel-
día, la santa rebeldía, contra toda injusticia, aflora a borbotones a
sus labios:

«Pláceme -dijo el buen Cid-
Pláceme -dijo- de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado,
Por un año me destierras.
Yo me destierro por cuatro».

Y hacia el destierro va, seguido de sus leales, el noble castella-
no. Por la llanura interminable y reseca, devorando su amargura,
va Rodrigo, mientras las gentes que le ven marchar dicen para sus
adentros:

«Dios, que buen vassallo
si oviesse buen señor».

La conquista de Valencia. Nunca jamás las huestes del Cid, bajo su mando directo, mordieron el polvo de la derrota y tan conocidas de los moros eran sus hazañas que entre ellos corría una frase lapidaria:

«Un Rodrigo perdió a España
y otro la recobrará».

A lomos del fiel Babieca, Rodrigo corona montes y cruza valles, vadea ríos y atraviesa bosques, camina por hondos desfiladeros o por llanuras interminables. Su rostro ha sentido ya las caricias del sol implacable o de la ventisca furiosa, de la lluvia inclemente o del vendaval ululante... Pero ahí está, a lomos de su Babieca y con la Tizona al lado.

Las tierras levantinas conocen ahora su paso y donde el Cid asienta su planta es un trozo de la patria que se rescata al infiel; un pedazo de suelo hispano que, muchas veces, queda regado por la sangre generosa de las huestes de Rodrigo.

Ahí está, con su Babieca y su Tizona al lado. Con su pecho poderoso y con un casco que corona su altiva frente de iluminado. Ahí está, muda la lengua y suspenso el ánimo, escudriñando con la mirada la vega valenciana, que es un regalo para sus ojos, acostumbrados al paisaje duro y uniforme de la meseta castellana. ¡Qué maravilla de color! ¡Qué emporio de riqueza! Y allá lejos, muy lejos, se adivina, más que se ve, la blanca silueta de una ciudad populosa que ha de ser, sin duda, muy bella. Ha de serlo, forzosamente, con tan deslumbrantes alrededores. Ahí está Rodrigo, mudo y maravillado, mientras la emoción sube a su garganta y en su corazón aletea la fuerza poderosa de la esperanza. ¡Si Valencia fuera suya...! Un momento dura la duda. ¡Lo será! Que ha de comprobar el rey que le desterró lo que vale el Cid y ha de saber de lo que es capaz Rui Díaz de Vivar.

Rodrigo desata en la llanura valenciana el huracán de la guerra. Ya es suya la perla levantina. Ya han callado las armas. Ahora habla el diplomático. Mejor dicho, el hombre entero, cristiano y generoso.

«Decidles a los cuitados
y a las cuitadas contad
que el saber nueso en la guerra
es humildoso en la paz;
que non quiero sus haciendas
nin se las he de tirar
nin para mis barraganas
sus fijas he de tomar,
que yo non uso mujeres
sinon la mía natural».

¡Así hablaba el Cid a los vencidos!

La figura y los hechos de El Cid han levantado entre los historiadores tempestades de controversias y diversidad de opiniones. Lejos de nosotros la pretensión de hacer crítica histórica. Pero una cosa es bien cierta, como dice Guarner: «si Aquiles fue el héroe de la Grecia clásica y Rolando de la Francia medieval, y Sigfrido de Alemania, España no tiene a otro que a Rui Díaz de Vivar». Es el arquetipo del caballero cristiano entregado a la noble tarea de las armas, en cuyo pecho no tienen cabida la doblez ni la infidelidad. Es el indómito titán que se enfrenta con la dificultad y la vence con tesón. Es el brazo ejecutor que sanciona injusticias y castiga maldades. Es, en una palabra, el alma hispana con todos sus defectos y con todas sus virtudes. Es, sencillamente, España. Por eso es inmortal. Porque también lo es el alma de la Patria. Y si Grecia tiene su epopeya en la *Iliada*, España la tiene también en el *Cantar del Mío Cid*. Sólo que en Grecia es Homero el que la narra y en España es el pueblo el que la canta.

¡Loor al héroe castellano! Que bien merecido lo tiene aquél que se llamaba Rui Díaz el de Vivar, al que los musulmanes temían y admiraban, al mismo tiempo. Por algo le apellidaron «El Cid» (Señor). Porque supo hacer honor a ese adagio tan simple de «En la pelea se conoce al soldado; sólo en la victoria se conoce al caballero». Ese aforismo tan sencillo que, por lo visto, tan difícil resulta practicar a los hombres de nuestro tiempo.

Cuando los Abassidas levantaron su negro pendón contra el blanco estandarte de los Omeya, pusieron el más firme jalón para romper el vínculo que unía a la España musulmana con el Imperio de Damasco.

Era muy joven entonces Abderramán I, y un inexcrutable destino hizo que más bien que un hijo del desierto, de piel morena y ardientes ojos negros, pareciera un descendiente de los pueblos nórdicos. Tenía la tez sonrosada, cabellos rubios y ojos azules.

De todos es conocida la sangrienta eliminación de los Omeya a manos de los Abassidas, que les disputaban el trono. El exterminio implacable tuvo un superviviente en nuestro héroe, que salvó su vida de forma providencial. Ya en aquella ocasión parece como si el destino quisiera señalar a Abderramán como un predestinado a grandes empresas.

Abderramán huye y, refugiado entre los beduinos, hace vida común con ellos. En la adversidad, como muchos grandes hombres, templa su ánimo. La añoranza pone un nudo en su garganta pero una voz misteriosa susurra a su oído: «¡Arriba, Abderramán, arriba! ¡Quedan muchos días de gloria para ti!». Y el coloso se levanta con gallardía contra todo y contra todos. Y espera. Abderramán espera siempre. Aguarda su hora, que suena en el reloj del tiempo, mucho después, cuando atravesando el Egipto llega al Africa septentrional.

Allí reside una tribu numerosa, los zenetas, de donde era oriundo otro gran caudillo: Tarik. En ella encuentra su refugio providencial. Hasta que un día llegan unos emisarios...

Los moros notables de la Península veían con amargura las divergencias del mundo islámico en España. Diferencias violentas, constantes, sangrientas. Era la guerra de todos contra todos, preludio de lo que habían de ser, siglos después, los reinos de Taifas. Una permanente contienda civil, que desde Damasco eran impotentes para atajar, ponía signos de desolación en la vieja

Iberia, desde el Sur a Septentrión, de Levante a Poniente. Entonces tienen noticias de que hay un príncipe omniada en el norte de Africa y deciden ofrecerle el trono, independiente de Damasco.

Ya tenemos a nuestro hombre pisando los lares que la audacia de Tarik ganó para el Islam. Ya no es el omniada errante. Su noble figura conquista a las muchedumbres. Su palabra fácil cautiva a quienes tienen la fortuna de conversar con él. Su audacia se impone a los disidentes. Su inteligencia atrae a los sabios de la época y, por un momento, Abderramán, que deja de ser sombra huidiza para convertirse en protagonista de alta Historia Universal, domina toda la Península, a excepción del País Vasco y de Asturias. Los árabes ven en el apuesto joven omniada, en su discreción, en su tacto y en su valor, las viejas dotes de la raza, mil veces puestas a prueba desde que Mahoma, con su doctrina, lanzó al mundo musulmán a la hipotética conquista del orbe. Abderramán recibe aclamaciones, vítores, grandiosas muestras de adhesión...

Pero no todos le acatan de buen grado. Las ambiciones personales, el odio de razas, de tribus, y aun de familias, arman continuas sublevaciones. Nada importa para el héroe. No hay dificultades que mengüen su ánimo ni obstáculos que le hagan desistir de su ardoroso empeño. Auténtico rayo de la guerra, llega a todas partes en el momento oportuno y desbarata con enérgica mano serios levantamientos o algaradas ruidosas, que se desvanecen, a su empuje, como la espuma.

El invicto caudillo tiene por lema un adagio árabe: «El mejor sitio del mundo es una silla encima de un fogoso corcel; el mejor amigo, un libro bueno». Es la suya una vida preñada de dificultades, salvadas todas con fortuna. Vida intensa, sin reposo, entregada a la noble tarea de las armas y las letras, en ofrenda generosa a la misión augusta de levantar sobre macizas columnas el edificio armónico del Emirato.

Abderramán no conoce el desánimo ni en su pecho poderoso tiene cabida el desaliento. Está destinado para la lucha y pasa su vida, salvo cortos periodos, en una incesante pelea. El caudillo ataca, hiere, mata, triunfa en el combate. Pero no se ensaña con el vencido. Hace justicia, pero no ejercita la crueldad. «El Justo» le

llaman en su época y así le denomina el célebre arzobispo don Rodrigo. Le comparan, con ventaja, con Carlo Magno, por sus proezas guerreras. Pero con una diferencia: Carlo Magno es altivo como un dios. Abderramán, valiente hasta la temeridad, es juicioso, prudente, y humilde, muy humilde...

Abderramán rechaza el ostentoso título de Califa. Para él es suficiente denominarse Emir. Fue el símbolo de la inteligencia y el valor puestos al servicio del Islam. El preparó el terreno en el que, con el tiempo, pudo desarrollarse el Califato de Córdoba, cuando bajo el reinado de otro Omeya, Abderramán III, la España musulmana era foco de cultura que irradiaba su esplendente luz a todos los rincones de Europa; cuando Córdoba era una populosa ciudad y numerosas inteligencias preclaras de todos los países venían a estudiar en ella...

El primero de los Emires independientes tuvo dos grandes ideales. Fundir los dos pueblos en uno solo, para lo que promovió y favoreció los enlaces de musulmanes con cristianas y viceversa, y reunir un gran ejército que partiendo desde el Algarbe llevara la guerra al mismo cubil de los Abassidas, a Damasco, y allí hacer justicia en las personas de la rama usurpadora, que un infausto día exterminara a su familia, la famosa dinastía de los Omeya. Pero estaba de Dios que ninguno de esos dos caros ideales pudiera lograr.

Abderramán evitó con su tacto y comprensión -dotes de gran diplomático- mucho derramamiento de sangre cristiana y coadyuvó, de manera genial, a la estabilización del Emirato Independiente y a la armonía de aquellos dos elementos tan dispares, y entonces tan antagónicos, como los seguidores de Mahoma y los creyentes en la doctrina del Crucificado.

El héroe -otra vez las armas y las letras en venturosa hermandad-, literato de altos vuelos y poeta nada común, favorece, en gran manera, el cultivo de todas las disciplinas literarias y es fama de que, en su tiempo, la mayor parte de los árabes hacían versos. Y Abderramán -pensamiento sutil y sentimientos delicados- no podía ser una excepción.

El Emir -siempre la nostalgia de su patria natal- se hace traer una palmera de Damasco y la planta, por su propia mano, en el jardín de palacio. Abderramán la acaricia tiernamente con la mirada. La añoranza vuelve a apretarle la garganta y pone una nube en sus ojos. La contempla muchas veces, mientras amargas lágrimas corren por sus mejillas. Es que recuerda los lejanos tiempos en que él correteaba por los jardines de Damasco o se extasiaba contemplando una de la Mezquitas más bellas que el mundo árabe ha levantado...

Y entonces, mirando la palma, única que, según dicen, existía en España, compone aquella conocida balada que revela toda la dulzura de sentimientos del príncipe omniada:

«Tú también, insigne palma, - eres aquí forastera;
de Algarbe las dulces auras - tu pompa halagan y besan.
En fecundo suelo arraigas - y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas lloraras - si cual yo sentir pudieras;
tú no sientes contratiempos, - como yo, de suerte aviesa;
a mí de pena y dolor - continuas lluvias me anegan:
con mis lágrimas regué - las palmas que el Forat riega.
Pero las palmas y el río - se olvidaron de mis penas,
cuando mis infaustos hados - y de Alabas la fiereza
me forzaron a dejar - del alma las dulces prendas.
A ti, de mi patria amada - ningún recuerdo te queda;
pero yo, triste, no puedo - dejar de llorar por ella».

Abderramán tiene 58 años. Nos hallamos en Mérida. El coloso a quien no han conseguido abatir tantos enanos, yace en su lecho de muerte. ¿Qué se ha hecho, Abderramán, de tu fogoso corcel? ¿Dónde está tu temible lanza? ¿Qué se hizo de tu alfanje poderoso? ¿Qué de tus doctas charlas con los sabios de la época? Nada de eso te sirve ya. Hoy estás frente a Dios, pero hoy has atravesado también, definitivamente, los umbrales de la Historia. De la mejor Historia. Porque tú, árabe rubio, príncipe proscrito, omniada amenazado de muerte, has sido un defensor ardiente del Islam, pero has dado todo un curso de recia moral que nadie te puede discutir. Has combatido mucho, pero has perdonado más. Has pretendido que los cristianos abandonaran su fe.

Pero lo has intentado por la vía persuasiva, y por ello has respetado sus Iglesias. ¡Con lo fácil que te hubiera sido arrasarlas! Tú, noble omniada, no tendrás que avergonzarte nunca de haber vertido sangre inocente. Y si mucha sangre has derramado, ha sido en combate leal y por causas absolutamente necesarias. Amante de la Justicia hasta el paroxismo. Abderramán I, «El Justo». ¿Qué mejor laurel para tu frente esclarecida?

¡Legendaria vida la de Abderramán I! Existencia interesante digna de ser novelada por una pluma brillante y una fértil inteligencia. Que no en vano fue una de las cabezas mejor organizadas de la dominación árabe en España, dominio que si tuvo su alegre orto en Gib al Tarik (hoy Gibraltar) también tuvo su ocaso triste en la histórica Torre de la Vela, de Granada, cuando fue izado en ella el morado pendón de Isabel y Fernando, casi ocho siglos después que las huestes sarracenas, al mando del rival de Muza, y del torpe brazo del conde don Julián, al decir de muchos historiadores, pusieran pie en el solar patrio.



Año 1986

Hablando de historia:

III. Isabel de España

*«En la tierra, la primera, y
en el cielo, la segunda»
(Canciones de Cartagena)*

«Una de las más triunfantes y gloriosas damas que han existido desde hace mil años, bien merecedora de ser coronada de laurel». «Una reina como natura no crió otra semejante». «La más excelente y valerosa princesa que el mundo tuvo, no sólo en sus tiempos, sino muchos siglos antes». «Gran reina y mujer incomparable». «Elegida de Dios».

¿De quién habla así la Historia? ¿De Germana de Foix? ¿De María Antonieta? ¿De doña Berenguela? ¿De Isabel de Portugal? ¿De Victoria de Inglaterra? ¿De Catalina «La Grande»? ¿De Isabel de Valois? ¿A quién ensalzan, casi con tan rara unanimidad, los cronistas de la época? ¿Ante quién se rinden las plumas más ilustres y las inteligencias más señeras?

Es una reina española la que mueve tanto entusiasmo, la que despierta tanta admiración, la que hace converger tanta opinión favorable. Una reina de España que tenía rubios los cabellos y azules los ojos. Una mujer dulce y austera y de firme corazón para las más altas empresas. Una esposa enamorada. Una madre amantísima que llora desconsolada ante la prematura muerte del príncipe heredero don Juan y la desgracia terrible de doña Juana. Una castellana «inasequible al desaliento» que cree en Dios y en los destinos de la Patria. Una mujer de ojos glaucos y blonda cabellera. Que ganaba corazones con su sonrisa y que no temblaba cuando se trataba de castigar injusticias o corregir desafueros. Una reina inigualable: ¡Isabel de España!

¿Qué era España entonces? ¿Por qué derroteros caminaba la Patria? ¿Qué perspectiva presentaba el viejo solar ibérico?

Juan II, el Condestable don Alvaro de Luna, Enrique IV, «la Beltraneja»... Nobles esfuerzos frustrados por pugnas interiores.

Guerra contra el Islam. Luchas de nobles contra nobles. Impotencia de los Reyes para dominarlos. Bandas de forajidos, desorden, corrupción, visión cercana de un abismo sin fin...

Con razón pudo decir Juan de Mena:

...«hambre, tiranía,
robo, monipodio, orgullo, pobreza,
infamia, lujuria, muerte, crueza,
escándalo, culpa, dolo, falsía,
y vil menosprecio de caballería».

Era el momento en que, como escribió Nieva y Salvatierra «Dios suscitó a una mujer para que tras tanta degradación y lástima llevase a cabo cosas que, repartidas entre muchos hombres, sobraría para afamarlos».

¿Y había de conseguir la mano débil de una mujer, de dulce mirar, la que pusiera orden en el desgobierno, norma en el desorden, previsión en el despilfarro, ejemplo en las alturas y austeridad entre los vasallos? ¿Había de ser ella la que suprimiera las discordias interiores y canalizara tanto esfuerzo baldío? ¿Había de conseguir rechazar al invasor y forjar la unidad nacional? ¿Ella que tuvo una infancia desgraciada y una adolescencia turbulenta llena de sinsabores? ¿Había de ser ella, precisamente ella, la elegida por la Providencia para engranar un Estado y alentar el descubrimiento de un mundo nuevo? ¿Ella, la de los ojos azules y blonda cabellera?

Avispada, es cierto, había nacido la madrigaleña. Avispada y firme en sus juicios y en sus empresas. Y descontentadiza. Que no era de las que se embriagan fácilmente con los laureles del triunfo ni caía, bobaliconamente, en las suavidades engañosas de la adulación.

Ya lo decía Fernando: «Siempre las mujeres, aunque los hombres sean dispuestos, esforzados, hacedores y graciosos, son de mal contentamiento, especialmente Vos, Señora, que por nacer está quien contentaros pueda».

No era tonta, por cierto, sino despierta la fina madrigaleña. Y terca. Tanto como para despistar, alegando legalidades y sutiles evasivas, a los emisarios que venían de Portugal y de Francia

a solicitar su mano. Porque también en ella ¿por qué no? era el amor el que había de pronunciar la última palabra. Y el amor era Fernando.

La boda casi a hurtadillas. Que acechaban los enemigos y podía malograr la fuerza lo que el corazón había ya sancionado. Poco después, el «Monta tanto, tanto monta» fue el fanal que alumbró caminos de insospechada grandeza y concretas realizaciones.

Contra los forajidos, la «Santa Hermandad». Contra los nobles levantiscos, suavidad o mano dura, según la ocasión aconsejara. Contra el invasor, organización y guerra o treguas inteligentemente concertadas. Para los de arriba, austeridad y ejemplo. No era difícil, con ese programa, que el pueblo llano se le entregara.

¿Qué fuerza misteriosa alienta en el espíritu de la reina para que se sometan los nobles y se le rindan los vasallos? ¿Qué misterio hay en su sonrisa para que doblegue a su obediencia tanta testa altanera y quede reparada tanta injusticia? ¿Qué aliento incomprensible se desprende de su persona para conseguir allanar tanta dificultad y sujetar a norma exacta e inconcebible tanto desvarío desorbitado? Los elegidos de Dios realizan obras al parecer imposibles para el resto de los mortales. Y ella lo era. En eso están todos de acuerdo. No en vano se habla de su posible beatificación.

Ya el morado pendón de Castilla ondea victorioso sobre la Gran Mezquita. La Cruz es una realidad en Granada. La justicia ya no se mueve al capricho del poderoso. Funciona sobre una base de legalidad. Con las naturales dificultades de la época, se desenvuelve la administración del Estado. Ya no hay banderías ni díscolos contra la autoridad real. El Nuevo Mundo se abre, con sus tierras vírgenes y su vegetación desbordante, a la noble empresa de conquistadores y misioneros. Los indios no son «cosas». Por eso cuando Isabel se entera por unos emisarios de que Colón regalaba esclavos dicen que dijo: «¿Qué poder tiene para dar a nadie mis vasallos?». Por ese motivo, reitera a Ovando, en una Cédula Real «que los moradores de la Indias fueran libres e non sujetos a servidumbre». Autenticidad. Autenticidad cristiana.

Llevarles la civilización, sujetarles a su autoridad, sí. Pero la Cruz por delante. La Cruz que es amor y que no puede establecer discriminaciones. «Ante el Padre todos somos iguales». Lo reitera una y otra vez.

Dios la ayudó en sus empresas pero quiso también probarla en su vida familiar. Las desgracias se sucedieron sin cesar. Muerte del príncipe don Juan, en quien tanto confiaba. Desvío de Felipe, su yerno. Locura de doña Juana. Muerte del príncipe don Miguel de Portugal, su nieto. ¡Adiós al ideal de la unificación peninsular! Viudez de Catalina, su hija, reina de Inglaterra... En verdad no faltaron a Isabel sinsabores y amarguras familiares. Pero siempre su entereza dominando obstáculos y sobreponiéndose a sus problemas interiores y sentimentales.

Ella, la de los ojos azules y la rubia cabellera, dando una nota de serenidad en los más trágicos momentos, en las ocasiones más difíciles. Ella, siempre por delante su fe en Dios y en los destinos de España. Ella, con su ejemplo de austeridad, de fidelidad, de maternidad, de rectitud, de gobernante. Ella, la que de niña hilaba con la rueca. Ella, la hacendosa, que remendaba los jubones de su marido. Ella, la que asombraba al Cardenal Mendoza por su facilidad para aprender la lengua del Lacio, bajo la dirección de «La Latina». Ella, la sumisa, que nunca se dirigió a su esposo sin decirle «mi señor»... Ella, la que vivió por tantos años, con la sombra del triste recuerdo de su madre enajenada. Ella, el cálido aliento de aquél que iba a descubrir las Indias. La que supo ver con claridad todo lo que Colón, el «Gran Loco», llevaba dentro. Ella, que nunca reposaba tranquila si, previamente, no había visto las cunas de sus hijos, «sus ángeles», y había depositado un beso sobre sus frentes inocentes. ¡Aquellos hijos, que tantos sinsabores le causaron y fueron causa de tantas desgracias para su alma atribulada!

Un Estado engranado, una Reconquista consumada, un Nuevo Mundo abierto a las posibilidades españolas, un puesto destacado en Europa, un admirado respeto en las Cancillerías, una nación en marcha, un pueblo en orden... ¿Quién pudo dar más?

Ella, la de los blondos cabellos, la de los ojos azules, la del semblante sereno, la del gesto apacible. La que también tenía arranques de bravura frente a la injusticia. La Reina Católica, por antonomasia. La que pedía para su sepulcro «una losa baja, en el suelo, llana»... La Gran Reina. La auténtica Reina. ¡Isabel de España!



Isabel I en la Rendición de Granada

Hablando de historia: IV. Un 7 de octubre

Amagaba la tormenta por el Mediterráneo, mar de la civilización, y desde Gibraltar a Suez un viento trágico entonaba la temerosa canción de las torturas y las depredaciones.

El mundo otomano acariciaba planes de dominio y las medias lunas, orgullosas, contemplaban desde lo alto de los palos mayores, en innumerables singladuras, rotundas victorias de las galeras mahometanas mientras centenares de prisioneros cristianos se pudrían en las intrincadas mazmorras del infiel.

Improbos trabajos, consultas interminables y largas meditaciones había costado al Papa Pío V, elevado después a los altares, la constitución de la Santa Liga, formada por Roma, Venecia y España, con el fin de combatir el peligro turco.

Abogaban unos, para el mando de la flota conjunta, por el gran Andrea Doria, hombre de larga tradición marinera y valor nunca desmentido. Tenían otros sus preferencias por Antonio Colonna y no faltaban los que propugnaban, para cargo de tanta responsabilidad, a Sebastián Veniero.

Sin embargo, el Papa, tal vez por inspiración divina, se inclinó irreductiblemente por don Juan de Austria. Por eso, cuando en una de las reuniones el Cardenal Granvela le preguntaba si mantenía su opinión a pesar de los 24 años de don Juan, respondió categóricamente: «A pesar de sus veinticuatro años».

Don Juan de Austria, que ya había probado sobradamente su valor personal y sus dotes diplomáticas al reprimir la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, vino a demostrar la acertada opinión del Papa con su nombramiento.

Con el enemigo a la vista, aún opinaban algunos de sus capitanes sobre la conveniencia de rehuir el combate. A ello hubo de contestar don Juan, de manera terminante: «Ya no es hora de discutir sino de pelear».

Tremendo fue el choque de las dos escuadras. Después del fuego mortal de la artillería, vinieron los abordajes. Se peleaba con ferocidad, con hachas y espadas, chorreantes de sangre, con los puños y los dientes, y se disparaban los arcabuces a quemarropa. Levantaba un dominico un crucifijo atado a una lanza, animando a los españoles a la pelea. Don Juan, con la espada desnuda, acudía, a cada momento, al lugar más peligroso de la nave capitana. Por dos veces, «La Sultana», la galera que mandaba Alí Pachá, embistió a «La Real», de don Juan de Austria, y otras tantas fueron rechazados los turcos por el heroísmo de los cristianos. Se luchaba a muerte, y en aquel infierno de tiros y cuchilladas, de humo de incendios, de gritos corajudos y de lamentos de heridos, el valor indómito y la serenidad de don Juan vinieron a probar a sus detractores que no era su fama pura retórica del momento sino tan justa y verdadera como la del que más.

Muy pocos barcos de la escuadra turca, más poderosa que la cristiana, pudieron escapar del desastre. Y allí quedó hundido, con su orgullosa flota, el poder otomano, pesadilla de los cristianos de entonces y espanto de los estados europeos.

Eran las cinco de la tarde del 7 de octubre de 1571 cuando acabó la batalla de Lepanto y quedó finalizada «la más alta jornada que los siglos vieron», al decir del Príncipe de los Ingenios, heroico testigo de aquella gesta afortunada.

Algunas consideraciones sobre el idioma

Me siento incómodo cuando oigo hablar a los componentes del sector político: Ministros, Secretarios, Subsecretarios, Directores Generales, Jefes de partido. O cuando escucho a los locutores de Radio o Televisión e, incluso, a algunos intelectuales de vía estrecha.

No llego a descifrar por qué motivo todas las palabras terminadas en «ado», las han convertido en «ao». Hemos «programao», hemos «estudiao», hemos «terminao», se seca el «arbolao», es un pobre «desgraciao». No lo entiendo.

Le preguntaron a Cela, premio Nobel de Literatura, qué tipo de amenazas se ciernen hoy sobre la lengua española. Su contestación no pudo ser más categórica: «El español está acosado por todas partes, comenzando por los medios de comunicación y por el lenguaje de los políticos».

Parece increíble que el segundo idioma del mundo, por su importancia, sea objeto de estas vulgares mixtificaciones, máxime cuando tienen su origen en aquellos medios o personas que por su autoridad, su categoría y por los recursos de que disponen deberían ser los primeros valedores para defender, en toda su pureza, el idioma nacional.

Ahora se utilizan también, sin ton ni son, dos vocablos, de manera abusiva y de forma impropia. Se trata de «bueno» y «vale». Cualquier pregunta se contesta con el «bueno» por delante. Un ejemplo: ¿Te gusta el fútbol? «Bueno, no me disgusta». ¿Quiere decir que el fútbol es bueno o qué quiere manifestar con ese adjetivo mal empleado? Otro: «¿Nos veremos a las ocho?». «Vale». ¡Qué modo de utilizar la lengua de Cervantes! ¿Qué es lo que «vale»? ¿A qué santo emplear un verbo, en tercera persona, en vez de utilizar uno de los adverbios, el «sí» o el «no»? Esto, por lo visto, en lo que concierne al idioma español se va complicando.

Según me dicen, -yo no lo he visto- en Cataluña existe una guerra declarada contra el callejero con nombres en castellano, contra los anuncios en establecimientos y contra los indicadores de rutas, caminos o parajes. Del País Vasco no hace falta hablar y en Galicia, en este aspecto, también debe haber lo suyo.

Aquí, en España, «bueno», en este país, hay que hablar en portugués o «galego», lo mismo da. En «bable», que creo es el antiguo idioma, si así puede llamarse, de los asturianos, en «euskera», en «catalán», o en «valenciano» que, según afirman, no es catalán. ¡Menudo galimatías!

Está claro que nos estamos pasando. Bien está que se estudien y potencien, si lo desean, las lenguas vernáculas o regionales. Lo que ya no está bien es que con el fin de potenciarlas se intente hundir el idioma que hablan, o pronto hablarán, quinientos millones de personas.

La Constitución Española dice: «El castellano es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla». Pues, en virtud de lo que voy viendo, no lo «veo» claro.

Los atentados e incorrecciones contra el lenguaje se van, por desgracia, multiplicando. Veamos: todos sabemos que «Stop» es un vocablo que se usa de forma internacional. Quiere decir «Alto». De acuerdo. Pero lo correcto sería que se hiciera visible el «STOP», pero que debajo pudiera leerse «ALTO».

Estamos hartos de leer «Coto privado de caza». ¿Qué significa eso? Dice el Diccionario de la Academia: PRIVAR. Dejar a alguien o a algo sin alguna cosa. Prohibir o vedar alguna cosa. Impedir, usurpar, desposeer, etc. PRIVADO. Que está reservado a una sola persona o a un pequeño grupo de personas. Que no es público.

Por tal motivo, eso de «Coto privado de caza», equivale, ni más ni menos, a que en ese coto no hay caza. Lo correcto, a mi corto entender, sería «Coto privado con caza» o «Coto privado para cazar». No sé si me explico bien. Si hay quien me lea, él mismo sacará sus propias conclusiones.

Por si algo faltaba, se están utilizando, de manera inconsciente, vocablos de lenguas extranjeras, con tal profusión y falta de lógica, que cualquier español, con sentido común, deberá sentirse asombrado. «Parking», «Consulting», «Standing», «Marketing», «Hobbies»... En fin, no hace falta seguir enumerando abusos y errores que, a la larga, van a erosionar, quizás de manera irreversible, el más musical, por su eufonía, -aparte del italiano- y hermoso idioma con que los hombres pueden comunicarse.

Como dice el pueblo llano: «Leña al mono, que es de goma». Y bien claro está que si no rectificamos todos: políticos, medios de comunicación, locutores de radio y televisión, intelectuales irresponsables y, siguiendo su ejemplo, el pueblo en general, con el tiempo, nuestros hijos o nuestros nietos sufrirán las consecuencias. Desagradables consecuencias por falta de responsabilidad.

Con razón se me alteran los nervios cuando oigo o leo los desconocimientos o abusos que, a diario, se cometen contra el castellano. Es decir, contra el idioma español que es, precisamente, el idioma oficial de mi Patria.



Año 1983

Sobre la madre de Azorín

Quiso la Providencia que doña María Luisa Ruiz Maestre viera la luz por primera vez aquí en Petrel, en esta tierra de nuestros amores. Nació en 1845 y murió en 1916. Tenía, pues, en la fecha de su óbito, 71 años.

De familia acomodada, doña Luisa era elegante, sencilla, de profundas convicciones religiosas. Pero, en realidad, físicamente y anímicamente ¿cómo era doña Luisa? Veamos lo que nos dice, al respecto, su hijo Amancio, hermano de Azorín.

«Mi madre era de figura esbelta, de continente atractivo, nobles modales y compostura señoriales; de cutis fino, ojos azules, serenos, copiosa cabellera castaña de visos dorados, la expresión del rostro limpia, bondadosa, revelando el candor de su carácter sin artificio. Su ternura no se manifestaba en arrebatos estrepitosos de cariño, sino apacibles, dulces. Hija única, se había criado con la delicadeza que facilita el bienestar, y su educación fue esmerada, fiel guardadora de los preceptos religiosos en el cumplimiento de sus rezos, con pureza de fe».

Doña Luisa contrajo matrimonio con don Isidro Martínez Soriano, abogado, natural de Yecla; nueve hijos fueron el fruto de bendición de este matrimonio, uno de los cuales, claro está, fue el inimitable e inolvidable Azorín.

¿Pero qué nos cuenta Azorín de su madre? Veamos: *«Yo me veo en casa, -dice- metido en un ancho cuarto, sentado sobre un arcaz de pino, calladito, con los pies colgando, mirando cómo mi madre va arreglando la ropa blanca. De trecho en trecho, en la ancha estantería, penden unos cartelitos que indican lo que en aquella parte de la tabla está colocado; uno dice: «Almohadas sueltas y sábanas de la cama pequeñita»; otro reza: «Sábanas de cama mediana, bordadas»; otro: «Cubiertas»; otro: «Ropa de campo». Mi madre va removiendo los rimeros y espantando las terribles polillas; luego abre las grandes arcas y va sacando de ellas trajes antiguos de seda que crujen dulcemente, manguitos en pequeños cilindros verdes, un miriñaque, una caja vieja de la que extrae una mantilla negra. Cuando mi madre ha tomado en*

sus manos blancas esta mantilla yo he visto que se quedaba un momento pensativa; esta mantilla es la de su boda. Y yo he sentido que una vaga tristeza -la tristeza de lo pasado- velaba sus hermosos ojos anchos y azules».

Doña Luisa era limpia, diligente, ordenada, detallista. Sigue Azorín diciéndonos: «...escribiendo en un cuaderno, el libro verde de la casa, gastos y sucesos en letra grande y fina; lo más notable del cotidiano trajín. Vuelve el cuaderno al armario y nadie lo puede ver». Hasta ahí llegaba la precisión y la pormenorización del detalle de doña Luisa.

Don Miguel Amat y Maestre, célebre jurisconsulto, inspirado poeta y brillante orador, era tío de la madre de Azorín. Con tal motivo, les visitaba con frecuencia. Aparte de eso, don Miguel poseía cualidades insospechadas para la recitación poética. Nos refiere Azorín una de estas visitas, en su libro Antonio Azorín, en el cual don Miguel aparece con el nombre imaginario de Pascual Verdú. Lo reciben en una sala ancha, algo húmeda y oscura, empapelada de gris con flores rojas. En el sofá, la señora de la casa se abanica con lentitud; en un sillón se halla don Pascual. «Este señor -recuerda Azorín- se yergue, entorna los ojos, extiende los brazos y comienza a declamar unos versos con modulación rítmica, con inflexiones dulces que ondulan en arpegios extraños, mezcla de imprecación y de plegaria. Después saca un fino pañuelo de batista, se limpia la frente y sonrío, mientras mi madre mueve suavemente la cabeza y dice: «¡Qué hermoso, Pascual! ¡Qué hermoso! Se hace un ligero silencio durante el cual se oye el ruido del abanico al chocar contra el imperdible del pecho».

Pero ¿fue feliz doña Luisa en su matrimonio? Yo no me atrevería a asegurarlo, a la vista de las distintas versiones y opiniones de biógrafos e investigadores. Habría que ahondar mucho en esta cuestión y matizarla debidamente. No es esta la ocasión oportuna, ni es posible por la limitación de estas cuartillas.

¿Influyó doña Luisa en Azorín y en su estilo literario? Una cosa es bien cierta. Azorín sentía un cariño entrañable por su madre, que fue siempre un manantial inagotable de ternura y distinción. Llevaba marcada a fuego en sus retinas su imagen y

latía en su corazón su amor, su profundo amor, por la que le dio el ser. Afirma José Rico Verdú en su «Un Azorín desconocido»: *«Siempre que hay un movimiento de simpatía hacia la mujer, podemos descubrir en la pintura que nos ofrece de ella, a su propia madre. En unas será más claramente, en otras de una manera más velada; pero en todas hallaremos la descripción, desde uno u otro ángulo, de la madre. Con todas ellas se sentirá más o menos identificado».*

Doña Luisa murió en el mes de octubre de 1916, tras una lenta y bárbara agonía. Nos lo cuenta Azorín: *«Yo no quiero ver a mi madre en su angustioso acabamiento, sino en su lozanía. Aquí tengo a mi vista un retrato suyo de joven, antes de casarse. Está de pie, viste un ancho miriñaque de seda con dos anchos volantes. Tiene un brazo caído -el derecho- y la mano izquierda, que sale de entre encajes, la apoya en el pie de un jarrón colocado en una balaustrada. Ilumina su cara con una sonrisa de curiosidad y candor».*

Dolor, profundo dolor, el de Azorín viendo morir a su madre que fue siempre un dechado de belleza y de amor maternal. Su madre que por ser el primogénito, sentía por Pepito una especial predilección. Su madre, que vivió un tanto retraída, dedicada al cuidado de sus numerosos hijos, y que si la hirieron ciertas amarguras, las sufrió en silencio. Porque era reservada e introvertida. Como lo fue su hijo José Martínez Ruiz, ese gigante renovador de la literatura española, cuyo nombre pronuncian con respeto todos los especialistas e investigadores de España y del extranjero.

Doña Luisa Ruiz y Maestre. Hija de Petrel, mujer extraordinaria, bendita sea, pues que alumbró a ese ser extraordinario, al inolvidable, por tantos motivos, José Martínez Ruiz; al maestro Azorín. A ese que, en frase orteguiana, «hacía primores de lo vulgar».

En la presentación del libro sobre la biografía de D. Miguel Amat Mestre

Hoy es un día importante para nuestro pueblo. Es una fecha de importancia por cuanto la magnífica labor del profesor don Salvador Pavía se ha materializado en un libro, que se presenta y viene a recordar la vida y la obra de don Miguel Amat y Mestre.

Petrel, que atesora grandes cualidades, que es abierto, hospitalitario y generoso, que posee un acusado sentido del humor, (ahí están como prueba evidente «Els Carasses» y la «Embaxà de la Chusma»), ha sentido hasta hace poco una cierta apatía por su pasado y por sus hombres más relevantes. Afortunadamente, su rectificación, en este aspecto, es notoria.

Otros pueblos se han esforzado por presentar sus glorias locales con bombo y platillo, a veces con exceso, y han sacado a la luz pública méritos, ciertos o desproporcionados, reales o inventados, con más miras a la propaganda frente a la galería que a la objetividad histórica. En este sentido, nuestro pueblo ha hecho todo lo contrario.

¿Cómo es posible que la vida y la obra de don Miguel Amat hayan permanecido en el silencio y en el olvido por tanto tiempo? Sólo Azorín nos habla de don Miguel bajo el nombre supuesto de Pascual Verdú.

Gracias a Dios, ha sido el Sr. Pavía el encargado de desvelar, para conocimiento de todos, las etapas y facetas de don Miguel, que fue, sin duda, hombre importante en el siglo pasado. El profesor Pavía nos describe minuciosamente las ideas de Amat, su profesionalidad, sus triunfos y sus fracasos; nos muestra la certidumbre de que don Miguel fue hombre deslumbrante que pudo ser más, mucho más, si su temprana enfermedad no hubiera arruinado su poderosa inteligencia.

Uno de sus fracasos fue el de desear ser diputado nacional y no conseguirlo. El se enfrentó a esa pretensión, de buena fe. Con «el corazón en la mano», como dice el pueblo llano. Procedimientos poco rentables para triunfar en el estadio de la política. Fue

un abogado de envergadura, que nunca defendió una causa que no estimara justa. A ello le obligaba su exigente honradez y sus sinceras convicciones cristianas. Poeta laureado. Destacado polemista. Rapsoda excepcional al que, oyéndolo recitar, la madre de Azorín decía: «¡Qué hermoso, Pascual, qué hermoso!» Este hombre fue el gran olvidado del que ahora, por fortuna, nos habla don Salvador.

Petrel, afortunadamente, desde hace unos años, se está preocupando de su pasado histórico, de sus antiguas vicisitudes, de sus logros indiscutibles, de su desarrollo económico, de todo eso que nace y fructifica cubierto por la pátina del tiempo.

Por ello, podemos ver, con profunda alegría, la restauración del castillo, que representa una de las voces más certeras de nuestra historia. Y así leemos en Revistas de Fiestas y otras publicaciones, investigaciones, cuidadosas y certeras, sobre nuestro pasado ibérico, romano o musulmán.

Ese es el camino. Sacar a la luz pública, con fidelidad, nuestras pasadas grandezas o desgracias; de todo tiene que haber. Estudiar y publicar nuestros orígenes, hasta donde sea posible, analizar nuestra trayectoria histórica y sacar conclusiones, firmes y objetivas, -lo más exactas que puedan ser- sobre nuestro rumbo cara al futuro. Labor excelente que si se realiza con honradez, huyendo de fáciles tópicos y de frases rimbombantes, contribuye en gran manera a la formación y riqueza cultural de los pueblos.

Afortunadamente, el profesor Pavía ha dado el primer paso con el estudio que nos ofrece de la vida y de la obra de don Miguel Amat. Pero los hombres ilustres oriundos del viejo Petrer no terminan en don Miguel. Porque ¿qué sabemos del brigadier Algarra? ¿Qué conocemos de la vida y obra de don Vicente Amat Furió, primo hermano de don Miguel, magistrado que fue del Tribunal Supremo y componente de la Comisión que redactó el Código Civil o de Comercio? ¿Y qué conocemos del hijo de don Vicente, don Francisco Amat y Torres, Embajador que fue en Bolivia y Paraguay? ¿Y qué sabemos de la vida de don Santiago Amat



D. Miguel Amat Maestre

Peiró, hermano del padre de don Miguel, Magistrado de la Audiencia Provincial, de Valencia, Secretario de Sala, Decano de dicha Audiencia Territorial, y Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III? ¿Y qué conocemos de la vida y obra del misionero Onofre Maestre, que murió en olor de santidad? Y nada sabemos de don Benedicto Mollá, director que fue del periódico «El Alicantino», de tendencia conservadora, de Alicante.

La lista sería muy numerosa y tarea honrosa habría de ser el dar a conocer los indiscutibles méritos de tantos personajes que, en su día, prestigiaron a nuestro pueblo. Ahí están esos nombres -y otros muchos- esperando la oportuna investigación que descorra el velo que cubre su singladura vital. Yo brindo esa tarea a los estudiosos investigadores de mi pueblo, bien preparados, que los hay, y seguro estoy de que la Historia de Petrel colocaría en el marco adecuado a los hombres -y mujeres- que abordaran, de forma entera y decisiva, esa importante misión. Obvio resulta manifestar que mi invitación se hace extensiva al profesor Pavía que, aunque no nacido en Petrel, por petrelense ya le tengo.

En ese aspecto, don Salvador ha abierto el camino con la exhaustiva biografía que nos brinda de don Miguel Amat. Por esa labor suya, tan minuciosa y concreta, cuenta ya con nuestro perenne reconocimiento. Y el mío, con mayor motivo, por razones de parentesco con el biografiado.

Réplica justificada

Don José Pérez Civil, en un escrito firmado por él y publicado en el «Diario de Aragón», deja entrever, a mi modesto criterio, que en Petrel nadie conoce ni tiene noticia de Azorín, el maestro levantino, gloria de nuestra región.

Creo que exagera un poco. No es que nos consideremos académicos, ni muchos menos. Pero, vamos, tanto como ignorar quién es Azorín... Exagera, exagera sin duda, el Sr. Pérez Civil.

Personalmente, sospecho que cuando se trata de investigar sobre la vida o la obra de un ser extraordinario, como Azorín, no ha de acudir, como el Sr. Pérez Civil hizo, a cualquier transeúnte callejero o al primer guardia municipal que se encuentre a mano. ¡Por favor, un poco más de formalidad! Eso equivaldría, por ejemplo, a que nosotros, en Zaragoza, pretendiéramos hallar información de los Hermanos Argensola y se nos ocurriera interrogar al sereno de la calle. O bien preguntar por el pueblo natal de Agustina de Aragón a cualquier barrendero municipal. A lo mejor nos salía con la afirmación de que no era catalana. ¡Qué cosas tiene el Sr. Pérez Civil! En ese aspecto creo que podrían obtenerse respuestas muy sabrosas en Petrel, en Zaragoza y en Valdeburros de Abajo.

Que la gente que no lee no sepa en Petrel quién es Azorín, no es como para rasgarse las vestiduras, máxime cuando el maestro no pisa nuestro suelo desde hace sesenta años. Ahora bien, si el Sr. Pérez Civil nos sitúa a la generalidad de los petrolancos en el mismo nivel cultural que a Toneta, Mateo el jubilado o al guardia municipal, personajes de sus interrogatorios, pues... muy reconocidos y, como diría el pobre Diego Plata, ¡a mandar!

Que la calle de Azorín se compone de cuatro o cinco casas es tan evidente que nadie va a discutir tan indiscutible cosa. Pero el Sr. Pérez Civil debió informarse -pudo hacerlo- del porqué se rotuló con el nombre del maestro esa calle incipiente. Sencillamente porque se halla en la zona de ensanche natural del pueblo y es muy posible, a juzgar por el ritmo de edificación que lleva Petrel,

que dentro de algunos años esa calle sea una de las mejores de la localidad. No pretenderá el Sr. Pérez Civil que diéramos el nombre del maestro a una vía como la del Coso, por ejemplo. Y es que Petrel no da para tanto. ¡Qué le vamos a hacer!

Aunque el Sr. Pérez Civil no lo crea, da la casualidad que en el año 1951 Petrel rindió un sencillo pero emocionado homenaje a Azorín. Y existe un escrito en la Corporación Municipal, cuya fotocopia tengo a su disposición, en el que el maestro da las gracias en el estilo que sólo a él le es dable emplear. ¡Lástima que el Sr. Pérez Civil en vez de empeñarse en interrogar guardias, sencillas mujeres del pueblo o jubilados incultos no se pusiera en contacto con personas responsables que hubieran podido llevarle a la casa donde vivió el maestro y aclararle muchas cosas que él, por lo visto, ignora! ¿Y, cómo no, si Azorín lleva por sus venas sangre petrolanca, pues que su madre era oriunda de aquí?

Afirma el Sr. Pérez Civil que siente gran simpatía por Petrel. De verdad, no lo comprendemos. La simpatía hacia un pueblo determinado, a juicio del humilde pueblerino que suscribe, se demuestra identificándose con sus problemas, llegando -o pretendiendo llegar- a la entraña del mismo, a su raíz sentimental, no intentando ridiculizarlo como él hizo. Ahora bien, sí puedo asegurar que el Sr. Pérez Civil no cuenta con ninguna admiración entre los habitantes de la localidad, a juzgar por los comentarios que su «trabajito» ha promovido aquí. La ruta para conseguirla no es la recorrida por él interrogando guardias, mujeres del pueblo y jubilados. Hay otros procedimientos que el Sr. Pérez Civil no debe desconocer. Si no quiso emplearlos, quede en buena hora con su «técnica» periodística y con la «gloria» de su articulito. Nosotros, la verdad, no vemos ni tenemos motivos para felicitarle.

Mi homenaje al Garrofé

Para la tertulia literaria «El dado verde», de Novelda

Aunque la cámara fotográfica de mis ojos no haya podido impresionar todavía tu imagen, te estoy viendo con los ojos del alma.

Te contemplo, recio y frondoso, y adivino que las brisas mediterráneas entonan, a menudo, entre tus ramas, una deliciosa canción enamorada, rendidas por tu gallarda fortaleza.

Te estoy mirando, sin verte físicamente, y sé que tus ramas quisieran estrechar, como auténticos brazos humanos, a tantos como te aman y aun a los que no te quieren. Porque eres fuerte y generoso. Y yo no sé de nadie ni de nada que uniendo la generosidad y la fortaleza puedan dar vida al fruto amargo de la venganza o al amarillo fruto del rencor.

Yo conozco tu historia. Me la ha contado mi interna sensibilidad y la he oído narrar al juglar de mi fantasía.

Por eso sé tu penoso crecimiento, azotado por los vientos que nacen en el mar, que tú presientes, o zarandeado por los que tienen su cuna en ignotas montañas que no conoces. Y, seguramente, antes que el agua, con todo su poder taumatúrgico, discurre por tus cercanías, te atormentó, más de una vez, la sed bajo el implacable sol levantino.

Pero sé también que unas manos amorosas cuidaban de tí. Y el amor, tú bien lo sabes, hace milagros. Por eso pudiste vencerlo todo. El hombre -dichosa ocasión- estaba tiernamente encariñado con el delicado tallo que eras entonces. Y tú sentías un amor fraterno por quien te mimaba. Por eso también -como en la vida- él te hizo triunfar, al discurrir el tiempo, y tú le hiciste vencer en su ardoroso empeño. No podía ser de otra manera porque el amor siempre triunfa de las dificultades y sabe orillar los numerosos obstáculos que levantan el odio o la ignorancia.

Después... Sí, ya sé. El tierno tallo se convirtió en árbol gentil. Y todas las mañanas la luz niña besaba tu gallarda copa. Y tus ramas se esponjaban de tierno gozo cuando en ellas se posaba

la sencilla ave que te brindaba el canto humilde o armonioso, ingénuo y único tesoro que podía ofrecerte.

Pasaron más años. Ya sombreabas un círculo que fue creciendo, cada vez más. A tu sombra jugueteaban los chicos y, seguro, fantaseaban los mayores. Familiares escenas se desarrollaron a tus pies. Y, seguro también, has sido mudo testigo de muchos proyectos e innumerables propósitos, algunos llevados a la realidad y, tal vez los más, dispersados por el viento...

Ahora, mi admirado y desconocido garrofé, atraviesas ese periodo delicioso de la madurez, tan propicio a la serenidad. Tu tronco poderoso se mofa de la furia del huracán. En tu fronda, pletórica de vigor, juguetean los pájaros, en un revolotear gracioso, pura delicia para el espíritu sensible y observador. Si la nieve baja hasta ti, te conviertes en un gigantesco ramo blanco e immaculado. Si Eolo desata sus fuerzas, tus ramas las convierten en canción. Si las invisibles fuentes de la lluvia vuelcan su líquido elemento sobre la tierra, constituyes un refugio acogedor y eres delicioso y fresco remanso cuando el sol cae aplomado e inmisericorde, en los ardientes meses de verano. Tú, siempre noble; tú, siempre generoso; tú, siempre sereno... Para el insecto, para el ave, para el hombre... ¡Magnífica lección, hermano garrofé, la que brindas diariamente!

Yo también sé que, ahora, tu sombra sirve de predio espiritual a un selecto grupo de hombres que te veneran. Jugosas disquisiciones literarias se desarrollan bajo tu refugio. El metro y la rima te toman por testigo. El ritmo cadencioso alcanza a tus pies tonos elevados. Junto a ti se habla, salta viva la réplica o se comenta serenamente la escueta y precisa prosa azoriniana, o la transparente musicalidad de la prosa de Gabriel Miró; se habla de la poesía modernista o de la clásica poesía de normas inflexibles; de la pintura de Picasso o de las excentricidades de Dalí; de los matices humanos del teatro benaventino o de la profunda filosofía del de Calderón... Bajo tu espeso ramaje, esos hombres te ofrecen las primicias de sus cuartillas, bien trenzadas y amorosamente concebidas, y liberados de toda mezquina sensación urbana, abren generosamente la espita de sus inquietudes espirituales, fantasean, sueñan... Que ya es mucho decir cuando el mundo vive ahído de tanta ciencia

exacta y de tanta teoría económica. Y tú, desconocido garrofé, presidiéndolo todo. ¡Augusto designio el tuyo...!

En este tu primer centenario, mi ya querido garrofé, hago votos para que continúes, por muchos años más, ejerciendo tu noble misión. ¡Ojalá tardes muchos años, ¿por qué no siglos?, en morir! Y te deseo que cuando llegue tu hora de pagar el tributo que, inexorablemente, has de rendir a la muerte, sea la tuya suave, serena y silenciosa, sin que sientas, anticipadamente, tus entrañas desgarradas por el hacha implacable, ese sombrío verdugo a manos del que han muerto tantos hermanos tuyos. Y cuando ya estés muerto -bien muerto- ojalá encuentres también otras manos amorosas idénticas a las que te cuidaron, para que cuando acaricien tu derribado tronco sientan la sensación humana y dolorosa que percibimos al acariciar el ser querido que se nos fue. Y que el hombre, entonces, sepa ver en ti no el prosaico leño sino ese símbolo de fortaleza, ese símbolo de generosidad, ese símbolo de suave serenidad que en ti tiene su mas auténtica y exacta expresión.

Es lo menos que mereces, a mi juicio, mi desconocido y ya admirado garrofé.



Año 1989

Novelda tiene un poeta: Luis Pérez Beltrá

Luis Pérez Beltrá tuvo la gentileza de dedicarme, tiempo ha, sendos ejemplares de sus «Poemas de comunión» y «Altiya llama». Tentado estuve, en diversas ocasiones, de acusar recibo de los mismos pero apremios de tiempo me impidieron hacerlo hasta ahora. Abrigo la seguridad de que Luis, de tan generoso corazón, sabrá disculparme.

He leído -y releído- todos los poemas de Pérez Beltrá, algunos de los cuales ya me eran conocidos.

La poesía de Luis es sencilla, sin grandes metáforas, sin frases ampulosas, sin retorcimientos innecesarios. Es una poesía transparente, lineal, directa. La que a mí me satisface.

No me placen los grandes metafóricos que, muchas veces, caen en anfibiaología. Ni me gustan los excesivamente retóricos, cargados de pesado barroquismo. Mis preferencias van por otras rutas. Por la poesía escueta, incisiva, concreta, sin frases oscuras que, aunque parezcan brillantes y originales, en nada enriquecen -para mí- el tema tratado. Me satisface plenamente la poesía de un Antonio Machado o de un Amado Nervo, por poner dos ejemplos.

A través de sus poemas, Luis Pérez se nos muestra tal como es. Con sus aconteceres vitales, con sus problemas, con sus anhelos, con sus trabajos, con sus frustraciones, con sus amores, con sus ideales, con el sentido cristiano de la vida que le caracteriza.



Año 1981

No es la suya una poesía retorcida ni exaltada. Es suave, sobria, fácil, ligera, transparente, como transparente y ligera es el agua que nace en el limpio manantial.

Luis, como todo poeta, es sentimental. Y nostálgico. ¡Cuánta nostalgia represada aflora en sus sonetos al «Viejo piano»! ¿Y quién no puede serlo recordando los tiempos idos y el saberse situado en la recta final de la vida hacia la meta infranqueable?

Luis, en sus versos, canta a la vida, a la juventud, al amor, a las fiestas de mi Petrel. Nos muestra sus anhelos incumplidos, sus deseos insatisfechos, sus gozosas realidades. Luis nos descubre su mundo interior, sus imborrables vivencias, su permanente sentido cristiano de la vida y de la muerte. Pérez Beltrá nos hace entrega de sus íntimos secretos, los remonta hasta la superficie del mar poético. Su fuerza creativa se detiene en las cosas sencillas pero profundiza también hasta rozar las recónditas fibras del alma en un alarde de fina sensibilidad.

Si razones de espacio no lo impidieran, podríamos hablar más, mucho más, de la poesía de Luis. Quede ello para ocasión más propicia.

Pero, aparte de nuestras comunes aficiones literarias, él como galardonado poeta y yo como simple aficionado, existen otras conexiones entre nosotros que es forzoso proclamar. Porque, como la de él, también

«Mi vida fue una vocación truncada,
un querer ir y detenerse en seco»
y también, como él,
«En tu nombre, Señor, abro mi hogar».

Sí, indiscutiblemente, Novelda tiene un poeta en la persona de Luis Pérez Beltrá. Pero, además, tiene en él un hombre bueno, de abierto corazón. No es, pues, de extrañar que, por tantos motivos, me sienta plenamente identificado con Luis: por su modo de hacer poético, por su forma de sentir y por su manera de pensar, sólidos cimientos sobre los que se asienta nuestra amistad.

Semblanza de un amigo: Manolo Boyer

*«El hombre ha sido creado sociable
para que contribuya al bien de la sociedad»
Séneca*

Yo no pretendo hacer una lírica semblanza de lisonjas inmerecidas. La semblanza, pequeña historia, ha de cimentarse en la verdad. De otra suerte se convierte en caricatura, y el que la realiza, en literato de vía estrecha, pues que se apoya en espejismos interesados, y al que, por lo tanto, no hay que concederle ningún margen de credibilidad. Huyamos, pues, de frases ampulosas y ciñámonos a la estricta realidad.



Ha llovido lo suyo desde el día en que conocí a Manuel Boyer. Conocimiento que, con el tiempo, se convirtió en una entrañable amistad.

Boyer, entre tantas, tiene una destacada virtud: la de hacer amigos por donde discurre. Porque Manolo, como apunta Séneca, ha sido creado «sociable» hasta términos insospechados. De ahí la alta graduación que para mí -y para tantos- ocupa en la escala de valores humanos.

Yo me atrevería a afirmar que en el trasfondo de los clientes de la entidad, por él regentada, existía, por encima de los entresijos económicos, un sentimiento de confianza y amistad. Senti-



Año 1967

miento que si en Manolo permanecía inalterable, poseía vivencias inextinguibles en los que, por exigencias materiales, acudían a él en demanda de ayuda. Ayuda de la que tantos se beneficiaron y que, de forma tan considerable, contribuyó al bien de la sociedad de mi pueblo.

Boyer, además, posee un acusado sentido del humor. Es el suyo un humor incisivo, penetrante, pero no hiriente. Un humor

que hace sonreír pero que a nadie puede enojar. Manolo, con su ancha humanidad, es capaz de abrir, con el bisturí de su observación, todos los estratos de la sociedad, sacando las inevitables consecuencias, más o menos agradables. Pero también es incapaz de profundizar en tantas miserias humanas como nos rodean, ni de ocasionar desazones irreparables.

Mis vivencias, junto a él, son inolvidables. ¿Cómo no recordar la romanza de «Don Manolito», que cantaba con su voz de barítono-bajo, matizada con los trémulos acentos de su recia humanidad? ¿Cómo no rememorar tantos -y dilatados- comentarios, sobre todo lo pasado, lo presente y lo porvenir?

Manolo es hombre de aficiones artísticas, literarias, de inquietudes. De todo eso que los charlatanes del mercantilismo afirman que no sirve para nada. Aficiones y convicciones que él expresa siempre en el tono de amplia generosidad que le caracteriza.

No, yo no quiero hacer una semblanza lírica, sino desnuda, escueta, concreta, incontrovertible. Pero como yo tengo mi verdad, la «mía», respecto a él, he de proclamarla, a pecho descubierto, si falta hiciere.

Y «mi» verdad, nacida de mi convicción, es que Boyer posee un espíritu selecto, generoso, abierto, «sociable», con indudables anhelos de entrega. Que ya es algo decir en los tiempos que corren, de tantas infidelidades y de tan absurdas incomprensiones.

Ese es para mí -y para tantos- Boyer. Un hombre sensato, un hombre cabal, un hombre de bien. Nada más, pero tampoco nada menos.

Así es el Boyer que yo conozco, mi inolvidable amigo Manolo Boyer.

Dios concede a los hombres el don valioso de la amistad con el fin de reforzar y aumentar la convivencia entre los seres humanos. Por consiguiente, si esa amistad es total, generosa, auténtica y completa, difícilmente pueden hacerla naufragar los aconteceres terrenales. Ese fue el caso de mi amistad con José M.^a Tortosa Poveda.



Año 1976

Se inició nuestra mutua amistad en los años infantiles cuando concurríamos los dos al único colegio de niños existente, situado en la Plaza de Baix, antiguamente denominada de la Constitución, Colegio cuyos directores fueron don Francisco Climent Nalda, al que le faltaba una pierna y, posteriormente, don Manuel Caparrós.

Después de salir de él, a mediodía o por la tarde, algunos de los asistentes nos dedicábamos a los juegos que, por aquellas fechas, realizaban los niños: jugar a «boletes», a la trompa, a «píndola», al «peu de guerra». En el interior de ese colegio y en los juegos iniciamos Tortosa y yo nuestra fraterna y prolongada amistad.

Fuimos creciendo y, al paso de los años, nacieron en nuestro fuero interno ciertas inquietudes que ya nunca nos abandonaron. Inquietudes por conocer, más a fondo, la doctrina de la Iglesia, por la suerte de España, por un porvenir más prometedor, más benévolo, de mayor unión, de mejor compenetración entre los hombres, más feliz para la humanidad...

Entonces, contribuimos a la fundación de la Juventud Católica,



Año 1934

pertenece a la misma y redoblamos nuestras prácticas piadosas, nuestra asistencia a las ceremonias religiosas y al estudio, lo más profundo posible, de nuestra fe, de la existencia de Dios, de sus Mandamientos, de un más allá prometedor, de una vida interminable... Para todo eso existían nuestros Círculos de Estudio, en el seno de los cuales tantas horas pasamos y tantos momentos de meditación tuvimos.

El, y yo también, teníamos inquietudes deportivas. Por eso pertenecíamos a la Peña denominada «El Tétrico» –no puedo recordar a quién se le ocurrió tan fúnebre denominación–, filial del equipo local de fútbol de nuestras preferencias, el «Realidad Ibérica Petrelense», el popular RIP, del cual era yo presidente, al que animábamos en los partidos que se celebraban en el viejo campo de «La Victoria» y acompañábamos en sus desplazamientos a otras localidades.



Año 1933

En aquella época se puede decir que el punto neurálgico y de reunión de Petrel era la Plaza de «Dalt». Allí estaban situados casi todos los bares y casinos del pueblo, en uno de los cuales «El Terròs», teníamos domiciliada nuestra sociedad.

Allí nos reuníamos algunos días, muy en particular los domingos y días festivos, y en aquel recinto había comentarios para todos los gustos y disquisiciones sobre asuntos y materias diversos.

De solteros, aquella fue nuestra época feliz. Tiempos de viajes, de discusiones, de estudios, de manifestaciones de toda índole, de ideales noblemente sentidos, de muchas cosas que el paso de los años amortiguó y disminuyó la certeza de algunos valores que, por humanos, eran discutibles y no tan decisivos como nosotros creíamos.

Pasaron más años y llegaron tiempos difíciles, más inseguros, más tristes, más lamentables, más desgraciados. Tiempos de frentes de combate, de cárceles, de heridas físicas y morales, de ausencia de nuestro pueblo querido, de alejamiento de nuestros familiares, de campos de concentración... Epoca lamentable, por tantos conceptos, en la que Tortosa y yo –como tantos otros– nos vimos inmersos, impotentes para corregirla.

Pero Tortosa, en cualquier situación, era un hombre de inquietudes, de ideas, de preocupaciones. Como yo. Pero a pesar de nuestros mutuos convencimientos, disentíamos en algunas cuestiones, en ciertos actos, en algunos cometidos... Y discutíamos. Pero siempre la amistad y nuestro mutuo aprecio borraban las diferencias y dejaban sin sentido nuestras distintas opiniones.

José Tortosa era un hombre inteligente y tenaz. Tenacidad e inteligencia transmitidas a sus hijos. Está para demostrarlo la actual Gráficas Tortosa, con utillaje moderno, numerosos empleados y una capacidad de producción ampliamente reconocida. Imprenta actual heredera de aquella otra que Pepe instaló en un modesto local, de dimensiones reducidas, en la calle de Gabriel Payá.



Año 1956

Allí tenía Tortosa instalada una máquina semimanual. Digo semimanual porque había que moverla a brazo, de lo cual se encargaba, en gran manera, el robusto y fornido primo de Pepe, Severiano, desde hace mucho tiempo vecindado en Alemania. En aquella máquina fueron confeccionadas, durante algunos años, las Revistas de fiestas. Allí pasé yo muchas horas nocturnas, vigilando el trabajo, como director de las mismas que yo era, y fumando, como Tortosa, sin cesar...

Tortosa era hombre de inmejorable intención, de buenos propósitos, humilde, desprendido, de rectos procedimientos, de mano franca y abierta, de juicios razonables. Yo encontré siempre en él al amigo de mi infancia y juventud, al compañero de mi madurez. Al hombre sensible que fácilmente se emocionaba tristemente ante tanto desafuero humano. Yo encontré siempre en él al hombre bueno, sensato, modesto, enemigo de los grandes protagonismos, tan queridos por otros, propicio siempre al favor, al olvido de las ingratitudes, al perdón de las miserias humanas. Ese fue el Tortosa que yo conocí, con el que tanto me traté, incapaz de una hipocresía y, mucho menos, de una felonía.

Cuando enfermó seriamente, le visitaba con alguna frecuencia. Yo, aunque lo disimulaba, padecía lo mío viéndole sufrir. Con su respiración penosa y entrecortada. Con la botella de oxígeno instalada cerca de él con el fin de que pudiera inhalar el que le faltaba.

Cuando murió, el año 1980, fui a despedirme de él. Dicen que los hombres no lloran. O eso es mentira o es que yo no lo soy, porque a mí se me cayeron las lágrimas viéndole dentro de su ataúd, tan impasible y serio como todos los muertos. Porque aquel ser humano que estaba allí, rígido y silencioso, no era para mí un hombre cualquiera, no era un desconocido, no era un pariente lejano, no era un amigo de ocasión. Aquél era Pepe. Aquél era, sí, José Tortosa. Mi amigo constante, mi constante compañero, mi acompañante en tantos momentos dichosos, el que no huyó de mi lado en mis días tristes, el que se alegró de mis horas felices...

Porque aquél era Pepe, José Tortosa, mi amigo del alma, mi amigo de siempre, aquél que, hoy, como siempre también, continúa viviendo en mi memoria y en mi corazón.

En la muerte de Pepito Perseguer

Mis indudables limitaciones no me van a permitir hacer una semblanza exacta de José Perseguer. Mis limitaciones y la entrañable amistad que, por tantos años, me unió al mismo. No puede, por lo tanto, resultar una semblanza objetiva. Habrá de llevar, forzosamente, un matiz subjetivista al que, aunque pretendiera hacerlo, yo no podría renunciar.

Perseguer era hombre de frase rotunda, fulgurante, concreta, henchida de válidos argumentos. Yo diría que toda su generosa anatomía rezumaba sinceridad. Auténtica sinceridad. Sinceridad que le ocasionó algunos disgustos y muchos sinsabores. Lógica consecuencia de decir verdades como puños.

Pepito era abierto, comunicativo. De esos espíritus prontos a olvidar los humanos zancadilleos y a abordar problemas difíciles, de resultados inciertos. Es lo que caracteriza a los hombres dotados de inteligencia y de incuestionables valores humanos.

Perseguer era amigo de todos y enemigo de nadie. ¿Quién podría ser su enemigo si su frase rotunda y su risa alborotada eran suficientes para sumar amistades y borrar posibles diferencias?

Económicamente, era hombre desprendido. El cargaba con las cuentas de todos. De los amigos y de los desconocidos. ¡Qué más daba! Y los que le tratamos a fondo sabemos de muchas obras por él realizadas. Obras que los cristianos denominamos de caridad pero que, en un sentido más amplio, podríamos resumirlas como de humana solidaridad.

Pepito hablaba, hablaba, hablaba... Con un gracejo particular, festivo, inimitable. Con frase sonora, ancha, alegre, despreocupada. La galanura de su decir ya se hacía patente cuando niño. Había que oírle -como yo- cuando contaba que, en Madrid, a las sirvientas se las denominaba «marmotas» y, a los soldados, «tronchos». Gracia, la suya, natural, incisiva, inconfundible.

Perseguer pasó por la vida derramando generosidad, entrega, amistad. Hombre de palabra fácil, de rápidos reflejos, de alborotada sinceridad. Hombre a quien le dolían las injusticias. Que

llevaba en su sangre el fuego de un probado patriotismo. Que no admitía tolerancias con los hombres del «buen decir y del mal hacer». Que disculpaba la ignorancia pero que se mostraba implacable con la malicia, que él era incapaz de sentir y, mucho menos, de practicar.



Perseguer era un torrente de vitalidad, de fuerza anímica, de profundas convicciones. Pero, por encima de todo, fue un hombre siempre inmerso en un mar -tan suyo- de desbordante humanidad. De cálida y entrañable humanidad.

A mi me impresionaba su abrumadora sinceridad. En mis largos coloquios con él -que fueron muchos- siempre se me mostró impetuoso, rotundo, categórico. Pero no era hombre de la clásica «fe del carbonero». Sabía oír y, más importante todavía, sabía dialogar.

Por eso, cuando me despedí de él; cuando contemplé su rostro sereno, con esa serenidad de mármol que sólo la muerte puede imprimir; cuando acaricé sus manos frías, sentí como un desgarrón en mi alma. Ese desgarrón que los hombres sufrimos cuando la cruda realidad viene a decirnos que la presencia física de un ser querido ya no es posible entre nosotros y que tan sólo puede quedar materializada en un recuerdo, que si es profundo, es también intemporal.

Como será el recuerdo para mí -y para muchos- de Pepito Perseguer. Recuerdo vivo, imperecedero, latente, el de Perseguer, mi amigo. ¡Mi inolvidable amigo Perseguer, que Dios tenga en su santa gloria!

Recuerdo de Elise

Un viento, trágico y huracanado, se llevó a Eliseo. Se llevó su vida joven, alegre y prometedora, de la que cabía esperar grandes cosas y felices realizaciones.

Una vez más, pareció cobrar plena vigencia aquella afirmación de los hombres de la antigüedad de que «los Dioses los prefieren jóvenes», porque, con desgraciada frecuencia, llega la muerte, con sus brazos descarnados, a ahogar, en flor, los impulsos generosos, el ansia vital y la riente ilusión de una juventud que desparrama su vigor y trata, a su modo, de buscar y conseguir un mundo mejor.

Eliseo cruzó una vereda florida y primaveral, por la ruta de los soles, por un camino de estrellas, hacia una llanura sin fin, de lavados horizontes. Elise se fue, por un sendero de chopos plateados, hacia la ribera de la eternidad. Pero si su palabra enmudeció y se quebró su corazón, continúa viviendo entre nosotros. Entre sus padres y familiares, que le adoraban; entre sus amigos, que le querían entrañablemente; entre la Comparsa de Estudiantes, en cuyas filas vivió horas de fraterna felicidad; entre Petrel entero, por cuanto todos le conocíamos y todos nos sentimos abrumados por el dolor de pensar lo que Eliseo pudo haber sido y ya no puede ser.

Si los muertos se van, nos queda su recuerdo que, al discurrir por los canales sutiles del alma, perpetúa la memoria de los que se fueron. Y sólo la fe en Dios, la fe entera, la fe sin concesiones es lo único que puede ayudarnos a soportar esos rotundos mazazos que, de vez en cuando, nos propina la Providencia para recordarnos la fragilidad del hombre y la temporalidad de la vida humana.

Eliseo está aquí, entre nosotros. Con su aire pelirrubio, con su mirada clara y su traza atlética. Elise nos está diciendo, en todo momento, que nos espera en el más allá; en un más allá sin dolor, sin trágicos huracanes, donde el viento es caricia y la vida queda inmersa en una interminable sinfonía celestial.

«Los muertos viven entre los vivos». Nada más cierto. Por eso, si Eliseo es pasado, es también presente. Porque nuestro recuerdo alimentará la inextinguible llama votiva a cuyo calor cobrará vida su estampa de doncel, su imagen juvenil, estallante de impulsos generosos y de abierta humanidad. Sí, con su aire pelirrobio, con su mirada clara y su traza atlética, Elise continúa entre nosotros...

No te olvidaremos, Eliseo. A tí te toca esperarnos, entre los brazos del Redentor. Espéranos ahí, en ese más allá, que presentimos, donde no hay nube para el sol, donde no existe el temor ni puede existir la desesperanza. Donde la vida es intemporal, porque no tiene fin. Donde reina la justicia y brilla el amor. Aguárdanos, Elise, ahí, en ese más allá. Ahí, donde tú, ya, gozosamente, estás.



Don Luis Sempere

Traemos a estas páginas una imagen por todos conocida. La imagen de un hombre, que ya se fue, sin posibilidades de retorno. Estoy hablando del doctor don Luis Sempere Berenguer.

Cuarenta años en el ejercicio de su profesión, en nuestro pueblo, son muchos años. Años suficientes para que apareciera el desánimo. Pero el desaliento no contaba para él. Había que revalidar su profesión todos los días, a toda hora.

«Don Luis, que mi madre se muere». «Don Luis, mi hijo no quiere comer». «Don Luis, mi marido tiene fiebre». «Don Luis, don Luis, don Luis»...

Y allá iba don Luis, con sus instrumentos de trabajo, al Altico, a la calle del Cristo, a las cuevas del Río o al camino de Elda. Igual cuando Petrel era un pueblo con calles polvorientas, que la lluvia convertía en molestos barrizales, que como cuando ¡oh manes del progreso! el riego asfáltico las hizo más cómodas. Con vehículo o sin él. A horas del mediodía o al filo de la madrugada. En verano o en invierno. Con lluvia o con nieve, con frío o con calor. Daba lo mismo.

Con sus instrumentos de trabajo y su buen talante de siempre. A llevar los auxilios de la ciencia para mitigar, en lo posible, el dolor humano. Don Luis hacia arriba, don Luis hacia abajo. En días de Navidad o en Fiestas Mayores. En Nochevieja o en Nochebuena. Tanto daba. A cumplir su misión. ¿Por dinero? Hay cosas que no se pagan con dinero. Sólo se realizan si se tiene un tremendo sentido vocacional por la profesión.

Las motivaciones espirituales sembradas por él, en tantos años, bien se pusieron de manifiesto el día de su entierro. Gente de arriba y de abajo, de derecha o de izquierda, se asoció, en número impresionante, para dar el último adiós a quien tanto lo merecía. Y es que cuando los valores humanos son auténticos y no producto del auto-bombo publicitario, un día cualquiera salen

a brillar con todo su esplendor. ¡Lástima grande que, en la mayoría de los casos, solamente se reconocen cuando el portador de ellos ya ha desaparecido! Defecto muy español. ¡Qué le vamos a hacer!

Años y años trepando por calles pinas. Pisando barrizales. Visitando lugares de miseria. En el Ambulatorio, en su consulta particular, en la

Cruz Roja... Infatigable, constante, tenaz. Con su paso, un tanto vacilante y su corazón abierto. «Don Luis, que no le puedo pagar». «Don Luis, que el meu marit no treballa». «No se preocupe, ya me pagará». Y don Luis cobraba o no cobraba. Daba igual. Sentido vocacional, profundo, tremendo. Eso tenía él. Eso, tan sencillo, que tan pocos sabemos -o podemos- practicar.

Si su vida se rompió, como ha de romperse la de todos en cualquier instante y en cualquier rincón de cualquier parte, ahí queda su labor. Labor de hombre de bien, de auténtico profesional. Labor tangible, labor misionera que nadie le podrá arrebatar.

Don Luis, ¡inolvidable don Luis! Don Luis: un médico con vocación. Así le definiría yo.

¡Que haya encontrado la paz eterna el doctor don Luis Sempere Berenguer! Esa paz que yo le deseo desde lo más hondo, desde lo más adentro, desde lo más profundo de mi corazón.



En el homenaje a Paco Mollá

En este señalado día en que Petrel se dispone a rendir un homenaje de admiración y cariño a su poeta Paco Mollá, todos los hijos de este pueblo nos sumamos, con amplia sinceridad, a acto tan emotivo.

Porque Francisco Mollá, ese autodidacta fabuloso, es el cantor por antonomasia de nuestro pueblo, de nuestras fiestas, de la naturaleza que nos rodea, del campo, de la nube, del árbol, del pájaro, de la fontana cantarina... Solo él, aquí y ahora, es capaz de hacerlo y expresarlo.

Mollá ha hecho de la poesía la razón de su vida y, a través de sus poemas, en los que vuelca a diario los íntimos sentimientos de su corazón, sabe hacernos sentir toda la belleza encerrada en las profundidades de su alma, tan repleta de valores humanos.

Mollá es un hombre humilde, cargado de sentimientos humanos, amante de la comprensión, del diálogo, de la distensión, de la unión entre todos los hombres. Paco Mollá es un hombre bueno, amigo de todos y enemigo de nadie. Por eso la poesía que nace en su estro y aflora de su pluma es una poesía cargada de dulzura, de nobles sentimientos, de sensibles aspiraciones espirituales, de suaves meditaciones y convicciones profundas. De todo eso que anida en su mundo interior, que no es un mundo violento sino un mundo estallante de bondad y rezumante de amor.

Mollá, a través de su poesía, nos lleva de la mano y nos acerca, cada día, a las rutas de la belleza, al entorno que nos rodea, a los caminos de Dios. Paco nos viene a decir que el mundo no puede vivir sin melodía y no hay mejor melodía que la expresión poética, como la suya, que tiene la virtud de remontarnos sobre tanto barro humano y sentir, en plenitud, la dorada esperanza de la eternidad.

Loable, por todos los conceptos, es la idea de los organizadores de este acto, homenajeando a Paco Mollá, pues llegada es ya la hora de que Petrel saque a brillar los inmanentes valores de

sus hijos más preclaros, a muchos de los cuales tenemos soterrados bajo las losas del olvido.

Se ha dicho que «el poeta nace, no se hace». Y ese es el ejemplo que Mollá nos brinda a través de su producción poética. Porque él, hombre humilde, sin estudios superiores, autodidacta por esencia y por potencia, es capaz de hacernos sentir la necesidad de que exista en el mundo la melodía de los valores humanos, nacidos en el hontanar del amor y refugiados en el calor de la bondad.

Nos sumamos, pues, entrañablemente complacidos, a este acto tan emotivo y, a la par que felicitamos a Paco Mollá, felicitamos a Petrel entero, por cuanto si con Mollá tiene a «su» poeta, nuestro pueblo, esta noche, viene a demostrar cuánto le ama y cuán profundamente lo lleva en su corazón.



Año 1980

La poesía fácil y la poesía difícil

Generalmente la gente, me refiero a los no iniciados, cuando oye hablar de poesía, cree que ella es propia solamente de seres extravagantes que pasan su vida contemplando el vuelo de las aves y que, a fuerza de desorbitar sus sueños, tratan de invertir el orden natural de las cosas, elaborando en las células de su calenturiento cerebro ideas y quimeras de imposible realización. Y no es eso, claro está.

El hombre necesita de la poesía como el agua que bebe, como el oxígeno que alimenta sus pulmones. El hombre necesita comer. Verdad de Pero Grullo. Pero también necesita soñar. Y cuando bate las alas de su fantasía, lo quiera o no lo quiera, lo sepa o deje de saberlo, está navegando por los espacios de la poesía, está poetizando, cada uno a su manera, un momento determinado, una faceta de su vida.

Porque la poesía es ese algo sutil e inaprensible que se adentra por los entresijos del alma y hace vivir al hombre en ese mundo ideal y delicado de las manifestaciones espirituales. La poesía es la música del corazón; la poesía es eso: unas diminutas campanillas que repican en el alma y la inundan de gozo, y es también lo que contribuye, en gran manera, a que el hombre se eleve sobre lo perecedero y que piense que no tan sólo es bestia sino que también tiene su parte de Dios.

La poesía no está trasnochada ni pasada de moda, como quieren hacernos creer algunos. La poesía no tiene tiempo, ni tiene fronteras, ni tiene límites, ni puede ser sujeta a las leyes físicas. La poesía es algo tan tremendamente humano que solamente puede compararse con lo divino. De ahí su eternidad.

El hombre sin poesía sería un triste «robot», con funciones automáticas, sometido a las leyes fisiológicas de comer, dormir y reproducirse. De igual manera proceden los irracionales. La poesía es eterna; la poesía es más fuerte que el hombre porque si éste está sometido a unas leyes biológicas de nacimiento, de vida

y de muerte, aquélla, como manifestación espiritual o como estado anímico, es indestructible por cuanto es patrimonio del alma y el alma, como todos sabemos, es inmortal.

La humanidad no puede renunciar a la poesía, aunque quiera hacerlo, porque si fuera factible suprimirla ello equivaldría a un suicidio colectivo y a una estúpida abdicación. ¡Pobre mundo sin «melodía», como decía el inolvidable Foxá, si ése fuera su destino final! Pero, no lo será. Y no lo será precisamente porque el hombre precisa de la poesía, porque el mundo necesita la «melodía», porque es de Ley natural, y si las leyes humanas pueden trasgredirse nadie está autorizado, ni capacitado, ni mucho menos facultado para atropellar los dones que los designios del Creador dejaron impresos en el alma de sus criaturas.

Tomando como argumento definitivo la indestructibilidad de la poesía y dando su existencia como definitiva, todos sabemos que ella, según su modalidad literaria, se divide en varias clases: lírica, épica, dramática, etc. Sin embargo, yo, por mi parte, aunque sea inmodestia y por cuanto -lo confieso sin rubor- tengo mis ribetes poéticos, la subdivido en otras dos clases más: la poesía fácil y la poesía difícil.

La poesía fácil es la que produce un impacto en el corazón humano con suma facilidad. Es como una corriente de agua mansa que se adentra en las interioridades del individuo, que discurre por los diminutos canales de su alma y fertiliza el pensil interior que todos llevamos dentro. Es la poesía corriente, es la poesía asequible, es, digámoslo así, la poesía sin «complicaciones».

Todo ser humano siente la llamada del amor. Generalmente, el hombre forma un hogar. Por regla general, da vida a nuevos seres, carne de su carne y sangre de su sangre. Normalmente, el hombre cree en «algo». Realmente, la criatura humana se afana, lucha, prodiga sus esfuerzos para conseguir su ideal familiar, su ideal económico, su ideal religioso o su ideal político.

Y en esa trayectoria de la vida humana, en ese, como si dijéramos conjunto ideal del hombre, de familia, economía, credo político y sentimiento religioso hay, nadie puede dudarlo, un fondo poético que al identificarse con el individuo es como el motor,

como la fuerza motriz que impulsa sus actividades y abre cauce a sus esfuerzos. Es lo corriente. Es la poesía fácil de que hablábamos antes. Es la poesía sin «complicaciones», como yo la denominé, es la poesía que por ser asequible a la casi generalidad de los seres humanos, yo la sitúo en el plano discreto de la normalidad porque es consecuencia de lo que normalmente ocurre y lo que normalmente sienten los seres normales.

Pero hay también otra poesía más difícil, hay otra poesía auténtica, hay otra poesía que en la escala gradual a que yo la someto, me parece más meritoria, la creo más laudable, la considero más elevada, la juzgo más rotunda, me parece más completa.

Deleitarse con los colores de la eclosión primaveral; poetizar el amor; navegar por los campos poéticos de las delicias hogareñas; discurrir por las floridas sendas de lo agradable o sentirse inmerso en las delicias de todo cuanto de lisonjero puso Dios en el camino del hombre, es asequible a toda criatura humana.

Pero poetizar la amargura, alzar un trono poético al dolor, convertir en poesía la prosa del esfuerzo diario, hacer que las diminutas campanillas poéticas repiquen en el corazón del hombre cuando le asaetea las dificultades o la desgracia se ceba en él; conseguir, en suma, ese estado anímico ideal mediante el cual puede calibrarse en su verdadera dimensión todo cuanto de humano hay en la vida y cuanto de dolorosa inquietud hay en la existencia; saber vencer todo eso, con ánimo alegre y esforzado, es patrimonio exclusivo de un reducido grupo de privilegiados espirituales que a mí, personalmente, me marca la norma y la medida, el aire y el ritmo, el metro y la rima de la mejor poesía.

Yo no sé si mis amables lectores compartirán mi opinión, pero creo que si no todos podemos ser poetas, todos, eso sí, podemos sentir y paladear el dulce néctar de la poesía. De continuo o en determinados momentos. Todo hombre es fácil para embriagarse con la poesía fácil. ¡Pero qué pocos los que saben sentir la poesía difícil! Porque esa poesía dolorosa, ese sentimiento poético, lleno de dificultades, solamente se entrega, tan sólo se rinde

dócilmente ante esos superdotados espirituales que saben, cuando sinceramente la expresan o con sinceridad la sienten, que cada verso, escrito o callado, es un voto, y es un beso; es una piedra preciosa, y es una flor sentimental que vuela hacia arriba, muy alto, hasta llegar al trono de Dios.

Ojalá las campanillas poéticas repiquen en nuestro corazón ante la poesía fácil. Pero ojalá también continúen repicando cuando llegue el momento angustioso de la verdad dolorosa, el momento de la poesía difícil, porque solamente si en ese minuto continuamos oyendo ese repique de gloria, seremos o nos sentiremos auténticos poetas y estaremos completamente identificados con esa poesía, preñada de dificultades, a la que yo considero la más completa, la más rotunda, la más ambiciosa, la más meritoria y, por consiguiente, la de vuelo más alto.



Año 1989

El campo y su poesía

Prescindiendo de lo que, en el orden material, debemos al campo todos los mortales, yo, personalmente, le soy deudor de muchos momentos solemnes y felices de mi existencia.

Yo he sido testigo mudo y asombrado de innumerables amaneceres en el campo y mi retina ha captado ¡cuántas veces, Señor! la imagen impresionante de la llegada del alba. Ese momento trascendental en que todo es silencio porque calla el insecto y no trina todavía el ave. Ese corto periodo de transición entre la noche que muere y el día que nace.

Yo he presenciado la llegada de la aurora y he visto cómo la luz esplendente ha incendiado las cumbres y ha borrado las sombras del valle. Y he contemplado la quietud del atardecer, cuando el rebaño -y aquí no es tópico- retorna al redil; cuando el primer lucero muestra su tenue lucecita y la luna, asomándose por el cerro, pone una nota romántica en el paisaje agreste y montaraz.

Yo he sentido toda la grandeza de la noche estrellada, en la que resuena el canto del ave nocturna en el valle y la tonada monorrítmica de la que señorea la cumbre. Y he escuchado, en la noche también, en la larga noche campesina, el fragor de la tormenta y del huracán desatado. Y me he dormido arrullado por el susurro del pino milenario, y he oído, horas enteras, la eterna canción que canta, eternamente, la fontana escondida. Y he visto cómo las nubes generosas han volcado su preciosa carga sobre las tierras sedientas y cómo en el socarral ha renacido la fuente olvidada y en el barranco ha corrido el arroyuelo cristalino.

Yo he visto cómo la madre tierra abre sus entrañas gozosas, año tras año, para que germine en ellas la semilla que ha de trocarse, con el tiempo, en «el pan nuestro de cada día». Yo sé del cordero que trisca en el monte y de la ingenua avecilla que huye del temido gavilán. Y he visto el campo cubierto por la nieve inmaculada, que borra relieves y disimula desniveles.

Yo he caminado por ocultas veredas, he cruzado hondas cañadas, he subido a cumbres altivas, doradas por el sol de siglos, y he bebido el agua fresca y misteriosa del pozo situado en la abrupta serranía. Hasta mí ha llegado la canción del gañán, el rumor de los árboles y el sonido de las esquilas. Yo he visto, por fuera, el contorno físico del campo pero me he adentrado también por los recovecos más ocultos de su alma. Que también el campo la tiene. Por eso lo adoro apasionadamente.

Quien tenga una visión simplista del campo o lo ame con un sentido utilitario, no lo poseerá enteramente. El campo, como la poesía, es, en primer término, belleza y serenidad. Por eso lo quiero. Porque si tiene el pan, tiene también la poesía. La mejor y más auténtica poesía.



Año 1964

Hermoso silencio

El silencio, el hermoso silencio, es un ave blanca y serena cuyo vuelo suave está matando la humanidad.

El silencio, inseparable compañero de nuestras horas de soledad y recogimiento, está muriendo a manos del motor de explosión, de la electrónica y de los malos modos.

¡El amado silencio! Apretado silencio rodeando nuestras horas tristes. Denso silencio cubriendo nuestros momentos de íntimo regocijo. Discreto silencio vitalizando nuestras humanas meditaciones. Amable silencio rompiendo las brumas del recuerdo. Silencio creador, nutriendo descubrimientos científicos, alumbrando páginas literarias de inagotable hermosura. Hondo silencio puliendo la imagen de la posible evocación... Ancho silencio campesino serenando inútiles prisas ciudadanas. Silencio para el estudio, silencio para el trabajo responsable, silencio para la honda meditación, silencio para el pensar profundo... ¡Hermoso silencio...!

La humanidad, ahora, está enamorada del ruido y desdeña el silencio. ¡Así anda ella de nerviosa y malhumorada! Se pierde el silencio, se aleja el silencio, se muere el silencio... ¿Dónde encontrarlo?

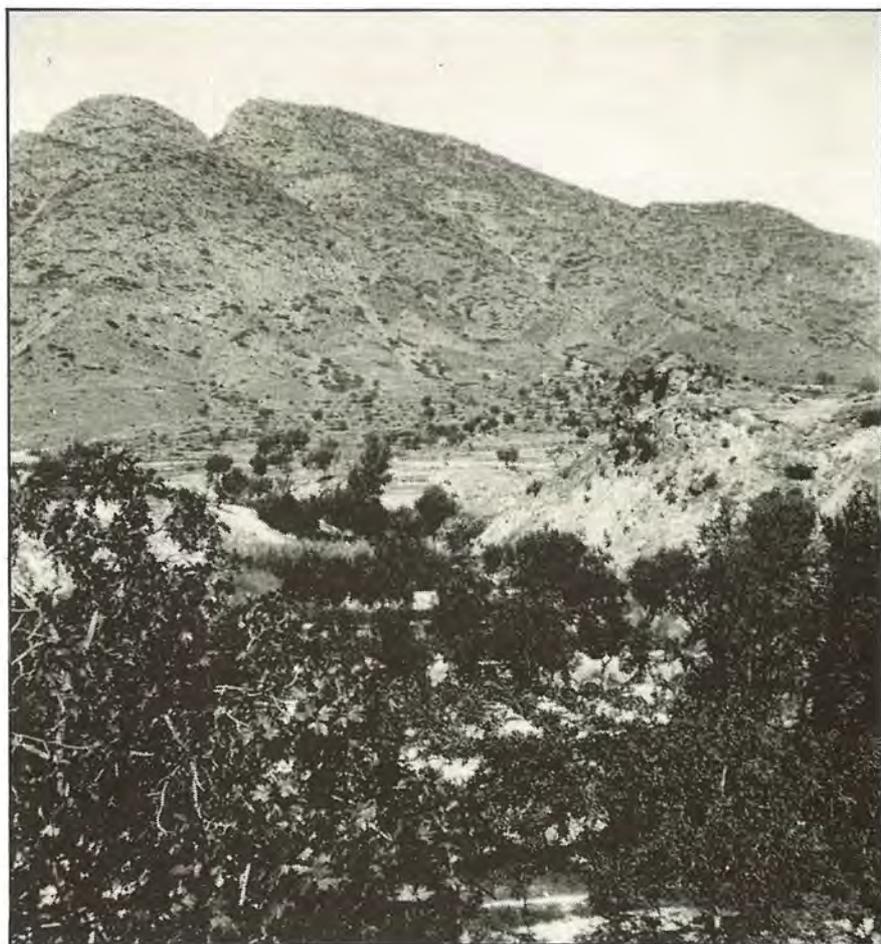
Sin embargo, sólo el generoso silencio puede afinar espíritus. Sólo en él encontraremos verdades concretas. Sólo a su sombra podemos descubrir la tremenda realidad de nuestra conducta irresponsable. Sólo bajo su palio podemos hallar, con humano rubor, la pálida verdad de nuestras vidas vacías, ayunas de vuelo espiritual.

Aumenta, incesante, el barullo ciudadano. Se habla a gritos. Gritan la radio, la televisión, el tocadiscos, el transistor, la música de jazz y el canto de los «ye-yés». Lanzan su grito pretencioso la pintura abstracta y la literatura realista... Barullo y más barullo. El silencio agoniza, lenta pero inexorablemente. Aprestémonos a entonar un Réquiem por el silencio, por el hermoso silencio...

Tal vez, algún día, la humanidad, con menos pretensiones y, por supuesto, con más juicio, por los caminos del Derecho positivo o por las sendas de la educación, trate, con ahínco, de reencontrar el silencio.

Porque el silencio es necesario al hombre y, por consiguiente, constituye un tesoro inapreciable que, más pronto o más tarde, será preciso recuperar.

Silencio. ¡Hermoso silencio!



Año 1955

Petrel y su progreso

Petrel es un pueblo que, indudablemente, sabe divertirse pero que trabaja con ahínco y sin desfallecimiento. La oración al trabajo no es un tópico sin contenido sino una espléndida realidad a la que en Petrel hacen honor la casi totalidad de sus habitantes, aptos para las múltiples actividades que aquí se desarrollan.

En las horas de trabajo, sus calles aparecen semidesiertas y como sumidas en un letargo que puede equivocar al forastero que no conoce la realidad de la vida petrelense. Es más tarde, cuando finaliza la jornada laboral, cuando ellas recobran su autenticidad y muestran la desbordante vitalidad que late en este rincón levantino.

Desde la industria alfarera, labor artesana y meritoria, la más añeja de la localidad, a la moderna instalación de manufacturación del calzado, pasando por el modesto taller, hay toda una gama de actividades que colocan a este pueblo entre los puestos señeros de la producción nacional, en razón a su demografía.

Desde las fábricas de cerámica, pasando por las de marroquinería, hasta las de muebles, telares y de materiales de construcción, bien se puede afirmar que Petrel es una gigantesca colmena -nunca mejor empleada la expresión- donde todo el mundo se afana por producir en un deseo de superación.

Petrel crece tan rápidamente que le sucede lo que al niño que da un estirón desmesurado: que todo le queda chico. A Petrel ya le resultan cortas muchas cosas: las viviendas, los cines, los lugares de recreo... Y ese crecimiento prodigioso se debe a la incesante actividad de sus moradores. La gente de aquí es emprendedora y no conoce el desánimo ni la molicie. Se entrega a su tarea con ardoroso empeño y ese raudal de energía es la fuerza motriz que mueve los engranajes colosales de su producción.

Nuevas edificaciones elevan sus siluetas y las mejoras urbanas se suceden casi sin solución de continuidad. Asfaltado de calles, reforma de la plaza del Caudillo, plaza de España, Avda. de José Antonio, Cánovas del Castillo, nuevo Ayuntamiento, Plaza

del Mercado, puntos luminosos modernos, etc., patentizan la potencia económica de Petrel y el cuidado con que sus Autoridades cuidan de su mejoramiento. Entre las nuevas edificaciones, justo es destacar el magnífico edificio levantado por la Caja de Ahorros de Novelda, compuesto de seis plantas, destinado a viviendas y establecimientos comerciales. También es de hermosa perspectiva el Barrio Nuevo, hace poco inaugurado, construido por el Ayuntamiento y el Instituto de la Vivienda.

La Cooperativa Agrícola, por su parte, ha construido un grupo de quince viviendas, y se ha constituido una nueva Cooperativa de Edificación para proseguir la construcción de casas, que tan necesarias son para el constante aumento de habitantes que Petrel registra.

Ambiciosos proyectos se acarician ya como etapas que han de cubrirse en el rápido progreso de nuestro pueblo: construcción de un nuevo cuartel para la Guardia Civil, campo de Deportes, Parque Municipal, zonas verdes, etc.

Las pequeñas industrias se multiplican, se trabaja a buen ritmo, afluyen los forasteros a incrementar la mano de obra y el nivel de vida, comparado con el de otras partes, resulta francamente favorable.

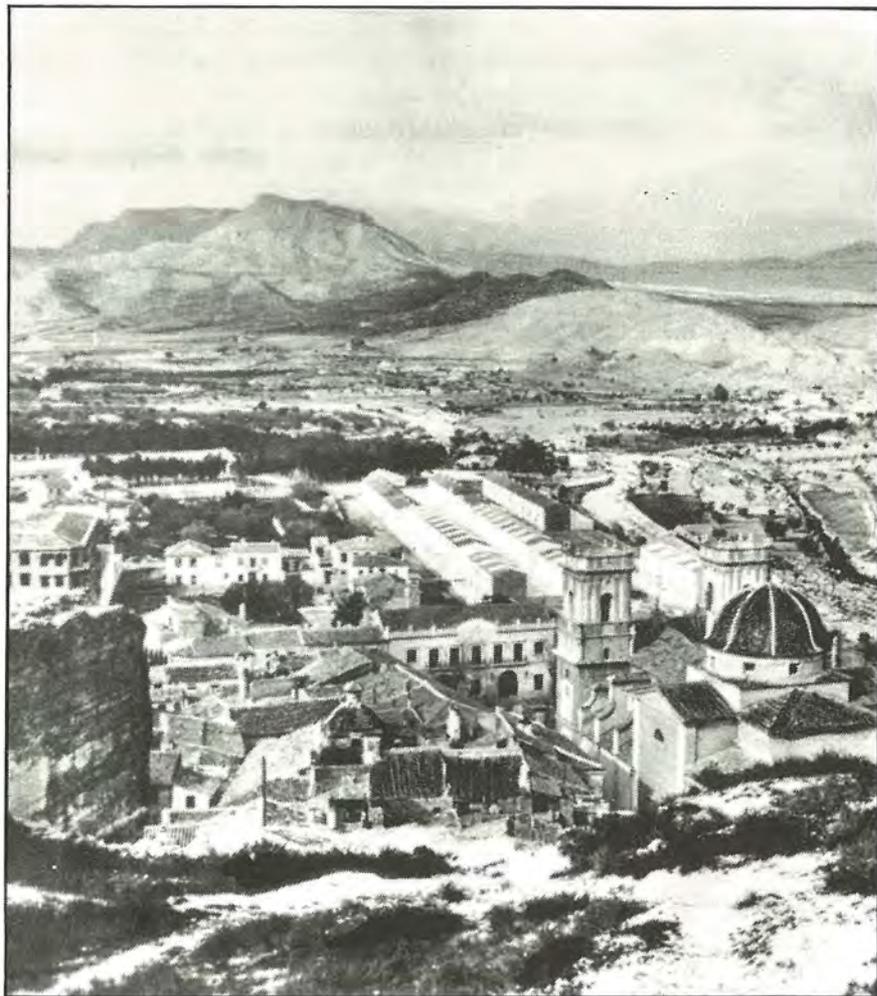
También la agricultura es renglón importante. A su desarrollo contribuyen, de manera decisiva, la Cooperativa Agrícola y la Bodega de Viticultores «San Isidro», con servicio de tractores, con instalaciones modernísimas para la elaboración del aceite y del vino. Se trata de mecanizar la agricultura, en lo posible, a tono con lo que demanda la actual coyuntura económica.

El ahorro se concentra en la Caja Rural, vinculada a la Cooperativa Agrícola, de tanta raigambre petrolanca, y en la Caja de Ahorros de Novelda.

Petrel, pues, pueblo moderno y, a la vez, tan apegado a sus tradiciones, trabaja y progresa. Muestra, como siempre, que tiene vida propia y tiene personalidad, y sin necesidad de maridajes

extraños con ningún pueblo aledaño -dicho sea con todos los respetos- contribuye, con su esfuerzo, a la riqueza nacional, camina con paso firme por las rutas del engrandecimiento patrio y se siente orgulloso de sí mismo.

1959



Año 1959

El Petrel típico

A mí, personalmente, nada me dicen esas calles de ahora, tiradas a cordel, espaciosas y bien urbanizadas, que aunque afirman son más higiénicas, se han convertido, por culpa del motor de explosión, en un infierno terrenal, y lo que ganan en estética lo han perdido en serenidad.

A mí me gusta deambular por esas calles antiguas, con reminiscencias agarenas. En las que la nave del tiempo se detuvo hace ya muchos años, inaccesibles a los vehículos motorizados. Cargadas de leyendas, de recuerdos y tradiciones y también de historia. De su pequeña historia, claro está.

Estrechas, retorcidas, a las que el sol se asoma con temor y en las que, casi siempre, una tenue penumbra es la gran emperatriz que todo lo señorea. Silenciosas, humildes, en las que, a veces, un tiesto de flores o una planta trepadora en una ventanuca cualquiera o en un sencillo balcón, ponen una nota de delicado cromatismo, que contrasta con el gris borroso de las fachadas.

En esas callejuelas todo es silencio, todo es sencillo, todo es suave. El silencio, en muchas horas, sólo es burlado por la pisada de algún transeúnte, que también camina silencioso.

La vida late en el interior de esas casitas humildes. Los mismos problemas, la misma lucha diaria por el diario subsistir, los mismos éxitos, idénticos fracasos -quizás más de éstos que de los otros- de sus moradores. Se suceden las generaciones, son distintos los medios de vida, pero el medio ambiente de la calle es igual, exactamente igual, como un desafío a la transformación que el tiempo, devorador de muchas cosas, quiere realizar.

Modestas casitas que aún ostentan en sus fachadas, carcomidas por el paso de los siglos, dibujos agarenos. Arcos que denotan su ascendencia árabe. Piedras venerables, milenarias piedras que nos hacen pensar en el muecín y en el Corán. ¡Cuántas generaciones habrán discurrido por estos rincones de la Pétrola fenicia!

Recoletas plazuelas en donde unas chiquitas juegan al corro. Una moza va cargada con un cántaro de agua. Pasa un hombre

con unas reses. Hay un carro, cargado hasta el techo, parado en una calle. Corretea un chiquillo ágilmente. Todo igual. Igual, sin duda, que como hace muchos años, acaso siglos.

Calles históricas como la de San José. En la que Juan Payá ganó la última batalla a los moriscos revoltosos. Calle de la Virgen, en la que tuvo culto, antes que el templo parroquial fuera construido, nuestra Madre y Señora, en memoria de la cual existe una hornacina con un cuadro de la Virgen. Calles primitivas del primitivo Petrel, en las que la piqueta urbanizadora no ha entrado todavía a saco. Calles altas donde tiene su asiento la industria artesana y añeja de la alfarería. Calles sencillas, que tienen por todo adorno la humildad pero que tienen también un tesoro hecho de silencio. Calles caprichosamente trazadas, siempre propicias para la evocación, para el misterio, para el ensueño... Cuántos recuerdos amontonados a través de su existencia milenaria. ¡Si pudieran hablar...!

Me gusta deambular por ellas. A solas, quedamente. Bebiendo, sin interrupción, la serenidad que de ellas se desprende. Recordando un pasado, que se nos hace presente y se nos adentra por los entresijos del alma.

Me gusta discurrir por ellas hasta llegar al pie del castillo, ese gran señor arruinado, que se va desmoronando lenta pero inexorablemente, en medio de un mar de desidia y abandono. Y sentarme encima de la muralla exterior, junto a su torreón, todavía en pie milagrosamente. Y entornar los ojos dejando que las alas de mi fantasía me retornen a tiempos pretéritos en los que esa fortaleza, hoy medio derruida, fue, sin duda, elemento capital del pueblo y del valle que domina, y que aun hoy constituye la voz de la historia del pueblo que me vio nacer. Yo, sentado frente a ese castillo milenario, he visto cómo los rayos postreros de un sol invernal, semioculto allá en Bolón, penetraban por las deformes ventanas de su fachada que mira a poniente, besando tanta desolación. Y he sentido el sabor amargo de la tristeza adivinando su ruina definitiva, mientras el viejo reloj del añejo campanil, allá abajo, dejaba caer unas graves y sonoras campanadas.

A mí me gusta discurrir por el Petrel antiguo. Y pasear por sus aledaños, seguro de tropezarme, en el atardecer, con algún rebaño de corderos a los que dirige y gobierna un pastor de tez renegrida, y guarda un perro peludo, atento siempre a las voces de su amo.

En el centro del pueblo -yo lo sé- trepidan las motos, circulan los coches, se apresura la gente, se grita y gesticula demasiado, se encrespa el ruido y no queda ya espacio para la serenidad.

Por eso, yo prefiero, en algunas tardes dominicales, recrearme en esa ruta, que me conozco muy bien, de las calles humildes y silenciosas, siempre propicias para la evocación. Y mirar sus casitas, y observar sus fachadas, en las que la pátina del tiempo ha impreso su huella imborrable. Y llegar hasta la ermita, que corona un cerro pelado, desde donde se puede contemplar lo que antaño fue un umbroso vergel y que hoy va desapareciendo tragado por bloques de viviendas o por incontables casas de recreo. Subir a esa ermita que tiene un pino retorcido, viejo amigo mío, bajo cuya sombra ensayé, de niño, más de una vez, mi puntería disparando chinitas, con mi tirador de gomas, contra los pájaros.

Me gusta todo esto. Me satisface. Y es que aunque el Petrel de nuestros días tenga ya edificaciones modernas y calles tiradas a cordel, profusión de coches y de motos y ruidos a mansalva, aún posee también lugares para el silencio, sitios para la meditación y rincones para poder beber todo el encanto embrujador del más auténtico tipismo. Cualquiera puede comprobarlo siguiendo esa ruta que yo me sé de memoria y que, tantas veces, he recorrido.

1960



Año 1988

Junto a la ermita

El manto de armiño con que se cubre el cielo parece que quiere arropar a la diminuta ermita. El ambiente está sereno. La quietud es completa. A la espalda de la ermita hay unas tierras grises y, como telón de fondo, la imponente mole, con los flancos dorados por un sol de siglos, del Cid. A su frente, el valle que fue verde y umbroso y que las edificaciones urbanas van minimizando cada día más en un cruel atentado contra el paisaje. Los montes de Bolón, Camara y la Sierra del Caballo limitan la perspectiva y, más lejos, se divisan unas montañas que la distancia nos hace parecer azules.

A los pies de la ermita bulle la vida y todas las inquietudes humanas se abren a la rosa de los vientos en una eclosión de desbordante vitalidad. La ermita, desde lo alto, mira impasible el ininterrumpido sucederse de las generaciones. Contempla serenamente las transformaciones urbanas, el presuroso ir y venir de la gente, el tejer y destejer de la vida, y capta ese algo sutil e impalpable que trasciende de todas las aglomeraciones humanas. Su humilde silueta permanece impasible, con aires de eternidad, a través de los tiempos. Bajo, la inquietud de la vida, sus problemas, sus flaquezas, sus miserias... Allá arriba, más cerca de Dios, sólo quietud y serenidad.

También el hombre, sólo cuando se eleva sobre el vendaval de las pasiones y se acerca a Dios, es cuando puede observarlo todo con una sonrisa en los labios y otorgar la justa medida a las cosas de la tierra. Porque entonces, sólo entonces, conoce que nada hay definitivo de tejas abajo y que el presente, por más esplendoroso que sea o más difícil resulte, habrá de ser, en día más o menos lejano, lo que hoy es el pasado: sombras de recuerdos. Que la gloria y la vanidad humanas presto las lleva el huracán de la muerte, como «las verduras de las eras» de que nos habla Jorge Manrique en sus inmortales «Coplas».

Por eso, cuando miro la ermita, instintivamente pienso en Dios. Y entonces un aura, que baja desde arriba, refresca mi can-

sada frente y pone alas de optimismo en mi espíritu, porque entonces también pienso que si la trepidante vida del mundo actual, con su brutal materialismo, me agobia tremendamente, no es lo definitivo. Que, ya lo dijo el poeta:

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar.

Mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin error.

Sólo mirando todos los días esa ermita, con los ojos de la fe, aprenderemos la lección de serenidad que nos brinda y encontraremos el «buen tino» del que tan necesitada se halla la sociedad actual. Ese buen tino para alcanzar la otra «morada» que, al fin y al cabo, es la eterna, la verdadera y definitiva vida.



Año 1982

En el Tercer Centenario

Tres siglos hace ya que el Santísimo Cristo del Monte Calvario contempla a Petrel desde su pintoresca ermita.

Mucho ha llovido desde el año 1674 y, en consecuencia, mucho, al parecer, han cambiado los hombres también. ¿No ha muerto Cristo, casi definitivamente, para un gran número de ellos?

Pero aunque los cambios de los hombres son, hasta cierto punto, comprensibles, dada la fragilidad humana, ni Cristo ha muerto ni ha cambiado su doctrina.

Las verdades eternas permanecen inmutables y resulta inútil que se las quiera olvidar. La doctrina de Cristo se basa en el amor y el alma humana siente deseos de amar. Es de Derecho natural, que nada tiene que ver con el Derecho positivo. ¡Lástima grande que las presiones de la sociedad deformen y, en parte, sacrifiquen el deseo del amor, en aras de un egoísmo que viene a perturbar la marcha regular de la humanidad!

¿Y cómo haremos si no es mediante el amor al prójimo para solventar tantos problemas como gravitan sobre la sociedad actual, unos económicos, otros morales, otros discriminatorios y otros de simple convivencia?

Tantas aparatosas conferencias de desarme, tantos retumbantes sistemas filosóficos, tantas «progresistas» doctrinas socio-económicas al servicio del logro de la felicidad humana. ¿Los resultados? Ya los estamos viendo. ¿Por qué?

Cristo no miente. «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado». Esa es la solución. El amor al prójimo nos acerca a él para tratar de solventar sus problemas, para aliviar, en lo posible, sus desgracias, para levantar sus humanos decaimientos. Esto cae de lleno en la comunicación de bienes espirituales. ¿Cuándo nos decidiremos a entrar, sin rodeos ni concesiones, en la comunicación de bienes materiales? ¿Acaso existe otro medio para salvar esta doliente humanidad?

Esperemos que este tercer centenario del Santísimo Cristo del Monte Calvario nos sirva para acercarnos a El y a su doctrina; para adentrarnos en sus principios, con una entrega total y generosa. Y entonces, sólo entonces, podremos ver cómo tantos problemas, que parecen insolubles, se desmoronan como el más frágil castillo de naipes. A no ser que los pueblos -también ya lo estamos viendo- decidan vivir siempre en una latente guerra civil.

De verdad, Cristo no ha muerto. Está con nosotros. No desoigamos, una vez más, su llamada a la comprensión, a la convivencia, a la comunicación. En definitiva, al amor, jugoso fruto de la justicia y de la verdad.

Por ello, nos resistimos a creer que el amor y la doctrina de Cristo que, de suyo, son inalterables, puedan tenerse también como una resultante de los tiempos que vivimos, como otra «tradición inmovilista», lo cual, «aunque todo es posible en Granada», no dejaría de ser regocijante.

1974



Año 1974

Meditando

Resulta sintomático y aleccionador que los pueblos vivan en un mar de perpetua zozobra e interminable inquietud. Ello evidencia el inconformismo del hombre con los designios de su Creador y demuestra, sobradamente, la falta de identificación entre su vida anímica y los principios de la doctrina cristiana.

¿De qué proviene tanta inquietud? ¿En dónde nace tanta zozobra? Vengamos a razones.

La soberbia humana engendró el pecado original y rompió el vínculo perfecto que unía al Creador con su criatura. Desde entonces, el hombre, eterno peregrino, aun cuando no quiera, por las amargas rutas de su breve destino terrenal, está sujeto a todas las tristes consecuencias a que dio lugar su primera caída. Para nadie es un secreto.

Y si es innegable que en lo material ha realizado progresos insospechados, no es menos cierto que, en lo espiritual, ha experimentado una tremenda recesión. He aquí la paradoja.

Por eso, aunque en estos tiempos la vida para la colectividad resulte más cómoda y agradable, lleva consigo un lastre angustioso tan considerable que éste minimiza las ventajas logradas en el orden físico. La razón de esta sinrazón hay que buscarla en la falta de fe. Porque cuando el hombre se olvida de alzar los ojos a las cumbres doradas de sus exigencias espirituales se pierde, como ahora, en el intrincado laberinto de sus humanas inquietudes. Es lógico.

Poco importa que los avances científicos aligeren nuestra tarea. Ni que lleguemos, como ya se nos promete, a esa Jauja paradisiaca de la automatización, que ha de permitirnos vivir sin trabajar. Manjares para todos los estómagos y molicie para todos los cuerpos. ¡Qué maravilla!

Nada importa, porque parece ser que esos sabios que nos prometen otro Edén, en su versión moderna, se olvidan de un pequeño detalle. Algo escapa a su inteligencia poderosa, algo se

pierde en su planificación, algo falla en su perspectiva de futuro.

Ignoran, o tratan de olvidar, que el corazón humano necesita algo más que buenos alimentos y terrenales placeres, y que el vacío que en él produjo el pecado original no podrá llenarlo jamás el hombre sino Dios. Ese es el motivo de que, aunque el hombre de hoy busca con ansia una evasión espiritual que le libere de la presión angustiosa que sobre él gravita, no puede encontrarla porque pretende hallarla por equivocados derroteros y, como consecuencia, se hunde más, cada día, en su desesperación. Ese es su error.

No se trata, en modo alguno, como él pretende, de encontrar una evasión imposible sin Dios sino de hallarla en la unión con El. Es como si pretendiéramos poner en libertad a un preso -y valga el símil- que teniendo abiertas las puertas de la cárcel se empeñara en continuar en el estrecho recinto de la misma. De ahí, la insoslayable necesidad de la unión espiritual entre el Padre y el hijo, entre el Creador y la criatura, entre el Redentor y los redimidos, entre Cristo y el hombre. Esta verdad tan sencilla, de primera comunión, parecen ignorarla muchos, que levantan desdeñosamente los hombros ante su evidencia.

Lo que borra inquietudes y suprime zozobras es la paz interior. Lo que concede auténtica alegría y baña en serenidad el espíritu es la unión con el Padre. Y eso no se vende ni se puede adquirir en el mercado de las especulaciones humanas. Eso se consigue con un contacto estrecho con El y con una conformación, plena y categórica, sin reservas, de nuestra vida con su doctrina.

No es de extrañar -ya lo estamos viendo- que cuanto más se empeña la sociedad en alejarse de Dios más se multiplican las inquietudes, se agiganta la zozobra y se redoblan los peligros. Es el fruto amargo de la insensatez humana, que teniendo a su alcance los medios para encontrar la paz, se empeña en navegar por las turbulentas aguas de la inquietud.

Hace veinte siglos que brilla el faro luminoso que Cristo encendió en el Gólgota con su sacrificio. Si nos empeñamos en seguir cerrando los ojos ante los destellos de esa luz que parpadea,

gozosamente, invitándonos a que hagamos carne de nuestra carne el mensaje que El nos dió, tanto peor para nosotros. Porque allí, sólo allí, está la paz. La del individuo y la de los pueblos. Porque allí, sólo allí, precisamente, está la verdad, la auténtica verdad, la única verdad.

Aunque otra cosa digan los sabios de hoy en día; aunque beeree esa juventud de la «nueva ola», despechugada y triste en su «alegría»; aunque los existencialistas proclamen el derecho a vivir cada uno como le dé la gana y a gozar cada cual como se le acomode, la llama del Calvario, eternamente alimentada con la sangre de Cristo, continúa alumbrando el sendero de los mortales. Y a ella habrá que mirar, quiérase o no, cuando los pueblos hayan roto tantos necios ideales y vayan por el suelo tantos ídolos de barro como los que hoy pretenden ser depositarios exclusivos de verdades humanas incontrovertibles, sin tener en cuenta que, por humanas, están todas sujetas a una inevitable revisión y, aun en la mayoría de las ocasiones, condenadas a un estrepitoso fracaso y a su cierta desaparición.

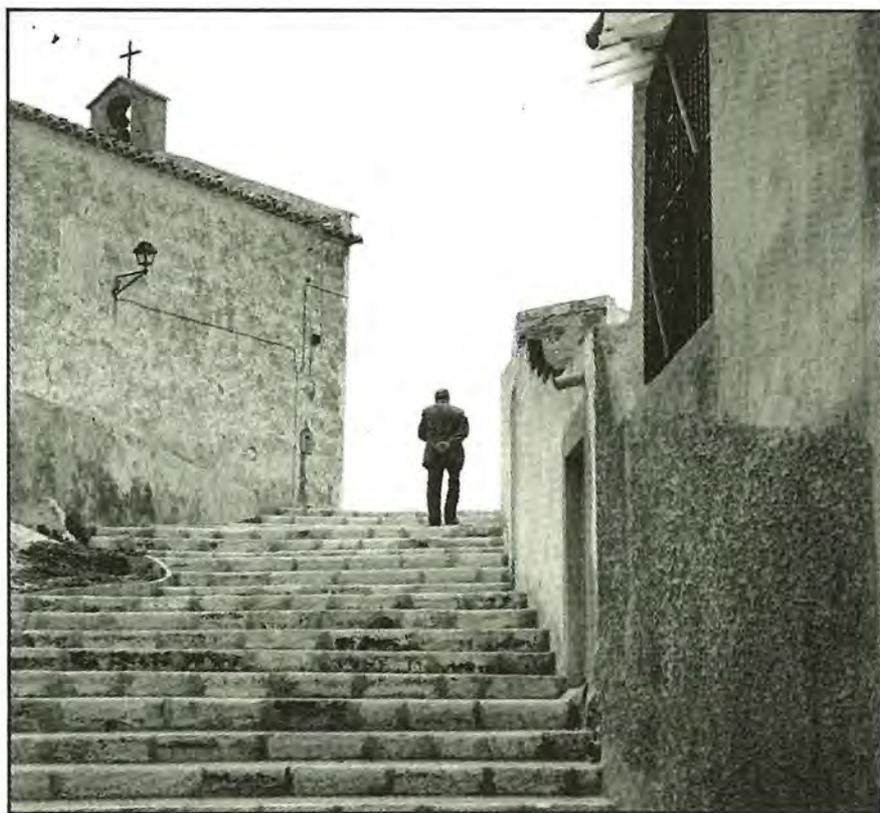
Desde hace dos mil años la luz del Gólgota continúa rompiendo las nubes del pesimismo humano. Desde hace veinte siglos el mensaje de Cristo está proclamando una verdad incommovible para la salud de los pueblos y la paz de los individuos. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Verdad sencilla, sin recovecos ni complicaciones, que no puede ser suplantada por las máquinas ni por los avances científicos. Verdad rotunda que no deberíamos olvidar si de veras anhelamos que desaparezcan las inquietudes y zozobras que, por desgracia, imperan en el mundo como consecuencia de la falta de conformación entre la vida del hombre y los designios del Creador.

Puede la humanidad seguir derrochando caudales, ensayando cohetes o poniendo en órbita satélites artificiales. Pueden los teorizantes de la producción y el consumo, con todo su automatismo por delante, prometer la dorada Jauja de vivir sin trabajar. Podrá llegar el hombre, en un futuro más o menos próximo, a la Luna, a Venus o a Marte. De acuerdo. Pero en tanto nos apartemos de la «órbita» de Dios, persistirá la inquietud, se acrecentará

la zozobra, y el pesimismo y la angustia continuarán mordiendo las entrañas de la humanidad.

Algo podríamos hacer para evitar todo eso. Bastaría con aceptar íntegramente el mensaje de Cristo. Sería suficiente con practicar ese nuevo mandamiento que El nos dió: «AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS, COMO YO OS HE AMADO». Tendríamos, en una palabra, que volver nuestras miradas al Gólgota. Que es, precisamente, hacia donde muchos no quieren mirar. No sé si por vergüenza o por falta de valor.

Puede que algún día, quizás a costa de nuestro dolor, tengamos que aprender, definitivamente, toda la verdad de esa sencilla verdad.



Año 1989

Mucha ciencia y poca moral

Una noche del mes de agosto vi, desde el campo, cruzar, por la inmensidad del firmamento, un satélite.

Todo parecía alabar, en aquellos momentos, la gloria del Sumo Hacedor: los millones de estrellas que tachonaban el cielo; los insectos con su canto monocorde y continuo; la ligera brisa que movía las copas de los frondosos pinos; alguna ave nocturna que lanzaba su grito peculiar; el ladrido de un perro lejano; la serenidad de la noche; la misma marcha del satélite...

Sin embargo, a pesar de tanta hermosura, me sentí ganado por la inquietud.

Meditaba sobre el ingenio humano capaz de producir esos artefactos modernos que surcan, con precisión, el firmamento para perfeccionar el conocimiento del hombre hasta que pueda conseguir, con el tiempo, hacer realidad su caro ideal de hoy: la conquista del espacio sideral, el viaje a Saturno, el camino hasta Venus, la llegada a la Luna, la exploración de Marte... Bello ideal si fuera movido solamente por exigencias científicas, sin otro objetivo que la conquista por el hombre de secretos hasta ahora impenetrables. Lo peor será si esos instrumentos sirven, algún día, para otra clase de «conquistas» que, por desgracia, pueden marcar el fin de la vida humana sobre la tierra o, cuanto menos, una hecatombe descomunal.

Que la ciencia avanza no es un secreto para nadie. Pero ese progreso científico ¿va de consuno con un avance de la moral? ¿Ese adelanto científico va encaminado a la liberación de los problemas que gravitan sobre el hombre o ha de servir solamente para su destrucción?

Sería risible, si no fuera tan profundamente trágico que en la era de la energía nuclear, de los satélites y de los proyectiles intercontinentales, cuando la ciencia alcanza objetivos fabulosos, se multipliquen los conflictos armados y la solidaridad humana brille por su ausencia.

¿De qué nos sirve tanto progreso científico si nos falla estrechamente la concepción moral de la existencia, el sentido entrañables y humano de la vida? ¿Para qué tanto instrumento creado por la ciencia si en vez de convertirse en elementos de progreso y bienestar para la humanidad pueden servir para barrerla de la tierra?

Mal iremos si la ciencia hace caso omiso de la moral y más que servir a ésta contribuye a aumentar el orgullo humano. Péssima ruta si el hombre se empeña en dominar al hombre y en poner el progreso científico al servicio de un ansia de predominio en vez de colocarlo al servicio de su liberación. Rumbo peligroso el que corremos deificando la ciencia y tratando, como vulgarmente se dice, de enmendar la plana a Dios.

En la tierra hay recelo, hay inquietud, hay miedo, hay odio... En la tierra hay gente que hace la guerra y hay gente que pasa hambre... En la tierra existe una minoría que lo tiene todo y una mayoría que apenas tiene nada... No lo digo yo. Lo dicen las estadísticas de la Unesco y lo afirma, con todo el peso de su augusto ministerio, la Iglesia. Y mala solución veo para todos estos problemas si han de ser solventados a base de instrumentos científicos y aparatos de precisión.

Todo esto es más interesante, a mi entender, que llegar a la Luna, averiguar si hay posibilidades de vida en Venus o estudiar las reacciones de los marcianos, si es que acaso existen...

Sin embargo, ya lo vemos. Estos problemas resbalan, sin producir mella, por la epidermis de los poderosos de la tierra, y los Estados omnipotentes del mundo -económicamente hablando- hacen un derroche dinerario en perfeccionar cohetes intercontinentales, en lanzar satélites al espacio, en ensayar proyectiles teledirigidos, en comprobar los más sutiles aparatos de detección, en estudiar la posibilidad de instalar bases de lanzamiento de cohetes en otros planetas para poder sembrar la muerte, a escala infernal, en el nuestro...

Si no se ha pasado ya de la guerra fría a la otra es porque Dios, en su infinita misericordia, no nos ha dejado todavía de la

mano. Cuarenta millones de cadáveres en la última contienda mundial. ¡Qué consolador! ¿Y para qué, si aún está caliente la sangre de tantos muertos y ya empiezan a adivinarse entre bastidores las trágicas sombras de los cuatro jinetes del Apocalipsis? Tenemos mucha ciencia. Eso es verdad. Pero ¡qué poca moral!

Tanto preocuparse por las alturas y mientras, aquí, en el suelo, nos abruman problemas pavorosos y, por consiguiente, una general inquietud aplasta, como una losa de plomo, a la humanidad. Como dice el refrán: «la calle limpia y la casa sin barrer». Por aquí abajo impera la ley de la selva, se matan los hombres y se pasa hambre... Y, entre tanto, no se nos ocurre otra cosa que intentar llegar hasta Marte a convencer -digo yo- a los marcianos de que esto es poco menos que el paraíso terrenal. Así da gusto.

Mala perspectiva para las generaciones que nos sucedan y aun para la nuestra. Infausto porvenir para el mundo si no se consigue enlazar sólidamente la ciencia con la moral. Pésimo resultado el de tanto progreso científico si no va del brazo del amor. Desgraciada vida si constantemente ha de deslizarse bajo la amenaza de los ingenios destructores que pueden, en un momento dado, convertir en paisaje lunar y campo desolado la superficie de nuestro planeta.

Mala herencia, desde luego, vamos a legar a nuestros hijos si el mundo no consigue un clima más sereno y prometedor. Ese clima prometedor para alcanzar el cual no estorba la ciencia pero es imprescindible la moral para lograrlo.

Y no una moral diminuta, no una moral egoísta sino una moral grande, fuerte, completa. Una Moral con mayúscula. Una moral cristiana que es, en definitiva, lo único que puede evitar que la ciencia se convierta un día en un huracán devastador y puede conseguir que sirva para el progreso y el bienestar de la criatura humana que, al fin y al cabo, es la obra maestra de la Creación.

En el momento actual

Grises nubes de confusionismo empañan la perspectiva del horizonte humano.

El hombre se siente minimizado frente a los palpitantes problemas del momento, de suyo incuestionables y, por supuesto, peligrosos.

Se piensa en la amenaza nuclear, en la explosión demográfica, en el control de la natalidad, en las derivaciones del último Concilio, en el inconformismo juvenil, en los que protestan desde abajo y en los que se encierran, arriba, en su torre de marfil. Consecuencia de todo ello es que la criatura humana se debata entre un agobiante pesimismo y una angustia estremecedora. Mientras, -eso sí- continúan los progresos técnico-científicos...

Pero ese confusionismo, ese pesimismo ¿no serán hijos de la falta de fe? ¿No será que, como tantas veces, los árboles nos impiden ver el bosque? ¿No será que el hombre, ahído de técnica y ayuno de espiritualidad, carece de capacidad para la esperanza? ¿No será que a fuerza de tecnicismo, padre fecundo de comodidades, nos empeñamos en destruir todo vestigio de cuanto puede encaminarnos hacia la eterna felicidad?

El Santísimo Cristo de la Sangre, clavado en la Cruz, henchido de amor y de dolor transido, continúa en su larga espera. El no sabe de colores de piel ni del «tanto tienes, tanto vales». El no establece ninguna distinción entre naciones poderosas ni pueblos subdesarrollados.

A todos nos ama, como hijos suyos que somos. A todos nos llama, como Padre nuestro que es. A todos nos convoca para que, de una vez para siempre, abandonemos nuestro catolicismo de «pacotilla» y vivamos de una manera entera, completamente, con todas las consecuencias, el ideal divino de la humana fraternidad.

Entonces, sólo entonces, cuando tiernamente compenetrados unamos los corazones; cuando, mano sobre mano, cubramos las etapas del camino de la vida, desaparecerán esos problemas que

hoy nos preocupan y nos roban el sosiego. Porque entonces, solamente entonces también, lucirá en el alto cielo, con todo su esplendor, el blanco sol de la esperanza.



Año 1966

Reflexión sobre la actualidad

Estamos llegando a un grado de disolución moral tan profundo que, casi, colectivamente, somos acreedores de la santa ira de Dios.

De una manera lenta, pero constante, observamos cómo se va cegando el precioso venero de la fe y lo que antes fue caudaloso y claro manantial se está convirtiendo en una débil corriente escurridiza que sólo arrastra las aguas turbias del pecado y la corrupción.

A tal extremo hemos llegado, que el honor, la hidalguía, la generosidad, el amor al prójimo, el recato, los valores inmanentes, en suma, del alma cristiana van desapareciendo suplantados por la doblez, por la ostentación, por el egoísmo, por la frivolidad. Al hombre de honor se le considera un necio. El hidalgo es un anticuado. El caritativo, un enfermizo apocado. Y hasta la joven virtuosa que se niega a asistir a espectáculos donde la inmoralidad campa por sus respetos y tiene asiento toda liviandad, es considerada como un ser ñoño y ridículo. Hay que tener manga ancha y pocos escrúpulos. Y ser «duro», muy duro, como los duros tiempos en que vivimos.

Se ha roto la hermosa solidaridad humana. El obrero cree que el patrono le roba y el patrono, encastillado en la torre de marfil de su egoísmo, está convencido de que el obrero disminuye su esfuerzo en el trabajo para perjudicarlo. El pobre odia y el rico olvida, con demasiada facilidad, que los bienes de la tierra no han de estar al servicio exclusivo de un grupo de privilegiados sino al de la comunidad, como lo predicaba Cristo y lo quiere la Iglesia.

Se exaltan, hasta el paroxismo, la fortaleza física y la habilidad corporal. El ídolo de las masas no es ya el hombre de ciencia, ni el hombre de letras. El ídolo de hoy es el que más goles marca o el que es capaz de derribar un toro de un puñetazo o aquél que lanza su máquina a doscientos kilómetros por hora.

La juventud vive drogada con tanto fútbol, tanta playa, tanto cine. Los grandes espectáculos actuales se montan para excitar toda suerte de pasiones. En los campos de deportes, se ruge como lo hacen las bestias. Las salas de cine se están convirtiendo en antros repugnantes por el libertinaje que en ellas impera. Las playas, para qué decir...

Nadie habla ya de leer buena poesía o las grandes obras maestras de la literatura universal. Sólo un reducido número de personas, bien escaso por cierto, se ocupa de esas cosas. Ahora, lo bueno es leer novelas de aventuras o de otro género. Cuanto más truculentas o morbosas, tanto mejor. El caso es pasar un rato agradable aunque sea a costa de infamantes abdicaciones del espíritu. ¡Qué le vamos a hacer!

Se tiende a la vida fácil, al menor esfuerzo. La gente abandona el campo y afluye a los pueblos y a las ciudades. Las luces engañosas deslumbran con su parpadeo a los imbéciles que creen en la felicidad total y en la vida muelle. Se grita más que nunca, huyen de la sociedad los buenos modos y prolifera, con sospechosa insistencia, lo que ahora denominan «gamberrismo» pero que nosotros llamaríamos, más gráficamente, salvajismo y mala educación.

El hombre no se arrodilla ya ante Dios. Lo hace ante el becerro de oro. No sería de extrañar que el Señor de las alturas castigara a los hijos espúreos, como sancionó a los seguidores de Moisés.

¿No es hora ya de pedir más consecuencia, más fidelidad al ideal cristiano que decimos profesar? ¿No es posible más sensatez, mayor ecuanimidad? ¿No es llegado el momento de terminar con esa táctica nefasta que nos llevará a la ruina, de encender una vela a Dios y otra al diablo, como vulgarmente se dice? ¿No es factible más sensibilidad, mayor espíritu comprensivo, un caudal más abundante de solidaridad entre todos los hombres y todas las clases?

Se impone un viraje completo si queremos salvar la civilización cristiana y salvarnos nosotros mismos. Porque, aunque no queremos adornarnos con la clámide de profetas, si persistimos haciendo oídos de mercader a las enseñanzas de la Iglesia y de la

doctrina católica, si continuamos por los mismos derroteros, tan torpemente emprendidos, la catástrofe es segura. Más próxima o más lejana, pero inevitable. Cualquiera, con objetividad y sentido común puede asegurarla. En nuestra voluntad, pues, está la posibilidad de legar a nuestros hijos y a nuestros nietos un clima más prometedor que el que ahora, por desgracia, presenta el mundo que vivimos. O cambio de rumbo o ruina y desolación. El tiempo será testigo.



Año 1988

¿Se vive mejor que antes?

Afirman que hoy se vive mejor que antaño. Materialmente se entiende, claro. Se ha elevado el nivel de vida, dicen, existen más comodidades, hay más medios de pago, la gente puede desplazarse con mayor rapidez y, por consiguiente, gozar, que es lo que importa, más intensamente que antes.

A mí, personalmente, esto no me inquieta. Que la gente, que trabaja con dureza durante la semana, pueda viajar los domingos, asistir a un partido de fútbol, solazarse en cualquier playa del litoral, o ir al cine no me parece mal. Antes, al contrario, lo considero muy en su punto. Todo depende, en buena moral cristiana, de la intención con que se asista a esos espectáculos.

Ahora, bien. Lo que me preocupa es esa prisa que siente la humanidad por llegar con rapidez a no sé qué ignotos destinos o por ver plasmadas en realidad, de manera veloz, sus inquietudes espirituales. Falta, a mi entender, serenidad y cuando falta la serenidad es fácil caer en el terreno del desquiciamiento. Por ejemplo: que a la juventud le guste el deporte no es ningún defecto. Sin embargo, que consuma todo el tiempo hablando de fútbol o de ciclismo, me parece una aberración. Que la gente quiera ir al cine, me parece estupendo. Sobre todo si se trata de buen cine. Ahora bien, que ande a empujones y, a veces, a palos por conseguir una entrada, me parece desorbitar las cosas. Que todos queramos prosperar en nuestros negocios o en nuestra situación personal, es muy lógico y humano. Empero, querer conseguir en un corto espacio de tiempo lo que, a veces, ha de lograrse en largos años de trabajo, me parece un desatino.

Se vive deprisa. Demasiado. Todos tenemos prisa para el goce de los sentidos. El bar, el café, el fútbol, el cine, los toros, el dinero... Queremos abarcarlo todo, gozar de todo, sin solución de continuidad. Y esa prisa del individuo, ese desorden espiritual, enquistado en los Estados, es el que hace cometer torpezas y abusos que están engendrando un caos pavoroso más o menos próximo. ¿Y el alma?

¿Pero existe, de verdad, el alma? ¡Se piensa tan poco en ella! Hay un moderno conformismo de misa de once y procesión patronal... y nada más. Bien poco, por cierto. Sobra prisa y falta serenidad. Y con tanta prisa ¿a quién le sobran quince minutos diarios para pensar en la eternidad?

Aunque Ortega y Gasset afirme que «la vida es prisa», yo, modestamente, con todo el respeto que me merece su nombre, no puedo compartir su opinión. De la prisa al atolondramiento no hay más que un paso y es difícil llegar a un feliz discernimiento de las cosas, deprisa y corriendo. Ya lo estamos viendo. Con tanta prisa sólo tenemos tiempo para pensar en goces terrenales. Estamos supeditando lo eterno a lo temporal. Y ese es el gran fracaso del hombre moderno. No pensar que aun consiguiendo todas las comodidades en la tierra; más gráficamente, aun viviendo sin trabajar y consagrando toda su existencia a la consecución del placer, ni aun así encontraría su felicidad total. Porque en el corazón humano existe un vacío que solamente puede llenar Dios y la idea de la eternidad.

Sobra prisa y falta serenidad. Serenidad para meditar sobre la hora de la verdad. Que no es la de las pingües ganancias ni la del goce sensitivo. La hora de la verdad, la hora cierta e insoslayable es la de la muerte. Y es más conveniente meditar serenamente sobre esa verdad tremenda que pretender, con tanta prisa, aunque no se consiga, olvidarse de ella. Sobra, en rigor, mucha fiebre y falta templanza. Es innegable. Y así va el mundo. Con tanta prisa, nos estamos exponiendo a un tropezón, que puede resultar trágico para todos. Y, si, como me temo, el mundo tropieza, quiera Dios que ese tropezón no sea irremediable. Definitivamente irremediable. Que eso sería lo peor.

¿Se vive mejor que antes? No sé qué decir, porque a juzgar por la prisa que sentimos los mortales, no parece sino que no nos consideramos satisfechos con nada. Se quiere gozar de todo, poseerlo todo y esa ansia desmedida de placer, como un Moloch insaciable, agobia a la generación actual.

Yo creo, en definitiva, que para vivir mejor que antes sobra apresuramiento y falta serenidad. No sé si estaré en lo cierto. Puede que mis ideas, en este aspecto, resulten trasnochadas, anticuadas. O que, tal vez, como afirman algunos, mi pensamiento se ha fosilizado. Ahora bien, con todo el respeto que me merece la opinión ajena, no me siento afectado lo más mínimo por ella. ¡Pues no faltaba más!

¿Se vive mejor que antes? ¿Se goza más que antes? Yo no me atrevería a asegurarlo. ¿Y cómo si, con tanta prisa, falta tiempo, incluso, para gozar?

1958



Año 1989

El por qué voy a misa

Algunos conocidos me preguntan a veces con un cierto tono despectivo, por qué voy a misa. Como yo soy respetuoso con las opiniones ajenas, nunca le he preguntado a nadie por qué no va. Pero, en fin, como también soy hombre partidario del diálogo, voy a tratar de informar a los que me interrogan de mis motivaciones por las cuales asisto a la misa dominical o diaria.

Sencillamente, voy porque tengo fe. Dice el diccionario: «FE: Creencia en algo sin necesidad de que esté probado. Conjunto de creencias que constituyen el fondo de una religión. Completo crédito otorgado a un hecho o noticia».

Yo siento ese «conjunto de creencias que constituyen el fondo de una religión». En mi caso, de la religión católica, apostólica y romana. Porque yo creo en la existencia de Dios, en la vida eterna, en la Doctrina que, a través de Iglesia, he aprendido, en un Señor bueno y justiciero, Creador del Universo, del hombre y de la vida, dispensador de un premio o de un castigo al final de la humana existencia terrenal, según hayamos vivido con arreglo a sus Mandamientos o hayamos hecho burla de los mismos.

Yo asisto a misa porque creo en las enseñanzas de la Iglesia. Porque creo en la autenticidad de los Evangelios, que nos hablan de la vida de Cristo y cuyos pasajes nos son leídos y comentados por el sacerdote celebrante. Oigo misa porque así me lo ordena la Iglesia, depositaria de la verdad -para mí- en uno de sus Mandamientos.

Yo voy a misa porque en el interior de la iglesia he oído siempre palabras de amor, de perdón, de deseo de unión entre los hombres. Palabras de caridad, de colaboración cristiana, de fraternización entre la totalidad de los seres humanos... De todo eso que, durante dos mil años, viene predicando la Iglesia de Jesucristo.

Yo oigo misa porque, como he manifestado, creo en un Dios grande y omnipotente. Porque si la obra de la creación del mundo, del Universo todo, del hombre y de la vida no es obra suya

¿de quién, pues, es? ¿De una casualidad? Extraña casualidad, que yo no creo y que, por supuesto, me niego a admitir.

¿Obra todo ello de cierta «causa», identificada con la teoría de Causalidad? La Creación puede ser también obra de la Causalidad, dicen. Otra vez al diccionario: «CAUSALIDAD: Causa, origen, principio, vínculo que une la causa al efecto. Nombre dado por Kant en una de sus categorías, fundada en la relación. Todo tiene una causa y, en idénticas condiciones las mismas causas producen los mismos efectos».

¿Y qué «causa» puede ser esa que crea el Universo, lleno de armonía y estallante de precisión? ¿Y qué desconocida «causa» puede ser la que crea el mundo sideral, los infinitos mares, el curso de los ríos, el brillo de las estrellas, el sol, que es fuente de vida, nos da la luz diaria y disipa las tinieblas nocturnas, la tierra que nos proporciona los necesarios alimentos y el agua imprescindible para la humana existencia? ¿Y qué «causa» pudo crear esa obra maestra de la Creación que es el hombre?

Dicen las Sagradas Escrituras que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Pero muchos siglos después llegó Darwin y nos dió a conocer su teoría de la evolución de las especies.

La «evolución de los seres humanos» es como una cadena pero hay perdido un eslabón de la misma. Ese eslabón, afirman de acuerdo con Darwin, es el que nos daría la identificación exacta del ser humano racional de nuestros días en relación con la especie de los simios. Lo peor es que no se encuentra el dichoso eslabón. ¡Que lo busquen, que haya suerte y que lo encuentren...! Porque, además, si el antecesor del hombre es el mono, que me aclaren de dónde proceden los simios. ¡Lástima grande que Darwin no facilitara más detalles aclaratorios!

¿Y cómo existen los hombres pero continúa existiendo esa especie animal a que me refiero? ¿Cómo unos son inteligentes y progresan en el ámbito cultural o en el estadio científico y los otros viven hoy de manera idéntica a como lo hacían en los más remotos tiempos?

A mi juicio, existe un Ser superior al hombre y a todo lo que forma el ámbito terrenal. Un Ser intemporal, principio y fin de todas las cosas, cuya grandeza y obra no podemos comprender dadas las limitaciones de nuestra humana inteligencia. Un Ser del que si negamos su existencia, caemos fácilmente en los escabrosos terrenos de la incertidumbre, de la duda, de la irrealidad o de la más acentuada especulación...

Yo no pretendo que mis opiniones sienten cátedra de alta teología porque no estoy preparado para ello. Ni creo que mis afirmaciones demuestren unos profundos argumentos filosóficos, que no poseo. Son consecuencia de mi fidelidad a unos principios que, a mi entender, son, por Derecho natural, consustanciales con el alma humana. Yo trato, simplemente, de demostrar ciertas consideraciones que todo ser racional debe formularse en su fuero interno, ante determinadas preguntas que un materialismo absurdo no podrá jamás contestar.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Quién creó el Universo? ¿Cómo las leyes biológicas de nacimiento, vida, envejecimiento y muerte continúan hoy tan vigentes como hace luengos siglos pese a los indiscutibles progresos científicos de la humanidad? ¿Es factible que los seres racionales e irracionales que pueblan nuestro planeta llegaran por generación espontánea? ¿Quién los creó y les dio vida? ¿De dónde procedían? ¿Dónde está su punto de origen?

Puntualizando: Por el hecho de acudir a la Iglesia con el objeto de oír misa, no me considero mejor ni más bueno que los que no van. Ni me creo más inteligente, ni mucho menos, de los que no asisten a esa celebración. Yo soy un hombre, como todos, de carne y hueso, con más defectos que virtudes. No hace falta que nadie me lo recuerde.

Pero se da la coincidencia de que poseo una fe indestructible que me hace creer en Dios, en la vida eterna, en el humano amor, fuente de felicidad pues que de él se deriva la necesaria convivencia. Porque creo en el Supremo Hacedor, principio y fin de todas las cosas. Es una fe razonada, para mí, en cuyas razones medité

y profundicé, en mis tiempos juveniles, en unos inolvidables Círculos de Estudio, establecidos en el seno de la Juventud Católica, de la que fui presidente.

Es una fe a través de la cual pude hallar convincentes respuestas a esas interrogantes que todos debemos formularnos en el recóndito fuero de nuestra conciencia: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Quién creó el Universo todo infundiéndole ese sistema de exactitud que le da categoría excepcional? ¿Quién creó al hombre? ¿Quién dió la vida a los seres racionales o irracionales que pueblan la tierra? ¿Es todo obra de una causalidad, de cierta casualidad, de la generación espontánea?

Yo siento un respeto imponente por el hombre, piense o no piense como yo. Por eso, si los que me interrogan por qué voy a misa tienen una fe distinta a la mía y consideran que la creación del Universo es producto de una casualidad, pues muy bien. Si estiman que esa creación fue como consecuencia de una causalidad, insuficientemente demostrada, pues adelante. Si creen que el hombre no fue creado por Dios y es producto derivado de cierta especie de animal irracional, pues que se queden con su fe. Yo no abduco de la mía.

Mi fe es una fe entera, indestructible, aliento de mi vida, latido de mi corazón. Una fe que nadie me puede comprar porque, desde luego, yo no la pienso vender.

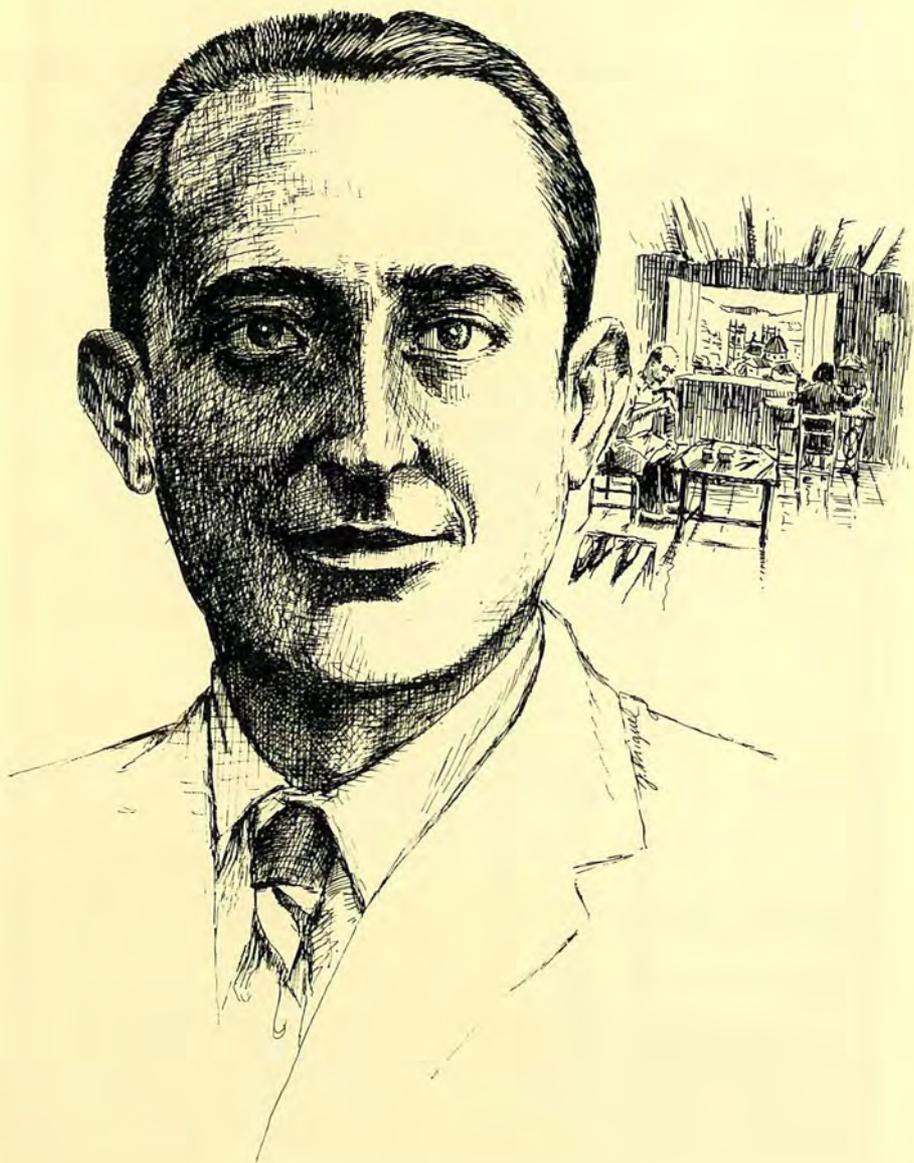
Y, para terminar, sugiero a mis amables interrogantes que recuerden, que recuerden aquel viejo refrán que dice: «Reirá mejor el que ría último». No lo olviden.

Y... punto final.

1977



Año 1943



III

EL PROBLEMA SOCIAL, PROBLEMA DEL SIGLO

Vamos a abordar el estudio y las consecuencias del denominado Problema Social, problema del siglo, por su importancia y trascendencia.

Deseamos imprimir a nuestros modestos escritos una gran claridad. Quien nos lea encontrará en ellos, seguramente, escasa calidad literaria. Empero, creemos nosotros, hallará una gran dosis de sencillez y objetividad y esperamos que eso pueda compensarle de la escasez de méritos literarios o habilidad expositiva.

Que el gran problema de nuestro siglo es el problema social, no hace falta demostrarlo. Que no es un problema nacional, sino del mundo entero, a la vista de todos está, y que ese problema se haya planteado, con toda su crudeza, entre capital y trabajo, entre patronos y obreros o, empleando la terminología moderna, entre empresarios y productores, es inútil querer descubrirlo.

A nada conduce la conocida actitud del avestruz que esconde su cabeza entre las alas para no ver el peligro que se acerca. A nada concreto llegaríamos nosotros si pretendiéramos desconocer ese problema que entraña un peligro y que está demandando una urgente y total solución.

Para nadie es un secreto que muchos de los grandes ideales por los que se batieron los hombres en otros tiempos, se consideran ahora en desuso. No vamos a estudiar si la evolución de la mentalidad y de la ideología de los grandes núcleos humanos es acertada o perniciosa, aunque estamos más inclinados por lo segundo que por lo primero. Nos interesa señalar que el hecho existe y que muy difícilmente pueden volver a imperar en la mente de las gentes esos grandes ideales, sumidos hoy en un olvido piadoso, en el mejor de los casos, cuando no en una repulsa casi general.

Pues bien, para nuestra felicidad o nuestra desgracia, esos ideales que movieron a las masas en la antigüedad, en la Edad Media y en parte de la Contemporánea, han sido sustituidos por la gran aspiración de una mejor distribución de la riqueza y cuyo

deseo ha engendrado lo que venimos denominando el problema social.

Intentaremos dar la solución, a las luces de la Iglesia, aunque para ello tengamos que sentar afirmaciones duras, secas y restallantes como latigazos, y si bien algunas de ellas podrán parecer perogrulladas, todos sabemos que Pero Grullo decía verdades como puños...

1954



Año 1989

A nadie puede escapársele la necesidad de una revisión del concepto materialista de la propiedad. Ninguna persona, medianamente versada en sociología, a la vista de los movimientos obreros que han tenido lugar desde el siglo XVIII hasta la fecha, podrá discutir la razón fundamental de que, o se vuelve a los prístinos principios cristianos de la propiedad, ya sea por natural convicción de los propietarios -cosa esta bastante dudosa- o por imposición del Estado, o caminaremos incesantemente por los peligrosos senderos que conducen al precipicio sin fin del comunismo.

Que la Iglesia defiende la conveniencia y la necesidad de la propiedad, no hace falta demostrarlo de nuevo. Pero ¿qué clase de propiedad?

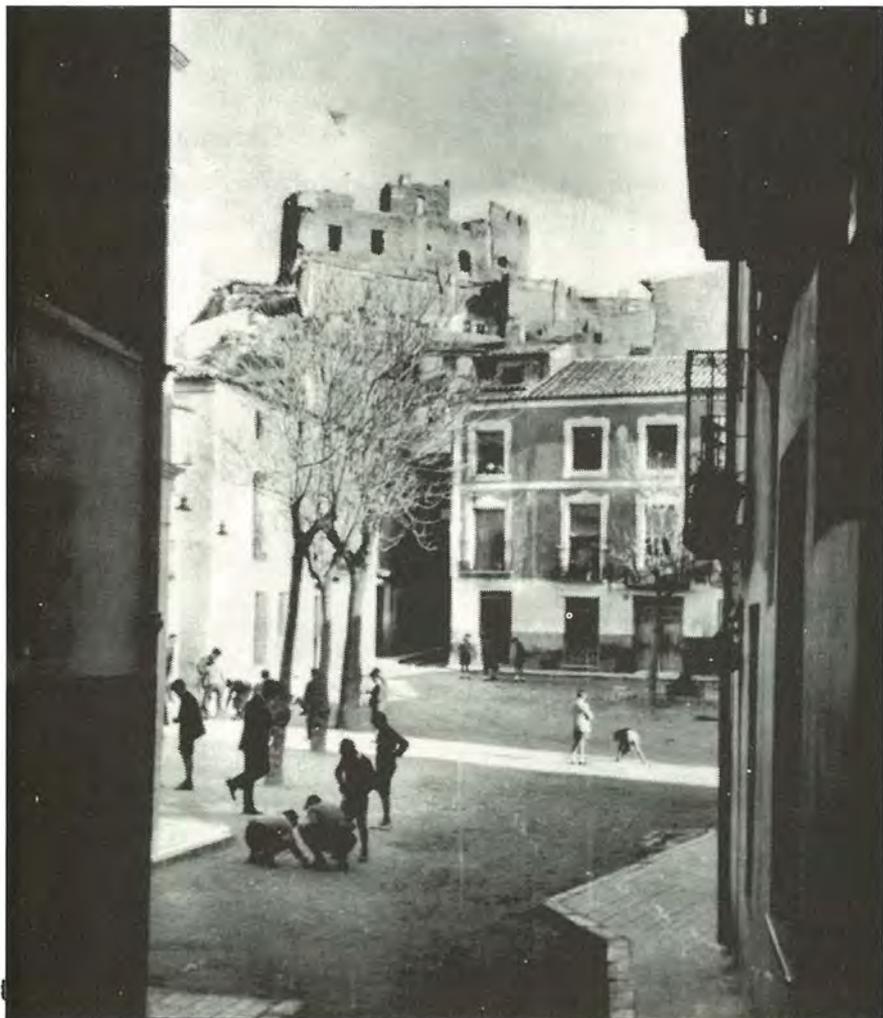
Propiedad era la derivada de la esclavitud, en la que los esclavos, hombres de carne y hueso, eran objetos ¿realizables? en un mercado cualquiera. Y sin embargo, fue abolida en un día fausto para la humanidad.

Propiedad era la propiedad feudal, en la que los dueños del feudo, señores de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, podían proceder a su albedrío no ya con sus propiedades, sino, incluso, con los siervos que le servían. Y, sin embargo, la presión civilizadora acabó con aquel principio pernicioso.

Propiedad era, y continúa siendo, esa propiedad deshumanizada y fría, al margen de las necesidades del obrero, a quien se cataloga por su rendimiento, no por su humana naturaleza. Propiedad es la de la concentración de grandes capitales, creadora del «Trust», auténticos estados -por su potencia económica- dentro del Estado, con poderes para provocar un alza de precios de determinado producto o para especular gigantescamente con valores cotizables en Bolsa, en beneficio exclusivo de un grupo de privilegiados...

¿Y es esa propiedad la que se pretende que defienda la Iglesia? ¿Es ese concepto, trasnochado y equívoco, de la propiedad el que se quiere que la Iglesia defienda a ultranza? ¡Nunca jamás! Porque la Iglesia, depositaria de la verdad, no puede hacer causa

común con esos «propietarios» que tan diligentemente siguen el adagio de «todo para mis dientes y nada para mis parientes». La Iglesia se enfrenta con esos propietarios y los condena enérgicamente por cuanto están ejerciendo, no un derecho cristiano de propiedad, sino un abuso fraudulento de la propiedad. Y la Iglesia, a Dios gracias, nunca se ha alineado en el bando del fraude inmoral, del torpe engaño o del abuso criminal.



Año 1956

El materialismo, gravitando como losa de plomo sobre la conciencia del hombre moderno, es la causa fundamental de que el mundo viva encadenado por el problema social, que lo tortura y obsesiona.

Ya el preclaro pensador católico Donoso Cortés advirtió a la sociedad sobre los peligros que la acechaban si persistía en su alejamiento de las máximas del Crucificado, pues cuando los hombres y las sociedades se apartan del orden instituido por Dios, caen pronto en la anarquía y la revolución.

El desprecio de los valores espirituales y morales, que con tanta profusión se da hoy día, ha creado un espíritu materialista que todo lo invade. No es raro, pues, que, dominado por él, el patrono piense solamente en valores económicos y pingües beneficios y que el obrero posea un deseo -desorbitado muchas veces- de riquezas y placeres, a la par que tiende a un menor esfuerzo corporal.

Que, desgraciadamente, estamos recogiendo ya, desde hace tiempo, el fruto de ese materialismo, no es preciso demostrarlo. Que el mundo vive en zozobra permanente, conmovido por conflictos sociales, no hace falta decirlo. ¿Entonces?...

También Donoso Cortés intentó solucionar el problema, de acuerdo con la Iglesia, de una manera bien sencilla. ¿Cuál? El retorno a Dios. Una restauración completa de las instituciones y principios católicos. Un clima espiritual que haga posible esa restauración, pues, al fin y al cabo, la sociedad se salvará cuando el espíritu católico, que es espíritu de vida, lo vivifique todo: la enseñanza, los Gobiernos, las leyes, las instituciones y las costumbres.

Sin ese clima espiritual que haga posible el cambio de «el hombre para el hombre es lobo», del Hobbes materialista, por «el hombre es hermano para el hombre», del Evangelio, no podrá tener solución total el problema que nos ocupa.

Podrán implantarse modernos sistemas económicos, podrán ensayarse nuevas organizaciones administrativas, podrá ser mejorada, ¿por qué no?, la suerte de la humanidad. Pero la solución definitiva, quierase o no se quiera, de ese abrumador problema social, está ahí. En el retorno a Cristo y a su doctrina redentora.



Año 1959

Que el acceso a la propiedad se consiga muchas veces por caminos tortuosos, al margen de toda ley y con desprecio de la moral, no es suficiente para que «a priori» anatematizemos ese derecho y consideremos como delincuente a quien posea algo, no importa si poco o mucho.

En todo caso, y en esas circunstancias concretas, será una propiedad conseguida abusivamente, pero en nada empalidecerá ese sublime derecho, que se deriva de las exigencias humanas y está completamente acorde con la moral cristiana y aun con la conveniencia de la sociedad.

Y si esa posesión de bienes ha sido santificada con el sudor de la frente, por el trabajo o por los esfuerzos de toda índole, ya sean físicos o intelectuales, entonces ya nada puede objetarse contra ella y más bien que un delincuente debe ser considerado ese propietario como un ser altamente favorecedor de las mejores condiciones humanas y aun de los designios de Dios.

Por ello, la supresión de ese derecho es tan antinatural y va tan en contra de los verdaderos intereses de la humanidad que resulta verdaderamente incomprensible para mentes sanas y propósitos claros, aunque sea perfectamente lógica para ciertas mentalidades enfermizas a las que el resentimiento ha llevado a altos grados de paroxismo y desesperación.

Tomaremos, al azar, unos ejemplos.

Un obrero gana cuatro y gasta solamente dos, y ese ahorro, al cabo de cierto tiempo, le ha permitido adquirir una casa que, si bien modesta, a él habrá de parecerle un suntuoso palacio por la alegría natural que la posesión de las cosas lleva consigo. ¿Sería lógico y humano desposeerle de lo que con su ahorro adquirió?

Un labrador compra un erial. Pasa el tiempo. Muchos esfuerzos, trabajos y sudores han conseguido que lo que antes era terreno baldío se haya convertido en un vergel. ¿Sería humano, sería lógico,

sería moral arrancar a ese hombre la propiedad que tantos desvelos y energías le costó revalorizar?

Evidentemente, la supresión de ese derecho -no del uso abusivo de la propiedad, del que ya hablaremos- podrá llamarse como se quiera, pero tiene bien poco de justicia social.

1955



Año 1955

Todos sabemos que el materialismo marxista proclama el principio de que la Historia no es ni más ni menos que la insubordinación constante de los pobres contra los ricos, de los indigentes contra los poderosos, de los oprimidos contra los opresores. Y trata de explicar el problema social como un fenómeno lógico y natural de la rebelión de los que nada tienen contra los que todo lo poseen.

Es teoría trasnochada que no vamos a preocuparnos en rebatir.

El factor principal que ha multiplicado hasta el infinito el problema social es la descristianización de las conciencias. Hay falta de fe sincera, crisis de los valores espirituales. Y cuando esa relajación moral, ese desorden individual trasciende a la vida de los pueblos, surge como consecuencia el pavoroso problema social que no es ni más ni menos que la falta de caridad en unos y la carencia de resignación en los otros. Justos castigos del cielo...

Nadie se llame a engaño. Hubo otros tiempos en que la masa productora vivía feliz con su suerte. Una mayor abundancia de fe era el dichoso origen de que los peor dotados económicamente se sintieran más satisfechos.

Actualmente, ocurre todo lo contrario. Más escepticismo religioso y, por consiguiente, menos caridad, llevan consigo una mayor ambición de bienes terrenos, en detrimento de los celestiales. Muy lamentable, en verdad, pero no por ello menos cierto.

E igualmente es cierto también que las masas obreras de todo el mundo se hallan dispuestas a luchar por lo que creen de justicia con todos los medios que su organización y el conocimiento de su poder les han proporcionado. El trabajo se halla situado frente al capital y le habla de tú. ¿Quién vencerá a quien?...

Bien podemos afirmar que el sendero equivocado que sigue el mundo actual volverá a conocer el color de la sangre de la lucha de clases si la comprensión cristiana entre los hombres no existe o los Estados, diligentes, no ponen inmediatas manos a la obra...

Es muy lógico y natural que el hombre que arriesga capital, que el patrono que lleva la dirección de su negocio y pone al servicio del mismo sus mejores alientos, es muy humano, decimos, que pretenda unos fines lucrativos y consiga unos beneficios que nadie puede discutirle y que la Iglesia reputa como muy legítimos.

Nunca jamás pretenderemos alzarnos contra esos justos beneficios que la Iglesia respeta y proclama como convenientes a la buena marcha de la organización económica que rige la sociedad.

Ahora bien, estamos hablando de unos justos beneficios, no de los beneficios exorbitantes, que fácilmente se escamotean, o de unos beneficios logrados a costa del obrero, mal retribuido y peor considerado. Hay que hacer una justa distinción, cuando de beneficios se hable. Hay que saber distinguir cuándo pueden reputarse beneficios legítimos y cuándo deben proclamarse como ilícitos. Hay que saber dónde termina la justicia y da comienzo el egoísmo materialista. Esa es la cuestión. ¿Justos beneficios? La Iglesia afirma terminantemente: ¡Sí! ¿Beneficios exorbitantes, con desprecio de la condición humana del obrero? La Iglesia contesta también categóricamente: ¡No!

Es inconcebible que en los tiempos que corren, cuando los atentados a la justicia social se traducen en un reforzamiento de las teorías marxistas; cuando la concentración de grandes capitales en manos de unos pocos lleva como consecuencia la miseria al hogar de muchos; cuando es hora de que el hombre deje de ser lobo para el hombre, existan todavía seres humanos que conciban la empresa moderna, ya sea modesta o ingente, como un mero sistema especulativo, sin el contacto efusivo con la mano de obra, es decir, como instrumento materialista puesto al servicio de la economía del propietario, no al servicio de todos los hombres que esa misma empresa absorbe.

Y cuando el hombre piensa que su negocio, sea de la clase que

sea, ha sido montado solamente para servir sus intereses particulares, entonces ya no pueden haber beneficios legítimos, sino bastardos intereses. Entonces, ese empresario ya no es el hombre digno de nuestra admiración y de nuestro respeto. Entonces, ya nadie puede defenderle pues que se ha convertido en un delincuente social y, por lo tanto, hay que sancionarle. Señores: no lo digo yo. Lo dice un Ministro de Franco.

Veamos lo que dice el Excelentísimo Sr. Ministro del Trabajo, en uno de sus últimos discursos:

«Quienes trabajan como empresarios únicamente para acumular beneficios son, sencillamente, unos delincuentes sociales. La empresa no es empresa, no merece el glorioso nombre de empresa si se convierte en un sistema de amontonar dinero, si se entrega y se maniaata vergonzosamente, si se vende como una esclava y si sus hombres son unos reclutadores de siervos y unos negreros disfrazados de caballeros».

Tan elocuentes palabras no necesitan comentario.



Año 1931

A la sombra de la perniciosa doctrina liberal, que con el tiempo dio vida al marxismo, pudo campar a sus anchas el liberalismo económico, expresión de un violento individualismo aunque pretendiera disfrazarse bajo el señuelo de la iniciativa privada.

Esa teoría, afortunadamente anticuada, es la que nos empujó, poco a poco a la lucha de clases. Porque el liberalismo vino a decir al capitalista: «lo que posees lo has ganado o lo has heredado solamente tú. Por lo tanto, nadie sino tú puede disponer libremente de esa propiedad. ¿Quién es el obrero para discutirte ese privilegio? Todo es tuyo y de tu propiedad no se deriva ninguna obligación respecto al obrero ni nadie puede invocar derecho alguno que merme la libre posesión de tus bienes».

En contrapartida, el marxismo susurró, poco después, a los oídos del obrero: «solamente tú tienes derecho a disfrutar de los bienes producidos porque tú solamente, ayudado por la naturaleza, los produces. El capitalista no es ni más ni menos que un simple explotador que roba tu sudor y se aprovecha de tu esfuerzo. Rompe las cadenas con las que te tiene aherrojado. Elimínalo implacablemente puesto que mientras exista no tendrás libertad económica».

¡Ridículas teorías para conseguir el reinado de la justicia social y el progreso de la humanidad!

Si la teoría de conceder solamente al obrero el disfrute de los bienes terrenos, con la facultad de exterminar a la clase propietaria, resulta absurda y monstruosa, tanto o más resulta la que atribuye a la propiedad el uso abusivo de la misma. Ambas, como hijas predilectas del materialismo, no pueden ser defendidas bajo ningún concepto y menos todavía desde el campo social de la Iglesia que las ha condenado terminantemente.

Nacen las dos de un craso error: el liberalismo considera y juzga a las dos partes que forman el ciclo económico de la producción -capital y trabajo- como absolutamente independientes una de la otra. En vez de unir las, las distancia. En vez de fundir

los dos medios que sirven para producir, los coloca frente a frente. «Tú me vendes tu trabajo, yo te pago. Yo vendo el producto, yo gano». ¡Maravillosa mamarrachada cuyas trágicas consecuencias arrastra todavía la humanidad!



Año 1988

No pretendemos descubrir ningún nuevo Mediterráneo, como vulgarmente se dice, cuando afirmamos que el derecho a la propiedad privada es un derecho inalienable e intangible que a nadie le es lícito suprimir. Ni aun al Estado puede serle permisible acabar con ese derecho que la más elemental ley natural consagra.

En los remotos tiempos de la antigüedad nos encontramos con la célula primaria de la sociedad: la familia. Es lógico suponer que la familia se apropiara de aquellos productos naturales -vegetales o animales- que sirvieran para su alimento.

Y es lógico suponer también que cuando el hombre, a través de una larga peregrinación de siglos y movido por impulsos civilizadores, se convirtió en labrador y ganadero, se adueñara de la necesaria extensión de terreno, y de los animales convenientes, para cultivarla y producir los bienes que fueran necesarios para la vida de la familia.

Por lo tanto, no hay ninguna ley divina ni natural que pueda prohibir ese justo acceso del hombre a la propiedad. Resulta monstruoso que el Estado pretenda suprimir ese derecho, porque antes que el Estado fue la tribu y antes que ésta, la familia.

Todo el mundo tiene derecho a la posesión de bienes y a tratar de mejorar con esa posesión sus condiciones de vida. Y ese derecho a la propiedad no puede ser nunca un delito, como afirma el marxismo, por cuanto es, en la mayoría de los casos, producto del trabajo, de la inteligencia, del esfuerzo humano, en una palabra. Y si la posesión de bienes se deriva, las más de las veces, de la inteligencia, del trabajo y del esfuerzo humano, más bien que un delito será un mérito, puesto que es consecuencia no de un vicio sino de unas virtudes donadas generosamente al hombre por el Creador.

Hay quien asegura que el problema social -traducido a la lucha de clases- dio comienzo desde el momento mismo en que una minoría de hombres, por osadía o brutalmente, tomó posesión de la tierra, que pertenecía a la comunidad. Para los que tienen una interpretación materialista de la historia, tal vez no les sea difícil aceptar esta burda teoría, pura y típicamente marxista.

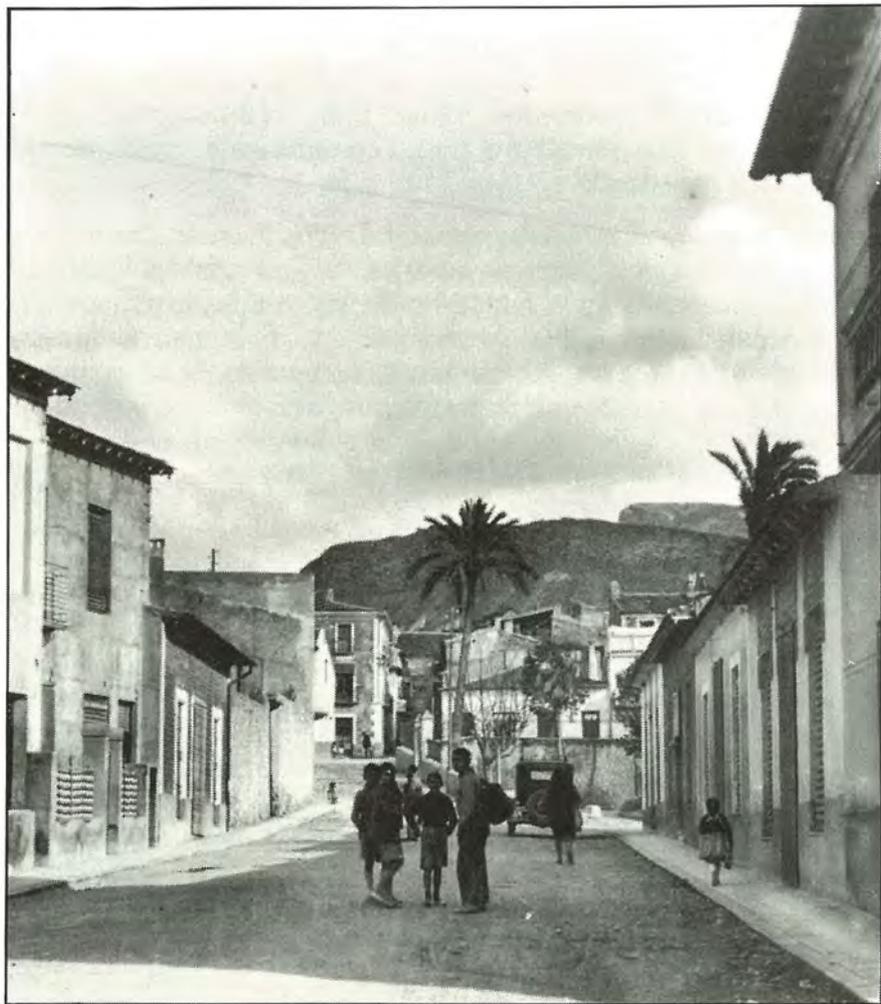
Empero, nosotros no podemos aceptarla, en modo alguno, como verdadera. La propiedad privada es no ya un derecho, que el Derecho divino y el Derecho natural consagran, sino más que eso todavía: una necesidad.

Para nosotros el problema social -tal como lo entendemos en la actualidad- con sus legiones de parados; con las grandes factorías, cuyas instalaciones suman muchos millones; con los ingentes capitales concentrados en manos de unos pocos y con la miseria haciendo presa en grandes núcleos humanos, se agudizó en el momento en que el maquinismo, con su formidable desarrollo, convirtió en realidad una teoría absurda: la de poner al hombre al servicio de la máquina, cuando se debió crear ésta para servir al hombre.

Los grandes avances del maquinismo en el siglo pasado, iniciando en gran escala la producción en serie, haciendo del obrero un insignificante tornillo del colosal engranaje de la industria moderna; arrebatando al hombre humanas y bellas condiciones para convertirle en un instrumento más de producción, que se cuida mientras rinde y que no merece la pena conservar cuando ya no puede producir lo suficiente, fueron la causa, en gran manera, -existen otros motivos tanto o más importantes que estudiaremos más adelante- de ese problema que ha sido el fantasma de los Estados modernos y que, desgraciadamente, continúa siendo la piedra de toque de nuestros tiempos, como podemos ver si nos preocupamos en observar lo que está ocurriendo por ese mundo...

Tendamos la vista hacia el Este. Un pueblo inmenso, apartado de Dios. Fruto de la revolución social. Miremos al Asia. Otro pueblo,

más inmenso todavía, entregado al materialismo por no haber sabido resolver a tiempo el problema social. ¿América? ¿Africa? Grandes convulsiones sociales por todas partes. ¿Y qué decir de la atormentada Europa? Decididamente, pacientes lectores, hay algo que no marcha en la sociedad actual.



Año 1954

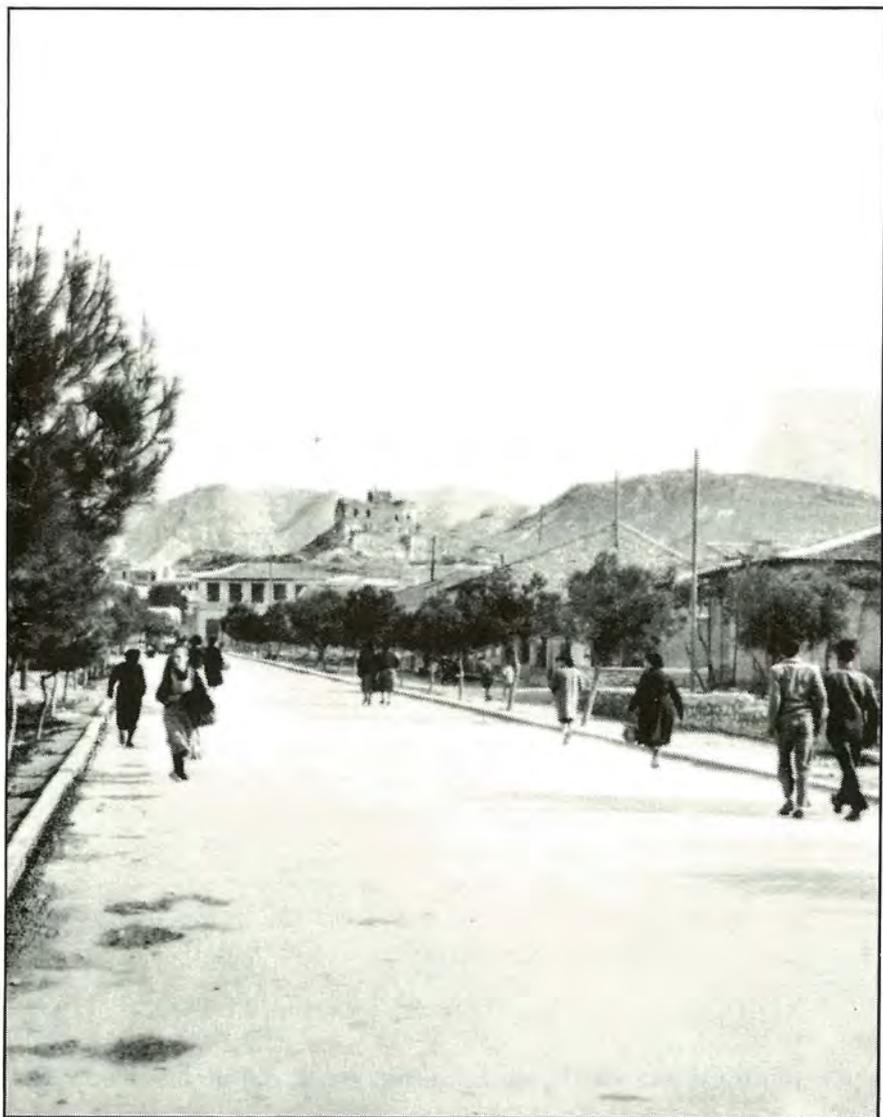
A los que constantemente vociferan contra la intervención que la mayoría de los Estados modernos se han visto obligados a efectuar sobre la economía particular y añoran, de forma pueril y hasta ridícula, los antañones tiempos del liberalismo económico, tendremos que recordarles que aquel sistema cumplió ya su cometido y llenó todo un ciclo histórico, pero que en la actualidad, a medida que se multiplican las dificultades económicas en las naciones, como consecuencia de una mayor densidad demográfica o una injusta distribución de la riqueza, resulta anticuado y ¿por qué no decirlo? es el causante de muchos males que aquejan a la sociedad actual.

Que el sistema liberal económico representó en los tiempos pasados -siglos XVIII y XIX- un gran paso en el progreso humano, nadie puede negarlo. Que ese sistema, junto con el maquinismo, logró una expansión económica considerable y que, al abaratar la producción, puso en manos de una masa importantísima de consumidores los productos que antes le resultaban prohibidos por sus precios, a nadie le es dable desmentirlo. Que contribuyó a elevar el nivel de vida de gran número de obreros, también podemos afirmarlo. Pero...

Ese mismo sistema liberal llevaba plomo en el ala, como vulgarmente se dice, por cuanto al amparo del mismo se amasaron inmensas fortunas y se engendraron terribles miserias. Ese liberalismo económico, causante del capitalismo y de sus abusos, -no conviene confundir dos términos tan distantes y contrapuestos como capitalismo y propiedad privada- tuvo el defecto de concentrar inmensas riquezas en manos de unos pocos y sembrar la miseria entre grandes núcleos obreros.

Ese liberalismo económico, creador del «Trust» y del «Cártel» de la Sociedad Anónima y de la concentración bancaria, desarraigó de la personalidad humana el vínculo de caridad y comprensión que unía a los componentes del gremio medieval y, con-

virtiendo al hombre en número, constituyó el tobogán peligroso por el que se deslizaron, raudas, las enormes masas productoras hacia la infernal lucha de clases.



Año 1953

Para los que, por desgracia para la humanidad, se hallan todavía aferrados a una concepción anacrónica de la empresa; para los que hacen suya la teoría libero-materialista de la producción; para los que añoran tiempos pretéritos, que nunca más han de volver, y no aciertan a comprender la evolución que los tiempos actuales imponen en lo que respecta a una más justa distribución de la riqueza, vamos a transcribir unas palabras de ese coloso moderno que es el jesuita padre Lombardi:

«Pensáis mucho en vuestros derechos ¡pensad un poco más en vuestros deberes! Os dais cuenta enseguida si otro falta contra vosotros, pero ¿habéis reflexionado alguna vez si fuisteis vosotros los que faltásteis primero? En vuestra casa todo debe estar en orden ¿pero sabéis que hay gentes que no tienen casa? ¿Gentes que viven hacinadas, a veces de a diez, en una habitación, peor que las bestias? ¡Oh, señores míos, nosotros no queremos el comunismo, es verdad, pero sabed que también vosotros tenéis que cambiar mucho! La sociedad que está por llegar no es la sociedad de los privilegiados, no es, ciertamente, VUESTRA sociedad.

Y si el hombre con quien debéis tratar no es un hombre cualquiera sino un obrero, pensad bien que con él tenéis obligaciones muy especiales: él no sólo tiene derecho a la vida como todos los humanos, sino que tiene derecho a participar en las ganancias de la empresa proporcionalmente al trabajo que rinde.

La ganancia no debe quedar toda al beneficio del capital, dejando al trabajador exclusivamente lo necesario a la vida; haciéndolo así, cometéis una injusticia. Dirigentes, sabed que Dios conoce muy bien vuestros dividendos y os pedira estricta cuenta del modo con que habéis administrado las riquezas de la familia humana».

Sin comentarios.

No, no tan solo delinque contra la justicia social el capitalismo materialista, pues que también puede hacerlo -de hecho lo hace- el obrero o la clase productora.

Delinque el que premeditadamente aminora su esfuerzo y encarece con su insensato proceder la producción. Delinque quien disminuye su trabajo en el interior de la empresa, con notoria lesión de los intereses de la misma. Delinque el que por envidia o resentimiento es incapaz de apreciar las buenas condiciones morales de su empresario y ve en él solamente al que trata de beneficiarse de su esfuerzo y de su sudor. Delinque el que sabotea, activa o pasivamente, la producción porque cuantos menos bienes se produzcan menos habrá para distribuir, y ello constituye ya de por sí un delito de lesa humanidad digno de ser sancionado. Delinque el que odia, el que envidia al de arriba, sin tener en cuenta que en el mundo siempre habrá diferencias económicas entre los hombres, siempre, quien dirija y quien haya de ser dirigido, quien mande y quien obedezca. Es la ley natural de la vida y nadie, que esté en su sano juicio, debe tratar de enmendar la plana a Dios, como vulgarmente se dice.

Insensatas propagandas pretendieron llevar al convencimiento del obrero la falsedad de esa ley natural y todos sabemos, por triste experiencia, lo perniciosas que resultaron. Delinque, delinque ese obrero que lleva en sus ojos la mirada del rencor y del resentimiento, del mismo modo que delinquían aquéllos que, impedidos por un odio satánico, pretendían liquidar a tiros todo cuanto ellos creían que era un estorbo para la consecución de sus fines.

¿Y así se pretende servir la justicia social? ¿Con esos métodos se quiere levantar el armónico edificio donde reine la justicia social? ¿Con la envidia y el rencor se trata de edificar una sociedad más justa y se pretende llegar a una distribución más equitativa de la riqueza? Menguados medios son éstos para conseguirlo, porque el odio sólo puede engendrar odio y si no cegamos la fuente nociva de donde mana el rencor todo lo inundará ese sentimiento

perverso, aunque quiera disfrazarse bajo la bandera de una falsa justicia social.

Arranquemos de nuestros corazones la cizaña del odio, de la envidia, del afán desmedido de riquezas materiales, pues si lo hiciéramos con energía, al suprimir las causas que lo provocan dejaría de subsistir ese problema social que hoy atormenta a la humanidad de nuestros días.

1954



Año 1958

No tan sólo puede delinquir contra la justicia social el capitalismo. También desde la orilla opuesta, la del trabajo, pueden partir la injusticia y el error.

El obrero puede no ya solicitar, sino exigir, porque ello es de justicia, que se humanicen, en lo posible, las condiciones del trabajo. Podrá pedir que se le trate como a un ser humano; que se mejore su nivel de vida; que se perfeccionen los seguros de vejez, de enfermedad; que se amplíen las prestaciones de los montepíos laborales; incluso llegará, con el tiempo, al seguro total y a la participación de los beneficios de la empresa. Ello nos parece muy lógico y natural y nadie que esté en su sano juicio puede discutir al obrero estos derechos imprescriptibles. Ahora bien, de eso a que pretendamos una igualdad económica entre todos los componentes de la humanidad hay un gran trecho.

Estamos casi completamente seguros de que nadie cree ya en la igualdad económica de todos, porque siendo esa desigualdad una consecuencia de la diversidad de inteligencias, de la diferencia de dotes morales y de las veleidades de la diosa Fortuna, que a unos prodiga sus favores y cierra sus puertas herméticamente a otros, se infiere que no es posible esa pretendida igualdad que en tiempos pasados constituyó las delicias de muchos memos y el argumento infalible y facilón de tantos «tribunos» de ocasión.

En justicia, el obrero no puede pretender que el rico se convierta en pobre, ni que el propietario reparta sus propiedades, ni que el industrial haga don de industria a sus obreros. Porque una cosa es la revolución desde arriba -que nada tiene que ver con la revolución desde abajo- y otra cosa muy distinta es la envidia. Por eso, tanto delinque contra la justicia social el patrono «negro disfrazado de caballero», del que nos hablaba un ministro hace muy poco, preocupado solamente en amontonar riquezas, como el obrero que, por envidia, quiere apoderarse de lo que no

es suyo. Poco a poco. A cada uno lo que le pertenece. Justicia social, sí. Resentimiento y envidia, no. Porque si lo que se pretende es arruinar a los ricos para que otros se encaramen a sus puestos, es ir contra los designios de Dios. Y si lo que se quiere es destruir el actual orden social, para instaurar otro -no sabemos si más justo o más arbitrario- tampoco encontraremos justificación para ese proceder, porque nunca jamás el fin puede justificar los medios empleados para su consecución. Y si de sobra sabemos que los medios empleados por toda revolución desde abajo han sido siempre el expolio y el crimen, nunca jamás tampoco podrán ser esos medios, padres de la justicia, sino que, por el contrario, serán los que engendren el desorden, la injusticia y la iniquidad.



Año 1958

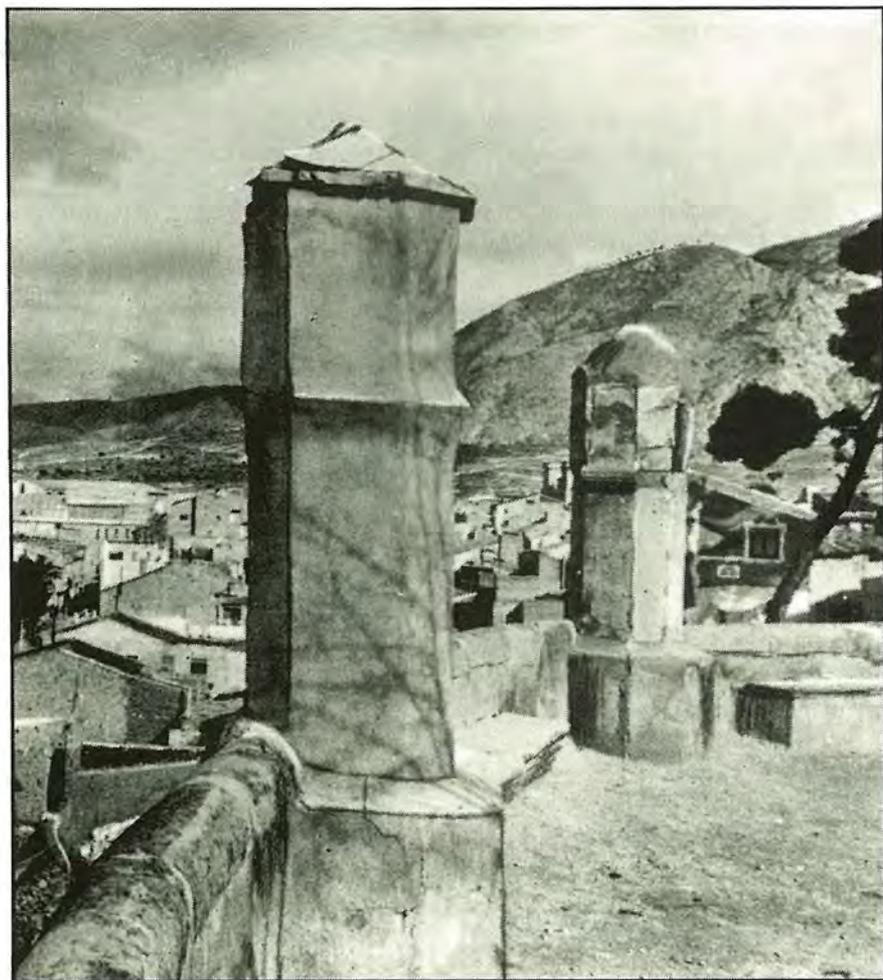
Hay quien arguye que el problema social es insoluble, y quienes argumentan que están llamadas al fracaso las modernas teorías de la co-gestión y co-participación en la empresa de las dos ramas que la componen: capital y trabajo.

Respecto a los primeros, de sobra es sabido que totalmente nunca podrán acabarse los pobres. Nadie mejor que nosotros podemos saberlo, teniendo tan conocida aquella frase de Cristo: «Pobres siempre los tendréis entre vosotros». De acuerdo. Perfectamente de acuerdo. Porque de esa manera Dios prueba a todos: a los pobres para comprobar si saben llevar con resignación su indigencia. A los ricos, para ver si saben cumplir con los preceptos evangélicos de la caridad.

Pero, si bien es cierto que pobres siempre los habrá entre nosotros, no es menos cierto que si ese afán desmedido de riquezas, ese anhelo desmesurado de lucro, ese deseo infrahumano de ganancias abusivas, ese homenaje a la especulación deshonesta, que son los signos más exactos -salvo raras y muy honrosas excepciones- que distinguen a la casi totalidad de la industria y a la propiedad de toda suerte, en general, fuera trocado por un deseo sincero de colaboración y compenetración entre todo el género humano, habríamos adelantado un gran trecho para la solución de ese problema tan fuertemente debatido en los tiempos actuales.

Si el patrono viera en sus obreros, como la Iglesia quiere y predica, no simples números que han de ajustarse a sus cálculos; si viera en ellos no diminutas piezas del engranaje de su industria, sino hermanos con unas necesidades que cubrir y un alma que salvar. Si los rendimientos se pusieran al alcance de todos, y no en beneficio de unos cuantos, ahí tendríamos los principios básicos para solventar ese problema. Y si, el obrero pusiera a contribución sus mejores esfuerzos y su inteligencia para producir más y mejor, y viera en el patrono no a quien se aprovecha de

su sudor, sino al hombre que, con paternal cariño, y con superior inteligencia, dirige la empresa en la que él encuentra sus medios de vida y una participación en los resultados favorables de la misma, a tono con los esfuerzos que desarrolla o el trabajo que rinde, ¡ah! que distinto sería entonces ese problema. Entonces sí que existiría esa compenetración que la Iglesia, más que todos, busca y entonces sí que el trabajo sería la verdadera sinfonía de la confraternización y de la colaboración humanas.



Año 1955

La empresa cristiana ha de tener por sólidos cimientos la conjugación armónica de los intereses del capital y del trabajo, puesto que los dos, conjuntamente, contribuyen al desarrollo de la misma.

Es doctrina perniciosa el desconocer los intereses legítimos de la propiedad, no hay duda. Pero también resulta monstruoso pretender ignorar los intereses, tan legítimos como aquéllos, del trabajo.

Veamos lo que nos dice el doctor Morcillo al respecto, en su ya aludida pastoral «Teología de la empresa»:

«En la empresa tienen que encontrar los hombres los medios de vivir decorosamente su vida de hombres con derechos y deberes familiares indeclinables. Si la empresa absorbe a todo el hombre, la empresa debe cubrir todas sus necesidades vitales. La justicia y la rectitud exigen que se reconozca por todos que si todos los hombres de la empresa coinciden en prestar a ésta mancomunadamente sus servicios para obtener ganancias, y si éstas se obtienen precisamente por tal concepto, a todos los hombres de la empresa asiste un mismo derecho a la parte proporcional de los bienes producidos.

Si bien es muy cierto que han de guardarse las debidas proporciones, no se puede olvidar que es siempre su participación eficaz en la producción la justificación una e idéntica de la parte que el capital y el trabajo deben llevarse en la parte de los beneficios producidos.

Al gozo del obrero en su trabajo faltan con frecuencia en la empresa moderna dos condiciones precisas: que no sabe o no ve cuál es la obra para la que trabaja y que más allá de la factoría ve su vida y su hogar inseguros y sometidos a un régimen de carencia. La empresa, para llegar a ser justa, tendrá que sembrar, juntamente con otras, estas dos entrañables ilusiones en el alma de sus trabajadores.

El que el contrato de trabajo o régimen de sueldos y salarios no sea de por sí injusto no quiere decir que no haya otros sistemas más aptos para cumplir la justicia y más fáciles para llenar las aspiraciones justas de todos. La experiencia ha demostrado que puede la empresa evolucionar hacia formas más adecuadas de retribución y de régimen interior».

1954



Año 1931

Si afirmamos que la Iglesia ha defendido siempre el derecho a la propiedad privada, nada nuevo habremos dicho.

Si mantenemos el criterio, con la Iglesia, de que la propiedad privada es natural y altamente provechosa para el progreso de la sociedad, nada habremos descubierto tampoco.

Lo que combatimos, de acuerdo con la Iglesia, son los abusos que se cometen a la sombra de esa propiedad, del mismo modo que no siendo anticapitalistas rechazamos las monstruosidades que ese sistema engendra.

La propiedad, ya sea rústica o urbana, industrial o comercial, puede pertenecer a un individuo o a un grupo de individuos. Ahora bien, querer encerrar esa propiedad en los compartimientos estancos de la conveniencia particular del propietario o de los dueños, ni es humano ni cristiano y, por lo tanto, está en pugna flagrante con los dictados de la Iglesia y aun con las conveniencias sociales. Más aún: con las conveniencias de esa misma propiedad.

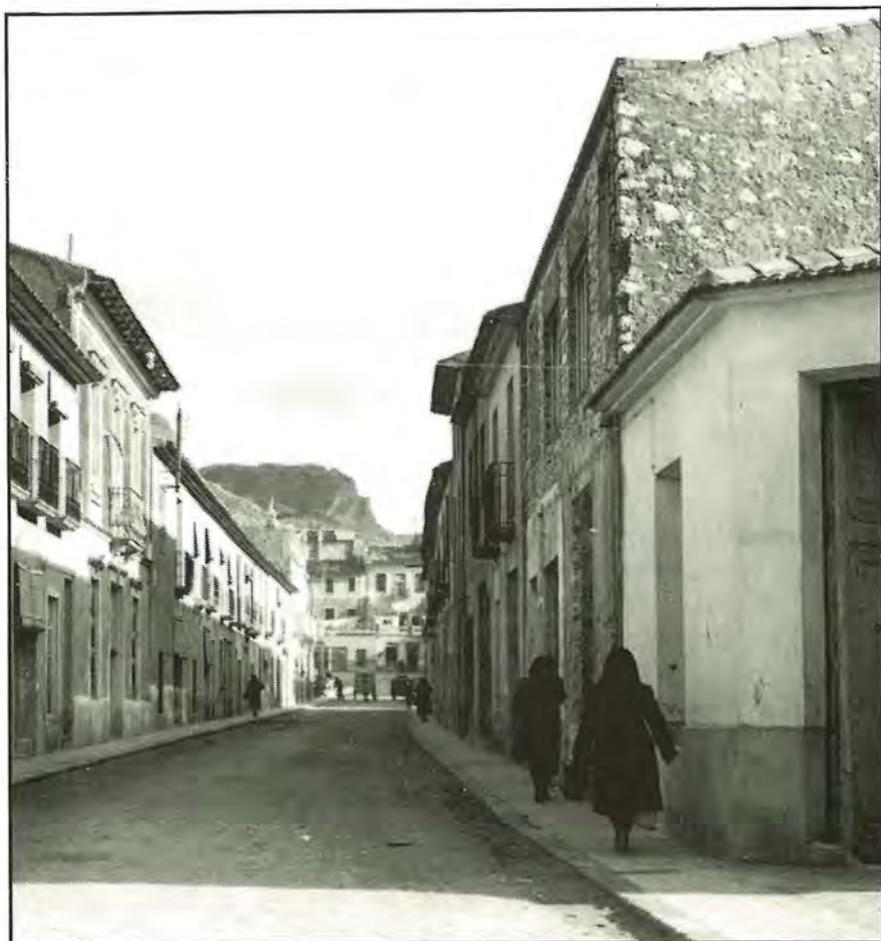
La propiedad, sea de la clase que sea, ha de ser reconocida como justa y necesaria, pero siempre y cuando cumpla los fines bien determinados de contribuir al bienestar de todos y no al de unos privilegiados.

Por ello, ese criterio libero-capitalista de atribuir todo el valor al factor «peseta» haciendo omisión del otro factor, tan importante como aquél, el factor «mano de obra», al romper la armonía de la empresa, ha acarreado males sin cuento a esta doliente humanidad.

Esa propensión a retribuir con los beneficios única y exclusivamente los intereses del capital, resulta monstruosa y, en los tiempos que corren, verdaderamente anacrónica.

El doctor don Casimiro Morcillo, obispo de Bilbao, ha dado a conocer recientemente una pastoral que titula «Teología de la empresa» en la que, entre otras cosas, dice: «*Cuando de intereses*

materiales se trata, cualquiera que sea el concepto que de la empresa se tenga, la justicia impone muy graves deberes. La natural evolución de los espíritus y un más profundo estudio del problema modificarán seguramente en plazo no muy largo los límites de la justicia y del derecho en las empresas, y no precisamente en favor del capital, sino en favor del trabajo múltiple que en la empresa se desarrolla, porque los intereses y la economía en general se sustentan primordialmente sobre el elemento humano de la empresa».



Año 1954

El problema que venimos estudiando no existió en los patriarcales tiempos, cuando la totalidad de los miembros de la familia obedecía al jefe de la misma, trabajaban juntos y, agrupados, conocían las excelencias o las dificultades de la empresa a la que pertenecían y la cual desarrollaban en comunidad.

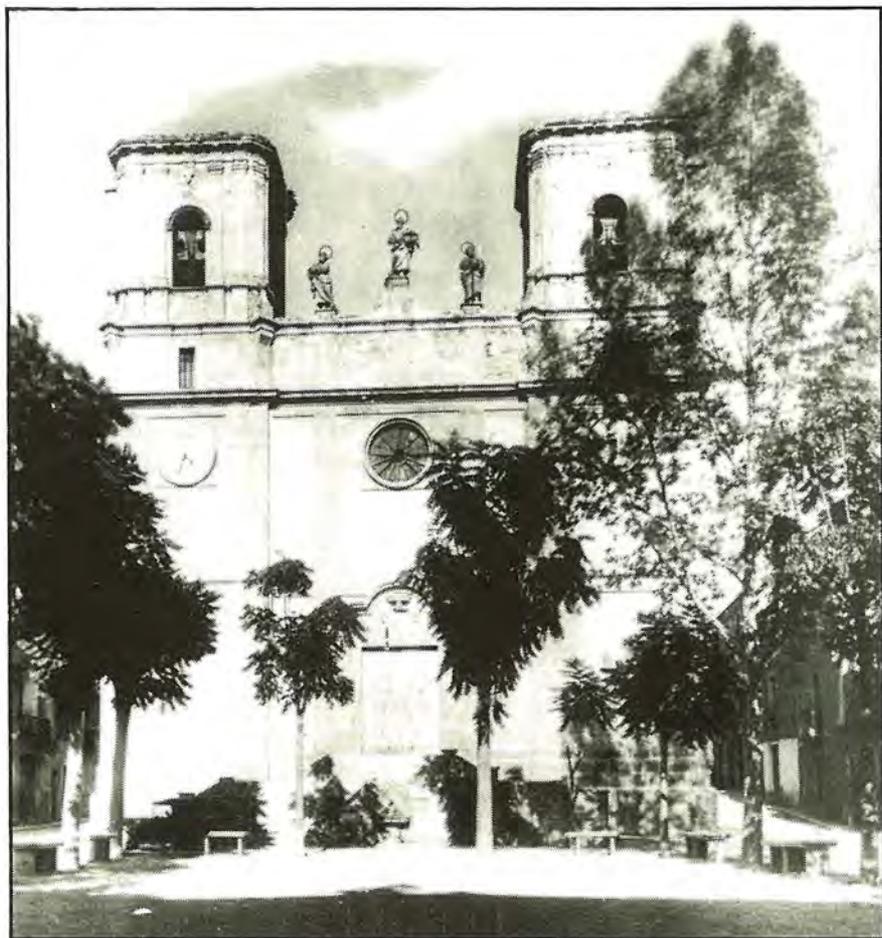
Ni tampoco el problema social tuvo su principal virulencia en el Medievo, cuando existían los gremios laborales, de grato recuerdo, en los que la hermandad entre maestros y aprendices -patronos y obreros- era humana y fraternal. Cuando el hombre era considerado como «portador de valores eternos», en frase de cierto conocido político.

El problema social alcanza su verdadera importancia, su trágica proporción ¡sarcasmo cruel! en el «siglo de las luces». Cuando el materialismo ha hecho ya presa en todos y el obrero no es mirado por el patrono como el hermano de Jesucristo, con un alma que salvar y unos problemas humanos que resolver, como todo mortal. Cuando el obrero no ve -por injusto resentimiento muchas veces- en el patrono al ser que ejerce una digna y lícita autoridad -y ya sabemos que el poder justo viene de Dios-, sino que ve en él -con harta razón muchas veces también- al ser infrahumano que especula torpemente con su sudor; que obtiene pingües beneficios; que se enriquece exorbitantemente y cuya renta exagerada llega a constituir, por sus proporciones, una ganancia indecorosa, mientras en su casa, muchas veces, falta lo necesario e imprescindible para llevar una vida digna y humana, propia de seres racionales, no de brutos.

El problema social no nació, pues, con la distribución de la riqueza, sino con las injusticias derivadas de una deficiente distribución. El problema social no nació con el capitalismo -como afirman los marxistas- sino con los abusos cometidos por el sistema capitalista. El problema social tiene su formidable repercusión en la vida de las naciones cuando el mísero mortal se olvida

de la palabra de Dios. Cuando los hombres no se miran como hermanos sino como antagonistas que, en el campo económico, han de dirimir de una manera trágica y brutal la preponderancia de una clase o la de otra. El triunfo del capital o la victoria del trabajo. ¡Inhumana lucha de clases, que todos hemos conocido y que tan amargos frutos nos ha deparado!

He ahí el problema de cuya solución, quiérase o no, depende, en gran manera, -materialmente hablando-, la suerte o la desventura de la humanidad.



Año 1931

Si el grosero materialismo no hubiera hecho un culto del dinero no es probable que el maquinismo fuese la causa de grandes perturbaciones sociales.

La maquinaria hubiera servido para ahorrar esfuerzos humanos, para la expansión de la industria, pero en modo alguno debió convertirse en la enemiga del obrero.

Pero el dueño de la máquina, saturado de ese materialismo que venimos comentando, antes de prescindir de ella prefirió prescindir del hombre. Ni por asomos se le ocurrió pensar que el obrero, al romperse el vínculo que le unía a la empresa, habría de reaccionar contra el causante de su despido que, en la mayoría de los casos, llevaba anejo el hambre y la desesperación.

Frente a la reducción del empleo de mano de obra que la máquina trajo consigo sólo cabían dos soluciones: o una reducción de la jornada de trabajo o, trabajando las mismas horas, incrementar la producción de objetos manufacturados.

Pero el capitalismo prefirió otra solución más radical, si bien que mucho más irracional e inhumana: si con las máquinas y cincuenta obreros me es dable producir lo que antes producía con doscientos ¡a la calle los ciento cincuenta que sobran!

Ya tenemos al hombre al servicio de la máquina, la materia venciendo al espíritu. Inmensas legiones de parados empujados a la desesperación y al hambre.

No es de extrañar que esas masas de desocupados reaccionaran, por instinto de conservación, violentamente y que con aquella reacción diera comienzo la tan cacareada lucha de clases.

Si, como hemos visto, el liberalismo económico, al hacer un pernicioso uso del maquinismo y del progreso de la técnica, dio lugar al nacimiento del marxismo, con la secuela de las huelgas, atentados sangrientos y pérdidas de toda suerte que la humanidad ha experimentado, y si el marxismo, que prohíbe toda iniciativa privada, tampoco puede ser considerado como doctrina progresiva puesto que empieza por suprimir ese inalienable derecho que Dios ha concedido al hombre, la libertad, ¿qué hacer?

La respuesta es bien sencilla: o caemos en un desmesurado liberalismo, por el camino de la libertad económica, o corremos el peligro de ser desbordados por el marxismo. O volvemos a los inefables tiempos en que cada uno hacía cuanto le venía en gana, cosa ésta bastante dudosa porque, como vulgarmente se dice, «no está el horno para bollos» o nos damos de bruces con el comunismo. ¿Dónde está la solución?

La Iglesia considera que si peligroso resulta un liberalismo desmesurado, tanto o más lo es el antídoto con que se piensa combatirlo: el marxismo. Se impone, pues, el retorno a la política social de la Iglesia. Los Estados que así lo consideren y vayan poniendo en práctica los principios de la sociología cristiana, contenidos en las Encíclicas de los Pontífices y en multitud de pastorales de los obispos, estarán en mejores condiciones para solucionar, hasta donde humanamente es posible, el problema social, que aquellos otros que, en brazos de un despiadado materialismo, lo fíen todo a la iniciativa particular, a la «compra» de la mano de obra y a la regulación económica mediante esa ley tan conocida de «la oferta y la demanda».

La Iglesia no es partidaria, ni los que comulgamos con su doctrina tampoco, de una intervención estatal en el campo económico. El ideal sería una amplia libertad para todos, en el orden económico se entiende, pero a condición de que el valor de los

bienes producidos no fuera absorbido por unos pocos sino distribuido, en su justa parte, entre todos los que contribuyen a producirlo. Para ello no sería necesario inventar ningún nuevo sistema filosófico-administrativo. Bastaría con que existiera la caridad. Pero ¿y si falta este elemental sentimiento cristiano? ¡Ah! Entonces, habrá que buscar otra solución. El liberalismo, si falta la caridad, se invalida por sí mismo al concentrar en pocas manos bienes ingentes y sumir en la miseria al grupo más numeroso de seres humanos. Los tiempos actuales imponen soluciones colectivas: el mayor número de bienes para el mayor número de seres humanos. Y el que no quiera comprenderlo así, peor para él. El tiempo se encargará de aclararle su cerrazón mental. Palabra.



Año 1972

El perfecto ensamblaje de la Edad Media, su armonía religiosa-social, fue rota por dos hechos de trascendental importancia: la Reforma y el invento de la máquina.

El primero, padre del materialismo moderno, es el causante, en gran manera, de gigantescos conflictos sociales y fue la palanca poderosa que removió los cimientos de los tres pilares básicos del Medievo: el altar, el trono y la patria.

La máquina, al elevar el coste de manera considerable, de los instrumentos de trabajo, vino a establecer una diferencia bien acusada. A un lado, los que tenían medios suficientes para adquirirla. En la parte opuesta, los que, por su precio, no podían comprarla.

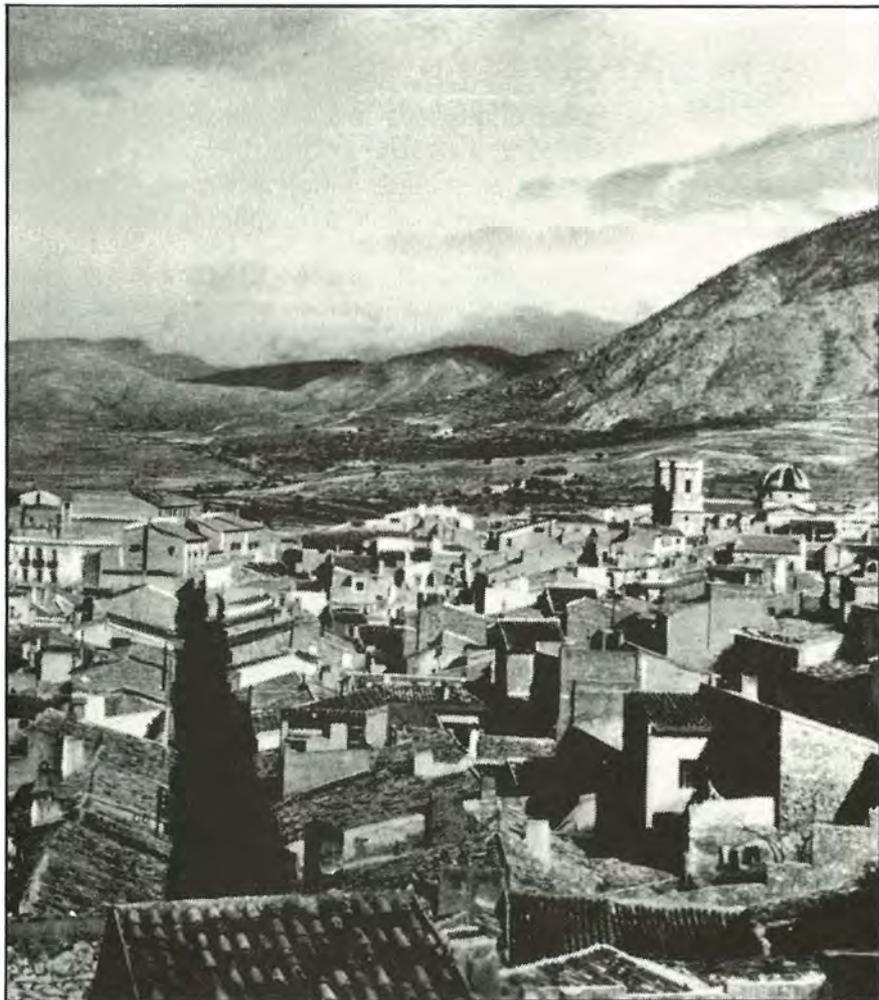
Y esta diferencia, tan simple a primera vista, fue la causa de la muerte del sistema gremial. El gremio, austero y cristiano, pero con reducidas posibilidades económicas, no puede, en la mayoría de los casos, poseer el nuevo instrumento de trabajo. La máquina, por otra parte, produce en mejores condiciones, más económicamente, que el trabajador, casi enteramente manual. Se instalan modernas factorías. Los agrupados gremiales entran a formar parte de las nuevas industrias y así muere la organización que durante tanto tiempo encauzó las corrientes económico-sociales de grandes sectores humanos, con probada eficacia.

Claro está. Si la aparición de la máquina se hubiera producido en época distinta, es decir, cuando los sólidos cimientos cristianos de la sociedad no eran pura entelequia sino verdad absoluta y rotunda, con toda seguridad que el vendaval de los conflictos sociales no hubiese resquebrajado tan profundamente todo el edificio de la civilización moderna.

Pero el hombre no bebe ya solamente en las fuentes purísimas del Evangelio. La serpiente de la Reforma lo ha hecho soberbio. Quiere solventar el gran problema social con la diosa Razón y la Matemática. ¿Cómo el hombre de negocios, que maneja ingentes capitales y tiene a sus órdenes legiones de hombres, ha de

perder el tiempo en monsergas de curas? ¿Y qué ha de hacer el obrero, que está debajo, viendo el ejemplo que dan los de arriba? El gran espectáculo está por llegar.

Se avecina la lucha de clases...



Año 1952

El mal empleo que el hombre hizo de la máquina, como ya dijimos en uno de nuestros escritos anteriores, fue también un poderoso motivo que agravó, de forma considerable, el problema social. El materialismo egoísta puso al hombre al servicio de la máquina, en lugar de poner la máquina al servicio del hombre.

La máquina abarató la producción y multiplicó el consumo. Pero obrero y máquina se convirtieron, de momento, en mortales enemigos, cuando debieron marchar unidos y acordes con un solo norte por guía: el mejoramiento de las condiciones de vida del género humano y el progreso social.

Si el gremio, de escasas posibilidades económicas, hubiera podido aprovechar la coyuntura que la máquina le brindaba, y adquirirla, no cabe la menor duda que el espíritu cristiano que lo informaba hubiera logrado que ese nuevo útil del trabajo que revolucionó la economía, lejos de constituir un instrumento especulativo se convirtiera en un medio para ahorrar penosos esfuerzos y energías humanos.

Pero la máquina, de elevado coste, sólo podía ser adquirida por los pródigamente dotados -económicamente hablando- y ahí se cometió el primer abuso del capitalismo.

Ya dueño de la máquina, el capitalismo compra al hombre su trabajo y se convierte en productor único. Segundo abuso del capital.

Entonces se rompe la armonía en la empresa. La propiedad se deshumaniza, y desdeñando la caridad, convierte al obrero en simple número, en diminuto tornillo del colosal engranaje de la empresa moderna. Más tarde experimentaríamos las desagradables consecuencias de esa fatal concepción de la propiedad y de la empresa.

Que la máquina produce más barato que la mano del hombre y constituye un ahorro considerable de esfuerzos humanos, nadie puede negarlo. Pero la perturbación que produjo el mal empleo del maquinismo la pagó, y bien cara por cierto, la doliente humanidad.

Si sabemos que la armonía social la destruyó el maquinismo -no la máquina en sí sino el mal uso que de ella hizo el hombre- y la religiosa, la Reforma y su ahijado el liberalismo, fácil es comprender que ello habría de acarrear sobre la humanidad males sin cuento.

Los pensadores católicos del siglo pasado y principios del actual ya previeron los peligros que para el futuro encerraba el liberalismo que, como doctrina política, fue el que preparó el camino al marxismo. Ya afirmaban entonces que el liberalismo, consecuencia directa de la Reforma e hijo predilecto del materialismo, acabaría siendo desbordado por la doctrina de Marx y serviría de plataforma ideal para el lanzamiento sobre el mundo de sus ideas disolventes. No es necesario ponderar lo acertado de aquellos juicios, ya tan lejanos y que, sin embargo, resultan de tan palpitante actualidad.

Por eso no nos sentimos extrañados de los avances que, innegablemente, va consiguiendo en el mundo el comunismo. Ni nos sumamos tampoco a los que ante esos progresos lanzan al viento los estériles graznidos que provoca el pánico. No es ése el camino a nuestro entender.

Lo que hay que observar, en primer término, es si esos avances son producto de la irreligiosidad de la masa obrera o -¿por qué no decirlo?- son fruto, muchas veces, de unas necesidades insatisfechas que fomentan, en gran manera, aquella irreligiosidad.

El marxismo ha podido conseguir sus avances gracias al desarraigo del alma del obrero de las máximas de Cristo. Evidente. Pero, justo es decirlo, no ha sido, en la mayoría de los casos, en las almas de los patronos donde se ha dado culto preferente a Dios, sino al conocido becerro de oro...

Y es entonces, fomentado por esa irreligiosidad, cuando el problema social tiene su formidable repercusión en la vida de los

pueblos. Es entonces cuando el mísero mortal se olvida de la palabra de Dios, cuando adquiere su principal virulencia; cuando los hombres no se miran como hermanos sino como antagonistas que en el estadio económico han de dirimir, de una manera trágica y brutal, la preponderancia de una clase o la de otra. Triunfo del capital o victoria del trabajo. ¡Inhumana lucha de clases, que todos hemos conocido, y que tan sangrientos como amargos frutos nos ha deparado!

1955



Año 1989

El humilde Crispín alcanzó, con la santidad, la cima de lo espiritual.

El zapatero oscuro y sin relieve vino a demostrar, como otros Santos, que ante el trono de Dios no importan las categorías sociales sino el esfuerzo y los sudores del alma por encontrar, con ansia de perfección, el luminoso camino que conduce a la eterna felicidad.

El trabajo es medio de santificación cuando se realiza con espíritu alegre de obediencia a los designios del Creador y con ánimo de entrega al servicio de la comunidad.

Por eso el trabajo, lejos de separar, debe unir a todos: a quienes lo dirigen y a quienes lo ejecutan. Que si por nuestra condición de hermanos debemos realizarlo en común, por esa misma condición hemos de sentir la necesidad de santificarnos en él y, con espíritu de sacrificio, ponerlo al servicio de los demás. El trabajo, como vínculo de unión; el trabajo, como vínculo de participación; el trabajo, como vínculo de santificación; el trabajo, como vínculo de oración... Si existe otro medio para solventar el tan cacareado problema social, que vengan y nos lo cuenten. Estamos, en verdad, deseosos de saberlo.

Miremos a San Crispín, hecho bondad, hecho ternura, con ánimo de servicio y sacrificio. Pensando en su tarea, que hay que realizar, porque así lo quiso Dios. Con espíritu de caridad, con ansia de amor desmedido, con alegre optimismo, con fervientes deseos de servicio a la comunidad.

El trabajo es de todos y debe ser para todos. ¡Magnífico medio para elevar la pobre condición humana! Imitemos a San Crispín para que un día, en el gran día, podamos comparecer, todos también, ante el trono de Dios, no con las manos vacías sino repletas de flores recogidas en el ancho campo de la humana fraternidad. Con el corazón abierto para que se nos abran las puertas del Cielo. Como a él. Como al zapatero oscuro y sin relieve. Como al humilde San Crispín.

No resulta del todo agradable hablar de la empresa, en su doble vertiente de capital y trabajo, porque en su seno chocan y se entrecruzan humanos intereses que nos empujan, en uno u otro campo, a prestar más atención al logro personal que al bien común. De ahí que pese a los tímidos ensayos que se realizan, no queden resueltos, definitivamente, los problemas que a diario surgen en la entraña de la misma.

Está por ver si en un futuro, más o menos lejano, esos inevitables, hasta hoy, problemas de compenetración, colaboración y participación pueden resolverse a base de fórmulas matemáticas, aunque a juzgar por los resultados obtenidos en otros países, con distintos sistemas socio-económicos, mucho nos tememos que no.

El ideal de una perfecta sincronización entre capital y trabajo, entre dirigentes y dirigidos, no puede, a nuestro juicio, lograrse con planes establecidos de antemano que, a la larga, constituyen rotundos fracasos porque -todos lo sabemos- de nada sirven si falla el hombre, que es lo que, precisamente, viene fallando.

Si queremos obtener resultados positivos habremos de cambiar de mentalidad y, por supuesto, modificar el concepto que tenemos de la propiedad. En definitiva, huir del «ego sum», tan peligroso, y lavar nuestros corazones con el agua cristalina de un profundo y auténtico amor al prójimo. Lo demás, a nuestro humilde entender, son simplezas cuyos amargos frutos recogeremos nosotros, nuestros hijos o nuestros nietos.

Todos sabemos lo difícil de la solución pero tampoco ignoramos la existencia de un problema que, un día u otro, tendrá que ser abordado. La humanidad, en lo económico, se desarrolla a través de ciclos históricos que nacen un día para morir en otro. Ciclos de expansión y ciclos de depresión. Y hay que armarse de coraje y, sobre todo, de espíritu de caridad para remontar estos últimos cuando se presenten.

Seamos humildes y sintamos el gozo de la fraterna hermandad. Y, entonces, cuando nos armemos de verdadera humildad y nos consideremos hermanos unos de otros; cuando capital y trabajo vayan mano sobre mano, en el seno de la empresa, podrá cumplir ésta los verdaderos fines de la producción y contribuirá, de modo permanente, a fortalecer la dignidad humana. Entonces habrá desaparecido, para siempre, ese problema que preocupa a los gobernantes y a los gobernados: el problema social.

Problema que no puede solucionarse con ecuaciones algebraicas, digan lo que digan los economistas. Es problema que sólo el amor puede solventar. Problema de sentido común. Problema de espíritu cristiano, problema de caridad. Ahí está la solución.

Y no esperemos otra, porque nunca llegará.



Año 1988

El futuro mundo del trabajo, como yo lo entiendo, ha de ser un mundo sin estridencias, en el que no tenga cabida la subversión moral del rencor, ni haya lugar para el lúgubre canto, presagiador de tantos males, de ese desgarrado egoísmo que ignora, a ultranza, la inviolable dignidad del hombre.

Un mundo responsable, creador, dinámico, alegre y capaz, limpio de las telarañas del «yo soy» y enamorado, entrañablemente, del plural «somos todos». Mundo de sana convivencia, de sentimientos fraternos, de amor al prójimo, de caridad cristiana.

Mundo que vea en el trabajo no un castigo sino un medio de santificación. Mundo que sepa matizar la sensibilidad humana. Mundo que comprenda las necesidades de todos y viva, en el seno de la empresa, no en compartimientos estancos sino en el mar abierto de la comprensión y el diálogo.

Mundo que acepte, de buen grado, el pulso firme del timonel pero que recuerde también que existen los que, agarrados a los remos, imprimen velocidad; en la larga singladura del trabajo, a la barca de la producción.

Mundo de la convivencia civilizada, en suma. Porque el gran misterio de la vida, en frase de Ortega y Gasset, no es vivir sino convivir. Por eso, el mundo del trabajo que yo busco es el de la convivencia cristiana, por las sendas del amor, no el de la convivencia imperativa, por las rutas de la fuerza o por los caminos del odio.

Miope voluntario será el que no vea que, cada vez más, se imponen las soluciones colectivas. Que si avanza el tecnicismo, no puede retroceder la moral. Que los pueblos subdesarrollados, ya lo estamos viendo, exigen un puesto al sol y que las clases humildes pidan, imperiosamente, soluciones positivas y no discursos cargados de retórica decimonónica.

El mundo del trabajo que yo, en mi fuero interno, he ideal-

zado no es el mundo del odio, ni de la envidia, ni de la indignidad. Es el mundo de la comprensión y del amor. El mundo que desarrolle sus actividades, en el amplio estadio de la vida, mano sobre mano, con calor fraterno, no propinándose puntapiés, embarcado en la triste nave del desprecio y del dolor.

Yo no sé si mis pies estarán en la tierra y mis ideas en la luna. Ninguna responsabilidad me cabe en ello, si así es. Porque esa concepción del mundo del trabajo la aprendí en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a la que yo amo con pasión filial y en la que, por supuesto, confío y espero, sin dudas ni vacilaciones, seguro de que en ella y en su doctrina está la solución, la única solución, de ese tan cacareado problema social.



Año 1989

INDICE

	PAGINA
Prólogo	7
Al posible lector	19
I. SOBRE FIESTAS	23
Petrel y su Fiesta	25
En Fiestas	28
¡Vengan las Fiestas!	29
La verdad de la Fiesta	31
La tristeza y la alegría	33
El alma de la Fiesta	35
De la Fiesta, con amor	37
La Fiesta como vínculo de unión	39
De los Moros y Cristianos	41
Reflexión sobre la Fiesta	43
El «aire» de nuestra Fiesta	45
Alrededor de la Fiesta	47
El origen de estas Fiestas	49
Comentando nuestra Fiesta	51
Lo permanente de la Fiesta	53
La Fiesta y su supervivencia	55
La Tradición en los pueblos	57
El fondo poético de la Tradición	59
¿Es la mejor?	62
Repican las campanas	64
Recordando	65
La noche de la Retreta	67
¿Ficción o realidad?	69
Abanderadas	70
Las hadas de la Fiesta	72
Algo sobre la Fiesta	73
Un «Cuartelillo»	76
Centenario del «Tercio de Flandes»	78
Rodelas	80
Bienvenida a la Comparsa de «Vizcaínos»	83
La Escuadra de «Vizcaínos» cumple 25 años	85
Exhortación a los Beduinos	87

	PAGINA
En el 25 aniversario de los Beduinos	89
Los veinticinco años de los Moros Marroquíes	91
Comparsa de Estudiantes. (Primer cincuentenario)	93
«Los de Campanilla». 25 aniversario	96
Centenario de la Chusma	98
El humor en la Fiesta	100
Réplica humorística	102
El hombre, ese desconocido... «El Ample»	105
Algo sobre un Pregón	106
Cuando me concedieron la Medalla de Plata de la Fiesta	109
Cuando me nombraron Socio de Honor de la Fiesta	112
En la hora de mi relevo	119
Adiós a la Fiesta	122
Una historieta real	124
Crónica de la Fiesta. 1944	127
Crónica de la Fiesta. 1961	130
Crónica de la Fiesta. 1962	133
Crónica de la Fiesta. 1963	136
Crónica de la Fiesta. 1964	139
Crónica de la Fiesta. 1965	141
Fiestas Mayores	143
En la Fiesta de la Virgen del Remedio	145
Un alto en el camino	147
Nuestra plegaria	149
La trascendencia	151
Evocación	153
Navidad 1974	156
Entre la nostalgia y la esperanza	158
La hora de la verdad	160
La verticalidad de lo espiritual	162
II. SOBRE DIVERSOS ASUNTOS	165
Petrel tiene una deuda	167
Sobre la reconstrucción del Castillo	169
Llamamiento para la Biblioteca Pública	172

	PAGINA
Año Internacional de la Mujer	174
Hablando de Historia:	
I. El Cid Campeador. Estampas de su vida	176
Hablando de Historia: II. Semblanza de Abderramán I	184
Hablando de Historia: III. Isabel de España	189
Hablando de Historia: IV. Un 7 de octubre	194
Algunas consideraciones sobre el idioma	196
Sobre la madre de Azorín	199
En la presentación del libro sobre la biografía de D. Miguel Amat Maestre	202
Réplica justificada	205
Mi homenaje al «Garrofé»	207
Novelda tiene un poeta: Luis Pérez Beltrá	210
Semblanza de un amigo: Manolo Boyer	212
José Tortosa y yo	215
En la muerte de Pepito Perseguer	220
Recuerdo de Elise	222
Don Luis Sempere	224
En el homenaje a Paco Mollá	226
La poesía fácil y la poesía difícil	228
El campo y su poesía	232
Hermoso silencio	234
Petrel y su progreso	236
El Petrel típico	239
Junto a la ermita	242
En el Tercer Centenario	244
Meditando	246
Mucha ciencia y poca moral	250
En el momento actual	253
Reflexión sobre la actualidad	255
¿Se vive mejor que antes?	258
El por qué voy a misa	261
 III. EL PROBLEMA SOCIAL	 267

